



El silencio de las
tierras altas **Steinar**
Bragi

Lectulandia

Dos jóvenes parejas, víctimas de la crisis financiera, se internan hacia lo desconocido en un viaje de pesadilla a través de zonas volcánicas de Islandia. Arrogantes, urbanos, hipertecnológicos y con tendencia a las adicciones, se ven sobrepasados por una naturaleza hostil que multiplica sus fantasmas y los lleva al borde del precipicio. Lo tenían todo: riqueza, poder, estatus, y lo van a perder todo. Un relato emocionante que analiza la relación entre el hombre moderno y la naturaleza, ese espacio salvaje donde las reglas de la civilización no tienen ningún valor.

Lectulandia

Steinar Bragi

El silencio de las tierras altas

ePub r1.0

Titivillus 27.08.16

Título original: *Hálendið*

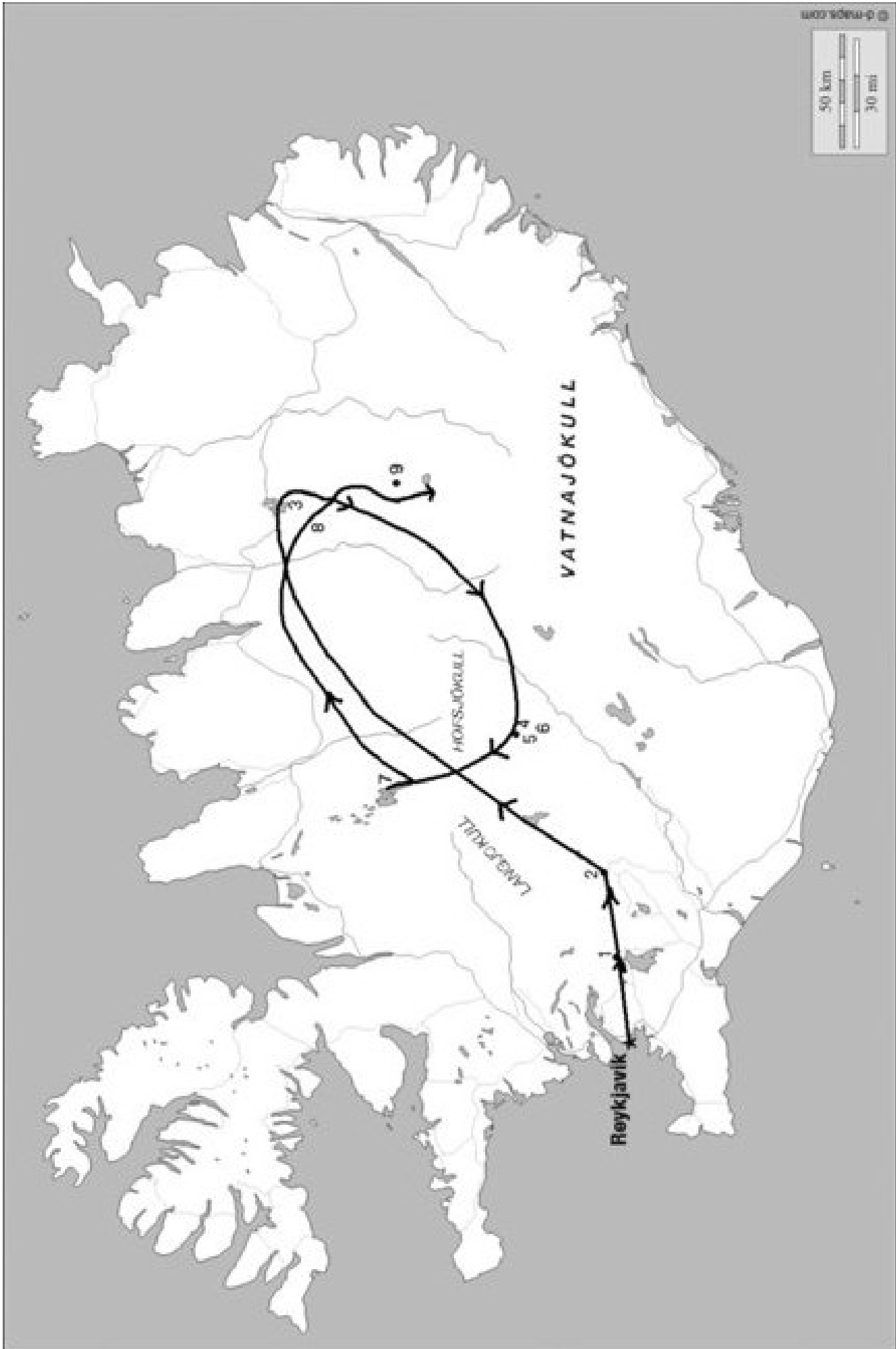
Steinar Bragi, 2011

Traducción: Enrique Bernárdez Sanchís, 2016

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



EL VIAJE

1: Þingvellir; 2: Geysir; 3: Mývatn; 4: Kerlingarfjöll; 5: Hánýpur; 6: Hveradalir; 7: Kjöl; 8: Mývatn; 9: Askja.

En algún sitio entre Vatnajökull y Askja, los lugares donde transcurre todo.

El desierto

1

Flora de Islandia

HRAFN

La naturaleza entera guardaba silencio. Las nubes que surgían del horizonte se oscurecían y se hacían más nítidas, y después se fundían con la noche.

Los cuatro estaban en silencio. Sólo se oía el débil murmullo de la radio. En el asiento trasero, Vigdís leía un libro mientras Anna se había despertado de una breve siesta y acababa de abrir una cerveza. Entre las dos estaba el perrito de Anna, un pastor islandés que había adoptado cuatro meses antes.

—Vamos a jugar —dijo Anna, rompiendo el silencio—. Yo pienso en una cosa, algo que esté dentro del coche, o fuera, en la carretera o el arenal...

—Vaya, bueno, ya me había olvidado de ese tipo de juegos —la interrumpió Egill, con voz infantil por la expectativa y por la tercera cerveza y el décimo trago que le había dado a la botella.

—Muy interesante —dijo Hrafn ignorando a Egill. Miró a Anna por el espejo retrovisor, su silueta oscura y el apagado brillo de sus ojos—. ¿A qué te refieres con «una cosa»? Si pienso en la conciencia de tu marido, aquí presente, o en la sangre, ¿sería válido?

—Asqueroso —respondió ella, sarcástica. Egill miró por la ventana y Hrafn pensó de pronto que estaba echando un vistazo por el retrovisor lateral, que estaba mirando a Vigdís, sentada detrás de él—. No, nada de sangre. Está prohibido todo lo que no podamos ver a nuestro alrededor.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Vigdís, que cerró *Flora de Islandia*, en el que había estado concentrada hasta ese momento. Anna le explicó el juego y añadió que era el momento de empezar.

—*Do it!* —dijo Egill, y empezó el juego.

Egill no apartaba la vista de la carretera, cada vez más oscura. Las noches ya no eran claras, duraban varias horas, y el invierno había empezado a metérsele en la mente, crecía en el horizonte como si fuera el rompiente de las olas y en el temor que se había ido acrecentando los días anteriores. Desde el mediodía se había sentido dominado por un fuerte deseo de regresar a la ciudad a todo correr.

—¿Los ojos del conductor? —preguntó Vigdís, y el todoterreno siguió avanzando entre los postes que marcaban los bordes del camino y lucían en la oscuridad.

Hrafn apretó el botón que bajaba el cristal de la ventanilla, sacó la cabeza y vio que el cielo estaba cubierto de nubes, extrañamente cerca de ellos; aunque, claro, a fin de cuentas estaban en las tierras *altas*.

—¿Crees que los puedes encontrar en las nubes? —dijo Anna detrás de él, riendo.

—Vais a tener que ayudarme con esto, chicos —dijo Vigdís—. No se me ocurre absolutamente nada.

—Postes de carretera —propuso Hrafn, volviendo a subir el cristal.

Anna dijo que no. *El invierno polar*, pensó. ¿Eso era una cosa? Al menos, sus huellas se veían por todas partes: peñascos rotos por el hielo, ni una mancha verde, ni un color, nada de *flora*. Tan sólo arena, guijarros, matices diversos de negro y gris.

Las nubes se hundían deprisa en las arenas, y los cuatro se encontraron circulando por una niebla que flotaba por encima de la arena negra y que blanqueaba en el centro pero a los lados era de color gris oscuro. La visibilidad no superaba los diez o veinte metros, y a Hrafn le empezaron a doler los ojos por el esfuerzo de escudriñar la niebla. No habría puesto la menor objeción a que alguien le relevara al volante, pero Egill estaba demasiado borracho para conducir, y de las chicas no se fiaba ni un pelo, ni siquiera en la ciudad, así que mucho menos en el arenal.

Detuvo el coche para salir a orinar y recuperarse un momento, miró la niebla que se espesaba a toda velocidad; el frío y la humedad iban invadiendo su rostro. Ninguno de ellos tenía la más mínima experiencia en conducir por la montaña ni sabía qué hacer si el coche se estropeaba. Vigdís lo había comentado cuando estaban organizando el recorrido, pero él y Egill la tranquilizaron con alguna bobada que ni siquiera ellos se creían; lo cierto es que instalaron un GPS, pero éste dejó de funcionar en cuanto se apartaron del volcán Askja, aunque tampoco estaba muy claro que alguno de ellos supiera manejar decentemente el aparato.

Se puso a pensar en cuánto tiempo aguantaría una persona sola en aquel arenal. Unos cuantos días en verano, si disponía de agua y de algún lugar que le protegiera del viento, pero en invierno tan sólo unas cuantas horas, incluso minutos; el miedo a perderse hacía que la sangre se agolpara en la cabeza y que el cuerpo se enfriase; la gente se volvía loca, la experiencia era demasiado brutal y los nervios quedaban destrozados por el pánico.

Volvió a sentarse en el coche y continuó la marcha. Los postes de la carretera despedían un mezquino resplandor en medio de la niebla, como los ojos de los peces abisales. A su lado vio a Egill encender un cigarrillo y llevarse otra vez la botella a la boca, y le oyó reír. Aún seguían con el juego, y de pronto se dio cuenta de lo *absurdo* que era todo aquello, los cuatro deslizándose sobre los arenales al norte del Vatnajökull, en medio de la oscuridad y de la niebla, casi como si fuera lo más natural; echándose al cuerpo cervezas mexicanas, vestidos con ropa ligera porque tenían puesta la calefacción, con música en los oídos; recorriendo la región sin tener que mover un músculo, ni oír los crujidos y los chirridos de los neumáticos al triturar las piedras; no preocuparse por nada, porque no había que preocuparse por el *viaje*, sino por cosas muy distintas: la relación entre los cuatro, algo que alguien les había dicho o hecho con anterioridad, fuera ayer o veinte años atrás, el estado de sus cuentas bancarias, mientras miraban la naturaleza pasar veloz a los costados del coche.

Volvió en sí, intentó concentrarse en la pista, pero al mismo tiempo se dio cuenta de que algo había cambiado. Tras conducir unos minutos, torció en otra dirección, luego en otra distinta, redujo la velocidad y finalmente se detuvo por completo.

—¿Qué pasa? —preguntó Egill.

—¿Veis postes por algún lado? —Hrafn intentó recordar el tiempo que hacía desde la última vez que había visto alguno, pero no pudo. El espacio entre ellos se había ido incrementando poco a poco y ahora la niebla se había extendido de pronto.

—Maldita sea —dijo Egill, y se incorporó en el asiento y forzó la vista por la ventanilla. Anna se asomó entre los dos asientos y preguntó si se habían perdido.

—No me parece tan mal —añadió—. Perdidos en la niebla, como en los cuentos.

—¿Cuánto tiempo hace que vimos un poste por última vez? —preguntó Hrafn mirando a Vigdís por el retrovisor. Ella levantó una ceja.

—Ni idea —respondió—. Estaba concentrada en el juego.

Hrafn miró hacia delante, la luz de los faros, los blancos jirones de niebla, pisó el acelerador y se puso de nuevo en marcha.

—¿Cómo pudiste perder la carretera? —preguntó Egill.

—Tenemos que solucionarlo —dijo Anna, metiéndose entre los asientos de delante. Olía a alcohol fuerte.

No podía hacer mucho si se habían salido de la pista. Tenía la vaga sensación de haber girado demasiado a la izquierda, lo que significaba que la pista habría quedado a la derecha de donde se encontraban.

Giró el coche hacia la derecha e intentó mantener el rumbo. Vigdís le preguntó qué hacía y él se lo explicó.

—Pues confiemos en que la *pista* no gire también a la derecha —dijo; y Anna soltó una risita tonta.

Hrafn fue girando hasta que creyó que había recorrido demasiada distancia para que el camino pudiera estar a mano derecha. Además, era probable que su giro hubiera sido demasiado cerrado y que hubieran hecho un círculo, uno relativamente pequeño, además, o quizá más de uno. Los otros habían bebido demasiado como para darse cuenta de eso, o les daba igual.

Detuvo de nuevo el coche, apagó la radio para concentrarse mejor y sacó la brújula de la guantera.

—Pues vaya —masculló Egill—. Tranquilo.

Hrafn abrió la brújula, se la puso sobre las piernas y dirigió el coche hacia el este.

—¿A qué viene eso? —preguntó Anna.

—Para no ir en círculo —respondió él, pasando la mirada una y otra vez de la brújula al arenal que se extendía ante ellos.

—Pero ¿estamos yendo en la dirección correcta? —preguntó Vigdís.

—La pista que estábamos siguiendo iba de norte a sur —respondió él—. Estoy seguro de que no nos alejamos de ella hacia la izquierda. Lo que quiere decir que estamos al oeste de la pista, y ahora nos dirigimos hacia el este para volver a

encontrarla. ¿Te parece mal?

Vigdís volvió a levantar las cejas y Hrafn pensó que parecía estar de mal humor.

—Suenan bien —dijo—. Siempre que no nos crucemos con la pista sin darnos cuenta, por en medio de los postes...

—Entonces, lo que tenemos que hacer es fijarnos bien, ¿no? Los que vais en el lado derecho del coche miráis en esa dirección, y los otros, a la izquierda.

La vieja claustrofobia volvía a dejarse notar. Bajó el cristal y vio que la niebla seguía espesándose, sintió que aumentaba el olor a alcohol...

—¿Cómo has podido perder esa carretera de mierda? —oyó refunfuñar a Egill; se sintió aburrido de tenerle al lado.

—¿Y tú? ¿No vas sentado a mi lado mirando también por ese parabrisas de los cojones?

—Pero no soy yo quien *conduce*, ¿te enteras?

—Chicos —dijo Vigdís tocándole el hombro a Hrafn—, más vale que nos relajemos un poco; respirar hondo y todo eso. La cosa se arreglará, y mucho antes de lo que pensamos.

Todos callaron. El perro iba ahora sentado, de vez en cuando lloriqueaba bajito, y por la ventanilla abierta se oía el silbido de la arena bajo los neumáticos. Hrafn dirigía su mirada a la oscuridad del camino, pero no veía nada. Después de ir diez minutos hacia el este, ya no sabía qué más se podía hacer. Recordó su primera reacción; se le ocurrió que no había ido lo bastante hacia el oeste y miró brevemente la brújula para asegurarse de que ahora iba en la dirección correcta. Si la mantenían, tenían que acabar por encontrar la pista.

—¿No habrá por aquí barrancos o grietas? —dijo Anna—. Más vale que te pongas el cinturón, Egill.

—O arenas movedizas —dijo Vigdís.

—Pues vaya. ¿De esas en las que se hunde uno, quieres decir?

—Sí, como en los pantanos. Aquí han encontrado caballos de la Edad Media bien conservados en el lodo. Y personas.

—Pues un todoterreno sería un gran hallazgo. Con cuatro pasajeros, un perro, móviles, mensajes de SMS y empastes dentales. ¡El siglo XXI empaquetado a disposición de las investigaciones futuras! —rieron.

No se veían los postes ni la pista. En vez de dar la vuelta y corregir otra vez el rumbo, Hrafn decidió continuar hacia el este; sin duda, sería mejor parar y esperar unas horas a que aclarase, o hasta que se despejara la niebla, pero eso sería una total estupidez si resultaba que la pista estaba sólo unos metros delante de ellos. Siguió conduciendo, no quería rendirse demasiado pronto, o quizá era que sólo había perdido la sensación del paso del tiempo, sumido en sus cavilaciones, o a lo mejor era que le daba igual; a lo mejor les daba igual a todos, no hacían más que mirar en silencio la niebla, que era gris a los lados pero se iluminaba en el centro, y Hrafn tenía la sensación de circular por un agujero blanco resplandeciente, un túnel que iba

haciéndose cada vez más profundo.

En algún momento vio una luz que destacaba en la niebla mortecina y amarillenta. Giró hacia ella casi involuntariamente y aferró el volante con las manos. La oscuridad se movía alrededor de ellos y Hrafn habló entre dientes, como consigo mismo.

Clavó los ojos en la luz pero ésta desapareció de repente; algo salió de la niebla a gran velocidad y se estampó contra el coche.

2

A cuatro patas

El parabrisas se llenó de grietas, y un globo blanco se hinchó y le devoró la cabeza. Dentro del globo había peces luminosos, bancos enteros de arenques con penetrantes ojos rojos que se dirigían hacia él con algún fin. Fue escupido de nuevo del interior de la burbuja; vio que Egill se golpeaba con la ventana de su lado, un río rojo le corría por el rostro, y él se sintió levantado de su asiento con una mueca burlona en la cara.

Ahora sí vale «sangre», pensó Hrafn, sintiendo que el coche se ladeaba y que los amortiguadores temblaban, pero luego todo quedó en silencio. Aspiró el aire con fuerza, parpadeó y sintió dolor en el pecho, en el sitio donde se le había clavado el cinturón. El globo había desaparecido. Un vapor grisáceo llenaba el vehículo, olía como a aceite y en el aire flotaban unos papelitos blancos. Se llevó las manos al rostro en busca de fragmentos de cristal, pero no encontró ninguno; se quitó el cinturón y, cuando salió del coche, notó un aire fresco que le llenaba los pulmones.

Lo primero que hizo fue asomarse al asiento trasero para ayudar a Vigdís a salir del coche. La mujer dijo que estaba bien. Anna le gritaba a Egill, que estaba echado de lado sobre el asiento del conductor. La ventanilla estaba rota.

Delante del coche, las tinieblas de la noche eran más densas, como si un peñasco oscuro y mudo se irguiera sobre ellos hacia el cielo. Hrafn intentó calcular cuándo saldría el sol, si conseguiría asomar por encima del borde de aquel mastodonte negro; sacó a Egill a rastras del coche y lo tumbó sobre la arena. El perro correteaba ladrando alrededor de ellos.

Vigdís se puso en cuclillas junto a Egill y le gritó a Hrafn que sacara el botiquín del maletero. Una luz se encendió en la parte superior del acantilado. Una luz y luego dos.

—Sólo se ha desmayado. —Oyó que decía Vigdís, y le dio el frasco de desinfectante que sacó del botiquín.

Anna le mantuvo levantada la cabeza mientras Vigdís le vendaba la frente con una gasa para detener la hemorragia.

Las luces del coche estaban rotas y apagadas. Ya no había vapor en el interior del vehículo, aunque un hilo de humo seguía brotando del retorcido capó. Hrafn se arrodilló junto a una de las ruedas delanteras, la que no estaba semienterrada en la arena negra, y oyó un ligero y rítmico silbido, como si hubiera algún animal escondido debajo del coche.

La niebla que le llenaba la cabeza empezó a aclararse. Vio la silueta de una casa, de una casa negra sobre la arena negra, habían chocado con ella. Movié las piernas, entumecidas, inseguras, y vio un rayo de luz moviéndose sobre la arena. El perro

ladró. Alguien apareció por una esquina de la casa y dirigió una linterna hacia ellos.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz femenina desde la oscuridad.

Vigdís le pidió ayuda. La luz se movió hasta la cabeza ensangrentada de Egill y en la oscuridad apareció una segunda linterna. La mujer dejó escapar un lamento y Hrafn les explicó a grandes rasgos lo sucedido, tanto a la mujer de la luz, que tenía la espalda encorvada y los cabellos desordenados, como al anciano esmirriado que estaba detrás de ella, que sonreía igual que Egill al golpearse contra el cristal.

—Hay que entrar en casa —dijo alguien.

—*Hay que entrar en casa* —repitió la anciana, que les dijo que se dieran prisa, movió la luz y apremió al anciano.

Anna estaba llorando. Hrafn cogió a Egill por las axilas y Vigdís por los tobillos. Doblaron la esquina, subieron unos empinados escalones y entraron en la casa.

La anciana les indicó que fueran al salón, y allí dejaron en el suelo a Egill, que recobró el conocimiento, farfulló alguna tontería y sonrió sin abrir los ojos. Anna gritó su nombre.

Vigdís estaba casi pegada al rostro de Hrafn, como si el mundo careciese de profundidad, y le preguntó si se encontraba bien.

—Creo que sí, aunque me siento un tanto confuso —dijo él, y se abrazaron.

Por encima del hombro de la mujer, vio a la anciana caminando torpemente por una habitación que parecía una cocina.

—¿Y tú? —Vigdís le respondió que creía que estaba perfectamente, y se alejó tras decirle que iba al coche a por el botiquín y el whisky para animar un poco a Egill.

Después se escucharon unos ruidos y, cuando Hrafn fue al recibidor, vio que Vigdís y la anciana estaban discutiendo. La señora estaba delante de la puerta y no dejaba salir a Vigdís.

—Tengo que ir al coche a coger unas cosas —dijo Vigdís.

—¿Es que pretende encerrarnos aquí dentro? —preguntó Hrafn—. ¿A qué viene eso?

La anciana no respondió, negó con la cabeza y los miró a los dos con ojos suplicantes, muy abiertos.

—Vamos a tranquilizarnos —dijo Vigdís cogiendo a Hrafn por el brazo—. Su marido y usted están muy nerviosos, lo comprendo perfectamente. Hemos chocado con su casa en plena noche, hemos hecho un ruido de mil demonios y se habrán llevado un buen susto...

—¡Abra esa puerta! —exclamó Hrafn, que al oírse a sí mismo se dio cuenta de que estaba a punto de estallar.

Había algo en el aire, una violencia extraña que no sabía de dónde procedía.

—Vamos a tranquilizarnos todos —dijo Vigdís, y Hrafn se percató con asombro de que le miraba *a él*, no a la anciana.

Así que volvió al salón. Anna estaba agachada al lado de Egill, hablándole a media voz y con los ojos clavados en los de él, como una muchachita enamorada.

Enfermos, gente enferma, pensó Hrafn. En algún sitio de la casa oyó el golpeteo de un martillo.

Vigdís apareció en la sala, y tras ella iba el perro, que, saltaba a la vista, estaba deseando volver a salir. Le entregó a su amiga la bolsa de plástico con una manta y una botella de whisky. Anna cubrió a Egill con la manta y le acercó a los labios el tapón de la botella lleno de whisky.

Hrafn sintió que le invadía el deseo, oyó a Egill soltar un alarido mientras le señalaba con el dedo y gritaba furioso:

—¡Lo hiciste adrede! ¡Pero te olvidaste de los airbags! —Y otras cosas más sin sentido, tonterías a las que Hrafn hizo oídos sordos.

Anna se inclinó sobre Egill para impedir que se mirasen directamente. Vigdís volvió a aparecer y preguntó a Hrafn:

—¿Estás bien? Pareces un poco pálido.

Él asintió con la cabeza.

—Claro. Fue un accidente, un desgraciado accidente. —Se encendió un cigarrillo, tragó el humo profundamente y miró a Anna, que le daba más whisky a Egill y después bebía también ella un tapón—. Pero es absurdo, es *ridículo* haber acabado en esta casa, en este salón.

Se acordó del móvil, lo sacó del bolsillo de la camisa y comprobó la cobertura.

—¿Hay señal? —preguntó Vigdís.

Hrafn negó con la cabeza y dijo algo así como que esa cosa llamada señal carecía ya de toda importancia; que pertenecía a su vida anterior, a las preocupaciones de otra existencia. Él mismo era incapaz de comprender sus propios pensamientos, notaba que se unían al zumbido de la nicotina, y se sentó a descansar. Se dejó caer en el sofá; oyó a *Tryggur*, el perro, lloriqueando en algún lugar de la casa.

Llegó Vigdís con un vaso de agua, que él bebió con voracidad, y la miró cuando volvía a la cocina, donde se puso a charlar con la anciana. Echó un vistazo al salón, a la moqueta marrón y la manta roja extendida sobre Egill. En la sala había una estantería llena de libros, y en una pared colgaban fotos enmarcadas. En la mesa de al lado del sofá había un cuenco de cristal pintado de rojo, verde y azul que formaba un diseño que fue incapaz de desentrañar.

En aquel lugar no eran bienvenidos, pensó cuando la ceniza cayó al suelo desde la punta del cigarrillo. La anciana quería librarse de ellos lo antes posible, con qué cuidado los había encerrado en la casa. No eran bienvenidos.

Necesitaba un cenicero. Salió del salón y vio que habían cerrado la puerta con el cerrojo.

—Nos han ofrecido alojamiento —dijo Vigdís cuando él se detuvo en la puerta de la cocina. Las dos estaban sentadas a la mesa—. Nos alojaremos aquí esta noche para que Egill pueda descansar. Además, necesitamos la luz del día para ver en qué estado se encuentra el todoterreno.

—Muy amable por su parte —dijo Hrafn a la anciana con una sonrisa.

Se presentó y ella farfulló algo que él creyó que sonaba más o menos como Ása. Preguntó si era la abreviatura de un nombre más largo, pero la mujer no contestó. Al anciano no se le veía por ningún lado.

—Le prometo que no nos quedaremos mucho tiempo, Ása —siguió Hrafn—. Es fundamental que nos vayamos lo antes posible, lo entiendo perfectamente.

—Son bienvenidos —dijo Ása con la voz un tanto ajada y temblorosa, aunque no resultaba fácil adivinar su edad.

El rostro estaba arrugado y cuarteado; el cabello era negro con mechazas grises y estaba peinado en una sencilla coleta que caía sobre la espalda. Parecía andar por los sesenta, pero en sus ojos había una viveza, una *astucia*, propias de una persona más joven.

—Esta noche dormirán aquí —continuó, moviendo la cabeza como para prestar más énfasis a sus palabras—. Es lo mejor para todos. No se puede hacer otra cosa. Les enseñaré los dormitorios y mañana se podrán marchar.

—Todo esto debe de ser una incomodidad para ustedes —dijo Vigdís—, que les lleguen unos huéspedes tan inesperados. Supongo que se llevarían un buen susto, ¿no?

—Puede ser —dijo Ása, mientras se levantaba de la mesa—. Fue un estruendo de mil demonios.

En el borde de los ojos tenía una especie de eccema, una hinchazón roja que bajaba desde la nariz hasta las comisuras de la boca.

Las habitaciones que les destinaron estaban en el piso superior, una enfrente de otra en el extremo de un largo pasillo. Hrafn y Vigdís sacaron un colchón de un armario, siguiendo las instrucciones de Ása, y lo metieron en su dormitorio, que estaba totalmente vacío, excepto por una mesita con un quinqué. En la habitación de Anna y Egill había una silla, una mesa y una cama doble en la que podría dormir el enfermo.

Mientras las chicas ayudaban a Egill a subir la escalera, Hrafn esperaba en la cocina. Por fin, el mareo había desaparecido casi por completo. Ása dijo que en la granja tenían un *jeep* que podrían usar al día siguiente para llegar a alguna aldea, en el caso de que el suyo no se pusiera en marcha; y con esas palabras él se sintió mucho mejor. Por fin todo se iba a arreglar.

Ása les dio una manta y unos almohadones y encendió la lámpara de la habitación de Hrafn y Vigdís; a Anna le dijo que el perro podía quedarse con ellos en el cuarto. La anciana dijo que estaría abajo, en la cocina, si necesitaban algo.

Hrafn se tumbó en el suelo sobre el colchón, encendió un cigarrillo y miró al techo. El colchón desprendía olor a moho, pero la lámpara arrojaba un cálido resplandor sobre las paredes. En el pasillo, delante de la puerta, Anna y Vigdís se preguntaban si no sería peligroso que Egill se durmiera después de haber estado inconsciente, y por qué habrían cerrado tan concienzudamente la puerta de la casa.

—Cuatro cerrojos, es como si la buena mujer esperase... —empezó Anna, pero entonces bajó la voz.

Hrafn cerró los ojos y oyó cómo Vigdís entraba en la habitación. El suelo de madera crujía a cada paso que ella daba. Se acostó en el colchón a su lado, le abrazó y entonces enterró la cabeza junto al cuello de Hrafn. Él apagó el cigarrillo en un tapón que había dejado en el suelo y se volvió hacia ella.

—Puedes beber algo si quieres, no pasa nada —le dijo.

—Ya lo sé, pero no me apetece, estoy demasiado cansada —respondió ella tras una breve pausa—. Claro que sé que puedo beber. ¿A ti te apetece? —Él negó con la cabeza.

Al pensarlo le resultó extraño que la mujer no hubiera preguntado nada sobre las circunstancias del accidente ni si querían tomar algo: café, unas galletas o quizá un sándwich. ¿Qué había sido de la antigua hospitalidad campesina? Claro que les había ofrecido alojamiento, pero, desde luego, la anciana era un poco rara, se lo había notado en los ojos. Estaba *ocultando* algo, no tenía el más mínimo deseo de alojarlos allí, pero se veía obligada a hacerlo.

Abrió la boca para discutir el asunto con Vigdís, pero optó por no decir nada. Ella se quitó la ropa, echó la manta encima de los dos y se acurrucó junto a él. Se besaron, Hrafn dijo que la amaba pero ella no respondió. Vigdís suspiró y, un segundo después, él se bajó la cremallera y la penetró. Al poco, ella se dio la vuelta y se colocó boca abajo; la hizo ponerse de rodillas mientras él se apoyaba en el alféizar de la ventana.

Casualmente miró por la ventana y vio que la niebla había desaparecido. De vez en cuando, la luna asomaba entre las nubes y arrojaba una débil luz sobre el arenal. En el horizonte, el glaciar se erguía sobre la llanura, pesado, inmóvil y blanco como una foto a medio revelar.

Aceleraron el ritmo. Vigdís dejó escapar un largo gemido y, cuando él alcanzó el clímax, vio algo moviéndose en el arenal: alguien que se alejaba corriendo de la casa, retorcido y encorvado, se puso de rodillas y desapareció en la oscuridad a toda velocidad, a cuatro patas.

Se tumbó de espaldas sobre el colchón; la habitación parecía girar y el corazón le palpitaba alocado. *A cuatro patas*, pensó, y poco después estaba dormido.

3

Carroña

Cuando despertó, estaba solo en la habitación. Se quedó tumbado un rato en silencio, intentando poner orden en los sucesos de la noche anterior, que estaban distorsionados y le recordaban a su época de alcoholico.

Abajo, en la cocina, estaba Vigdís estudiando un mapa. Sobre la mesa había tostadas y pan, y unos cuantos platos sucios. Vigdís dijo que todos se habían levantado y habían desayunado ya.

—Egill y Anna salieron a dar un paseo para ver el sitio... El coche está destrozado.

—¿Quién lo dice? ¿Egill?

—Compruébalo tú mismo.

Hrafn salió, bajó la escalera, que era más larga de lo que recordaba, y dio la vuelta a la esquina de la casa hasta llegar a donde estaba el todoterreno. En el lado del conductor, el capó estaba empotrado en la pared, y las dos ruedas delanteras estaban reventadas. Seguramente tuvieron suerte de que la pared no se les cayera encima. Hrafn alargó el brazo hasta la llave de contacto y la giró para intentar arrancar, pero no hubo respuesta. El parabrisas estaba roto, así como la ventanilla del copiloto; uno de los airbags estaba deshinchado encima del volante y el otro encima de la guantera. En el asiento de Egill había sangre seca.

El motor estaba embadurnado de aceite, que había caído también debajo del coche, sobre la arena. Los sacos de dormir, la tienda y los trastos de pescar, que iban sobre la baca, no se habían movido del sitio.

Volvió a entrar, se sentó a la mesa y se preparó una rebanada de pan con mantequilla y queso.

—Ása nos va a prestar un *jeep* —dijo Vigdís—. Según parece, hay una pista que nos llevará a Askja si vamos hacia el norte.

—De modo que sabes dónde estamos. —Hizo un gesto de asentimiento dirigido al mapa, y ella dijo que sí.

—Más o menos... Los dos estuvieron aquí hace un momento. Tengo la sensación de que el hombre lleva mucho tiempo enfermo de alzhéimer. ¿A qué crees que pueden dedicarse aquí?

—Ni idea, a la agricultura, la ganadería...

Por algún motivo le volvió a la memoria el eccema del rostro de la anciana. Alguien le había contado que la gente que se dedicaba a la agricultura parecía más vieja de lo que era realmente; todos tenían la piel curtida por el sol, el frío y la lluvia.

—No me atreví a preguntárselo. —Vigdís negó con la cabeza—. Pero resulta inverosímil criar ganado en estos arenales, ¿no crees?

Él se sirvió café de la cafetera que había en la mesa.

—¿Ya hemos comprobado si tienen teléfono?

—Se lo pregunté. La señora dijo que la línea estaba cortada.

—¡Cortada! —exclamó Hrafn con una maldición—. Pero al menos estaremos cerca de alguna carretera decente, ¿no?

—Ni idea... Depende del tiempo que estuviéramos perdidos ayer. No acabo de hacerme una idea clara. Hacia las dos salimos del lago Mývatn. Estuvimos en camino dos horas, parados las dos siguientes, fuimos hacia el sur durante tres o cuatro horas más, supongo.

—Casi cuatro, me parece a mí. Y pasamos perdidos una hora, o algo por el estilo. No conseguimos encontrar la desviación hacia Askja, que teníamos que seguir hacia el este. ¿No estaremos como a una o dos horas al sur del volcán? Si fuera así, tendríamos que ver el glaciar.

—Le enseñé el mapa a Ása. No parecía tener muy clara nuestra ubicación. —Vigdís sonrió—. O a lo mejor nunca ha visto un mapa, por lo menos eso parecía indicar la cara que puso.

Hrafn apartó el plato, se llevó el café hasta la ventana y encendió un cigarrillo. Ventajas del campo: la gente seguía fumando en locales cerrados, nadie tenía miedo de que las paredes fueran a ponerse amarillas en los decenios inmediatos. Él volvió a fumar el día después de iniciar el viaje, y se arrepentía de cada día que había estado sin hacerlo.

Fuera ya había amanecido. Notó cómo el sopor brotaba del cigarrillo e iba bajándole por el cuerpo. La cocina estaba en el mismo lado de la casa que la habitación donde habían dormido, pero no podía divisar el glaciar por ningún lado.

Egill y Anna aparecieron en la explanada de la granja, el perro husmeándolo todo a su lado. Hrafn salió a la escalera de la puerta y los saludó. Los otros dos siguieron riendo por algo de lo que estaban hablando.

—¿Qué es tan divertido? —dijo Hrafn—. ¿Me he perdido algo?

—Nos esperan —dijo Anna—. En la explanada.

—El coche está listo —dijo Egill—. Y el barril de alcohol de seiscientos litros que la vieja le encasqueta al tío.

Anna entró a toda prisa en la casa para ir al baño y empezar a hacer el equipaje, y los dos hombres se quedaron solos. Egill seguía con la cabeza vendada.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Hrafn, que se sentó en los escalones y se encendió otro cigarrillo.

—Algo de dolorcillo de cabeza... Perdona por cómo me comporté. Anna me contó que te grité. No sé lo que pasó, quizá una combinación del golpe de la cabeza y alguna otra cosa, las cervezas... Tendría que haberme puesto el cinturón, también Anna me lo recordó, me lo dijo. Sé que eres un buen conductor, pero, claro, había

niebla y una visibilidad pésima...

—No importa. Más vale olvidarlo. —Se estrecharon la mano; tendría que haber sido una especie de broma, pero el saludo les quedó torpe y estúpido.

Fueron hacia el todoterreno y Hrafn metió ropa y cigarrillos en una mochila. Se puso en cuclillas al lado del agujero de la pared, pero la oscuridad le impidió ver nada del interior. Se sentó en el coche y encendió el GPS; intentó hacerlo funcionar lo antes posible, pero como la vez anterior lo único que consiguió fue el mapa del centro de Reikiavik.

Egill recogió sus cosas del maletero y luego se asomó por la ventana rota y se inclinó, con una botella de cerveza en la mano.

—¿Qué pasa, qué haces?

—Estoy mirando el GPS este, menudo trasto. Lo he intentado todo, he seguido las instrucciones y he hecho todo lo que hay que hacer. Según el aparato estamos en Austurvellur, delante justo del Parlamento.

—Esa sensación es exactamente la que tengo yo. —Egill levantó la cerveza y señaló hacia la casa con ella—. Estamos justo al lado del hotel Borg.

—Pero ¿ya estás mamado?

Hrafn pensó en enseñarle la sangre que había dejado en el asiento y en el salpicadero; no parecía haberla visto, o a lo mejor no tenía ganas de verla, pero resistió a la tentación y volvió a salir del coche, aunque con cierta dificultad.

—Ahora, a trabajar juntos, hay que sacar el equipaje —dijo Egill con una sonrisa.

Las chicas estaban ya listas en la explanada. Se echaron las mochilas al hombro y se pusieron en marcha sin prisas; se dirigieron hacia un almacén que estaba a unos cien metros al oeste, un desconchado edificio de madera y chapa ondulada situado junto a otro edificio más alto que debía de ser un pajar.

La temperatura era templada, la visibilidad bastante buena y Hrafn seguía extrañado de no ver el glaciar por ningún sitio. No podían taparlo los dos pisos de altura de aquellos edificios.

—¿Tendrán vacas u ovejas? —preguntó, aunque sin dirigirse a nadie en particular.

—Yo no he visto por aquí ni un solo animal —dijo Egill—. Pero algo tendrán que hacer con el heno. No creo que se lo coman ellos.

—Los establos están vacíos en verano, ¿no? En esa época, el ganado anda suelto por el campo para pastar, ¿no es así?

—Eso si hay *yerba* en algún sitio por estos andurriales. No, qué coño, por aquí no hay prados. ¿No tendrían que comprar el heno a otros granjeros?

—No tenéis lo que se dice mucha idea de nada, ¿verdad? —dijo Anna con su sarcasmo impulsivo, al que Hrafn había ido familiarizándose a lo largo del viaje. Unas veces le resultaba una chica inaguantable, pero otras muchas le parecía encantadora.

Nunca había entendido exactamente de qué iba aquella personita, ni quién era en

realidad. Todo en ella eran contradicciones: en el trato resultaba de lo más simpática, incluso infantil, y parecía guiarse solamente por los sentimientos; pero cuando se daba cuenta de que no tomaban en serio su superficialidad, o que no la respetaban lo suficiente, solía enfadarse mucho y se ponía tan agresiva y tan poco racional que parecía una persona distinta.

—¿Qué es eso? —Vigdís señaló hacia el horizonte. Se desviaron del camino y unos pocos minutos después llegaron hasta una farola que se levantaba en medio del arenal.

—¡Una farola! En la granja no tienen un teléfono que funcione, pero farolas no les faltan —dijo Anna riendo.

La farola parecía surgir de la arena, se erguía en línea recta hacia el cielo, hasta que se curvaba en paralelo a la tierra, sin ninguna utilidad visible. Se colocaron alrededor de la farola y miraron hacia arriba. La luz estaba apagada.

—¿Funcionará? —preguntó Vigdís—. ¿Sería ésta la luz que vimos ayer antes de chocar con la casa?

—Está demasiado lejos —dijo Hrafn—. Claro que, ¿para qué iban a encenderla de noche?

—A lo mejor la han puesto para que los perros tengan donde hacer pis —dijo Anna, y en ese momento *Tryggur* fue hacia la farola, levantó la pata trasera y le lanzó un chorro de orina.

Se echaron a reír a carcajadas, y el perro ladró y miró con expresión de incredulidad a su alrededor, hasta que Egill le riñó.

—No, podríamos habernos despistado y estar más lejos del camino de lo que creíamos —señaló Hrafn tras una breve pausa.

—Recuerdo otra farola que estaba también en un lugar apartado en *Narnia*. Cuando salían del armario se reunían alrededor de una farola en medio de la nieve...

—También eran cuatro —dijo Vigdís—. Dos chicas y dos chicos.

Anna se había alejado poco a poco y en ese momento les gritó para que fueran con ella. Se encontraba al lado de una carroña en medio de la arena; jirones de carne ensangrentados colgaban medio sueltos de los pesados y poderosos huesos. Tripas azuladas salían del vientre, y el pelo de la piel, de tonalidad marrón clara, estaba desperdigado por todas partes en torno a la carroña. En la cabeza destacaba un cuerno corto.

—Qué asco —murmuró Anna, aunque sin moverse.

—Un reno —dijo Hrafn, que tenía la sensación de que la carroña no era demasiado vieja, hasta podía ser de esa misma noche.

Los ojos del animal estaban todavía en su lugar y no olía. Se agachó al lado de la carroña y comprobó que en los huesos quedaba aún bastante carne. En algunos de ellos había cortes que parecían huellas de mordiscos. Tocó el tronco, que estaba frío, examinó el pecho y el lomo en busca de señales que pudieran indicar que a aquel animal lo habían matado a tiros, pero no vio ninguna. Cuando era más joven y vivía

en Suðurnes había disparado a cientos de gaviotas, a algunos gansos y a unos pocos cisnes. Jamás se había topado con un reno.

—Lo han destrozado —dijo Vigdís—. Este animal debía de estar muerto y los zorros vinieron a comérselo. Porque no lo habrán matado los zorros, ¿no?

—No hay ninguna señal de que le hayan disparado —dijo Hrafn, que se levantó y miró a su alrededor—. ¿Viste tú a alguien que escapaba corriendo? —preguntó a Anna, pero ella dijo que no con la cabeza.

—«Alguien», eso suena a que te refieres a una persona...

—«Algo», quiero decir —sonrió—. A lo mejor molestamos a algo justo cuando estaba comiéndose esto... Aunque es extraño que el animal se acercara tanto a la granja para morir, si es que murió por causas naturales...

Se alejaron del lugar.

Corderita

VIGDÍS

Por la puerta abierta del pajar se veían pilas de rollos de heno envueltos en plástico, verdes y blancos. Delante del pajar había un viejo *jeep* Willys corroído por la arena. La anciana estaba agachada al lado de una de las ruedas, vestida con un mono de trabajo que no podría estar más sucio, manipulando una herramienta en los bajos del coche. Era evidente que no se dedicaba solamente a las labores domésticas de la granja.

Un humo azulado salió por el tubo de escape, y a Vigdís le pareció que el vehículo temblaba por el esfuerzo de mantenerse en marcha. Sin duda alguna, hubo un día en que funcionó bien, pero ahora se veían manchas de óxido por todas partes e incluso agujeros, musgo en los marcos de las ventanillas; uno de los faros estaba roto y los neumáticos tan gastados que en algunas partes hasta se veía el hilo de alambre.

Junto a la puerta había un gran bidón metálico de color gris que olía a aguardiente y tenía el pitorro cerrado con un candado: el alcohol del que hablaron Anna y Egill.

La anciana se incorporó y Hrafn preguntó si su marido y ella usaban mucho el coche por los arenales.

—Cada vez menos, con los años —respondió ella.

—Pero, bueno, sabe que le agradecemos muchísimo que nos deje el *jeep* —dijo Egill en voz alta—. Naturalmente, las distancias por aquí son más grandes de lo habitual, uno irá dejando para otro día hacer una escapada...

—¿Tienen ovejas? —le interrumpió Anna, que con disimulo le hizo una seña para que se callara.

Ása dijo que sí con un suspiro.

—Ovejas y vacas —respondió entonces, bajando los ojos a la arena—. Las ovejas son un rollo de bichos, tontas y torpes.

—Una vez conocí a uno que se había criado en las tierras altas —dijo Anna—. Su padre trabajaba en el Servicio Geográfico Nacional revisando líneas eléctricas para mantener en buen estado las vallas esas, las que ponen para evitar que las ovejas se alejen más de lo debido, creo. Habrá varios tipos de granjas, supongo. ¿Llevan mucho tiempo viviendo aquí?

—Desde luego que sí, bastante tiempo —dijo Ása; asintió con la cabeza, pero no levantó la mirada.

—Hemos visto una farola. Muy cerca había una carroña. De reno, o al menos a nosotros nos pareció que era lo que quedaba de un reno.

Ása no respondió; fue a la parte delantera del coche, abrió el capó y se inclinó

sobre el motor.

—Le parece de lo más normal —dijo Egill, riendo—. ¡Un reno muerto cerca de la granja!

Anna le regañó, le llevó al otro lado del coche, donde Vigdís la oyó ordenarle que parase de beber; la chica estaba atemorizada y no tenía ganas de verle atontado y con la lengua trabada ya a medio día. Poco después, él escapó y se metió en el almacén. Probablemente pasarían un tiempo sin hablarse, lo que no quería decir mucho, sin embargo: se peleaban de forma repentina, pero se reconciliaban de forma aún más repentina; el método solía ser que Anna se comportaba como una niña pequeña y desvalida —cosa que no era, desde luego— y le pedía a Egill que la ayudara con alguna tontería, como abrir una lata o una botella, y de repente ya se estaban besando.

En cierto modo, Vigdís admiraba aquel juego, aunque la hacía sentirse como una vieja frígida y quisquillosa, pues el método lo usaba con los dos hombres por igual y le servía, además, para establecer una especie de gracioso galanteo, haciéndoles sentir tan orgullosos de sí mismos que la obedecían sin darse ni cuenta; la versión más rápida consistía en parpadear algo así como una fracción de segundo más deprisa de lo habitual, poniendo unos morritos casi imperceptibles. No cabía duda de que aquello se había integrado en su forma de ser, lo que a Vigdís le agradaba más que le molestaba, aunque se ponía de los nervios cada vez que Hrafn se mostraba dispuestísimo, ya desde el principio mismo del viaje, a envolver a Anna en su masculinidad, su dulzura y su amparo, y porque le veía animarse en cuanto estaba cerca de ella, sin que ni él mismo se diera cuenta de la transformación.

Tryggur empezó a ladrar otra vez. Notaron un movimiento en el horizonte, dos siluetas parduzcas que se acercaban y se detenían a escasa distancia del almacén.

—¿¡Zorros!?! —exclamó Vigdís, incapaz de ocultar su asombro.

Anna sujetó a *Tryggur*, sacó una correa de la mochila y se la puso en el cuello. Los zorros estaban quietos, observándolos, la piel reluciente al sol, las colas largas y peludas, y las orejas apuntaban erguidas hacia el cielo. De cuando en cuando, Vigdís tenía la sensación de que enseñaban un poco los dientes y gruñían, pero no estaba del todo segura.

—¿Qué está pasando? ¿Tanto se acercan? —dijo Hrafn a la anciana. Ella no parecía nada extrañada de ver a los zorros—. ¿Se alimentan con un animal muerto a pocos metros de la granja y luego vienen hasta aquí? ¿Los han visto ya otras veces? ¿Cómo murió el reno?

—¿Dan de comer a los zorros? —preguntó Vigdís, pero la anciana no respondió.

Vigdís y Hrafn estuvieron mirando a los zorros en silencio hasta que Egill salió del almacén silbando y abrió una lata de cerveza, que dejó escapar un chorro de espuma. Los zorros se amedrentaron y desaparecieron por el arenal. Egill y Anna empezaron a discutir otra vez, y Vigdís decidió buscar algún sitio donde hacer pis antes de ponerse en camino. Dobló la esquina del almacén y vio que, adosado a él, había otro edificio más bajo y más largo: el establo. Delante del establo había un

tractor oxidado y un remolque lleno de arena.

En el centro del edificio vio una puerta abierta y, pese al olor, que identificó como olor a campo, entró. Los ojos se acostumbraron a la oscuridad y ante ella se mostró una serie de pesebres vacíos. El suelo estaba cubierto de basura, que probablemente sería *caca de vaca*, y de algún lugar de la parte más profunda del establo llegó un mugido. La mierda era blanda y no estaba amontonada, sino que formaba una especie de alfombra, que en algunos lugares dejaba ver las maderas del suelo.

Se adentró más en el establo, a tientas, y con gran asombro descubrió un inodoro en uno de los pesebres. La porcelana era blanca y resplandeciente, y el asiento parecía bastante limpio. Vigdís miró el inodoro y vio que no tenía agua, sino que el agujero desembocaba directamente a la basura seca que cubría el suelo. *No hay que echar ni un chorrito de más*, pensó, notando que la tensión se acumulaba en su interior. Se daría prisa, el váter estaba a oscuras y seguramente sería así como lo hacían en el campo cuando tenían alguna necesidad.

Se bajó de prisa los pantalones, se apoyó en el tabique y se sentó en el inodoro; orinó sobre la tierra, con un leve silbido, y percibió la silueta de una persona cerca de ella, en medio de la oscuridad. Cortó el chorrito, se puso en pie de un salto y se abrochó los pantalones. Fuera, al lado de la pared, estaba el anciano mirándola, sonriente.

—Hola —dijo ella, al mismo tiempo que se abría una puerta que al parecer daba al almacén. En el umbral apareció la anciana y le preguntó con aspereza qué hacía allí dentro.

—Tenía que hacer pis —dijo Vigdís, y pidió excusas.

La anciana fue hacia ella, con el hombre detrás. Era muy flaco y parpadeaba sin parar, sonreía mucho pero no parecía capaz de hablar. Bajo los ojos tenía unas grandes bolsas, tan terriblemente hinchadas que se notaba el rosa de la lustrosa carne por debajo de las órbitas, como si fueran a escapársele de la cabeza en cuanto el pobre hombre se inclinara demasiado hacia delante.

—¿Te ha molestado? —preguntó la anciana. El hombre se acercó hasta quedar pegado a ella, mirando a Vigdís de hito en hito—. Está cada vez peor y a veces puede enfadarse mucho. No te lo tomes como algo personal. No recibimos demasiados huéspedes.

—No, claro que no. No pasa nada —dijo Vigdís, intentando apartar al hombre sin parecer demasiado grosera. La anciana era bastante alta, pero parecía haberse acostumbrado a ir inclinada; tenía torcida la columna y en la espalda destacaba un bulto, no muy diferente de una joroba—. ¿Por aquí no pasan excursionistas?

La anciana negó con la cabeza.

—No mucho. En primavera y en otoño vienen algunos a traer las provisiones y el heno para el ganado. Y medicinas para él... —Señaló al hombre con un movimiento de la cabeza—. Vienen en la avioneta... Pero si la gente no se queda aquí un poco, yo a eso no lo llamo visita. —Dejó escapar un sonido que recordaba a una puerta mal

engrasada abriéndose despacio.

Vigdís distinguió un movimiento y bajó la mirada en el mismo momento en que el hombre apretaba la palma de la mano contra su vientre, un poco por encima de la entrepierna. Dio un respingo y reuló, pero la anciana intervino: cogió la mano del hombre y le habló en voz baja.

Pidió excusas a Vigdís.

—No te preocupes. Sólo quería saludarte —dijo.

El hombre volvió a mover la mano hacia ella y Vigdís rio incómoda, la cogió y se la estrechó. Vigdís se presentó, pero el hombre no apartaba los ojos de ella mientras, al parecer, hacía grandes esfuerzos por decir algo. La frente estaba arrugada por el esfuerzo y no le soltaba la mano.

—¿Qué está diciendo?

—Quiere cantar para ti —dijo la anciana.

El hombre estiró la espalda hasta quedarse tieso como un palo, su rostro se calmó y cantó con voz radiante e infantil:

*Borreguita, corderita,
que crezca tu carnecita.
Los dioses no temerán nada,
cuando esté ya bien asada.*

Calló, sin apartar la mirada de Vigdís, y sonrió. En sus ojos había ausencia, pero no alegre como en otros hombres de avanzada edad que ella había conocido, sino furtiva. Vigdís dio un tirón para separar su mano; estuvo a punto de darse un golpe, pero en ese mismo instante el hombre perdió todo interés por ella y se marchó.

La granja

Conducían despacio por el arenal, siguiendo una pista que a ratos era visible y a ratos invisible. Hrafn tenía los ojos fijos en la carretera, pero miraba de reojo a los lados por las ventanas abiertas, y se mantenía casi todo el rato en segunda, por mucho que el motor tosiera o llorase. *Tryggur* iba aullando en brazos de Anna, no le gustaba estar metido en aquella cafetera.

—Qué absurdo... todo. Y esa casa —dijo Anna—. Que esté aquí, simplemente eso. A menos que fuera una antigua casa de verano. Una vez me alojé en una casa de piedra, no muy distinta a ésta, en una colina en medio de una ciénaga de Borgarfjörður. La construyó el bisabuelo del chico con el que salía, que había sido alcalde, para ir a veranear. Las casas de verano de antes eran para las clases altas, no para la chusma.

—Esta casa, al menos, la construyeron en serio. Con piedra de los roquedales de por aquí cerca —dijo Hrafn mirándoles por el retrovisor.

—Quizá tuviera otro uso —dijo Anna—. Antes de convertirse en casa de verano.

—¿Estás hablando de una leprosería? —dijo Egill con ironía desde el asiento delantero, pero los demás no hicieron caso.

—Igual que la granja de Möðrudalur, la que es la más alta de todo el país —interrumpió Vigdís—. ¿No fue en tiempos una especie de cruce de caminos?

—En Möðrudalur hay ganado, por lo menos —dijo Hrafn—. Y el paisaje de allí es muy distinto, brezales y prados, no un desierto.

—¿Un *desierto*? —exclamó Anna con un gesto como si estuviera a punto de desempeñar su papel de pobre mujercita asustada—. ¿Por qué dices «desierto»?

—Es que esto es de verdad un desierto. ¿O es que se le puede llamar otra cosa? Las tierras altas son tierras baldías, o casi, pura arena azotada por el viento. Aquí no puede haber ganadería, excepto si compras el forraje. Lo que quiere decir que esos dos tienen dinero.

—Clase alta en una casa de verano, ¿no era eso? —dijo Egill—. Todo empieza a encajar. Los viejos fueron a su casa de verano y se quedaron más tiempo del pensado..., como cincuenta años más.

—Pues yo creo que habrá otra palabra que lo describa mejor —dijo Anna.

—¿*Páramo*? ¿Eso te parecería más divertido? —preguntó Egill.

—Una tercera parte de Islandia se define como desierto —dijo Vigdís—. Hay que hacerse a la idea, porque ¿qué otra cosa puede ser esto?

—¿Por qué piensas en esta nación como si fuera algo especial? —respondió Egill con irritación, quizá porque aún no se atrevía a abrir una de las muchas cervezas que había puesto en su mochila—. Todo es sólo un poco distinto que en cualquier otro

sitio. También los desiertos.

—No es eso lo que he dicho —repuso Vigdís—. Esto es un desierto, naturalmente. Pero en esta región hay muchas cosas especiales. Por ejemplo, las arenas proceden en su mayor parte *de dentro* de la tierra, y han salido en las erupciones. Los astronautas venían aquí a hacer prácticas para el viaje a la Luna, porque en estos arenales se realizaron investigaciones que demostraron que no existe en todo el mundo una tierra tan fina o que se deje arrastrar por el viento con tanta facilidad..., igual que el polvo de la Luna.

—De manera que tenemos desiertos de arena —dijo Egill—. ¡Y la diferencia entre los desiertos de aquí y los demás es que los nuestros son más finos!

—Si no fuera por eso, ¿por qué iba nadie a hacerse una casa de verano por aquí? —preguntó Anna, levantando los brazos.

—¿No viste lo apático que era el viejo? —dijo Hrafn.

El anciano los trató con indiferencia, excepto cuando se despidieron, cuando el hombre le dio la mano e intentó decir algo que debería haber sonado sincero y apremiante, pero lo único que se oyó fue un balbuceo.

—No vayas a burlarte del pobre hombre —sentenció Vigdís—. Está enfermo.

—Yo creo que los dos están enfermos —dijo Hrafn—. Locos. Fíjate en los zorros. ¿Qué granjero deja que se le acerquen los zorros? Y tampoco entiendo cómo murió el reno aquel.

—Son bonitos —dijo Anna—. Y, seguramente, por aquí no tendrán demasiado que comer. Si aparecieran a fisgar por mi granja agropecuaria en mitad del invierno, escuálidos y hechos un asco, seguramente yo haría lo mismo.

—Son demasiado fieros para convertirse en animales domésticos o en *gatiperros*. Es parte de su *naturaleza*. ¡Nadie consigue nunca engatusarlos! —rio Hrafn—. ¿Cómo vas a mantener con vida a tus animales si te dedicas a la ganadería? Crías ovejas o bien fundas un albergue para zorros y vives de ello, las dos cosas a la vez es imposible.

—Sí, es raro... A lo mejor es que en realidad no se dedican a la ganadería. Me está entrando mucha curiosidad por esta gente —continuó Anna—. Para vivir aquí hace falta tener bastante dinero, y si tienen que comprarse comida y además heno y todo eso, deben de tener mucho dinero ahorrado. ¿A qué se dedicarían?

—A los astronautas, obviamente —contestó Egill.

Él y Hrafn se enzarzaron en una conversación sobre la cría de zorros, que el padre de Hrafn había financiado en los años noventa; mientras, las chicas callaban. A Vigdís le escocía la piel de entre los muslos por la orina que le salpicó en el establo, y se sentía alterada, lo notaba en todo el cuerpo, en los latidos del corazón, en la forma corta y rápida de respirar, llevaba así desde que se despertó esa mañana.

Le apetecía charlar con Anna. Todos los intentos que habían hecho para conversar habían girado en torno a ellas mismas desde el principio mismo del viaje. Las pocas veces que habían coincidido en una cena, las circunstancias no eran tan agobiantes y

las dos sabían que sólo pasarían juntas unas pocas horas. Pero, en cuanto empezaron el viaje, fue como si tuvieran la impresión de que todo había cambiado, aunque aún no habían conseguido charlar con libertad y tranquilidad; todo lo que se intercambiaban eran malentendidos, cortesías exageradas y silencios más o menos largos. La relación con Egill era más fácil, y tampoco flotaban en el aire tantas exigencias, porque todos partían de la idea de que Anna y ella tenían que llevarse bien, para eso eran las mujeres del grupo; ninguna de las dos podía *llevarse bien* con el hombre de la otra.

Quizá fuera porque Anna era más joven y porque Vigdís percibía en ella un toque de soberbia; a ratos sospechaba que Anna la consideraba demasiado *corriente*, que no adornaba todo lo que decía con colores suficientemente brillantes. Sin duda, no era más que su imaginación. *Tryggur* se apretaba jadeante contra ella, con los ojos alegres y la lengua fuera.

Decidió decir lo primero que se le ocurrió:

—Me caes bien —soltó, acariciando a *Tryggur* detrás de las orejas.

—¿Qué has dicho? —Anna se inclinó hacia delante en su asiento y le sonrió.

—¡Has oído perfectamente lo que he dicho! —rio—. He dicho que me caes bien, tan sólo me apetecía decirlo.

—Pues muchas gracias, muy amable de tu parte. Precisamente estaba dándole vueltas a unas ideas un tanto tristes sobre qué puede ser... Qué es lo que me falta.

—Muchas veces me apetece charlar más contigo, pero no siempre sé cómo hacerlo. Perdona mi forma de comportarme. No estoy borracha, pero naturalmente aquí arriba hay mucho oxígeno...

—No tienes de qué disculparte... Ya que hemos empezado, te confesaré algo también: contigo me siento cohibida.

—¿Por qué ibas a sentirte cohibida conmigo?

—No lo sé. Quizá porque he empezado a ir al psicólogo desde hace unos meses. Tengo la intención de ser totalmente transparente para vosotros, que creéis que estoy ocultando algo.

—Comprendo. Y, bueno, ¿estás ocultando algo? —Se miraron a los ojos y Anna sonrió con cierto sarcasmo.

—Lo notas. No, probablemente no es más que pura y simple vergüenza por nada en especial. No lo sé. Cuando salgo del psicólogo siento vergüenza, como un hombre después de estar con una puta, imagino. Me resulta difícil darle el dinero, me creo incapaz de pagar por eso. El dinero me perturba la ficción de que he estado hablando con alguien porque tiene interés por mí. Bueno, es como si quisiera que la puta me dijera que me quiere o, más aún, que me amara *de verdad*. Lamentable... Pero ¿te estaba comparando con una puta? —Vigdís asintió y las dos se echaron a reír—. Yo creo que sería incapaz de trabajar en eso, que uno *te lleve a su casa*, o algo por el estilo.

—Todo se puede aprender —dijo Vigdís—. También a mantener una distancia

profesional. Pero para dedicarse a este trabajo es preciso saber hacer ciertas cosas, observar la propia vida, enfrentarse a los problemas del pasado y abrir viejas heridas. Lo que imagino que yo sí he hecho. —Nada más decir esas palabras se dio cuenta de que no eran ciertas, se sintió como si en la cabeza se le fuera a abrir una raja por la que se verían el caos y el sufrimiento de su interior—. Una se acostumbra —añadió mientras miraba por la ventanilla para ver pasar la arena—. Supongo que es la explicación más sencilla.

Vigdís no recordaba cuándo había oído hablar por primera vez de «representantes del pueblo» ni en qué contexto, pero siempre había creído que seguramente se lo habría oído a sus padres. Su madre era hija de un marino y un ama de casa, creció en Akureyri, pero se fue a vivir a Hafnarfjörður cuando era adolescente. En un baile del instituto conoció al padre de Vigdís, que era mayor que ella, se embarcaba en cargueros que hacían la ruta de Estados Unidos o Hamburgo, y volvía con las manos repletas de jamones, chicle y medias de nailon. Tras un breve noviazgo se fueron a Reikiavik para vivir juntos en un pequeño apartamento de la calle Framnesvegur, en Vesturbær, donde residieron desde entonces.

Su madre empezó a estudiar en la escuela de magisterio, pero lo dejó pronto a causa de una enfermedad que, según pudo saber Vigdís mucho más tarde, tras sacárselo a su padre a la fuerza, tenía algo que ver con los *nervios*. Además, su padre le dijo algo de un aborto, de tiempos difíciles, y que su madre siempre había estado muy delicada.

Tal vez fue por miedo al cambio o sólo por simple falta de interés hacia los esposos por lo que Vigdís no se enteró de nada hasta que su madre ya había pasado con creces de los cuarenta años y su padre estaba acercándose a los sesenta. Su nacimiento no estaba planeado ni fue un *accidente*, según tenía entendido, y, cuando preguntó qué había sido, entonces, su madre le explicó, con un entusiasmo que rara vez mostraba:

—Tú misma, claro. *Tú* decidiste venir.

Fue lo más cerca que llegó Vigdís a comprender a su madre y su filosofía, aunque probablemente «filosofía» era una palabra demasiado grande.

Su nacimiento no trastornó la vida de sus padres, que habían tenido tiempo suficiente para crear rutinas seguras en su existencia. El padre seguía con sus viajes a Hamburgo, el canal de navegación del Báltico, hasta Noruega y de ahí a casa. Cuando hacían escala en Islandia bajaba a tierra muy poco tiempo, pues por entonces ya se podía comprar jamón en cualquier lugar de la isla, como decía él. Después de la enfermedad, la madre había estudiado taquigrafía y mecanografía por correspondencia y, tras un breve período de suplencias, la contrataron fija de secretaria de un economista del Banco Central de Islandia, que por entonces tenía sus oficinas en la calle Austurstræti.

Vigdís empezó a ir a la escuela de Vesturbær; disponía de una habitación para ella sola y sufrió el primer y único ataque de ira de su vida, cuando exigió que le regalaran un gato y no dejó de gruñir hasta que su madre consiguió hacerse con un gatito en casa de los vecinos. Después hubo pocas cosas memorables; Vigdís sacaba una media de sobresaliente en el colegio, era tranquila, concienzuda y tenía pocos amigos, aunque muy fieles. Veía a su padre tan sólo unas pocas semanas al año, y más tarde sospechó que procuraba enrolarse en las travesías más largas, aunque nunca le preguntó si era realmente así.

Su madre no era muy habladora, pero por eso mismo se ocupaba de Vigdís más de lo habitual: parecía una abuelita cariñosa dispuesta a cumplir todos sus deseos, lo que al mismo tiempo confirmaba la distancia entre ambas y representaba un intento de tender puentes entre ellas, cosa que Vigdís nunca había visto en ninguna otra relación entre una madre y su hija. Quizá el motivo era simple y llanamente la edad y que sus padres fueran ya mayores cuando la tuvieron. Sus abuelos del norte rara vez iban a visitarlos; la otra abuela había fallecido y el abuelo estaba *enfermo* y vivía en una residencia de ancianos de Kjalarnes, aunque más tarde se enteró de que en realidad era un asilo para ancianos alcohólicos. Las pocas veces que iba a visitarla gente de su edad, se referían a su madre como «tu abuela», y por regla general ella no les corregía el error.

En los años de su adolescencia, Vigdís intentó reaccionar contra aquel incomprensible silencio y contra la depresión que flotaba sobre la casa como una pesadilla, o más exactamente como si la vivienda estuviera profundamente enterrada en el estómago de un monstruo mudo que se la hubiera tragado mucho tiempo atrás, así lo expresó su amiga Guðlaug. Gracias a Guðlaug dejó de ser hija de sus abuelos, aprendió a hacer tonterías al menos una vez al mes, jugueteó con el alcohol y el tabaco, y a los quince perdió la virginidad con un chico tres años mayor que ella. Él estaba solo en su casa, un gran chalet unifamiliar de Skerjafjörður, y, antes de que ella se diera cuenta, la había desnudado y la había metido, entre risas, en un *jacuzzi* que había en el jardín trasero. En realidad, la experiencia no significó una desilusión para ella, pero en su diario escribió que sentía tristeza por no poder seguir imaginando el sexo como una solución, como algo que con su magia la salvaría de sí misma. Quizá solamente era que le costaba confiar en la gente, depender de un desconocido.

A principios de su segundo año en el Instituto de Hamrahlíð, su madre fue víctima de un atropello. Iba caminando a casa después del trabajo, un viernes, cuando un coche giró una esquina, a escasa distancia de la catedral católica, y la golpeó con tal fuerza que la arrojó por encima de la cerca hasta el jardín de la iglesia. Llevaba en una bolsa lo que había comprado para cenar con su hija. Unos días después, Vigdís encontró en el jardín una chocolatina Prins Póló, a poca distancia del lugar donde falleció su madre. Llevaba varios meses comprando chocolate para el postre de los viernes, y Vigdís estaba convencida de que aquella chocolatina en particular era para ella. Se llevó el dulce a casa, donde había llegado ya su padre para asistir al entierro,

estuvo llorando en silencio hasta que se quedó dormida e intentó comportarse decentemente antes de coger una enorme borrachera..., una vez que su padre hubo vuelto al mar.

Se sentó a escribir una necrológica, pues estaba segura de que, en caso contrario, no la haría nadie, una idea tan dolorosa que le resultaba insoportable. Alguna huella tenía que quedar de que su madre había vivido. Escribió todo lo que recordaba, pero con la sensación de que aquello era mentira, excepto un breve párrafo en el que se extendía sobre las horas que pasaban en el jardincito trasero. El jardín era pequeño y lo compartían con las demás personas del bloque, quienes autorizaron a su madre a instalarse en un rincón, plantar patatas, zanahorias y coles, y hasta un árbol. En primavera, Vigdís la ayudaba a plantar coliflores y semillas y a arrancar malas yerbas, raíces de ranúnculo y diente de león. Un verano, su padre construyó una pequeña caseta para las herramientas, y su madre y ella la pintaron de verde, pusieron visillos en la ventanita cuadrada que daba al huerto y colocaron una estantería donde su madre pudiera criar los esquejes. Con el tiempo fue coleccionando herramientas, que colgaba en las paredes, y bolsas llenas de semillas que no podía sembrar aún por falta de espacio, y añadieron una mesa y dos banquetas en las que a veces se sentaba con Vigdís a charlar.

En esos momentos, Vigdís recordó todo aquello y tuvo la impresión de comprender por fin el porqué de los ratos que pasó allí sentada con su madre, pues en aquel lugar le resultaba más difícil protegerse con la excusa de las tareas escolares que tenía que terminar, es lo que hacía cuando estaban dentro de casa, y las dos no tenían más remedio que conversar. No era propio de ella ponerse en una situación tan vulnerable y, aunque nunca hablaron demasiado, allí veía Vigdís un aspecto de su madre demasiado complejo para su capacidad de comprensión en aquella época por su falta de conocimientos y experiencia. Recordaba a su madre sentada fumando, o mirando por la ventana en silencio, y supo que nunca había podido conocer algunas cosas de su vida: era ya mayor y guardaba en su interior más de lo que ella podía saber; no era lo que se pudiera ver desde fuera, sino lo que guardaba dentro de ella. Al menos eso era lo que Vigdís prefería imaginar.

Después del entierro, su padre se embarcó de nuevo y desde entonces volvió a casa con menos frecuencia que antes. Guðlaug la rebautizó como Pippi Calzaslargas y se quedó a dormir en su casa cada vez más a menudo, hasta que decidieron vivir juntas. Su padre les cedió el piso, se negó a cobrarles alquiler e iba de visita las raras ocasiones en que se encontraba en el país, pero entonces se alojaba en un hostel.

Vigdís terminó el instituto y se matriculó en la universidad para estudiar Psicología. De vez en cuando bebía hasta emborracharse y tuvo algunos ligues de una sola noche, pero por regla general pasaba el tiempo en la biblioteca. Se le daba bien asimilar las enseñanzas y se graduó en Psicología en el grupito de los mejores; se fue a vivir a Dinamarca y terminó el máster en la Universidad de Copenhague, donde redactó un trabajo final sobre la interacción entre depresión y diabetes.

El curso incluía someterse a terapia, en la que intentó pasar cuentas con su propia vida en una u otra forma, hacer las paces consigo misma y con *el silencio*; a veces le resultaba totalmente imposible: se parecía demasiado a su madre y en su interior se ocultaba aquel mismo *algo* que pronto se adueñaría de su vida y la arrastraría al silencio, si es que no lo había hecho ya. Una vez de regreso en Islandia abrió su propia consulta en la calle Klapparstígur, donde recibía pacientes, les aplicaba *terapia cognitiva conductual*, y, aunque evitaba la interpretación junguiana de los sueños, de vez en cuando se dejaba tentar por ella. Se apuntó en *World Class*, como otros miles de islandeses, y descubrió las clases vespertinas de meditación de los budistas zen ubicados en la calle Grensásvegur, donde perfeccionó su nuevo silencio *más abierto*.

Vivía bien. En compañía de Guðlaug, que se había convertido en asesora de uno de los directores de departamento del banco Kaupþing, participó en una asociación que tenía la finalidad de reforzar la red de conexiones entre mujeres y que, entre otras actividades, organizaba excursiones gastronómicas semanales, excursiones mensuales para practicar el golf, la pesca deportiva o la natación y viajes anuales al extranjero, por lo general a lugares espléndidos. Durante un viaje a Milán se dejó seducir por un italiano en una discoteca, después de haber pasado un año entero sin acostarse con nadie, y oyó hablar de Hrafn por primera vez, decían de él que era una de las sanguijuelas más repugnantes de Islandia. Poco después entró en su consultorio el hombre en persona, con su mente transformada en una maraña incomprensible que su método cognitivo conductual empezó a desenredar al momento.

Muy pronto tuvo la sensación de que se había enamorado de ella. Una tarde, tras la charla en la consulta, los dos dieron un paseo por la laguna, cenaron en un restaurante y acabaron en la casa de él, en la cama. Era una mansión de Seltjarnarnes, no muy distinta a aquella donde ella perdió la virginidad: *jacuzzi* en la veranda del segundo piso, con vistas al monte Esja, aunque el coche deportivo que había delante del garaje no era rojo, sino negro. Al día siguiente, él le dijo que la amaba y que quería pasar con ella toda la vida, la llenó de regalos, y sus palabras parecían sinceras. Le hizo prometer que no hablaría a nadie de su relación, ya que podría perjudicarla en su trabajo, pero al poco dormía en casa de él cada noche. Todo sucedía rápido con Hrafn, además era simpático, utilizaba más palabras en un solo almuerzo que los padres de Vigdís en toda su vida, y se conocía de memoria la primera página de *La campana de Islandia*.

Al principio, ella no se hacía una idea clara de a qué se dedicaba Hrafn, pero leyó en internet sobre su empresa, conoció a sus padres en Laufásvegur y se alojó durante una semana en la casa que tenían en una playa de Florida; vio al padre sonreír de oreja a oreja con una copa en la mano, asentir con gesto meditabundo a las anécdotas de su hijo sobre su viejo padre, que hacían pensar en un alegre sociópata que por la mañana disolvía sindicatos, por la tarde repartía sillas de ruedas a los paralíticos y a la hora de la cena intentaba violar a una camarera en el hotel Holt. El dinero de la familia creció en el mar y se pescó con autorización del Estado islandés, legalmente,

eso sí, aunque quizá hubiera algo inmoral en el fondo, todo dependía de a quién se preguntara.

Cuando Hrafn vendió a su hermano la parte mayoritaria de la empresa, empezó a invertir, a transferir dinero de una parte a otra del mundo, de una cuenta a otra y verlo crecer. Decía que el trabajo era difícil y arriesgado, aunque ella no notaba que estuviera demasiado preocupado ni que trabajara en exceso. A veces iban a recepciones en alguna embajada o a cócteles que ofrecían los bancos en los que trabajaban conocidos de Hrafn y amigos de su partido. Él afirmaba no ser político, sino *pragmático*; tenía escasa ambición, o ninguna, pero se consideraba a sí mismo, igual que a su hermano, como supervisor de la fortuna familiar, que había que transmitir a la siguiente generación, al menos, sin mengua alguna. En el futuro deseaba tener hijos y quería que éstos encontraran más cariño que él mismo en sus años de formación. En lo referente a la vejez, se consideraría satisfecho con una casa en el Gran Canal, donde pudiera leer libros y pintar acuarelas sentado en la terraza. Ni él mismo sabía si lo decía en serio o en broma, pero habitualmente lo acompañaba de una sonrisa burlona.

Vigdís no tenía ni idea de cuáles eran sus propios sentimientos. No había estado con demasiados hombres a lo largo de su vida y, en realidad, le preocupaba más lo que podía ver en ella un hombre como Hrafn. Aunque se consideraba lo bastante atractiva y culta para Hrafn, a veces sentía en su interior que era demasiado *corriente*, con aquel interior reprimido y mudo que no se atrevía a salir a la superficie y exigir lo que personas como Hrafn y su familia parecían dar por sentado. Éstos no carecían de problemas, pero ninguno era debido a la falta de fortuna o al exceso de ella: no vacilaban a la hora de satisfacer sus propios deseos, no se pedían perdón a ellos mismos. En realidad, parecían creer que les asistía cierto derecho innato a exigir más a los otros que a sí mismos, en todo lo cual se percibía, sin duda, una cierta arrogancia. Pero Vigdís se mantenía aparte; pensaba que en ellos se notaba la *diferencia de clases*, y una tarde Hrafn lo puso de manifiesto a su manera, diciendo que la amaba a ella más que a sí mismo, que ella era independiente, que en ella había una calma que irradiaba de sus ojos y lo sublimaba todo a su alrededor; que además era absolutamente preciosa, alegre e incapaz de la menor falsedad, cosas todas ellas ajenas a su propia familia.

Vigdís veía a su padre tres veces al año, cenaban juntos y charlaban del pasado o de las novedades de las últimas semanas. Su padre era un *buen hombre*, de eso no había duda, pero tan lejano que a veces ella tenía la sensación de estar sola a la mesa; el silencio de su padre era tan íntimo que ni siquiera se sentía incómoda. No era como un abuelo cariñoso, sino más bien como un tío bonachón. A veces culpaba a sus padres de sus propios problemas, pero no muy en serio. Sin duda, en su infancia habría podido recibir más cariño, pero si ésa era la única injusticia que habían cometido con ella en la vida, habría que considerarla como un pecado venial. En conjunto eran unas personas magníficas, plácidas, y lo único raro de su vida era que

nunca llegaron a casarse, seguramente por falta de iniciativa y miedo al ajetreo de la celebración.

Quizá no sucedió nada de eso o fue de forma distinta a como ella creía; en parte sospechaba que podía tratarse de meras conjeturas construidas sobre las imágenes del álbum familiar que había organizado su madre y que ella se pasó horas mirando después de aquella trágica muerte. No tenía hermanos ni apenas alguien a quien preguntar, y cuando su padre se sumergiera del todo en el silencio ya no quedaría nadie más.

A veces soñaba con su madre, oía el golpe del atropello del coche y la veía elevarse hacia el cielo como Mary Poppins, pero sin paraguas y sin canción, como un pelele, deslizándose sobre el jardín de la catedral, con una sonrisa benévola y cariñosa.

Se sujetó al respaldo del asiento delantero. El camino había ido empeorando, se había hecho más duro, más abrupto, y estaba lleno de baches. El arenal se volvió escabroso y por todas partes había desperdigadas grandes rocas.

El *jeep* se sacudía más que nunca y Vigdís apretó los dientes para impedir el castañeteo. Por la ventana veía que la pista seguía el contorno del paisaje, que en su mayor parte estaba repleto de rocas y pedregales, pero que atravesaba dunas y crestas de arena, que ahora se alzaban a ambos lados del coche. Pasaron por zonas estriadas como las antiguas tablas de lavar, se metieron en dos o tres baches profundos, hasta que se produjo un fuerte golpe. Se oyó un estallido, el motor se apagó y el coche se detuvo.

—*Shit* —dijo Anna, cuya cabeza se estampó contra el asiento delantero—. ¿Qué es lo que pasa ahora?

Hrafn no respondió, salió del coche y los demás le imitaron.

El vehículo estaba inclinado sobre un costado, la cubierta de la rueda delantera del lado del pasajero había reventado.

6

Entre granos de arena

EGILL

—Maldita sea —exclamó Egill, dio la vuelta alrededor del coche y sacudió la cabeza.

Hrafn se tumbó boca abajo para mirar la parte inferior del vehículo y Egill hizo lo mismo al otro lado. En el suelo, casi en la parte central del coche, en el lado del copiloto, se veía un profundo agujero en el que se habían metido y del que habían salido rebotados. El borde delantero del agujero era tan afilado que con el golpe había reventado la cubierta del coche.

—Maldito cacharro —masculló Egill entre dientes, se levantó y se quitó el polvo de encima.

La pista pasaba entre dos agujeros pedregosos y probablemente era la única parte del camino que no habrían podido atravesar sin incidentes. *Tryggur* miró fijamente el otro agujero, gruñó bajito y metió el rabo entre las patas traseras.

—Creo que se ha roto el eje —dijo Hrafn al mismo tiempo que se levantaba—. O como sea que se llame eso, la barra que sujeta las ruedas... Pero al menos tuvimos la suerte de salir rebotados del agujero.

Anna estaba sentada en la arena, cerca de ellos, entretenida acariciándose el lóbulo de la oreja mientras fumaba. A Egill no le apeteció hablar con ella.

—Lo arreglaremos, ¿verdad? —dijo Egill.

—Si los viejos tienen un soldador, claro que sí. Y una rueda de repuesto. Están pinchadas las dos delanteras.

La rueda que no había reventado con el golpe se iba desinflando poco a poco y de ella salía un silbido grave.

Hrafn se acercó a las chicas y les dijo que volvieran a la granja. Mientras tanto, Egill fingía estar retocando algo al otro lado del coche. Anna y Vigdís se pusieron las mochilas y se marcharon sin mucha prisa, y Egill se alegró de librarse de ellas. Oyó a Vigdís intentando consolar a su amiga, que parecía, ¡cómo no!, aterrada de no poder escapar de aquellos lugares.

—Sólo ha sido el primer intento —dijo Vigdís.

Tryggur corría de una forma un tanto rara, soltando leves ladridos delante de ella, y los tres se perdieron en la inmensidad.

Hrafn rebuscó en el maletero, sacó unas herramientas y volvió a tumbarse debajo del coche mientras Egill se sentaba en el otro agujero, abría una cerveza y le echaba un poco de whisky. Llevaba un porro preparado en el bolsillo de la camisa.

El tiempo seguía mejorando y pronto el viento se encalmó; la temperatura subió tanto que los dos se desnudaron de cintura para arriba y Egill se arremangó las

perneras de los pantalones.

Encendió un cigarrillo. Anna se entrometía demasiado en sus cosas. Esa mujer no se conocía demasiado bien ni a sí misma, desde luego no tan bien como la conocía él. A veces, él no necesitaba hacer absolutamente nada: se sentaba sin mostrar ningún gesto en la cara, vaciaba la mente y la miraba contoneándose de acá para allá. Anna estaba intentando conectar con él, como quien hace *zapping* en la televisión en busca de algo entretenido, para sacudirse de encima la angustia que sentía cuando no sabía lo que podían decirle los demás, cuando se encontraba frente a frente consigo misma.

Menos de cinco minutos después de estar trasteando debajo del coche, Hrafn pareció haberse hartado, se limpió el polvo y el aceite de las manos y echó las herramientas al maletero. Luego se quedó al lado de Egill, echó un buen trago de la botella de agua y miró hacia el horizonte. En el sobaco llevaba bien sujeta una caja de plástico roja que había sacado del maletero del coche.

—¿Ha ido bien? —preguntó Egill—. ¿Qué has estado haciendo?

—Estuve comprobando si podía colocar el eje.

—¿Entiendes de coches?

—Más que tú, al menos... El agujero es reciente.

—¿A qué te refieres?

—El agujero en el que nos metimos. Creo que lo excavaron no hace mucho tiempo. O lo hicieron más hondo. La tierra de dentro es más oscura que la arena de alrededor.

—Caímos en el agujero, ¿no es normal que la tierra esté removida? ¿Y eso qué importancia tiene?

Hrafn se encogió de hombros.

—Encontré bengalas en el maletero —dijo, mientras cogía la caja—. Podrían venirnos bien. —En la caja había cinco o seis cilindros de plástico con mango de madera e instrucciones impresas.

—Magnífico —dijo Egill—. Al menos son más nuevas que el coche.

Se pusieron en marcha y rehicieron todo el camino. Hrafn dijo que probablemente el eje estaba demasiado oxidado para poder repararlo, por muchas herramientas que tuvieran los viejos.

—¿Me estás diciendo que ese agujero lo ha excavado alguien? —preguntó Egill.

—No lo sé. ¿Quién iba a hacer algo así? —Hrafn negó con la cabeza—. No les digas nada a las chicas. No quiero asustarlas.

—¿Qué pasa si no podemos mover el coche?

—Ni idea. Nos tiraremos al suelo y nos pudriremos —dijo Hrafn, que parecía enfadado.

Desde el sur llegaba una débil brisa. Los arenales se extendían en todas direcciones a su alrededor y en el horizonte no se veían montañas ni colinas. Egill se

descubrió pensando que en pocos lugares del mundo había menos probabilidades de encontrarse por casualidad con otras personas: Siberia, el Sáhara, los grandes espacios deshabitados de Canadá, los polos...

—Somos tan pequeños... —dijo, aunque su intención era decir algo totalmente distinto.

—¡Pero qué dices! ¿Te ha entrado miedo y llamas a tu mamá? —Hrafn puso ojos de loco. Su estado de ánimo cambiaba constantemente, como había estado pasando durante todo el viaje.

—No lo sé. —Egill echó un buen trago de la petaca e hizo una mueca—. Has cambiado —dijo, y decidió no dejarle tranquilo—. Este año pasado. El otro día, pensando en cómo eran antes las cosas, lo vi con toda claridad. Estás muy taciturno y al mismo tiempo también hablas más. Ahora eres como más exagerado, tú mismo lo estás viendo... —Estuvo a punto de preguntarle si no iban las cosas bien en el trabajo, si lo había *perdido todo*, pero habría sido una estupidez, demasiado evidente—. A veces tengo la sensación de que guardas algún secreto, algo de lo que no quieres hablar. Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que explique mi vida en una sola frase...?

—¿Todo va bien entre Vigdís y tú?

—Claro que nos va bien. Ella es lo mejor que me ha pasado nunca, de eso no hay la menor duda. ¿Por qué preguntas por *ella* precisamente?

—Es sólo una pregunta, tío. Porque pareces preocupado. —Siguieron caminando, no veían a las chicas por ningún sitio aunque seguían las rodadas.

Hrafn se detuvo y pidió perdón por su salida de tono.

—El otro día, Vigdís me dijo que volviera a beber. Mejor eso que seguir así de irascible —dijo riendo.

Añadió que habían pasado últimamente por un período difícil, pero que no tenía demasiada importancia, que no era nada serio; habló de lo difícil que era dirigir una empresa en estos días, en circunstancias tan difíciles, y Egill tuvo la sensación de que su amigo llegaba a estar al borde del llanto, aunque consiguió sobreponerse.

—No sé —comenzó Egill mientras seguían caminando lentamente—. Anna y yo estamos en un caos absoluto, eso por lo menos. El sexo ha muerto, se ha acabado. Ella quiere que visitemos a un consejero matrimonial... Toda la gente que conozco está sumida en un caos absoluto. Es como si esta sociedad fuera una máquina que se traga a la gente y la caga pringada y vuelta del revés, con el culo en la boca, con los ojos en la entrepierna.

Subieron una duna de arena; parecía una gran ola en un mar liso como un espejo, pero no vieron la casa, no había nada más que la pista en línea recta. Hrafn soltó una maldición por haberse olvidado los prismáticos, se sentó en la arena y bebió un trago de agua.

Egill bebió de su petaca y la dejó sobre la arena en medio de los dos; sacó el porro del bolsillo de la camisa, se lo llevó a la nariz y observó disimuladamente a

Hrafn.

—¿Nunca piensas en la casa de Árbær? —dijo Egill—. Nos lo pasábamos bien. Bien de cojones. Desde entonces, ¿te lo has pasado alguna vez igual de bien? Aunque quizá tú vivías en un mundo muy distinto al mío, allá arriba en Selás, ¿no? —Egill rio—. El pajarito en su jaula de oro.

Hrafn no vivía en los bloques, sino en la zona de Selás, donde residían los hijos de los ricos. Sus padres habitaban en una de las mansiones más grandes, al lado del río Fjarðará, y allí vio Egill por primera vez una cabina de rayos uva, una nevera con máquina de hielo y un teléfono inalámbrico. En el cuarto de juegos, al lado de una consola Pac-Man, colgaba en la pared un enorme póster de Val d'Isère, en los Alpes franceses, donde Hrafn y su familia iban a esquiar desde que él era pequeño. A cambio, los miembros de la familia no parecían preocuparse mucho los unos por los otros, a diferencia de lo que sucedía en casa de Egill, aunque en el piso de sus padres no había demasiados sitios donde esconderse.

Empezaron a probar el alcohol a través del hermano de Hrafn y sus amigos, que celebraron una fiesta de tres semanas de duración, muy en contra de los deseos de sus padres, que estaban esquiando en Val d'Isère; empezaron con una borrachera de sofá en el salón, arrasaron el cuarto de juegos, la mesa de *ping-pong* y la de billar, compitieron en el aparato de remo y acabaron en la sauna, donde Hrafn se vomitó encima y Egill lo hizo encima del carbón, prometieron no volver a beber nunca más y se derrumbaron medio muertos en una cama. El olor a vómitos del sótano tardó meses en desaparecer, pero ya al día siguiente el hermano invitó a las chicas de la fiesta al piso de arriba, volvieron a la borrachera y Hrafn acabó en una cama de Ártúnsholt con una chica mayor que él, con la que perdió su virginidad, aunque no podía recordar nada de lo sucedido, excepto que la chica se llamaba Valdís. Egill le hizo notar que el nombre sonaba prácticamente idéntico a Val d'Isère, y siempre estuvo convencido de que lo había montado todo adrede sólo para poder ser *el primero*.

Cuando los padres de Egill se mudaron a Vesturbær, dispuso de su propio sótano, donde se alojaba Hrafn algunas veces que iba a visitarle. Allí dejaron ya los pequeños hurtos y las peleas que practicaban en Árbær y en el centro comercial, pero empezaron a destilar aguardiente casero en un garaje de la compañía pesquera Grandi y a recorrer en bicicleta la zona desde Rauðarárstígur hasta Seltjarnarnes, al otro extremo de la ciudad. El último año de colegio empezaron a fumar yerba en los cobertizos destinados a secar lumpos, en Ægisíða, y pronto, casi como si hubiera sido algo totalmente inevitable, Hrafn se desmadró. Todo lo que habían hecho juntos por primera vez, beber, consumir drogas, dar golpes a farolas, marquesinas de autobuses y personas, Egill aprendió a controlarlo, mientras Hrafn perdía el control, arrastrado por algo que Egill no lograba comprender. Cuando Hrafn abandonó el instituto y se marchó de casa, empezó a vender las drogas que compraba para su propio consumo y cayó tan bajo que ni él mismo se dio cuenta de que algo había cambiado. Egill no

pudo seguir detrás de él y, cuando se presentó la ocasión, poco antes de que los dos cumplieran los dieciocho años, Egill rompió aquella amistad con la ayuda de una chica de la que Hrafn estaba enamorado; así le sacó de su vida y no miró nunca atrás..., hasta que se toparon en un cóctel diez años después.

Egill dio varias vueltas al porro entre los dedos y lo encendió. Aspiró el humo y lo retuvo, y al poco se lo pasó a Hrafn, que lo cogió como si nunca hubiera existido la posibilidad de hacer otra cosa. Egill exhaló el humo, no miró a Hrafn, pero se dio cuenta de que daba una buena calada, una, dos. Se fueron pasando el porro.

—¿Tú sabías que el uno y medio por ciento de la superficie de América del Norte está asfaltado? —dijo Egill dejando vagar su mirada por las arenas.

—¿Eso es mucho?

Egill soltó una risita; se sentía como si tuviera la cabeza inflada y en ese mismo instante le fuera a estallar, y como si se fuera inflando más cada vez que abría la boca para hablar.

Sacó el móvil y lo encendió.

—¿Hay cobertura?

Egill dijo que no con la cabeza, volvió a guardar el teléfono; cogió el porro, inhaló el humo y lo mantuvo dentro un buen rato; notó cómo se le iba relajando todo el cuerpo, el humo se iba enroscando por los pulmones y, cuando exhaló una línea de color gris pálido, pudo sentir cada célula de su cuerpo; todo estaba exactamente en su sitio y no podía ser de otra forma. Cuando eran más jóvenes, Hrafn llamaba a aquella sensación adornar la moña; no demasiado, sólo para salir de la borrachera. Volvió a pasarle el porro a Hrafn y dijo:

—Estuve en una fiesta con un escritor que estaba trabajando en un libro sobre vacas. Afirmaba que en ciertas zonas del país donde no hay cobertura de móvil, ni ondas de radio ni nada de toda esa mierda que llena el aire de las ciudades, se reunían los fantasmas, los niños expuestos al nacer, los diablos, los elfos, los seres de las rocas, los espíritus del terruño, los monstruos. Por eso ya no se los encontraba en otros lugares.

—Suenan razonable.

Egill asintió.

—Si hay otras dimensiones y en ellas habitan unos seres, es evidente que éstos tendrán que funcionar en una frecuencia de onda distinta, en otras longitudes de onda, y algunas de ellas podrían verse distorsionadas por nuestras señales telefónicas: en su mundo sería como si estuvieran constantemente recibiendo ráfagas de ametralladora por el cielo, explosiones de bombas de metralla. Naturalmente, escapan a lo alto de las montañas. Y se instalan aquí, en las arenas, entre los granos.

Egill alargó el brazo para coger la petaca y se echó al colete todo lo que quedaba; se enjuagó la boca. En la otra mano sujetaba el porro, no recordaba cuándo lo había cogido, pero vio que estaba consumiéndose. Se lo ofreció a Hrafn, que lo rechazó con un gesto de la mano, luego lo desmenuzó entre los dedos y miró la brasa en la arena,

como un ojo rojo entornado, o como una flor del infierno. Antes de conocerle, Anna vivía una vida insatisfecha, patética. El sexo le parecía algo desagradable. A él le resultaba cansino tener que tomar siempre la iniciativa para follar, verse rechazado, tener que buscar a veces otras cosas, no quería hacer eso. Necesitaba más cariño, fuego en el pecho surgido del cuerpo. O dinero.

—Anna no había tenido nunca un orgasmo hasta que me conoció a mí.

—Te está sangrando la frente.

Egill se llevó la mano a la frente, palpó la venda de la herida, que estaba húmeda, y vio sangre en las yemas de los dedos.

—El calor, supongo... —No hizo nada, tampoco tenía muy claro lo que podía ser. Pensó confusamente en el colirio que utilizaba para ocultar las venillas de los ojos después de fumar.

—... a cuatro patas y desapareció en la oscuridad —dijo Hrafn, describiendo algo que había visto por la ventana la noche anterior.

—Ah, ya... ¿Ya estás colocado?

—No fueron imaginaciones mías. Echó a correr por el arenal a cuatro patas y desapareció.

Callaron. Egill intentaba imaginar cómo habría sido crecer allí, en los arenales. En el siglo XIX. O en el XVIII, el XVII, el XVI.

—No comprendo cómo podía vivir aquí la gente en el pasado. Piensa en este silencio y en la *oscuridad*. Sin colores, sin sonidos, la comida sin sabor, sin luz excepto como mucho unos cabos de vela o lámparas de aceite de hígado de pescado; nada que mirar, nada que leer, ni golosinas. Nada... Todos los días, toda *la vida*. Durante mil años. Cuerpos pequeños y escuálidos, almas pequeñas resacas como uvas pasas en la arena.

—Al menos tenían sus historias —dijo Hrafn—. De otras dimensiones, de seres que viven dentro de las piedras y por los rincones, seres ocultos, fantasmas y expósitos. Las cosas de las que hablaste antes, ¿no es eso?

—Historias de la propia locura. —Egill se sentía incómodo con aquella conversación—. Tenemos que volver pronto a casa, quitarnos todo esto de encima.

—Todo irá bien, nos salvaremos... —Estuvo a punto de añadir algo, pero lo olvidó, miró el horizonte y tuvo la sensación de que estaba llegando el crepúsculo, aunque el reloj dijera que era demasiado temprano—. Esperpentos, troles nocturnos —murmuró entre dientes.

Imaginaba cómo debería de ser la *cultura islandesa*: el despacho de un armador en un almacén de chapa ondulada al lado del puerto, grande y vacío; un leve olor a desperdicios de pescado en el aire, mezclado con la pestilencia del ambientador de pino que llegaba desde el retrete; el zumbido de un ordenador encima de la mesa de escritorio; un teléfono con un trasto para fijarlo al hombro; en la pared, un certificado de afiliación al Partido de la Independencia, el diploma de todos los que hablan de la *escuela de la vida*, la solvente justificación para quienes luchan contra la

independencia y la libertad; en los estantes, carpetas con capturas, cuotas de pesca y costos laborales, y detrás del escritorio, vegetando, el genio en persona: un hombrecito con un apetito enorme, lector voraz de Arnaldur Indriðason, *suscriptor* de las obras de Arnaldur, y terriblemente *colérico* si alguien se atrevía a menospreciar a Arnaldur, que soltaba con estruendosa voz de bajo incommovibles opiniones sobre la excelencia de Arnaldur, entusiasta seguidor del mercado, de las elecciones y de las virtudes del mercado, entusiasta seguidor de sí mismo y de sus propios deseos, y que estaba siempre donando para algo, según sus conveniencias, cultura y dinero, sexo y gula, roncando al darse la vuelta nada más follar, que se consideraba a sí mismo eficiente, astuto, listo, pero alcanzó el poder y se aferró a él durante un largo tiempo, incluso a la historia de la república, con las tergiversaciones que compartía con los demás, irónico y malhablado, polarizaba todas las conversaciones, minimizaba a los demás y los aplastaba.

—Mi padre, ya sabes —dijo Hrafn.

Egill se dio cuenta de que había estado diciendo todo aquello en voz alta, y de que Hrafn tenía razón. Estaba hablando de su padre, Halldór í Andra.

—Perdona —se excusó Egill; aunque no lo lamentaba de verdad, no comprendía por qué había dicho esas cosas. Encendió un cigarrillo—. Sólo pretendía decir que faltaba alma... Falta *alma*, ¿entiendes?

¿Por qué no podían mantener conversaciones normales, sinceras, cuando estaban juntos los cuatro? Todas sus charlas se derrumbaban y caían muertas, se diluían y jamás conseguían pasar del nivel de los lugares comunes, las cortesías y lo insustancial. ¿De verdad eran amigos? ¿Alguno de ellos deseaba realmente estar allí con los otros? ¿Por qué no deshacer el grupo para recomponerlo mejor? Si él estuviera allí con Vigdís, por ejemplo, con la atractiva Vigdís, podría hablar con sinceridad, establecer contacto, ansiaba *alegría y ternura*.

—Vigdís es una mujer estupenda —dijo, y se inclinó para apoyarse en los codos y mirar las nubes que pasaban veloces—. Es buena y alegre, sin falsedad, comprendo perfectamente lo que ves en ella... Le hace a uno mejor, no es egoísta, no está siempre angustiada ni *compitiendo* en todo lo que hace. —No pensaba decir aquellas cosas en voz alta, pero no parecía capaz de detenerse—. Maternal quizá..., lo que tiene ella es algo de lo menos frecuente hoy en día. Tiene alma. Yo lo daría todo por tener lo que tiene ella. No sabes lo afortunado que eres, jamás te has dado cuenta.

—... *seguro* —sonó el eco de Hrafn como desde muy lejos, lejísimos, llegado desde algo frío que se acumulaba sobre ellos. Su voz era cortante, como un carámbano.

—Lo que a nosotros nos falta —empezó Egill, pero se sintió invadido finalmente por el sopor y decidió cerrar los ojos un momentito, abandonar todos sus pensamientos, sus preocupaciones, todos esos amortiguadores de los sentimientos, todo lo que él era.

—... caminar —añadió Hrafn, y Egill movió el brazo, que se le había dormido.

Pero las pulsaciones del corazón iban bien, no habría problema.

—Estupendo por aquí —dijo, y suspiró.

Egill sintió en la cara el resplandor del invisible glaciar, cómo se alzaba frío sobre el paisaje, su pasado y su futuro, se filtraba en cada una de sus grietas y reventaba; oía las pisadas de Hrafn alejándose, los cristales de arena desmoronándose con cada movimiento, desapareciendo.

7

La foto de la gente guapa

ANNA

Anna se despertó cuando Egill se metió en la cama. Después de la caminata, Vigdís y ella se acostaron en las habitaciones que les habían dado la noche anterior. Él se acurrucó contra ella y, antes de que se dieran cuenta, se habían reconciliado sin planteárselo siquiera.

Cada uno abrió su cerveza y salieron hacia donde Hrafn y Vigdís estaban atareadísimos preparando la cena; habían puesto la mesa y las sillas sobre la arena, a escasa distancia de la casa, y Vigdís le confesó en voz baja a Anna que prefería pasar el menor tiempo posible dentro de la casa.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo Anna.

Volvieron a ella retazos del sueño que había tenido: un glaciar que se fundía y dejaba al descubierto tres lápidas sepulcrales con forma de rascacielos; en las ventanas brillaban luces de color rojo oscuro y unos zorros corrían por el arenal, extendiéndose por el paisaje como fuego flotante.

Repartieron las tareas: Hrafn montó la barbacoa de viaje y la llenó de carbón; envolvió en papel de aluminio unas setas rellenas de queso rallado y untó de grasa los solomillos de buey; Vigdís cortó cebollas y verduras bajo la mirada vigilante de Ása, asomada a la ventana de la cocina, mientras Anna iba al coche a por patatas. Egill tenía un vendaje nuevo en la frente, bebía cerveza y no movió ni un dedo hasta que se lo pidieron un montón de veces. Jugaba con *Tryggur*, le daba palmaditas y le tiraba la pelota, lo que fue toda una sorpresa para Anna; normalmente no aguantaba al *chucho*, que se quejaba con ojos suplicantes y muy abiertos cuando se sentaban a comer, e insistía en dejarlo en el vestíbulo para librarse de sus pelos.

No habían escatimado gastos a la hora de comprar comida cuando salieron de Mývatn, pues pensaban que durante un tiempo no se acercarían a zonas pobladas. Hrafn había hecho instalar un refrigerador en el maletero para que no se estropearan los productos cárnicos ni el bogavante que Egill tenía intención de asar cuando estuvieran en el centro geográfico del país; lo que al parecer sería una especie de victoria particular suya sobre la naturaleza.

Anna no recordaba cuánto tiempo llevaban de viaje. El recorrido se la había tragado de un bocado, o al revés. Era demasiado impresionable; a los pocos días de cualquier cosa tenía la sensación de no haber hecho nada más en la vida. Probablemente llevaban fuera una semana; salieron un domingo, pasaron la primera noche en Þingvellir y la siguiente en el hotel de Geysir, porque no les apetecía acampar. Luego fueron a Mývatn, donde pasaron dos noches, de ahí a Kerlingarfjöll,

que ella anotó en su cuaderno que era la montaña de pumita más bella de toda Islandia, y fueron a pie hasta Hányþur, se dieron un baño termal en Hveradalir y después, otra vez en coche, cruzaron Kjöl y fueron a Mývatn, donde se hospedaron en un hotel, se relajaron dos noches e hicieron acopio de provisiones.

Entró a la casa a preguntar a la anciana si les dejaría cocer patatas en su cocina, para adelantar un poco, pero no la vio por ningún sitio. En el salón, Anna se quedó mirando una fotografía que ya había advertido y que no se le había ido de la cabeza desde que llegaron. La foto era en blanco y negro, enmarcada y con cristal, y no demasiado clara. Al principio, creyó que sería una foto de los dos ancianos cuando eran más jóvenes, pero ahora estaba convencida de que la mujer no podía ser Ása, sino otra persona totalmente distinta, y más bella. La mujer de la foto tenía la cabeza inclinada a un lado y sonreía soñadora; rondaba los treinta años de edad, más joven que el hombre, que era ancho de hombros y tenía la espalda muy estirada, y aspecto de estrella de cine: rizos oscuros sobre la frente, ojos grandes y mandíbula fuerte, pero sin prestar tosquedad al rostro. Llevaba un traje de chaqueta elegantísimo, miraba hacia delante con una seriedad no carente de gracia a través de unas gafas tan finas que apenas se distinguían en la foto. Si Anna no supiese que era imposible, le habría tomado por un intelectual de buena familia y no por un campesino, y en realidad lo mismo podía decirse de la mujer que estaba a su lado.

En aquella foto había algo que la perturbaba: cómo se inclinaba la mujer hacia el hombre con un hombro algo levantado, como para sostener alguna cosa que no se veía; o la composición misma de la foto; las proporciones nada naturales del fondo.

Pero ¿por qué iba a ser imposible que aquel hombre fuera un intelectual o perteneciese a una buena familia? Anna tenía más problemas para ver a la anciana, a Ása, como otra cosa que..., ¿qué? Ama de casa era probablemente la expresión que estaba buscando. Pero algo tenían que *hacer* para ganarse el pan, o lo habían hecho en otros tiempos.

Oyó un crujido en el suelo del piso de arriba, decidió no preguntarle a la anciana si podían cocer las patatas y se apresuró a salir.

Se sentaron a la mesa con mantel y alzaron sus copas llenas de vino blanco, todos excepto Hrafn, que se dedicó a beber una especie de zumo de manzana. Anna le compadeció por no poder beber alcohol, pero decirlo le pareció una niñería. Vigdís sacó la Polaroid que había heredado de su madre y les hizo una foto.

—¡Por la naturaleza! —gritó Anna, y brindaron ante la cámara.

La foto quedó revelada al cabo de un minuto. Anna aparecía con los ojos rojos, la boca torcida y enseñando los dientes amarillentos a medio blanquear. Durante el viaje, Vigdís había utilizado la cámara para retratar flores y plantas, y bromeaba con ser la primera en descubrir la colonización de las tierras altas por especies nuevas llegadas hasta allí en las suelas de los zapatos de los extranjeros; habría una flor

nueva bautizada con su nombre: flor de Vigdís.

«Así cazan las mujeres», escribió Anna en su cuaderno, aunque probablemente lo que pretendía Vigdís era, además, recordar a su madre, a la que evidentemente había querido mucho: usar la máquina fotográfica que había heredado de ella y averiguar los nombres de las plantas, que al parecer le interesaban mucho a su madre.

Egill dio buena cuenta de otra copa, y Anna pensó que ojalá fuera más despacio y no acabara convirtiéndose en un problema esa noche. La casa estaba cerca de donde se habían instalado, hacia el sur, pero tenían una vista sin obstáculos sobre los arenales.

Tryggur estaba tumbado a los pies de Anna, debajo de la mesa. De vez en cuando aullaba bajito y se le restregaba contra las piernas, hasta que ella le dio uno de los huesos que había cogido en la granja. *Cansado de correr*, pensó. Desapareció en el camino de regreso desde el coche, pero volvió en cuanto Vigdís y ella llegaron a la casa, jadeante como si hubiera estado todo el rato corriendo.

Después de charlar del tiempo un rato, Hrafn dijo que había estado hablando del coche con la anciana.

—Aquí no hay herramientas para arreglar el eje. Además, las dos gomas delanteras están reventadas y sólo hay una rueda de repuesto. Y no tienen pegamento ni nada que pueda sustituirlo. Pero comentó que podíamos usar las bengalas.

—Pueden venirnos bien —dijo Vigdís.

—Pero, bueno —dijo Anna—. No vamos a quedarnos aquí a esperar, porque no tenemos nada que esperar, ¿no es así? ¿Cómo vamos a salir de aquí? —Había perdido el apetito, cogió la copa de vino y la giró entre los dedos.

—Iremos a pie —respondió Vigdís—. Buscaremos algún sitio con cobertura para los teléfonos. Si tenemos suerte, encontraremos un refugio con radioteléfono. Pero seguiremos la pista hacia el norte, a Askja, que no está demasiado lejos de aquí.

—¿A qué distancia? —preguntó Anna.

—A medio día a pie, creo yo —contestó Vigdís—. Depende de en qué lugar exacto del mapa estemos. Pero, teniendo en cuenta el tiempo que pasamos perdidos en el coche, tendría que estar sólo a unas horas de distancia. Buscaremos puntos de referencia por aquí cerca y utilizaremos la brújula y el mapa.

Se hizo de noche y hablaron sobre el disco de *ambient* que sonaba en el aparato. Egill intentó explicarles la diferencia entre *ambient* y *minimal*, pero sin mucho éxito. Vigdís encendió unas velas, que colocó en el centro de la mesa, y entonces fue como si la oscuridad que los rodeaba se hiciera más profunda. Hrafn abrazó a Vigdís y le dio un beso en la frente, estaba feliz y contento.

Anna intentó establecer contacto con Egill, pero no lo logró. Él seguía bebiendo y mirando la oscuridad con gesto impenetrable. La primera vez que coincidieron, él estaba borracho, no en mal plan ni haciendo el bruto como tantas otras veces después, sino deslumbrante de alegría y confianza en sí mismo. Rostro bronceado, camisa blanca con el botón del cuello desabrochado, chaqueta entallada. Estaban los dos en

una recepción del banco Kaupþing, en Borgartún, donde ella trabajaba entrevistando a esposas de empresarios islandeses. Él se presentó y dijo que la conocía del Instituto de Reikiavik. Al principio, ella no se acordaba de él, pero tras una breve charla Anna empezó a recuperar del fondo de su memoria a un tipo con jersey, un tanto frío, que un día de otoño se ofreció para ejercer algún cargo; tesorero, probablemente, en El Futuro, la asociación de alumnos. Se le solía ver con la nariz metida en manuales de dirección de empresas y era uno o dos años más joven que ella.

—Estoy mejor ahora, anda, dilo —bromeó con una sonrisa no del todo sincera.

Cuando se conocieron mejor, Anna pudo comprobar que los ojos de Egill rara vez estaban en armonía con lo que sucedía en el resto de la cara. En esa época faltaba poco para que abriera su despacho en Suðurgata, y decía que aún no era suficientemente rico para que el dinero le resultara indiferente. Tenía un piso en el centro, dos coches, una moto de nieve, una casa de verano en Snæfellsnes, hacía inversiones mensuales en oro, tenía una gran cartera de acciones y una lancha motora para darse un garbeo hasta el otro extremo del país: aún no había cumplido treinta años y todo eso le parecía poco.

Pero ella afirmaba que lo único que ambicionaba era ser feliz, y más o menos en serio disfrutaba haciéndole rabiar con la idea de dejarle plantado, aunque al mismo tiempo le molestaba la falta de empatía de que hacía gala, su amoralidad y sus ganas de trepar, que eran más que visibles. Ella nunca preguntaba nada pero, a diferencia de los padres de Egill, no estaba en absoluto de acuerdo con la idea de que *nadie perdía* o de que sus planes eran infalibles, pero sentía un deseo ardiente de acercarse a él, de comprender lo que le mantenía en marcha. Cuando todo parecía a punto de irse a pique, intentó hacerse un hueco en su vida, volverse imprescindible, aunque al mismo tiempo estaba atenta para identificar puntos débiles, sus miserias y maldades, pero sin demasiado énfasis, con los ojos apenas entreabiertos. Y si acabó encontrándolos no fue por su perspicacia, sino por los errores de Egill.

Anna se sintió otra vez inquieta, apuró de un trago su copa y puso música más animada. De repente, Hrafn y Vigdís se habían puesto de pie y habían empezado a bailar en su lado de la mesa, se deslizaban girando sobre la arena y Anna insistió en que Egill la hiciera girar también a ella, chillando de risa. Se dio cuenta de que él observaba los movimientos de la otra pareja, o más bien los de Vigdís. Ahora que lo pensaba, esa noche no era la primera vez que Egill miraba a Vigdís de aquella manera. Y no era ella la única que se había dado cuenta, también Hrafn se percató en una ocasión: notó cómo el otro se comía a *Vigdís* con los ojos. Anna advertía esas cosas, era demasiado perspicaz; siempre lo había sido.

Decidió quitarse el asunto de la cabeza, sintió el amor ascender por dentro de ella y, al poco, tan sólo notaba los apretados y rítmicos latidos de su pecho y veía las estrellas que se iluminaban unas a otras en el cielo, que formaba una bóveda por encima de ellos.

La corona de Skimmi Stokkur

Después se sentaron a la mesa a fumar. La música estaba apagada y el silencio solamente lo rompían los débiles gemidos de *Tryggur*.

—Tiene miedo a los zorros, deben de andar rondando por aquí —dijo Hrafn.

Egill puso cara de idiota hasta que Anna se hartó. Llevó a *Tryggur* dentro de la casa y lo encerró en la habitación, con su hueso.

Cuando volvió, Vigdís los estaba animando a contar historias de fantasmas.

—¿No es lo que se hace siempre en las acampadas? ¿Necesitamos una hoguera?

—Vigdís es especialista en historias de fantasmas —respondió Hrafn.

—Claro, es *psicóloga* —dijo Egill.

Pedían a gritos una historia de fantasmas y Vigdís dijo que había leído muchas cuando era más joven.

—Y novelas de terror y leyendas populares. Recuerdo una que me contaron hace no demasiado tiempo. Sucedió en los apartamentos para estudiantes de la universidad. No sé si debería contárosla...

—Sigue, por lo que más quieras —pidió Anna estremecida—. Me encantan los escalofríos.

—Probablemente se clasificaría como leyenda popular, pero no lo es; es verdadera. Sucedió y sin duda sigue sucediendo. Por lo menos os lo he advertido. Vosotros me habéis obligado a continuar...

—¡Vale ya! Y empieza de una vez —ordenó Anna riendo.

Se imaginó a Vigdís de excursión con los *scouts*, de niña, con un pañuelo rojo al cuello, sentada con sus compañeros alrededor de una hoguera en Skorradalur, tras un largo día practicando nudos y primeros auxilios.

—Pues muy bien —dijo Vigdís, y comenzó su historia—: Había una vez una pareja que tenía dos hijos, de tres y siete años. Cuando los padres empezaron a estudiar en la universidad se fueron a vivir a uno de los bloques de apartamentos para estudiantes de la calle Eggertsgata, de esos para estudiantes con hijos. Muchos de los apartamentos están en la planta baja, orientados al sur, hacia el aeropuerto, y apenas a unos metros de unas rocas que algunos dicen que fueron desplazadas sin muchos miramientos para construir los bloques. La pequeña familia se instaló en uno de esos apartamentos y, al cabo de unas semanas, notaron que su hija se comportaba de forma extraña. Como si tuviera un amigo invisible que solía aparecérselo cuando estaba jugando. Los padres se dieron cuenta cuando la niña se fue a la puerta del balcón y saludó con la mano. Su madre le preguntó quién estaba allí fuera, y la pequeña respondió sin dudarle: «Skimmi Stokkur», su nuevo amigo que vivía en las rocas que había delante del balcón.

»Después, Skimmi Stokkur empezó a ir de visita con más frecuencia, pero los padres no se alarmaron demasiado, su hija estaba en esa edad en que los niños suelen tener amigos invisibles, y cuando Skimmi iba de visita, ella se mostraba más obediente. En cuanto a su hermano pequeño, no parecía que viera nada, pero un día la niña dijo que Skimmi había preparado una corona para él, de un azul deslumbrante como el cielo, con bolas rojas en la frente, y que eso *no era bueno*. La niña se puso muy nerviosa al contarlo y sus padres empezaron a preocuparse. Preguntaron más cosas sobre Skimmi, y la niña lo describió diciendo que era verde, «huesudo» y de la misma estatura que ella; que llevaba ropa de muchos colores, tenía unos ojos clarísimos, resplandecientes, pero como sin color, y que siempre hablaba susurrando, pero no con la boca, sino con los ojos. Además, tenía la nariz muy rara y, a juzgar por la descripción, los padres pensaron que carecía de tabique nasal.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Egill.

—Que no tenía dos agujeros en la nariz, sino uno solo —contestó Anna impaciente—. ¿Y qué pasó entonces?

—Bueno, pues un día, cuando la madre está lavando los platos, la niña sale del dormitorio, tira de su madre para que la acompañe, dice algo sobre la corona y su hermanito, y que tiene que ir enseguida al dormitorio para ayudarle. La madre dice que antes tiene que acabar de limpiar los platos, no consigue entender las prisas de su hija, hasta que las luces del apartamento empiezan a parpadear. Entonces se da cuenta de que algo no va bien, va corriendo al dormitorio y encuentra a su hijo sentado en el suelo al lado de la cama, retorciéndose y dando brincos mientras de la cabeza le sale un humo negro. Saltan los plomos del apartamento, la habitación huele a quemado y la madre coge en brazos a su hijo, que sigue humeando, y echa a correr por los pasillos hasta que llega la ambulancia. Pero, para entonces, ya ha muerto.

»Después, cuando pudo hablar con la niña, ésta le contó lo sucedido: estaba sola en el salón cuando entró Skimmi Stokkur por la puerta del balcón y se sentó a su lado. Se pusieron a jugar y enseguida llegó también el hermanito y se quedó con ellos; entonces, Skimmi le puso la corona en la cabeza, le susurró al oído algo muy rápido y muy confuso, y le entregó una llave que tenía que meter en la pared del dormitorio. En esos momentos, a la hermana le entró miedo, fue a llamar a su madre, pero Skimmi le puso en la boca una bufanda mágica, así que tardó un buen rato. Cuando por fin llegó con la madre al dormitorio, la corona que tenía su hermano en la cabeza estaba tan brillante que no podía ni mirarla, luego todo se volvió oscuro y Skimmi ya no estaba.

»Después del entierro, los padres abandonaron sus estudios en la universidad y se fueron a vivir a Noruega, pero las historias de Skimmi Stokkur siguen oyéndose. Por regla general, entra por los balcones de los pisos de la planta baja, los que dan al sur y están más cerca de las rocas, pero también va a otros apartamentos si hay niños; si son dos se convierte en compañero de juegos del mayor, y el pequeño acaba teniendo un accidente; si hay un solo niño, su temperamento se va haciendo cada vez más

inestable hasta que enferma gravemente o sus padres sufren un accidente.

—¡Dios mío! —exclamó Anna—. Es como si todo eso tuviera cierta lógica. ¿Tú cómo lo supiste?

—Trabajé con una hermana de esa mujer unos años después. La mujer no había vuelto a la universidad y trabajaba de camarera de habitaciones en un hotel de Bergen. Después de aquel suceso, la pareja se separó, la niña había olvidado todo lo referente a Skimmi Stokkur... La hermana de la mujer tenía dos niños, y la moraleja de la historia, según dijo, era ésta: escucha a tus hijos, y si ellos ven algo que tú eres incapaz de ver, debes *tener miedo*.

«No alimentar al trol»

Anna soltó una risa ahogada, y todos se echaron a reír sin saber por qué. Hrafn se levantó y desapareció en la oscuridad para orinar, y Anna se encendió un cigarrillo. Estaba a punto de preguntar si alguien había llegado a ver la estación espacial en órbita alrededor de la Tierra, pero Hrafn volvió a sentarse a la mesa y dijo:

—¿No os parece extraño lo de esta casa? —Miraron hacia la casa, que estaba a oscuras, a excepción de la ventana de la cocina—. Tienen tapiadas las ventanas de la planta baja —continuó—, aún se nota la forma. Y también estoy bastante seguro de que la entrada estaba originalmente al nivel del suelo, donde está ahora la escalera. La construyeron delante de la antigua puerta para poner más alta la entrada.

—¿No hay ventanas en la planta baja? —preguntó Vigdís.

—He dado la vuelta a la casa, no hay ni un solo agujero en el piso de abajo, excepto el que produjo el todoterreno en la pared. Parece ser que los viejos se han construido un pequeño castillo. Sólo falta el foso... Pero la pregunta es: ¿por qué? ¿Qué abominación de los arenales ha obligado a esta buena gente a armarse y a rechazarlo encerrándose en este castillo? —Calló y los demás se miraron primero unos a otros, y después a la casa.

—Maldita sea... —respondió Anna, poniéndose la mano en el estómago para relajarse, y notó que la vida regresaba a sus miembros—. ¿Ésta era tu historia? —Hrafn sonrió.

Se echaron a reír otra vez, pero Egill parecía molesto con tantas bromas y con la atención que prestaban las chicas a Hrafn; o quizá no era más que el alcohol, que parecía haberse adueñado de él finalmente: los ojos tenían un aspecto acuoso y estaban un poco inyectados en sangre, y la mandíbula estaba ligeramente abierta, floja.

—Pues sí, sería estupendo marcharse de aquí —apuntó Egill como continuando unas ideas que no había compartido con los demás. Alargó el brazo para coger la botella de la mesa y se llenó la copa—. Somos tan *pequeños* aquí...

Anna recordó haberle oído decir lo mismo otras veces, en circunstancias totalmente distintas, en realidad en un montón de situaciones en los últimos tiempos. Desde que perdió la dignidad moral, ante ella al menos, cuando le dio por imaginar que todo el país la iba a perder también; se había afiliado al relativismo filosófico, sobre todo cuando estaba borracho.

—¿Tan terrible es sentirse pequeño? —preguntó Vigdís mirando al cielo.

—Siento asco cuando vengo al campo islandés, siempre me ha pasado. Aquí hay demasiado de nada. Todo el centro del país está vacío, es como un globo desinflado.

—Quizá sentiríamos claustrofobia si las cosas no fueran así —dijo Vigdís.

—¿Claustrofobia? ¿Por qué? ¿Con los quinientos metros cuadrados de vuestra casa de Nes? —Egill sonrió burlón, parecía disfrutar chinchándoles.

Envidiaba a Hrafn por la casa que tenía, el dinero, los coches, la residencia de verano en Þingvellir, por lo menos desde que él estuvo a punto de perder todas sus posesiones.

—Los islandeses viven la vida con la conciencia de las enormes extensiones de aquí arriba, del desierto —dijo Vigdís—. Incluso los que venimos por aquí sólo raras veces.

—O nunca —añadió Hrafn.

—Y también cuando estamos sentaditos en nuestra casa de la ciudad mirando la tele. Si existe algo que nos hace libres en este país es eso, lo sepa la gente o no lo sepa. Las tierras altas son como una caja de resonancia de todos y cada uno de nuestros pensamientos...

—¿Y por eso no se puede tocar nada? —la interrumpió Egill.

—Tiene ganas de pelea —afirmó Anna fingiendo una carcajada—. ¿Cómo es lo que dicen en internet...?, ¿no alimentar al *trol*?

—Yo no he dicho que no se puede tocar nada —contestó Vigdís—. Pero tiene que existir un equilibrio entre lo que cogemos y lo que dejamos atrás. Tenemos que reconciliarnos con la naturaleza y cambiar nuestra actitud ante ella. La naturaleza islandesa siempre ha sido como una esclava. La hemos hecho trabajar. Siempre ha sido una mujer.

—¿Importa quizá de qué sexo sea? ¿No es positivo que las mujeres entren en el mercado laboral? ¿Acaso sois menos trabajadoras que los hombres?

—En absoluto —respondió Vigdís, que se había encendido más de lo que Anna la había visto nunca—. En realidad, las mujeres trabajan más. Y para que la naturaleza consiga un poco de paz, lo mejor sería que la gente aprendiera a verla como si fuera un hombre, a ser posible joven y orgulloso, vital, sensible, inteligente..., con futuro. El daño que puede causar un gobierno a la naturaleza a lo largo de un solo mandato puede ser tan enorme que muchos decenios de buenas prácticas se quedan en nada en comparación. Lo que quiere decir que estará perdida toda lucha que no se guíe por nuestras propias opiniones a la hora de realizar cambios radicales. También nosotros necesitamos un equilibrio.

Anna aplaudió.

—Totalmente de acuerdo. *Yin y yang* —dijo, consciente de que Egill primero soltaría un bufido y luego pondría ojos de loco, como siempre—. Yo quiero que las tierras altas permanezcan tal como son ahora —añadió—. No hay que tocar ni un solo río glaciar más, no hay que colocar más torres de alta tensión, ni carreteras, ni chiringuitos ni hoteles. ¡Ni uno más! Siempre que viajo por Europa me entristezco al ver nada más que construcciones, casas, o carreteras, o carteles publicitarios o centros comerciales, mire donde mire. En Inglaterra no queda un metro cuadrado sin asfaltar y tasar; Holanda, Alemania, Bélgica, Francia... son todas iguales, e Italia no es más

que una larga autopista con tiendas de jamón, campos de fútbol y hoteles a un lado y a otro...

—¿Es que soy el único hombre de esta mesa? —exclamó Egill levantando las manos al cielo—. ¿Hay algo malo en ser *hombre*? Pues yo me encuentro de lo más feliz metido hasta el cuello en una sociedad masculina. En el centro de la ciudad, en los aeropuertos, conduciendo por una autopista italiana. ¡Puedo sentarme en un centro comercial a tomarme un café sin echarme a llorar! ¿Y no hay yerba también en los campos de fútbol? ¿Es que la yerba de otros sitios es más bonita que ésta? ¿Es que la yerba tiene que estar en la cima de una montaña? ¿Inalcanzable, intocable y lejana?

—Necesitamos la naturaleza para salir adelante —dijo Hrafn—. Una cierta combinación de caos y orden, que existe en todas partes excepto donde el ser humano ha metido las manazas a lo bestia. Mira las paredes de ladrillo, o los grandes almacenes o los barcos de crucero; hasta el último centímetro está organizado y regulado. El espíritu de cualquiera se aburre de tener siempre lo mismo delante de los ojos, se tensa y se estresa porque la mente se harta de sí misma. Necesitamos la naturaleza para renovarnos y poder pensar. En cuanto estén en perfecto orden todos los enlaces de nuestro interior, nosotros mismos nos apagaremos, la imaginación se entumecerá y el deseo de vivir se irá a la mierda.

—Clichés.

—Cuando se estropea algo en Estados Unidos o en Inglaterra colocan un cartel —explicó Vigdís con una sonrisa—. ¿Sabéis lo que pone el cartel? *Out of order*: fuera de orden. Estamos ya tan enfermos que, en cuanto hay algo que no es cuadrado y lleno de luz y de números, pensamos que está estropeado.

—Pues perfecto que en el mundo haya más idiomas aparte del inglés —dijo Egill irguiéndose en su silla—. Demasiada *susceptibilidad*. O perfeccionismo de alguna clase. Y a esto que tenemos alrededor yo no lo llamo naturaleza. Si la naturaleza es un equilibrio entre caos y orden, aquí se ha desmadrado por completo, ha perdido el control y se ha devorado a sí misma. Lo que vemos aquí es la carroña de la naturaleza, su esqueleto golpeado por la arena, que *aburre* a cualquiera. Blanco, negro, frío y minimalista, como un *loft* cualquiera de Manhattan, todo lo demás es tan sólo algo que uno se guisa y se come mentalmente, puro romanticismo y puro gimoteo.

—Exactamente. Es eso, exactamente —dijo Anna, que sentía ascender por su interior el enfado contra Egill y aquellas horribles ideas suyas que no eran nada más que una descripción de cómo se sentía él mismo en ese momento—. Pero ¿por qué no hablamos de otra cosa, *por el amor de Dios*? Al menos podemos ponernos de acuerdo en que la naturaleza de estos lugares es única, da igual que sea en el buen sentido o por lo asquerosa que nos pueda parecer...

—Es sólo que me cuesta entender —continuó Egill, que sonaba cada vez más irritado— por qué os tomáis tan a pecho vuestra ideología de defensa de la naturaleza y creéis que todo el mundo tiene que estar de acuerdo en que es de lo más bonito y de

lo más estupendo. ¿Por qué? ¡No es nada evidente que la naturaleza sea buena! Se podrían dar muchas razones para justificar que no lo es.

—Esforzándote un poco, quizá —apuntó Hrafn, que miró con sarcasmo a Egill—. En la naturaleza vemos que todo está permanentemente cambiando y confluyendo. Los únicos límites están dentro de nuestras cabezas. Lo que es bueno. ¿Cómo podría ser de otro modo?

—Nos enseña humildad —intervino Anna sin pretender nada en especial, aparte de mostrar su acuerdo con Hrafn.

Egill puso los ojos en blanco.

—Suenan como a las cosas esas de las *sectas*, ¿verdad que sí? A frases de terapia, a algo sacado de los montones de basura de las estupideces de la *New Age*. ¿Todo confluye con todo lo demás? No, una cosa es *devorada* por otra, luego esa última es devorada por otra más y así sucesivamente. Es así como va rodando la naturaleza, perfectamente compartimentada, no es una y no es buena...

—¿Tú en qué crees, Egill? —preguntó Hrafn, que seguía sonriendo sarcástico, aunque parecía también irritado—. ¿Crees en Gandhi? ¿En alguna cosa que no seas tú?

Egill sacó su petaca plateada y se la puso en los labios, luego cerró la tapa y la dejó sobre la mesa.

—Al menos yo he llegado a donde estoy por mis *propios méritos* —afirmó con una sonrisa—. A mí nadie me ha dado nada.

—De modo que dices que tú eres bueno. Pero la naturaleza no —repuso Hrafn. Anna tuvo la sensación de que habían empezado a discutir por un tema completamente distinto—. Nunca has robado nada a nadie, nunca has mentido, nunca has infringido los mandamientos...

—¡*Los mandamientos!* ¡Y eso lo dice uno que le rompía sillas en la cabeza a la gente! Que se abrió paso en la vida a empujones sin pensar en los demás ni por un momento, que repartía polvos mágicos por la ciudad... —Calló. Hrafn le miraba impasible, aunque en sus labios se dibujó una sonrisa que asustó a Anna—. No, tienes que estar bromeando, todos vosotros estáis bromeando, yo no me trago esas cosas —farfulló Egill en voz baja, y quedó por fin en silencio tras escucharse unos golpes procedentes de la casa.

La anciana estaba en la cocina dando golpes en el cristal, su silueta oscura a contraluz. Gritaba algo que no se oía bien a causa del vidrio, pero que parecía una orden para que entraran en la casa. Luego se apartó de la ventana, dejó de hacer ruido, pero siguió mirándolos de hito en hito.

—¡Vamos a ver! —exclamó Egill, dirigiendo el dedo pulgar levantado hacia la casa; masculló algo sobre «esa maldita lechuga», hecho una fiera, y Anna renunció a seguir reprimiéndose: se inclinó sobre la mesa y le gritó:

—¡Compórtate como un hombre, *me avergüenzo* de ti! —Vio un resplandor de asombro y luego de temor en los ojos de Egill, pero el gesto volvió a endurecerse al

instante.

—Creo que deberíamos tranquilizarnos todos —dijo Vigdís—. Vamos a ser amables unos con otros, por mucha tensión que tengamos acumulada. Todos somos amigos, Egill.

—No lo sé, mi querida Vigdís. Dejemos eso a un lado, es complicado prever... ¿Todos los que estáis sentados a esta mesa creéis *en serio* que tenemos algo que decirnos unos a otros? Sed amigos *vosotros*. ¿No basta con eso? Todos vosotros sois *buenos*, estáis de acuerdo y os queréis muchísimo...

Empezó una agria discusión en la mesa, pero Anna no participó en ella; estaba mirando una sombra que había aparecido en la esquina de la casa y estaba inmóvil observándoles. Los dedos de Anna se entumecieron, en la garganta sintió un nudo que pugnaba por deshacerse mientras una corriente le subía y le bajaba por la espina dorsal, como cuando empezaba a sentir un orgasmo. Además, sabía que durante un tiempo largo, muy largo, no deseó nada tan ardientemente como *dejar de reprimirse* y decidió hacerlo en ese momento, así que soltó un estruendoso chillido histérico. Todos los que estaban a la mesa callaron y siguieron su mirada hacia la casa.

La sombra estaba observándoles en silencio y empezó a andar a tientas hacia ellos. Dentro de la casa se oía ladrar a *Tryggur*, enérgico y furioso.

Cuando lo iluminó la luz que llegaba desde la ventana de la cocina, reconocieron al anciano, su anfitrión. Se detuvo a un extremo de la mesa, los ojos acuosos y la boca abierta, casi parecía borracho.

—Buenas noches —dijo alguien.

El hombre movió los labios, pero sin producir ningún sonido. Entonces frunció enfadado el entrecejo y le tembló la cabeza. Desde la casa se oyeron nuevos golpes en la ventana, la anciana gritó algo y desapareció en el interior.

Antes de que consiguieran detenerlo, el hombre había agarrado la mesa y la había volcado. La vajilla, los restos de comida y las copas cayeron en la arena y en los regazos de Egill y de Vigdís.

Se pusieron en pie de un salto; Anna se dio media vuelta sin mover los pies y a punto estuvo de caer, pero consiguió agarrarse a la mesa, que estaba caída sobre un lado. Hrafn sujetó al hombre y le zarandeó unas cuantas veces con fuerza hasta que la cabeza le quedó colgando sobre los hombros.

—¿Qué coño estás haciendo, tío? —preguntó Hrafn.

El anciano intentó soltarse, pero Hrafn no le dejó ir hasta que Vigdís se interpuso entre los dos. Le preguntó si estaba bien, pero él no respondió, se quedó cabizbajo, con los brazos inertes a los costados y con una débil sonrisa en los labios.

—¡La naturaleza! —exclamó Egill feliz y contento, y se encendió un cigarrillo—. ¡La generosa naturaleza, llegar a tener en la cabeza algo así como un nabo cocido!

—¡Cállate, Egill! ¡Vete a dormir y cállate de una pajolera vez! —exclamó Anna mirándole con ojos asesinos. Dio un salto sobre una pierna a la vez que se le escapaba un gemido y se dejaba caer en la silla.

La anciana surgió de la oscuridad y se acercó al hombre, le acarició la espalda con cariño y preguntó qué había pasado. Anna estaba exhausta por aquel cúmulo de emociones, tenía la pierna dolorida y el tobillo había empezado a hincharsele.

Cuando levantó la vista, la anciana estaba pidiendo disculpas por el ataque del hombre, y Egill había desaparecido. *Tryggur* había dejado de ladrar.

Al final, la anciana les rogó que entraran en la casa, estaba demasiado oscuro para seguir fuera, y se llevó al pobre hombre.

—Me parece que yo también debería ir a pedir excusas a mi chico —dijo Anna, los miró con el rabillo del ojo y sacó otro cigarro del bolsillo. Hrafn abrió la boca, pero Anna le interrumpió—. Pero no lo voy a hacer. No tengo la más mínima responsabilidad por lo que él haga o deje de hacer... Me largo a dormir.

Le apetecía decir algo más, pero todo eran cosas llenas de rabia, y seguramente al día siguiente se arrepentiría de haberlas dicho. Sólo tenía ganas de dormir.

Se levantó y Vigdís la abrazó; añadió que al día siguiente todo iría mejor... Los cuatro estaban irritables y cansados por el duro día.

—Seguramente tienes razón —asintió Anna, dejó de mirar a Hrafn y dirigió la vista hacia la casa—. Hay algo abominable en esta casa. —Luego dio las buenas noches y se alejó cojeando por la arena.

10

La cerca

HRAFN

Cuando Hrafn despertó ya había clareado. Tenía la boca seca, la lengua hinchada y al juntar los dientes le pareció estar mordiendo arena. Se sentó, se pasó las manos con fuerza por la cara y recordó de forma un tanto vaga los sucesos del día anterior.

Después de vestirse y de cepillarse los dientes bajó a la cocina, donde estaban sentados los otros tres. Vigdís estaba inclinada sobre un mapa mientras Anna y Egill fumaban y bebían café. A la pareja de ancianos no se la veía por ningún sitio.

—Hola a todos —dijo; se sirvió café en una taza y se sentó.

Anna y Egill parecían haber superado su discusión de la noche anterior. Él tenía una expresión de vergüenza, estaba pálido y se le notaban unas ojeras violáceas, que indicaban que la resaca era más fuerte de lo habitual. Después de carraspear y de mover el encendedor entre los dedos, con un gesto de incomodidad, Egill dijo que quería pedirles disculpas.

—Ya que estamos todos aquí reunidos... No me acuerdo de todo lo que sucedió anoche, pero Anna me ha refrescado la memoria. Fui un idiota y me avergüenzo de ello. Pido disculpas, pero me parece que es demasiado poco. Soy un cerdo. —Hizo una mueca que intentaba ocultar una sonrisa.

—Cuando me desperté, Egill no estaba en la cama. Estaba acostado debajo de la farola, en el arenal —explicó Anna sacudiendo la cabeza, y dejó escapar una risita.

—Fue una estupidez —dijo Egill—. Pero hacía un tiempo espléndido, y ahora sabemos, por lo menos, que durante la noche la farola está encendida.

Vigdís volvió a enfrascarse en el estudio del mapa y, al poco tiempo, la conversación derivó hacia la vuelta a casa.

—Seguiremos el mismo plan que ayer —dijo Vigdís—. Excepto que no iremos en coche, sino andando. Y Anna se queda a guardar la fortaleza. Tomaremos rumbo a Askja y buscaremos en el camino algún refugio con estación de radio. Es aún temprano, tenemos tiempo de sobra, buenas provisiones, brújula y mapa.

—¿Y por qué se va a quedar Anna? —preguntó Hrafn tomando un sorbo de café.

—No puedo caminar. —Levantó la pierna, con el tobillo vendado, y dijo que se lo había torcido la noche anterior, cuando el hombre la tomó con la mesa—. *Tryggur* ha desaparecido, además. —Se levantó de la mesa, fue cojeando hasta la ventana de la cocina y miró al exterior—. Creo que será mejor estar aquí por si vuelve. Si se largó anoche porque se puso nervioso o algo por el estilo, podría estar dando vueltas por la zona.

—¿Cuándo desapareció? —preguntó Hrafn.

—Le encerré en nuestra habitación mientras cenábamos. Cuando me fui a dormir, la puerta estaba abierta.

—¿Alguien le ayudó a salir?

—A veces consigue abrir el tirador de la puerta a base de rascar, así que creí que se había ido con Egill al arenal, porque él también había desaparecido. Habría tenido que comprobarlo mejor... ¿Y si le han atacado los zorros? Si cazaron *al reno*...

—Cariño —la interrumpió Egill. Anna calló y se apretó a su lado.

—Y, bueno, ¿tú tampoco le viste? —preguntó Hrafn, y Egill negó con la cabeza—. Qué raro. Pero quizá sea mejor que uno de nosotros se quede aquí. Si algo les sucede a los otros, no me fío de que los viejos vayan a informar a alguien. Se olvidarán de los cuatro en cuanto nos hayamos ido. Si no se sabe nada de nosotros durante un tiempo, Anna podrá pedir ayuda a alguien que pase por aquí.

—¿Qué nos podría suceder? —quiso saber Vigdís—. Si no encontramos un refugio con radio de emergencia, aparecerá algún todoterreno, seguro. Además, sólo son doce horas de marcha hasta Askja, unas pocas horas en coche.

—Exacto —dijo Egill—. El primer vehículo que encontremos nos trasladará hasta aquí a recoger a Anna, cariñito mío. —Se besaron, y Anna dejó escapar una risita.

—No tardaréis nada —dijo ella, que no parecía tener ninguna objeción a quedarse allí—. Mientras estáis fuera me dedicaré a escribir, tengo un montón de cosas con las que ponerme.

Vigdís había trazado en el mapa un círculo que indicaba su posible localización. Organizaron la caminata a partir de unos puntos de referencia en el camino, reunieron los trastos en las mochilas y se vistieron. Hrafn se contentó con llevar un jersey, unas tabletas de chocolate y frutos secos; se metió la brújula en un bolsillo y cogió los prismáticos nuevos. Todos llevaban cantimplora, y Vigdís se guardó dos bengalas. No encontró en el coche la cámara fotográfica de su madre y eso la hizo preocuparse.

Soplaba una tibia brisa del sur y el cielo estaba totalmente despejado. El glaciar no se veía por ninguna parte. Se despidieron: Anna los abrazó, dio un beso a Egill y lloriqueó un poquito.

Fueron hacia el noroeste por el arenal, en dirección a Askja. Al salir entre los edificios anejos vieron al anciano allí de pie, diciéndoles adiós con la mano. Respondieron a su saludo. A poca distancia de él estaban los dos zorros, sentados tranquilamente. Uno de ellos soltó un estridente gruñido, pero al momento fue a pelearse con el otro.

Para empezar siguieron la pista que habían recorrido en *jeep* el día anterior, pero se alejaron de ella al distinguir un altozano que surgía suavemente de la arena a poca distancia hacia el oeste. La colina no aparecía en el mapa, y decidieron ascenderla para ver si había cobertura de móvil y observar mejor los alrededores.

Enseguida comprobaron que la colina estaba más lejos de lo que habían pensado.

Siguieron caminando en silencio y Vigdís sacó su *Flora de Islandia*. Antes de empezar el viaje había comprado unos manuales con idea de aprovechar esos días para aprender algo sobre la naturaleza, que para ella seguía carente de nombres.

Hrafn pensaba en la inmensidad de aquel espacio y en que éste se desharía o se contraería por ser tan *grande*. Egill caminaba detrás de ellos, sin duda para demostrarles que podía con la caminata pese a la borrachera del día anterior. Siempre había concedido una gran importancia a demostrar constantemente su valía. Una de las primeras cosas que Hrafn supo de él, en el tiempo que pasaron sin hablarse, fue que había mantenido una relación con la hija del presidente; se celebró una recepción para anunciar su compromiso matrimonial, y el presidente y su familia insistieron muchísimo en que los periodistas no se acercaran al recinto. Empezó la recepción y por allí pululaba toda clase de gente de los medios de comunicación, que Egill por su cuenta y riesgo había invitado en secreto, pero en cuanto se supo se anuló el compromiso. La siguiente vez salió en las noticias por haber plagiado la mitad de su tesis en la Universidad de Islandia, y Hrafn se enteró de que durante sus estudios había trabajado en el Landsbanki y había participado en la venta de acciones de *DeCode*, *genética islandesa*. Las acciones tenían una cotización muy elevada, pues se suponía que la empresa iba a cotizarse en la Bolsa de Nueva York, donde su valor se multiplicaría, y los políticos, y en realidad la mayoría de los islandeses, parecían conocer tan sabia decisión. Pero Egill no se limitaba a venderlas a quienes querían comprarlas; tuvo la idea de montar la campaña de ventas más agresiva que había hecho nunca el banco, organizó un sistema de llamadas automáticas a clientes y lo amplió a internet para llegar también a estudiantes universitarios, discapacitados, pensionistas, en resumen: a todos los que tuvieran dinero. Aunque en realidad también a los demás, aquellos que no tenían nada, pero podían pedir préstamos para comprar acciones.

Cuando se reconciliaron, Hrafn coincidió con los padres de Egill en una fiesta de cumpleaños de Anna y en una recepción del ayuntamiento, y se propuso conocerlos mejor: Egill nunca había hecho el menor intento de acercarse a Hrafn a su familia. Los padres de Egill también ansiaban ascender socialmente y lo procuraban a su manera, pero eran demasiado mayores para tener la crueldad necesaria, y seguramente tampoco serían capaces de justificarla ante ellos mismos. A cambio aceptaban los consejos de su hijo e invertían con su ayuda, para lo que pidieron dinero en sus trabajos. El padre era profesor de instituto y la madre era bióloga y hacía algo con crustáceos en un laboratorio. A Hrafn no le parecieron nada tontos ni inmorales, sino más bien totalmente desinteresados por lo que estaban haciendo, *psicológicamente negligentes*, lo que se veía apoyado además por una especie de invencible conciencia de su propia excelencia. Eran buena gente, carecían de toda malicia y unos beneficios del treinta por ciento anual les sonaban bien, así que se dedicaron a invertir lo que tenían en varias empresas que subían aceptablemente; pero entonces llegó la enorme sabiduría de su hijo (¿o era ideología?), sembró sus semillas y éstas brotaron al año

siguiente. Y nadie perdió, lo que era el objetivo principal. A juzgar por los resultados de las elecciones, ellos no fueron los únicos. La nación eligió a los trepas, los elevó y los aplaudió para que siguieran trepando, los miraron mientras trepaban unos por encima de otros, y por ministerios, instituciones y fondos de pensiones, aunque también por encima de los que no tenían el menor interés en trepar. Y treparon por encima de otros países, y de asociaciones humanitarias, y de municipios y de ONG, lejos, muy lejos, hasta en los más apartados rincones del planeta.

Llegaron a la colina. A sus pies había una pequeña loma que le llamó la atención a Hrafn. *Artificial*, pensó, y dio la vuelta alrededor de ella. En el lado que daba al norte había un enorme portón metálico, casi del mismo color que la arena. La puerta era de doble hoja, de diez metros de ancho y un poco menos de alto. No se veía ningún cerrojo.

—¿Qué coño es esto? —dijo Egill, que llegó detrás de él y empujó la puerta, pero sin que ésta se moviera.

Al golpearla apenas se oyó nada, lo que indicaba que el metal era grueso y estaba en buen estado. Se quedaron los tres en silencio delante del portón, observándolo.

—Esto es un túnel que va bajo tierra —dijo Vigdís—. Vamos, no veo otra explicación. La loma es demasiado pequeña para albergar nada especial, pero el tamaño de la puerta sería suficiente para permitir el paso de camiones.

—¿Por qué iba a haber aquí un túnel? —preguntó Egill.

—Quizá lo descubramos —respondió Hrafn, y se alejaron de aquel lugar.

Al ir subiendo la colina, Vigdís distinguió un ranúnculo de los glaciares y le enseñó a Hrafn la ilustración que había en el libro. Los dos observaron la flor intentando ponerle nombre a aquella plantita que se ofrecía a sus ojos.

Desde lo alto de la colina tenían una vista despejada. Los arenales se extendían oscuros y llanos, y el horizonte era liso excepto al sureste, donde la tierra se elevaba hasta convertirse en una montaña. A ambos lados de ésta había unas elevaciones redondeadas, que formaban una figura algo semejante a una célula en el momento de dividirse en dos.

—¿No deberíamos ver el glaciar? —preguntó Hrafn, pero no obtuvo respuesta. Sacaron los teléfonos y no había señal en ninguno de ellos.

—¿Nos echará alguien de menos? —dijo Egill, con la cabeza en otro sitio, pero con cierto dramatismo. Vigdís preguntó qué quería decir—. Si nadie supiera nada de nosotros en unos días. ¿Quién crees que sería el primero en darse cuenta? *Mamá* no está acostumbrada a que yo dé noticias mías con regularidad, y tampoco mis amigos. Ninguno de nosotros tiene hijos. Todos estamos fuera de nuestros trabajos, de vacaciones; podrían pasar muchas semanas.

—¿Ya has empezado a planificar los entierros? —dijo Hrafn. Levantó los prismáticos y los dirigió hacia el sur, sobre los arenales; luego los movió hacia el oeste, hacia la montaña entre las lomas, que parecía más clara que la arena de alrededor—. Eso no es una montaña. Allí hay una pared... Entre dos elevaciones.

—¿Una pared? —exclamó Vigdís—. Eso es lo más improbable que se podría construir aquí.

—Es larga y de color gris. —Volvió a levantar los prismáticos, los fue moviendo a lo largo de la pared, intentando saber qué era aquello—. Es una presa, me parece... No me hago una idea del tamaño.

—¿Hay gente?

—No, ni un alma.

La presa se extendía entre las dos elevaciones, pero el ángulo de visión hacía difícil ver su altura o su longitud. En lo alto de la presa había una carretera, que Hrafn estudió con los prismáticos. Una barrera de malla de alambre atravesaba la carretera, y detrás de la red, por encima, había un alambre de espino en rollos.

—Curioso... —murmuró, y bajó los prismáticos hasta ver una hendidura que se extendía hacia abajo en mitad de la represa.

—No recuerdo ninguna presa en esta zona —dijo Vigdís—. Al menos según el mapa, y desde luego no en la zona en la que Ása dijo que estábamos. —Hrafn le pasó los prismáticos—. ¡Qué cosa! —exclamó ella—. ¿Por qué habrá una cerca allí y *alambre de espino*?

—Por las ovejas, quizá. —Hrafn no tenía ni idea de si había dicho una tontería, pero le parecía plausible que aquello pudiera tener relación con las enfermedades contagiosas del ganado—. ¿No has oído hablar de las vallas protectoras contra las enfermedades del ganado lanar?

—Sí, claro que sí, unas vallas metálicas que cruzan las carreteras. Y cercas que no están en lo alto de una presa —dijo Vigdís, pasándole los prismáticos a Egill—. La presa parece abandonada. Me da la sensación de que ya está vieja, con grietas y erosionada por la arena... Creo que allí no hay nadie.

Se fueron pasando los prismáticos y Egill afirmó que nunca había oído hablar de presas abandonadas.

—Al menos, eso explica el portón que vimos —dijo Hrafn—. Si hay un embalse en esta zona, también habrá túneles. El rebosadero de la laguna conduce hacia unos túneles, y de éstos a los conductos de desagüe. Y hay que suponer que habrá también un túnel para excavar los túneles, sacar la tierra y todo eso.

Antes de descender de la colina, Vigdís sacó el mapa y lo estudió.

—Pero ¿no tendría que estar aquí, en alguna parte, si es un embalse? —Señaló el mapa—. Esta línea podría ser el río.

—¿El embalse no está indicado en el mapa? —preguntó Hrafn.

—No lo veo... Pero si éstas son las colinas donde está la presa, entonces estamos más al sur de lo que pensábamos, cerca del glaciar. Lo que alargaría la caminata hasta Askja en varias horas... En realidad, estaríamos tan cerca del glaciar que tendríamos que verlo.

Levantó los prismáticos y los dirigió hacia el sur; no vio por ningún sitio el brillo del agua, pero dijo que creía que a uno o dos kilómetros de distancia se rompía la

cubierta de arena. Decidieron echar un vistazo a lo largo del río, ir luego hasta la presa a ver si encontraban a alguien, gente con un todoterreno, por ejemplo, y, si no, seguir la pista que iba desde la presa hacia el norte por la misma carretera y en la misma dirección en que habían ido hasta poco antes.

—Demasiado lejos —dijo Egill—. Si estamos más al sur de lo que creíamos, necesitaremos más tiempo, ¿no? No estoy dispuesto a andar por aquí de noche.

—¡Vamos a ver lo que tardamos en llegar a la presa! —exclamó Vigdís.

Bajaron de la colina, Vigdís delante, detrás Egill y Hrafn, y se dirigieron hacia el sur por el arenal. De vez en cuando, Egill posaba la vista en el trasero de Vigdís y se le abría un poco la boca, sin que él mismo se diera cuenta. Siempre lo había hecho, aunque miraba demasiado rato, y un tanto descaradamente, los pechos, el trasero y la entrepierna de las chicas, como un chucho asqueroso.

Recorrieron el arenal hasta que oyeron un rumor grave, y delante de ellos se abrió un barranco ancho y profundo.

—¡Ajá, por fin *pasa* algo! —exclamó Egill.

El estruendo aumentaba a cada paso que daban. Llegaron hasta el borde y miraron asombrados el barranco, el agua grisácea y amarillenta de deshielo del glaciar que descendía desde las tierras altas del este. Las rocas de la pared de la otra orilla eran grises con manchas negras, y el agua que caía haciendo espuma sobre la pared era blanca; un movimiento caótico y ensordecedor después del silencio del arenal.

Enseguida, Hrafn decidió que no servía de nada mirar el agua y se alejó, se arremangó la camisa y se sentó en una duna de arena cerca del barranco. La temperatura era tan elevada que casi resultaba insoportable.

—Ha empezado a hacer calor —dijo Egill, sentándose a su lado.

—Es el efecto foehn. —Hrafn sacó un paquete de cigarrillos y le dio uno—. El viento se calienta al pasar por la montaña y apenas se enfría al descender.

—¿Qué montaña?

—El glaciar. Que tiene que estar por aquí, en algún sitio.

Fumaron en silencio; luego volvieron la cabeza para ver a Vigdís, que seguía en el borde del barranco. La tierra temblaba a sus pies; no mucho, pero sí lo suficiente para que lo notaran.

Egill metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un objeto resplandeciente.

—¿Habéis perdido vosotros una llave? —preguntó.

Hrafn cogió la llave y la examinó: era plateada con una plaquita roja reflectante en un lado. La llave no tenía ninguna marca.

—No la conozco. ¿Dónde la encontraste?

—Debajo de la farola, cuando desperté esta mañana. En realidad, fue lo primero que vi al abrir los ojos.

—¿Le preguntaste a Anna?

—No quise asustarla.

—¿Asustarla? ¿Por qué iba a asustarse?

Egill pareció incómodo.

—No lo sé... No estaba allí cuando me dormí. La habría visto. Estaba en la arena, justo delante de mi nariz, ¿entiendes?

—O te moviste por la noche y te despertaste en un sitio distinto de donde te dormiste. —El color rojo reflectante se oscurecía y se hacía más profundo cuanto más tiempo lo miraba—. Al menos resuelve el enigma de la farola. La gente va allí a buscar las llaves que pierde en las tierras altas. —Le devolvió la llave, pero Egill la rechazó con un gesto, dijo que no la quería.

Vigdís dejó el barranco y se dirigió hacia ellos; miró la llave, pero no dijo nada.

Parecía estar pensando en otra cosa y pidió los prismáticos; los pasó por el otro lado del barranco y luego miró al fondo. Ellos la siguieron hasta que se detuvo y bajó los prismáticos.

—Allí hay algo. —Señaló al otro lado del barranco.

En la otra orilla se divisaban casas, un agrupamiento de edificios alargados de una sola planta, que se extendían por la arena a escasa distancia del barranco.

—¿Barracones? —dijo Egill.

—Un poblado entero —contestó Hrafn, que no acababa de entender cómo habían podido pasar aquello por alto desde la colina.

Fueron bajando por el barranco hasta que encontraron un cartel en el que estaba pintada la advertencia: «Cuidado. Peligro». Abajo, en la orilla del otro lado, colgaba un puente, que en su lado estaba atado con cables a uno de los tres troncos de árbol empotrados en el suelo.

Al noreste se veía la casa de la pareja anciana, gris sobre negro. El sol destellaba en el coche, que estaba medio empotrado en la pared, pero por lo demás la casa parecía casi fundirse en el paisaje.

—Pero ¿tan *cerca* estamos? —preguntó Hrafn, que pensaba que la casa debía de encontrarse mucho más lejos; tenía la sensación de que habían estado caminando en círculo, aunque sin volver al mismo sitio. Cuando habían mirado a su alrededor desde la explanada de la granja no habían alcanzado a ver el barranco ni las viviendas del otro lado—. ¿Por qué no vimos nada de esto desde la casa?

—¿Quizá porque no lo buscábamos? —dijo Vigdís.

Hrafn se inclinó sobre la cuerda que cruzaba el barranco y empezó a tirar del puente hacia él. Era bastante ligero, de madera y cuerda. Todos juntos sujetaron el extremo, y aparecieron tres lazos corredizos que tenían que introducirse en los maderos para sujetarlos en unos ganchos dispuestos con ese fin.

—¡Muy hábil! —dijo Egill fascinado. Hrafn y él le dieron la vuelta al puente, que estaba al revés, y pasaron los lazos por los troncos—. Pero ¿por qué tanto jaleo? ¿Por qué no dejan el puente tendido sobre el barranco?

—Para evitar que pase a este lado algo que hay en el otro —contestó Vigdís mirando distraída a aquel lado del barranco—. Igual que la cerca de lo alto de la presa y el alambre de espino.

—¿A qué te refieres? —preguntó Egill.

—Con esto se puede controlar el movimiento desde este lado —dijo Hrafn—. Evitar el paso de zorros, renos o lo que sea; impedir que los corderos se pierdan y se vayan a otro sitio.

Terminaron de afirmar el puente, que se extendía sobre el barranco formando una V; los cables de arriba y los de abajo estaban atados con cuerdas, y una sucesión de planchas de madera sujetas firmemente con cables dobles atravesaba de lado a lado el fondo del entramado.

—¿Y a qué vendrá eso de «Cuidado. Peligro»? —preguntó Egill dando un golpe

al cartel—. Espero que no esté *prohibido* cruzar el puente porque no resiste el peso de una persona. ¿O ese «cuidado» significa que sí se puede cruzar, pero que podría romperse?

Hrafn cogió uno de los cables del puente y tiró de él para comprobar la resistencia de los nudos del otro lado. Las planchas de madera estaban húmedas y relucían con el agua que salpicaba el río.

—Esto no me gusta —dijo Vigdís como si estuviera volviendo en sí—. Aparte de todo lo demás.

—No, que el puente esté aquí tendría que ser un indicio suficiente —dijo Hrafn—. Si fuera peligroso, lo habrían quitado.

Cogió los prismáticos de las manos de Vigdís y los dirigió hacia los troncos de la otra orilla. Desde el puente no se veían ya los barracones a causa de un altozano que había entre ellos y el barranco.

—Eso no está nada claro —dijo Vigdís—. ¿Quién iba a quitarlo, los viejos de la granja?

—Si este puente fuera peligroso, no habría ningún problema en desmontarlo. Basta con soltar uno de los cables o cortar tres...

—¡Tres cables podridos, eso es! No tengo la menor intención de hacer de mujercita asustada, pero esto es absurdo. ¡Las planchas están carcomidas y tienen muy mal aspecto! Mira la bruma que sube desde el río.

—Calculo que la carretera de la presa está al otro lado. Echamos un vistazo a los barracones y luego vamos allá.

—Podríamos encontrar algo allí —se oyó a Egill, que tiraba de los cables y parecía estar disponiéndose a cruzar. O *hacía como* si ése fuera su propósito, aunque confiaba en secreto en que Vigdís consiguiera disuadirle.

—Pero, ¿encontrar qué? ¿Un avión olvidado por alguien? —exclamó Vigdís, pero dirigiéndose a Hrafn—. Todo esto es absurdo. Tenemos que pensar en volver a casa, no en entretenernos con jueguecitos.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Hrafn a su vez, que notó en su interior una agresividad incomprensible, como si pudiera arrancarle la cabeza a Vigdís y además *quisiera* hacerlo—. ¿Por qué te empeñas en ser tú la que mandas? No sirve absolutamente de nada. ¡Si no encontramos allí nada útil, al menos habremos hecho algo entretenido! A lo mejor hay un teléfono —añadió con una sonrisa; intentaba fastidiar a Vigdís.

—Y a lo mejor nos matamos —dijo Vigdís, y entró en el puente—. Vamos a ver de lo que sois capaces.

Agarró los cables a los lados y empezó a recorrer el puente deprisa; trastabilló cuando estaba ya varios metros en mitad del barranco, pero siguió sin más tropiezos hasta el otro lado, se dio media vuelta y les hizo señas con la mano.

—¡*Joder!* —exclamó Egill, mirando asustado a Hrafn. Luego se echaron a reír los dos.

El poblado

Dejaron las mochilas junto a un almacén grande en el límite del poblado. Vigdís desapareció por la parte alta del barranco con su *Flora de Islandia* en las manos y dijo que no pensaba entrar en el poblado, sin más explicaciones. Hrafn vio que estaba asustada, quizá por el traspie que había dado en el puente; nunca la había visto escapar de aquella forma, nunca había visto en ella tanto arrojo, y, cuanto más pensaba en ello, tanto más asombroso le parecía.

El viento seguía aumentando y levantaba torbellinos de arena aquí y allá, pero la visibilidad seguía siendo lo bastante buena para encontrar el camino.

El almacén estaba a varias decenas de metros del puente; era más largo y más alto que los barracones del poblado y recordaba a un hangar. En el lado que daba al oeste, donde la planicie sin accidente alguno se extendía todo lo que alcanzaba la vista, había unas puertas enormes, con otras más pequeñas incrustadas en ellas.

—La entrada de personas —dijo Egill entre dientes, como un tonto.

Delante de la puerta grande colgaba una reluciente cadena con un candado, y también en la más pequeña. El almacén estaba muy oxidado, lo que no era el caso de las cadenas y los candados, que parecían bastante nuevos. Hrafn se asomó para ver el interior del almacén por los agujeros por donde pasaban las cadenas de la puerta, pero lo único que pudo ver fue la oscuridad. Por los agujeros salía un olor tenue, algo así como hedor a mohó o a tierra con una pizca de aceite.

—Imagino que esto lo utilizarían para máquinas, excavadoras y tractores —dijo—. Debieron de vaciar el almacén al abandonar el poblado.

—Pero está cerrado con llave —dijo Egill—. Si no hubiera nada dentro, no creo que lo cerraran con tanto cuidado.

Hrafn se fue, pasó el altozano que se elevaba desde el barranco y se detuvo en el límite del poblado. Era como una foto fija, una miniatura debajo de una cúpula de cristal que nadie hubiera tocado en mucho tiempo.

Había treinta o cuarenta barracones construidos con planchas de aglomerado, destinados probablemente a servir de alojamiento a los trabajadores. Formaban dos semicírculos en torno a un edificio grande, en el centro de lo que Hrafn definió mentalmente como «poblado», aunque quizá la palabra fuera inapropiada; «campamento» era otra posibilidad, o «aldea», una aglomeración de barracones para obreros, levantados para una finalidad concreta, para llevar a cabo una determinada obra. Los barracones tenían la misma forma y tamaño, aunque de vez en cuando había dos o tres formando una L o una U.

—¡Qué preciosidad, tío! —exclamó Egill.

—Bonito pueblecito —dijo Hrafn con un suspiro—. ¡Exactamente igual a todos

los poblados islandeses para trabajadores! Lo único que falta es el videoclub.

Definitivamente, le parecía más adecuado denominarlo «poblado»; el lugar era demasiado feo para no tener nombre, el nombre lo hacía inofensivo.

—¿Cuánto tiempo crees que hará que no vive gente aquí? —dijo Egill; sacó su cámara de fotos y apuntó al poblado.

—¿Estás seguro de que ahora no vive nadie?

A lo largo del borde del poblado se distinguía una pista de grava que empezaba en el suroeste, giraba hacia el norte para pasar delante del almacén y luego iba en línea recta hasta el edificio grande en el centro. Siguieron la carretera y se dirigieron hacia el centro, pero se detuvieron junto a uno de los barracones. En el lado largo de éste había cinco ventanas, con una puerta en un extremo; a juzgar por los restos que quedaban en la pared, ésta debía de haber sido azul, pero la arena y el viento habían arrancado prácticamente toda la pintura.

Dieron una vuelta alrededor del barracón para observarlo bien. Hrafn se acercó a una de las ventanas e intentó ver el interior, pero todas estaban tapadas con cortinas.

—¿Por qué estarán corridas las cortinas? —preguntó Egill.

Hrafn no respondió y cogió el tirador de la puerta, pero estaba cerrada. Se dirigieron entonces hacia el interior del poblado.

El edificio del centro tenía una sola planta, exactamente igual que los barracones de trabajadores, pero era mucho más grande. Las ventanas eran también mayores que las de los barracones, y las cortinas no estaban echadas. El edificio parecía tener varias entradas, una a cada lado. Hrafn se acercó a la más cercana, que no estaba cerrada con llave y que al abrirse dejó paso a un espacio abierto y luminoso; desperdigadas por el suelo había mesas y sillas, y un mostrador en un extremo.

—La cantina —dijo, y entró.

El espacio era menor de lo que había calculado, a juzgar por el exterior de la construcción. Pasaron entre las mesas, llegaron al mostrador y echaron un vistazo a la cocina, que estaba vacía, con la excepción de un inmenso frigorífico con congelador que habían abandonado allí. En el fregadero encontraron un plato esmaltado en verde y un vaso de cerveza de medio litro con restos negros, resecos, en la parte interior del vidrio. El refrigerador estaba vacío.

Salieron, doblaron la esquina y encontraron una puerta que se abría a otra sala, del mismo tamaño que la cantina. Habían retirado todos los muebles excepto una mesa de escritorio, y en un rincón se veía un archivador gris abollado, lo que indicaba que aquello había sido una oficina.

En una de las paredes había ventanas que daban a un patio cuadrado, o un arenero como los que hacen para los niños; dispersos por la arena había bancos para sentarse y dos recipientes de cerámica, para las colillas, quizá. Por fuera, el edificio parecía un conjunto unitario, pero estaba formado por cuatro barracones organizados en un cuadrado, cada uno tocando al otro, y con un espacio abierto en el centro.

Hrafn paseó por el recinto; se fijó en unas manchas marrones que había en una

pared y a escasa distancia de ellas vio una puerta entreabierta. En el marco de la puerta, donde estaba la cerradura, había astillas; de ahí se pasaba a una habitación pequeña, daba la impresión de que alguien hubiera abierto la puerta de una patada. En la penumbra distinguió otro escritorio, un archivador y estantes llenos de carpetas. Una luz azul oscura se filtraba a través de las cortinas. Un fuerte olor a moho llenaba la habitación.

Empezó a descorrer las cortinas. Las ventanas estaban rotas y el *parquet* a sus pies estaba oscuro e hinchado, pero no se veían trozos de cristal roto. El suelo estaba cubierto de papeles y carpetas que habían caído de las estanterías. Los cajones del escritorio estaban abiertos y en ellos había aún más papeles que mostraban series de números y anotaciones, algo así como cuentas que él no entendía.

Tenía la vaga sensación de que el desorden de aquella habitación no era debido al puro y simple azar, sino que alguien había estado allí buscando objetos de valor. No, que algún viajero en apuros había buscado albergue allí dentro, había roto la puerta en busca de comida, fuego o velas, y se había instalado en aquel espacio cerrado para calentarse mejor. Pero, entonces, ¿por qué rompió las ventanas? En el suelo, debajo de éstas, no había restos de cristal, lo que daba a entender que los habían roto desde dentro. *Alguien entró allí a toda prisa, cerró con llave y, al oír golpes en la puerta, intentó escapar por la ventana...*

Salió y volvió a la puerta, donde estaba Egill fumando. El poblado parecía tan silencioso como el desierto de alrededor, donde al menos se podía oír el murmullo de la arena. Quizá era sólo que resultaba difícil oír algo con aquellas cortinas y la oscura habitación al fondo.

—Pero ¿estamos buscando algo en especial? —preguntó Egill.

—No, que yo sepa. ¿Tú buscas algo? —Hrafn sentía ganas de hablar en voz baja, como si temiera despertar a alguien.

—Es como si estuviéramos buscando algo que sospechamos.

—¿Algo que sospechamos? ¿Qué estás diciendo?

—O, mejor dicho, es como si tú estuvieras buscando algo y yo te estuviera siguiendo...

—¡Que yo estoy buscando algo! —exclamó, forzando una risa, Hrafn—. ¿Yo? A mí me parece que eres *tú* el más interesado.

—Quizá es sólo el paisaje... La arena —dijo Egill, e hizo una mueca y escupió en el suelo.

Hrafn estaba ya harto de tenerle cerca todo el tiempo, un día tras otro desde que empezaron el viaje, y se dio cuenta de que algo semejante le pasaba también con Vigdís, por muchos ojitos que se hicieran la noche anterior.

Fue hacia la ventana de la habitación que acababa de examinar. En el suelo había cristales que confirmaban que rompieron el vidrio desde dentro, lo que, claro, podía significar cualquier cosa. Cogió uno de los trozos, pero al hacerlo le llamó la atención otra cosa. Descubrió en la arena un esqueleto blanco y diminuto. Se inclinó y lo

empujó con un dedo. No pesaba nada.

Egill se agachó a su lado y Hrafn le señaló el esqueleto. A escasa distancia del primero descubrieron otro, y muy cerca había un tercero.

—¿Ves esto? —preguntó Hrafn, y Egill carraspeó. En la arena, junto a la pared larga del edificio, había docenas o cientos de pequeños esqueletos. Hrafn cogió uno tan ligero que casi ni sentía su peso. Cuando lo soltó pareció deslizarse lentamente hasta el suelo—. Pájaros, ¿verdad?

—Eso creo, sí. Pero no soy especialista en el tema.

—Claro que son pájaros, los huesos son ligerísimos. Huecos por dentro. —Hrafn pasó a lo largo de la pared, levantó un pico del tamaño de su propia nariz y aventuró que los pájaros que pasaban por allí chocaban con las ventanas y se mataban—. La hora más peligrosa es la puesta de sol, creo, cuando el sol se refleja en las ventanas.

Dieron la vuelta al edificio. Desde cierto ángulo, donde había ventanas en las paredes externa e interna, se veía a través de ellas, y era debajo de esas ventanas donde se concentraba la mayor parte de los esqueletos. Junto a la pared de la cantina, donde había menos ventanas, había también menos huesos, lo que parecía apoyar la teoría de Hrafn.

No era tan sencillo. Recordó la *arena blanca* que había visto un poco antes.

Volvió a entrar en las oficinas, buscó la puerta que daba al patio y se detuvo en el umbral. La arena estaba cubierta de esqueletos, tantos que en algunos sitios aparecían amontonados unos encima de otros, independientemente de que el lugar estuviera cerca o lejos de las paredes que rodeaban el patio.

Entró en la arena, moviéndose con todo el cuidado posible entre los esqueletos, o pisándolos, y entonces los oía romperse y deshacerse. Egill llegó detrás de él y los dos se movieron silenciosos por el patio. Algunos esqueletos parecían pertenecer a animales de mayor tamaño que los pájaros. Aunque ninguno de ellos fuera especialmente grande, parecían demasiado gruesos y pesados para ser pájaros.

—Mira eso. Son cuernos, ¿verdad? —dijo Egill señalando a sus pies un montón de huesos rotos en varios sitios, pero que tenían forma de cuernos de reno.

Cerca de los cuernos había huesos que parecían costillas, y uno era similar a un grueso fémur, roto en el centro, que acababa en una esfera, como la que encajaba en la pelvis de los mamíferos.

—¿Eso son huesos de reno? ¿Cómo se han roto así? —Hrafn se fijó en uno de los bancos, se apoyó en él y se sentó. Al lado del banco había uno de los recipientes de cerámica. Estaba vacío.

Levantó la mirada y vio que tenía un cigarrillo entre los dedos, quemado hasta el filtro. Lo tiró al recipiente, sintió ganas de vomitar y no comprendió lo que estaban haciendo allí.

—Casi no sé si estamos fuera o dentro en este sitio... ¿Qué lugar es éste? ¿El cementerio de los elefantes? ¿De dónde han salido todos estos cadáveres? Es como si los animales hubieran venido aquí a morir.

—¡Los viejos, que dan de comer a los zorros! —exclamó Egill, y Hrafn rio.

—Sí, a muchos zorros. ¡A diez mil zorros! Y el pienso lo *metieron en la casa* para alimentar a sus zorros de cría. Por eso no queda ni una brizna de carne en los huesos, aunque tampoco hay señales de mordiscos..., porque usaron tenedor y cuchillo.

—Era sólo una idea —dijo Egill, sacó su petaca y echó un trago—. A lo mejor es cosa de proscritos que se instalaron aquí y pasaron unos meses cazando para comer. Yo no tendría nada que objetar a que me condenaran al destierro en estos andurriales, así me relajaría en el campo...

—Eso era la pena de destierro de la Edad Media —dijo Hrafn mirando al cielo, a las nubes grises que se movían veloces; no había notado su presencia hasta aquel momento. El viento estaba cambiando—. Condenaban a los hombres a vivir excluidos de la sociedad y cualquiera tenía derecho a matarlos. —Se levantó del banco.

—Al menos suena mejor que «uso de información privilegiada en la compraventa de acciones», o «delito contra las sociedades de cartera».

Hrafn recorrió el patio despacio, intentando no pisar huesos, pues ya no aguantaba el ruido; percibía su propio peso, su dureza y su rigidez, lo que en cierto sentido demostraba que aún era un hombre de verdad que se desplazaba a un lado y otro gracias a un complejo sistema de miembros, músculos y órdenes del sistema nervioso. Si se tumbaba y se quedaba allí el tiempo suficiente, moriría; su forma se descompondría y se confundiría con la tierra. Con su muerte desaparecerían todas las huellas de su existencia en el mundo, se convertiría en polvo que sería arrastrado por los arenales.

—Entre granos de arena —murmuró para sí, y vio a Egill agacharse delante de algo que había en el centro del patio—. ¿Qué haces? —preguntó al mismo tiempo que iba hacia él.

Egill le contempló un momento por encima del hombro.

—Nada —dijo al incorporarse. Cuando se dio la vuelta, escondió una mano detrás de la espalda y se metió algo en el bolsillo.

—Tienes algo, está claro. ¿Qué haces? —repitió Hrafn, plantándose delante de él.

—Es una tontería..., una estupidez. Creo que deberíamos volver...

—¿Has encontrado algo? —dijo Hrafn, señalando con la cabeza el lugar donde Egill había estado haciendo algo.

En la arena había un montoncito de huesos, no demasiado alto, pero sí un poco más de lo que el viento hubiera podido acumular por sí solo.

—No sé lo que es —dijo Egill—. Es eso.

Hrafn examinó los huesos, que estaban dispuestos en una especie de pirámide que destacaba en la arena, y a su alrededor la tierra estaba vacía. Los huesos tenían el tamaño de un dedo. En la parte inferior del montón había un hueco, de forma relativamente parecida a los animales pequeños, como una confirmación de que los huesos no se habían juntado al azar.

—¿Qué había ahí dentro? —preguntó Hrafn, con un tono de voz severo. Egill se había guardado algo—. ¿Qué estás escondiendo?

Egill se mostró inquieto, miró la pila de huesos y luego a Hrafn. En el rostro tenía un gesto que Hrafn nunca le había visto antes, una mezcla de miedo, desconcierto y algo más que no alcanzaba a entender.

—No escondo nada. ¿Por qué piensas eso?

—Me estás mintiendo. Te he visto meterte algo en el bolsillo. ¡Enséñamelo!

—Sólo estaba mirando el montón...

—¡Déjate ya de tonterías, tío! Está claro que mientes. ¿Crees que me voy a asustar? ¿Has encontrado una antigua hacha vikinga? ¿Una máscara mortuoria egipcia? ¿Qué había allí?

Egill negó con la cabeza.

—Creo que es mejor dejarlo. —Hrafn alargó la mano y la dejó quieta delante de Egill hasta que éste movió la suya al bolsillo trasero para sacar lo que había metido en él—. No tengo ni idea —dijo—. Vi la montaña de huesos y esto estaba dentro... En el hueco.

Le entregó una foto. Hrafn se dio cuenta al instante de que procedía de la cámara de Vigdís, la que había heredado de su madre; el mismo tamaño y el mismo papel. La imagen era oscura y granulosa, aunque estaba claro que la foto era de Vigdís. Tenía los ojos cerrados; la mitad del rostro estaba tapado por una sombra, pero en la otra mitad caía una luz débil. La boca estaba ligeramente abierta, dejando ver el blanco de los dientes, y en el centro de la foto se veían sus pechos, redondeados y blancos, con pezones oscuros. Estaba tumbada de espaldas, durmiendo, o eso le pareció a primera vista.

—Esto... —dijo Hrafn, sin saber qué más decir. Dio la vuelta a la foto y miró la parte de atrás, como si allí fuera a encontrar la explicación.

—No sé por qué estaba allí —dijo Egill—. ¿Cuándo se la hizo?

—¿Quién la hizo?

—La foto... La de la foto es Vigdís, ¿no?

—Claro que es Vigdís. ¿Acaso no es obvio? Nunca había visto esta foto.

—¿No se la hiciste tú?

—Claro que no se la hice yo, no sé nada de esta foto. Yo nunca he sacado una instantánea con esa cámara, ni de Vigdís... ¡Desde luego que no le hice ninguna para meterla luego entre un montón de huesos! ¿Por qué intentaste esconderla?

—Sabía que produciría una confusión tremenda, o que te enfadarías, no sé. Quería pensar un poco, supongo... Yo sé tan poco como tú de esta foto.

Hrafn calló. Se le agolpaban las ideas. Los pechos y los pezones, tiesos y claramente visibles en el fondo blanco; Egill desapareciendo solo por el arenal durante la noche, colocando la foto en el montón de huesos; la boca entreabierta de Vigdís, el rostro liso, un prolongado suspiro que surgía entre los labios...

Egill dio media vuelta, se fue y desapareció en el interior del edificio. Hrafn se

quedó un buen rato mirando la foto y luego la arena, entre dos huesos pequeños que sin duda podían ser de un pájaro, pero también de un ratón, una rata, un zorro o cualquier otra cosa.

Tenían que irse de allí.

No tiene alma

Periodismo islandés

ANNA

Cuando se quedó sola en la casa, Anna se encerró en la habitación, se echó sobre la cama y se puso a hojear su cuaderno de notas. Había comprado tres libretas nuevas para el viaje y había llenado la mitad de la primera.

«La naturaleza islandesa es única», escribió el primer día que pasaron en las tierras altas, después de abandonar el Triángulo Dorado. Pero, claro, eso no bastaba; tenía que extenderse en una explicación más precisa de por qué era única, pero muy pronto, en cuanto se adentraron en el desierto, perdió el interés: las montañas islandesas no eran especialmente altas e incluso cualquiera parecía acostumbrarse bastante deprisa a los glaciares. Era culpa suya, de eso estaba segura. Y, sin embargo, le resultaba difícil entender en qué podía cambiar, qué tenía que hacer para sentirse entusiasmada con aquella insignificancia, incluso hasta el punto de quedarse sin aliento.

«Embelesada, sin aliento. ¿Descaro?», escribió en mitad de la página. «¿Es paisaje lo mismo que naturaleza?», añadió.

Anotó ideas y preguntas sobre la anciana pareja y sobre la casa. Comenzó con una descripción física del hombre: «Ojos guiñados, como si se hubieran pasado toda la vida peleando con el frío y las tormentas, la piel acartonada y rugosa a causa del inclemente sol estival en las tierras altas», y notó un interés desmedido por aquellas personas, el motivo por el que estaban allí, por su historia anterior, que a lo mejor era fabulosa. Rebosaban misterio y serían un material estupendo para un artículo, pero no tenía el contexto necesario. ¿Hacía falta un contexto específico? ¿O tal vez el nuevo concepto de nacionalidad sería mucho más adecuado para referirse a personas aisladas como aquéllas? ¿Era posible, en caso necesario, añadir un toque contemporáneo a los solitarios? ¿También cuando se trata de dos personas en convivencia? ¿Estaban casados realmente? Si era así, ¿cómo se conocieron? ¿Cómo murió el reno que se estaban comiendo los zorros?

Bostezó, cerró de golpe el cuaderno, se echó de espaldas y se puso a hojear el cuento de *Fjalla-Eyvind y Halla*, pero no conseguía concentrarse. Al entrar en la casa había notado el olor de aquel lugar y se extrañó de no haberse dado cuenta antes: olor a abrigo, a zapatos viejos, a comida grasienta, a moho, y a algo más que recordaba a hierro o cobre; no tan fuerte como los otros, pero perceptible, como el olor de la sangre.

El primer recuerdo de Anna es el sol asomando por detrás del acantilado de Ísafjörður a finales del invierno. Se asustó y chilló «ojo pupa», que su madre convirtió en un chascarrillo familiar. Su siguiente recuerdo era de sus padres gritando en la cocina. Ella estaba detrás del sofá, en el salón, y se asomó por una esquina y vio que su madre recibía un bofetón, sin duda se lo dio su padre, allí no había nadie más. Pero en su recuerdo no lo ve, sólo oye el ruido del golpe. Después, debajo de la cama, llegó el sufrimiento: el mundo giraba despacio en torno a la pequeña Anna, que oía dentro de la cabeza el llanto de su madre, lo que le producía una tristeza y un miedo inmensos. Desde entonces, siempre que la luz caía de determinada forma sobre su madre, Anna oía el golpe de una mano sobre su mejilla, pero no consiguió entender el porqué hasta que cumplió los veinte y se detuvo en un cruce de calles en Londres: en los semáforos se veía una mano roja, y el suceso de la cocina regresó a su memoria por primera vez.

Su padre no era islandés; había trabajado unos cuantos años dando clases en el instituto, pero a raíz del divorcio se marchó y nunca se le volvió a ver. Más tarde, la madre de Anna se refería a él irónicamente como «el intelectual». Madre e hija se mudaron al sótano de la casa de los abuelos; cenaban y desayunaban con ellos, y a veces salían todos juntos a hacer excursiones en coche hasta Flatey o Bolungarvík. En ocasiones, su madre y su abuelo se juntaban a beber aguardiente, siempre en el piso de arriba, y ella les oía discutir a través del techo del sótano.

Recuerda a su abuelo, pelirrojo, alto, en su habitación, inclinado sobre ella para darle un beso. Una vez que su madre se había pasado todo el día llorando en el salón, el abuelo le regaló una rosa. Poco después se marcharon de Ísafjörður; su madre fue a recogerla al colegio, tras empaquetar todas sus cosas y meterlas en el coche, y fue llorando casi todo el camino hasta Sauðárkrókur, donde se alojaron en casa de una amiga. Anna fue a una escuela nueva, no volvió a ver a sus abuelos y su madre rompió todas las fotos que tenía de ellos.

Luego está preparando sándwiches de queso en su nueva casa, escuchando a los Pixies y escribiendo cartas a Ye Mimi, la amiga de Taiwán con la que se escribía, que había publicado un anuncio en la revista juvenil *Æskan*. Las dos querían mejorar su inglés y conocer culturas exóticas, las dos habían preguntado a sus madres si podrían visitarse la una a la otra, asegurándoles que no pasaría nada, pero a ambas les dijeron que no. La madre de Anna estaba saliendo en esa época con un hombre que bebía de botellas más finas que su padre y su abuelo, aunque también su número era superior, y ella sabía que no pasaría mucho tiempo antes de ver a su madre tirada en el suelo llorando a moco tendido. O ella misma. El «Ye» del nombre de su amiga significaba «hojas de árbol», y «Mimi» era «en busca de algo».

En sus recuerdos no tenía amigos en los que apoyarse. En esos años cambió muchas veces de colegio porque iba siguiendo a su madre de ciudad en ciudad. Su

madre hacía todo lo que podía, pero a veces no tenían en casa nada que comer, al menos eso era lo que Anna recordaba. Le resultaba fácil conocer gente y enseguida aprendió que, cuando llegaba por primera vez a una clase, lo mejor era no mostrarse demasiado simpática ni divertida para que las otras chicas no se pusieran celosas; no hablar mucho ni demasiado poco, no ser demasiado lista pero tampoco tonta: no pasarse en nada. Y esperar la ocasión. Le gustaba dejar constancia de su vida en los diarios, modificarse según le conviniera y darles mentalmente mil vueltas a los demás, a los que aparecían en su vida o la de su madre y que desaparecían con la misma velocidad. Le encantaba escribir redacciones y aparentemente le resultaba más fácil que a los demás, pero por eso mismo se las guardó hasta que entró en el instituto y comenzó a escribir en el periódico escolar relatos breves y cosas por el estilo.

Vivió su adolescencia en Reikiavik y allí tuvo su primera amiga de verdad, Heiða; se veían a diario, sin importar la parte de la ciudad en la que viviera cada una. Heiða también era extranjera, en realidad había dado la vuelta al país con sus padres, que eran maestros ambulantes y una especie de *hippies*. A las dos les entusiasmaba leer, podían pasar juntas largos ratos en silencio, y empezaron a fumar y a frecuentar cafés del centro como Mokka y Hressó, y, cuando tuvieron edad para hacerlo, se marcharon a vivir juntas en un sótano de la calle Ránargata. En esa época, la madre de Anna estaba por irse a vivir a Akureyri con un hombre que, según decía ella, era distinto a todos los anteriores, aunque Anna no estaba de acuerdo. Nunca había comprendido exactamente por qué su madre era así, pero desde que tenía memoria sabía que había algo que no era normal; su madre se preocupaba por casi todo o por casi nada; reía más fuerte que nadie en las fiestas, lloraba mucho en el cine, incluso con películas no especialmente dramáticas, hablaba mucho y muy deprisa sobre todo lo que sucedía o todo lo que pensaba, o se acostaba sola en su habitación con las luces apagadas. En muy poco tiempo, eso ponía de los nervios a los hombres que estaban con ella, o eso creía Anna; la mayoría de ellos intentaban cambiarla o corregir su estilo de vida, pero, cuando se daban cuenta de que era imposible, discutían con ella, le pegaban o se marchaban con gran estruendo, llamándola mierda o puta. Era difícil acostumbrarse. En una ocasión preguntó a su madre por qué era tan inconstante, y ésta le respondió que no podía evitarlo:

—No te preocupes —dijo—. Tú serás mucho mejor que yo, corazón.

A veces amenazaba con suicidarse y gritaba a los hombres, les arrojaba cosas y rompía muebles. Una vez desapareció durante varios días, y Anna se fue a casa de un hermano de su madre y su mujer, ya que eran ordenados y agradables. Su madre siempre la quiso mucho, pero no era nada fácil estar a su lado, todo giraba en torno a ella y cómo se sentía, y, aunque a veces pedía perdón por ser tan difícil, eso no servía de mucho. En su adolescencia, Anna sentía ardientes deseos de salvarla, igual que los hombres que iban y venían, pero sabía que no podría conseguirlo.

El tiempo que vivió con Heiða fue la época más divertida de toda su vida. Tenían muchos amigos y durante bastante tiempo, la mayoría de las veces, no hacían otra

cosa que divertirse, aunque también les agradaba retirarse tranquilamente si tenían que estudiar o quedarse despiertas para trabajar. Anna empezó a asistir al instituto de bachillerato de Reikiavik, en la rama de artes plásticas, y, mientras iba al colegio y en los veranos trabajaba de cajera en el hipermercado Hagkaup, de Eiðistorg, escribía cuando tenía tiempo, pero también hacía *footing* y montañismo con su amiga, empezó a cantar en una banda, ganó un concurso de relato breve en el periódico del instituto y participó con Heiða en un programa semanal del segundo canal de la radio nacional durante el último año de bachillerato. Todo ese tiempo, Anna se sintió llena de energía, llena de una misteriosa *expectación*; parecía permanentemente a la espera de nuevas vías para avanzar con ímpetu y que, si no utilizaba la energía, era como si ésta se fuese a volver contra ella, a convertirse en una desesperanza profunda, asfixiante; no muy distinta a la convicción de que nunca podría salvar a su madre.

El verano en que terminó el bachillerato consiguió un trabajo de suplente en un diario, para el que escribía relatos y realizaba breves entrevistas telefónicas con algún artista de la industria del entretenimiento, y también escribía sobre lo que tenía a mano o lo que averiguaba por sus propios medios. Después de una fiesta de empresa que se desmadró, empezó a salir con el director y a follar con él en su oficina tras el trabajo, o en hoteles por distintos sitios de la ciudad. El director estaba casado, era padre de tres hijos, vivía en el barrio de Hlíðar, era un combativo miembro del Partido de la Independencia y habitual de las noticias y las tertulias de la televisión. Anna no estaba enamorada de él, pero el sexo le parecía emocionante. Él la azotaba con un cinturón, le ponía en el cuerpo pinzas para la ropa, de vez en cuando la agarraba con fuerza por el cuello y la follaba por el ano: era la primera vez que ella probaba algo así. A veces le enviaba instrucciones, breves notas manuscritas sobre lo que tenía que hacer en su siguiente encuentro y cómo tenía que vestirse, lo que era un estupendo entretenimiento esporádico.

Por mediación del director consiguió encargos de una revista ilustrada de la ciudad, y más tarde empezó a trabajar a tiempo completo en ésta. Abandonó sus estudios de literatura en la universidad, que de todos modos no habían sido nunca nada más que una ocupación temporal en espera de algo mejor; le parecían una pérdida de tiempo las clases de lengua islandesa, aunque iba bastante bien en estilística, y empezó a realizar entrevistas para la publicación. Resultó ser a la vez un éxito mayor y menor de lo que había esperado; *menor*, porque además de entrevistar a mujeres importantes de la sociedad se dedicaba a traducir misteriosos anuncios de productos de belleza, que la revista había comprado a los mayoristas.

Pero así era la realidad, y a fin de cuentas siempre le iba mejor si tenía los dos pies bien puestos sobre la tierra, o sabía, al menos, que ésta se encontraba a poca distancia por debajo de ellos. Cuando dejó de salir con el director estuvo con unos quince hombres en un solo verano, en el centro de Reikiavik: encuentros de una sola noche, de una sola hora incluso, hasta de varios días. Probó con una chica y le pareció interesante, pero no mucho más. A finales de verano empezó a salir con un rico de

Garðabær unos diez años mayor que ella, y estuvo varios meses con él. Quería que le atase y le humillase, que se sentara encima de su cara y le asfixiara; en una ocasión orinó encima de él y le miró tragarse el pis con avidez. Ella era buena en el sexo, le gustaba tanto dar como recibir, dirigir o someterse, y descubrió que la expectación que bullía en su interior desde la adolescencia no era en absoluto cosa de la libido. Desde los doce años se había estado masturbando con regularidad, de hecho, cada vez con más frecuencia según iba creciendo; aún no había conocido a ningún hombre que tuviera un interés tan grande como el suyo por follar, o que le gustara hacerlo de tantas formas distintas. En los periódicos para los que trabajaba escribía artículos sobre sexo, entrevistaba a mujeres y les preguntaba sobre su conducta sexual, y, después de una charla sobre masturbación, acabó en la sauna de un *spa* con cuatro mujeres del mundo de la economía, las artes y los medios de comunicación, donde se hicieron una paja comunitaria, y se corrió más veces de lo que podía recordar.

Por lo general, no hacía ni la menor mención de todo eso a los hombres con los que estaba; si se enteraban de hasta dónde llegaba su deseo sexual, que iba creciendo con los años, estaba segura de que escaparían a todo correr. Y es que el mito del desinterés de las mujeres por el sexo nunca había sido más que eso: el miedo a un hambre interminable y absoluta de la entrepierna femenina, capaz de comerse a cualquier tipejo de tres al cuarto, a uno tras otro, y regurgitarlo después, confuso y consumido, pues en el fondo las mujeres eran más depredadoras y *varoniles* que ellos mismos. Se enamoraba con facilidad, pero parecía tener la misma facilidad para cambiar de hombre; ella quería ser absolutamente libre, aunque al mismo tiempo albergaba un vehemente deseo por complacer a la persona con quien estaba, y a los hombres en general, a fin de cuentas. Tenía una cierta admiración por su propia valía, se sentía bien cuando sacaba una grabadora, blandía la pluma y dirigía las conversaciones, y se estremecía cuando veía su nombre impreso.

Su reputación siguió creciendo, y obtuvo un puesto en una revista muy popular, lo que conllevaba mayores ambiciones, aunque no se tradujera directamente en un mayor aprecio por su trabajo: entrevistas simpáticas, cobertura de eventos por encargo, invenciones puras y simples, de modo que no se dedicaba a nada que fuera demasiado distinto a lo habitual en el periodismo islandés de la época, aunque su clientela fuera más exigente de lo normal entre la chusma de las barriadas. Se fue a vivir a un piso en la calle Bergstaðastræti no demasiado grande, pero con vistas al estanque; empezó a recibir invitaciones a inauguraciones y exposiciones; asistió a cócteles con amigos suyos que trabajaban en los bancos; folló con el político más importante, con el corredor de Bolsa más importante, con el comerciante más importante; probó la cocaína; escribió *pro bono* en *Tíkin*, el órgano de las feministas de derechas; hizo una entrevista al supermillonario Björgólfur Thor en Cannes; voló con Ólafur Ólafsson en un reactor privado de Oslo a Londres; dictó conferencias sobre periodismo islandés en la universidad privada Bifröst, donde afirmaba que el partido Izquierda-Verdes estaba anticuado y que la nueva moda eran los enanos de

jardín; recibió asesoramiento sobre refinanciación, préstamos sobre variación de cambio de divisas, mercado inmobiliario, y se quedó sin entender ni palabra.

Todo iba estupendamente, pero en los primeros días de cada mes la telefoneaba su madre, en cuanto veía a Anna en la prensa, y lloraba o le echaba una bronca por un motivo u otro, aunque lo más habitual era echarle en cara que ya no la quería y que nunca iba a visitarla. Su madre trabajaba de cajera en un supermercado de Akureyri y no tenía ni la más remota idea de lo que sucedía en la sociedad, ni en el campo, ni en Akureyri ni en ningún otro sitio. Anna no se dejaba influir. Atendía encargos en el norte de Europa, lo que resultaba fácil por la mayor internacionalización del país, y de este modo consiguió vivir bastante tiempo en Berlín, luego en París, donde conoció al programador de televisión Gísli Marteinn en una recepción de la embajada, y vivió un tiempo con él en Edimburgo.

Después de su ruptura volvió a Islandia y notó que algo había cambiado. Se acercaba a los treinta, no tenía hijos; había ido ascendiendo en el trabajo por sí sola y sin apoyo alguno en la vida, y tenía un empleo bastante gratificante sin ser demasiado difícil ni exigir demasiado tiempo. Pero el tempo de su vida estaba cambiando: todo sucedía un poquitín más despacio, había menos cosas que la sorprendieran, la asombraran o la asustaran. Incluso el deseo sexual parecía haberse estabilizado e incorporaba cierta *ternura*, de la que había carecido hasta entonces. Barajaba la posibilidad de conseguir el puesto de redactora jefa del periódico, pero probablemente era demasiado vehemente, pretendía llegar demasiado lejos demasiado pronto, y la directora de entonces le echó una bronca; era una mujer que, por culpa del estrés, había acudido a un sanatorio en Suiza, invitada por una gestora de inversiones.

Empezó a pensar que había cometido un *error* y que en realidad estaba desamparada; empezó a pensar que había metido todos los huevos en la misma cesta, que se había permitido ser simple e ingenua, que por qué no se había formado más o por qué no había ahorrado más. Era periodista, pero si no era periodista, si perdía la confianza de quienes la rodeaban, entonces no era *nada*. Tenía miedo a que la considerasen una pedigüeña, que fueran capaces de descubrir sus secretos más íntimos y lo poco que había aprendido realmente, y así empezó a perder la confianza en sí misma y pareció que todos se lo olieron.

Pero lo que la dejó más preocupada fue descubrir, un día, que durante diez años no había escrito ni una sola línea para sí misma, ni un poema, ni un relato breve ni una línea de poesía, había dejado de reflejar su vida en diarios, excepto unos pocos comentarios esporádicos sobre el clima y el estado de ánimo, y llegó el momento en que abandonó totalmente la escritura. Durante diez años, la creación había estado ausente de su vida, a menos que hubiera algo creativo en lo más hondo de los índices de tirada de las revistas y el promedio de la longitud de sus columnas y sus entrevistas. «Lo único que nunca falla»: los titulares se uncieron al carro de algunos ricachones para difundir la palabra del Partido de la Independencia para viejas de

mediana edad o para hacer interesante a Finnur Ingólfsson, masculino a Hannes Smárason, creadora a Kristína Ólafsdóttir, humorista a Geir Haarde. Ya ni siquiera le quedaba la política para justificarse.^[1]

Rompió la relación con un hombre que amaba y tardó más de lo habitual en encontrar otro nuevo; empezó a arrancarse mechones de pelo y a disfrutar con ello, se pellizcaba los pezones y los labios genitales hasta que lloraba de dolor; una noche fue corriendo a la cocina y se hizo cortes con un cuchillo en el codo, en la rodilla y en el muslo, la inundó un profundísimo sentido de culpabilidad y no pudo dormirse hasta el mediodía siguiente, levantó el teléfono para llamar, para pedir ayuda, pero volvió a colgar.

En esos mismos días, su abuelo se puso en contacto con ella. La llamó a media noche, estaba borracho; dijo que acababa de desembarcar, que «no le quedaba mucho tiempo» y que quería verla. Aquello le sonó a los clichés de alguna canción romántica de Gylfi Ægisson, no quiso complicarse más la vida y le pidió que se olvidara de ella, igual que había hecho siempre, y añadió que se fuera a la mierda. Colgó de golpe y en ese mismo instante se echó a llorar a gritos sin poder parar, se golpeó con un rodillo de amasar, pero no consiguió perder el sentido; se puso pinzas de la ropa en la cara hasta que se sintió protegida y se acurrucó al pie de una pared roja. Al día siguiente, Heiða, que acababa de volver de sus estudios en Suecia, la llevó a la sección de psiquiatría del hospital nacional, donde la ingresaron unos días *para descansar*.

Anna tuvo la vaga aprensión de que estaba en aquella planta en sustitución de su madre, pero eso no importaba. Siempre se le había dado bien adaptarse, y muy pronto comprendió cómo estaban las cosas. Al cabo de una semana le dieron de alta con una receta y, a partir de entonces, visitó a un psicólogo una vez por semana. Dejó de permitir que su madre se consolara llorándole en el teléfono y comprobó que disfrutaba sufriendo, al menos dentro de ciertos límites, y se conformó con la idea de vivir, aunque también con la de ser una persona interesante.

Después pareció recobrar el equilibrio. Siguió trabajando en la revista, pero pronto se enteraron de que había *enfermado* y había estado ingresada en la planta de psiquiatría, lo que la despojaba por los siglos de los siglos de toda posibilidad de ocupar el cargo de redactora jefa, por muy interesante que fuera. Hizo más entrevistas, escribió más columnas de opinión sobre todo lo divino y lo humano y se conformó con haber alcanzado con bastante rapidez cuanto su capacidad le permitía; a fin de cuentas había ascendido deprisa, aunque no demasiado alto. Tenía gente a su alrededor, las reporteras que se mataban a trabajar, ella era secretaria de redacción, estupenda organizadora, pero en el fondo de su corazón sabía que nunca llegaría a ser suficientemente cabrona ni idiota para subir más. Era una simple periodista, y sin duda su vida no cambiaría en nada de lo esencial.

La casa estaba en silencio, tan sólo se oían los crujidos y los silbidos del viento, que no hacía más que aumentar. En el horizonte, de la arena se alzaba una bruma oscura que a ratos se acercaba a la casa y a ratos se alejaba.

Anna escudriñó los edificios anexos, pero no vio a los ancianos por ningún sitio. Si no estaba equivocada, se encontraba sola en la casa. Eso dio pie a las *ganas de fisgonear* que la acosaban a veces y que no eran demasiado diferentes al deseo sexual, aunque no se habían dejado notar durante bastante tiempo.

Pensó en sus amigos en medio de la bruma, pero decidió no preocuparse: confiaba en Vigdís y en Hrafn, ellos sabrían encontrar el camino, y, por suerte, la temperatura era templada.

Salió al pasillo. Además de la habitación de Hrafn y Vigdís, en el pasillo había un cuarto de baño, si bien carecía de agua caliente y tenían que ducharse con un cubo. Al otro lado, donde había la escalera que conducía al piso inferior, el pasillo estaba cerrado por una puerta; la parte del corredor en el que se alojaban no ocupaba más que un tercio de la longitud de la casa, de modo que lo que hubiera detrás de aquella puerta tenía que ser grande.

Pasó el hueco de la escalera y se detuvo ante la puerta. El pasillo estaba oscuro, pero por la abertura de la cerradura penetraba un resplandor grisáceo. Puso un ojo en el agujero y vio estanterías llenas de libros. Lo que deseó en esos momentos más que nada en el mundo fue echar a correr como una desesperada y meterse otra vez en la cama, sepultarse piando como un pajarito debajo del edredón, pero lo que hizo fue empujar el tirador de la puerta. Cosas de la afición al fisgoneo.

La puerta se abrió con un chasquido grave.

Lo que vieron sus ojos era una especie de despacho. En las estanterías situadas a lo largo de las paredes, desde el suelo hasta el techo, había libros; junto a una de las dos ventanas del cuarto había una gran mesa de roble, y en la pared del fondo colgaban fotos en blanco y negro. En medio del cuarto había dos estanterías llenas de diarios, revistas y carpetas. En una de las paredes estaba la chimenea, hecha de ladrillos de color rojo pálido.

Su primera idea fue que la anciana pareja tenía dinero o al menos lo había tenido en cantidad en el pasado; muchos de los libros estaban encuadernados en piel y parecían antiguos y valiosos; las tablas del suelo y del techo estaban talladas, y las cortinas que cubrían las ventanas eran de seda roja.

Al examinar mejor el lugar vio que, en algunos sitios, las paredes y el suelo estaban hinchados por la humedad, encima de las estanterías había arena que se había metido también entre los libros, y, además, el olor a moho que reinaba allí indicaba que los libros debían de estar dañados por la humedad. Si la casa se había construido en tiempos de opulencia, era evidente que las circunstancias habían cambiado, a

menos que los dueños ya no tuvieran ganas de conservarla en buen estado. Aquel despacho tenía el techo más alto que otros espacios de la casa, con vigas de madera ya podridas que sostenían el revestimiento de chapa ondulada. Entre las dos estanterías había un cubo que recogía el agua de una gotera del techo. En el suelo no había arena, lo que tenía que significar que alguien lo limpiaba, y la ceniza de delante de la chimenea daba a entender que había sido utilizada recientemente. Se agachó al lado del hogar, pasó el dedo por la ceniza y se asomó por el tubo de la chimenea, pero lo único que vio fue oscuridad.

Se acercó a la mesa de escritorio y paseó la mirada por las fotos que había detrás de ella. En la pared colgaban certificados de estudios enmarcados. El buen hombre había viajado mucho, a juzgar por lo que había allí: un diploma de Princeton, en Estados Unidos, que certificaba que Kjartan Aðalsteinsson había obtenido el doctorado en Medicina con la máxima calificación; otra universidad de Boston le otorgaba un reconocimiento por sus sobresalientes resultados en un examen. Además, había un documento del instituto de bachillerato de Reikiavik en el que se le felicitaba por ser el primero de su clase en la rama de ciencias, y debajo había un pequeño diploma dorado que declaraba que había sido el primero en el examen nacional de la escuela secundaria.

Le resultaba difícil casar todo eso con aquel hombre sonriente que siempre movía un poquito la cabeza, y se confirmó su conjetura de que no era ningún campesino. En una de las fotos se veía al mismo hombre, al parecer en torno a los treinta años de edad, recibiendo un diploma, quizá otro reconocimiento más, de manos de un hombre que Anna recordó que había sido ministro de Islandia alguna vez. En otra estaba sentado a la mesa con Björgólfur Guðmundsson^[2] y su esposa Þóra, la de la importante familia Thor, sosteniendo un gran habano y riendo de tal forma que se le veían las muelas del juicio. En una foto que podía haberse publicado en algún diario, a juzgar por la pose, se veía a Kjartan en un atril de conferencias, con el pecho muy hinchado, quizá como señal de victoria en un campeonato de oratoria, y en otra estaba en un muelle, con un barco de pasajeros al fondo, aproximadamente a los veinte años de edad, vestido con un traje negro, sin duda camino de Estados Unidos para estudiar.

Le llamó la atención que en ninguna de las fotos estuviera la mujer con él, aunque resultaba evidente que en muchas de ellas estaba de vacaciones: en pantalones cortos en un bosque y con prismáticos colgados al cuello, sonriendo como un tonto al lado de una hoguera, sobre esquís delante de una cabaña de troncos. En todas las fotos era bastante joven, probablemente no había cumplido los cuarenta, lo que indicaba que no le habían hecho ninguna foto en treinta o cuarenta años, al menos ninguna que le apeteciera colgar en la pared de su casa.

Se apartó de la ventana y miró a su alrededor, y luego se sentó a la mesa. Allí estaba, enmarcada, la única foto en la que aparecían niños. Un chico y una chica, de unos diez años de edad, sentados muy tiesos en sendas sillas, delante de un hombre y

una mujer que parecían sus padres. El hombre estaba detrás del muchacho, con una mano sobre el hombro del chico y la otra apoyada en un bastón; tenía gesto severo, mientras que el semblante de la mujer parecía alegre, aunque casi se había difuminado por completo en la neblina blanca que cubría la foto. Llevaba un vestido largo, el cabello peinado en trenzas, oscuro, y el cuello y la muñeca lucían unas alhajas.

El muchacho era Kjartan de pequeño y, al mismo tiempo, Anna descubrió que la chica que estaba a su lado debía de ser la misma que aparecía en la foto del salón de la planta baja. Lo que los convertía en hermanos, si no se equivocaba, pues se parecían muchísimo: los dos muy guapos, rubios y delicados; niños de una familia bien de clase alta, a juzgar por la ropa de los padres, el bastón, las joyas; así que volvió a preguntarse qué estaba haciendo ese hombre en los arenales.

En el cajón de la mesa hurgó entre montones de hojas de papel arrancadas de un cuaderno que no se veía por ninguna parte. La mayoría de las hojas estaban vacías, pero una de ellas tenía algo escrito con letra rápida y casi ilegible, que Anna pudo descifrar con dificultad; ponía «Tierras altas» y a continuación una serie de números. Otras palabras eran «sótano» y «llave», y debajo había «establo», «farola», «puerta exterior». Las palabras estaban una debajo de otra y a veces sólo había una en cada línea. Aquello tenía toda la pinta de ser una especie de recordatorio, quizá escrito por el hombre antes de enfermar. Volvió a leer las palabras que aparecían en la parte baja de la página: «No tiene alma». La frase estaba subrayada dos veces.

En otras hojas había boletines meteorológicos escritos por la misma persona. Tuvo la tentación de robarlos, pero no acababa de entender para qué servirían.

¿Qué no tiene alma?

Cerró el cajón y se levantó; oyó crujir la casa a causa de la tormenta, que seguía empeorando. Pasó por delante de las estanterías y leyó los lomos de los libros. La mayoría trataban de ciencias, biología, geología, química y física, y de la especialidad del hombre: medicina. Buen número de ellos estaban en inglés, pero también en alemán, francés o alguna de las lenguas nórdicas. En muchos de los estantes había tejuelos que parecían indicar una catalogación o una temática.

En un estante había libros islandeses del doctor Helga Pjeturss, de Sigurður Nordal y Alexander Jóhannesson, traducciones de los poemas homéricos y novelas de Einar H. Kvaran y Gunnar Gunnarsson. Siguió mirando los lomos de los libros y se detuvo en una serie titulada *Hombres de negocios islandeses*, que constaba de tres volúmenes. Sacó el primero, editado el año 1955, y echó un vistazo al índice onomástico en busca de Kjartan Aðalsteinsson.

Estaba en el último volumen. A juzgar por el libro, pertenecía a la aristocracia privilegiada del país desde hacía varias generaciones: grandes campesinos, gobernadores provinciales, y así sucesivamente, pero la familia parecía haber cambiado de chaqueta y empezó a llenarse de políticos y hombres de negocios, sobre todo en el campo de la exportación de pescado. Su bisabuelo fue ministro, aunque

Anna jamás había oído hablar de él, y el padre tenía un comercio y se dedicaba a la venta al mayor en Reikiavik y Akureyri; se le denominaba «genio de los negocios», se mencionaba su relación con la familia Thor, «buen amigo de Richard Thor», y que se había enriquecido con las transacciones de divisas.

Kjartan tenía una hermana, cuyo nombre no se mencionaba en el libro, y tanto ella como su madre se definían como amas de casa. A Kjartan lo llamaban «gran estudioso»: desde muy pequeño había mostrado interés por las ciencias, y se enumeraban los estudios que podían verse en los diplomas de la pared, su actividad en la investigación médica en el hospital universitario de Boston, donde empezó a desarrollar sus ideas sobre *energía vital*, una especie de energía eléctrica que habitaba en todos los seres vivos y que podía utilizarse para dirigir su crecimiento y vencer al cáncer. Tras su *repentina marcha* de Estados Unidos, como se expresaba en el libro, volvió a vivir en Islandia. Hizo construir un laboratorio de investigación en la empresa pesquera Grandi, en Reikiavik, aunque su legalidad parecía estar en entredicho, también por sus lazos personales con muchos políticos; hubo rumores de que la empresa abusó del acceso a los archivos del hospital nacional y a los historiales médicos de decenas de miles de islandeses, y que además se dedicaba a realizar investigaciones que atentaban contra la *ética científica*. Más tarde, la empresa fue declarada en quiebra; el Estado islandés se hizo cargo de las deudas y a continuación Kjartan tuvo complicaciones aún más serias: se abrió un pleito contra él en el juzgado de distrito de Reikiavik por delitos contra la «moralidad pública», y además el libro hablaba de «libertinaje en su vida privada», para concluir señalando que tenía un hijo, cuyo nombre no se mencionaba, como tampoco el de la madre del niño.

Eso era todo. Anna miró los datos de otras personas en el libro y luego volvió a colocarlo en el estante. Lo que más le había llamado la atención era lo de los delitos contra la moralidad pública y que no se mencionaran los nombres del hijo de Kjartan ni de la madre del niño, como sí se hacía en otras entradas del libro. Posiblemente tendrían que ver ambas cosas con que el hombre fuera un mujeriego y un canalla, y que entonces había tenido por lo menos un hijo fuera del matrimonio, pero le parecía improbable. Esa conducta era demasiado corriente para hacer de ella algo especial.

¿Y por qué tampoco se mencionaba el nombre de su hermana?

Estaba a punto de abandonar la estancia cuando vio en la estantería, delante mismo de ella, unas palabras que le resultaron familiares, las mismas que estaban garrapateadas en una hoja en el cajón de la mesa: *Tierras altas*. Estas palabras formaban el título de uno de los libros. Anna agarró el ejemplar e intentó sacarlo, pero no lo consiguió; tan sólo se levantó por detrás y se oyó un chasquido que venía de la parte trasera de la estantería; entonces el armario, con un apagado chasquido, empezó a separarse de la pared.

El hombre con tentáculos en la cabeza

Anna miró hacia atrás, creyendo desesperada que el armario iba a caer al suelo, pero vio que giraba sobre unos goznes.

Magia, pensó, y el armario se detuvo. Al poco se atrevió a asomarse por la puerta que había aparecido detrás de la estantería, pero sólo vio oscuridad. De las tinieblas surgía frío y toda una variedad de olores a moho y humedad, y un silencio cargado de tensión, como si fuera a terminar con un gran estruendo en cualquier momento.

Se quedó en el umbral sin saber bien qué hacer, pero cogió una vela que había encima de la mesa, la encendió e iluminó la oscuridad. La llama era firme y recta, y Anna vio ante sí una cama, una mesa pequeña de escritorio y una estantería. La habitación sólo tenía dos o tres metros de largo, y una anchura semejante.

Inmediatamente, al lado de la puerta distinguió un interruptor en la pared. Encima de él estaba escrito con letras en mayúscula: «Mírame». El interruptor no parecía tener nada de particular, pero ¿qué era lo que tenía que *ver*? ¿A los habitantes de aquella habitación? Estiró el brazo para comprobar si se encendía una luz en el techo, pero en el último momento se detuvo. Había algo raro en aquello.

Miró a su alrededor hasta que quedó convencida de que no había nadie escondido en el cuarto; avanzó paso a paso y se detuvo al lado de la cama. Encima de ella había una manta marrón que olía a humedad. Sin pensarlo, tiró de una esquina de la manta, pero se detuvo al instante: surgió un olor que le provocó náuseas y que recordaba al pescado podrido o al olor de un indigente que se había puesto a su lado en el metro de Nueva York.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad vio que encima del cabecero de la cama había un punto menos oscuro. Al examinarlo más atentamente reconoció la silueta de una ventana del mismo tamaño que la que había visto en el despacho; el cristal estaba tintado de negro con una pintura opaca que impedía el paso de la luz del día casi por completo, tan sólo había una pequeña línea por la cual un finísimo rayo penetraba en la habitación.

Miró la raya y vio la arena moverse sobre la tierra en un oscuro torbellino. En medio del caos se veía luz en los otros edificios, lo que le hizo pensar en los ancianos. Aunque no se los veía por ninguna parte, Anna temía que la pillaran con las manos en la masa. Paseó la mirada en busca de algo que llevarse, algo que pudiese revelar los misterios de la casa del arenal.

A poca distancia de la mesa colgaba una foto enmarcada que al principio a Anna le pareció de la anciana, pero luego empezó a dudarla. La persona en cuestión era de mediana edad, cabello oscuro que se elevaba recto desde la cabeza, como si estuviera ahogándose en el agua. Anna acercó la vela y cambió el ángulo; pudo ver que no era

una foto, sino un dibujo, realizado con exacto realismo fotográfico, de un hombre de ojos rasgados y una especie de brazos o tentáculos que le salían de la cabeza.

Encima de la mesa, que era más baja y más pequeña que la de la habitación de los libros, había una vela quemada hasta el candelero y una caja de madera pintada. La caja no tenía ningún rótulo. Anna se apresuró a soltar el cierre, antes de que el coraje le desapareciese, y abrió la caja; desplegó una tela de seda oscura y apareció un revólver. No era especialmente grande, pero el cañón era largo y brillaba con la luz de la vela. Anna alargó la mano, tocó el cañón y pasó los dedos por él con prudencia. Después de una breve vacilación levantó el arma, hizo girar el tambor y vio que cuatro de los seis agujeros tenían una bala dentro.

Dejó el revólver sobre la mesa y se quedó mirándolo. No podía dejarlo allí, era una prueba no sólo sobre su existencia allí arriba, sino de algo que aún quedaba por desvelar. ¿Por qué faltaban dos balas? ¿Las habían disparado?

Tenía un amigo en la policía que podría ayudarla a averiguarlo. Envolvió el revólver en la seda, se lo metió en la cintura de los pantalones, cerró la caja y la dejó en la mesa.

Al salir, Anna se volvió en el umbral, paseó la mirada por la habitación y se fijó en el interruptor de la pared, donde ponía «Mírame». Estaba pasando por alto alguna cosa. Llevó la vela hacia la izquierda, luego hacia la derecha y pulsó el interruptor. Todo se iluminó como si fuera de día; la corriente salió del interruptor, le subió por el brazo y alcanzó todo su cuerpo. Apretó los dientes, sintió que se quedaba rígida y al mismo tiempo como adormilada. Muy lejos oyó la vela caer en el suelo, miró atónita el centro de la habitación y vio; se agitó unos segundos o una eternidad y entonces se apartó bruscamente de la puerta.

Dio unos pasos, apoyó las manos en los muslos, se arrodilló y finalmente se puso a cuatro patas. Todo giraba en su cabeza y el corazón le latía rápido e irregular. Intentó no gritar, tragó la saliva que le corría por la boca y agitó las manos para volverlas a la vida. Se sintió desesperada, creyó que iba a morir o que ya estaba muerta, que algo se había descompuesto en su interior, pero el sopor empezó a disminuir, el corazón se calmó y levantó los ojos del suelo.

La puerta era un marco blanco en la pared. Alguien había vuelto a la casa y caminaba por el piso de abajo. Podía percibir la casa entera, hasta el más mínimo movimiento, hasta el más mínimo sonido. Estaba sola en la oscuridad con aquello que había aparecido en medio del fogonazo; lo notó pegado a ella, notó que era incomprensiblemente frío y tan grande que ella se hizo un ovillo, sintió que ya no era dueña de su propia intimidad, que era una criatura miserable; en el porte de aquello había algo horriblemente feroz, sin comprensión ni compasión, y probablemente tampoco humano, aunque así se le hubiera presentado: como *un hombre con una gran cabeza desgarrada, la boca abierta de par en par y los ojos entornados; la piel tan consumida que parecía demasiado grande, como si se la hubieran echado por encima. De la cabeza surgían unos tentáculos negros que se agitaban y se alargaban*

hacia ella...

Salió de la habitación a cuatro patas, consiguió cerrar el armario detrás de ella y apretó la espalda contra él hasta que se oyó un chasquido. Entonces fue al pasillo; sentía el revólver clavándosele en el muslo, pero siguió adelante y llegó a su cuarto, donde tuvo arcadas y vomitó en el suelo. Después trepó a la cama y se durmió al instante, como si la hubieran apagado.

¿Creías que te habías librado?

EGILL

—Un túnel que va bajo tierra, como te digo... —explicó Egill, aunque su intención era decir algo totalmente distinto, algo sobre los arenales y el poblado.

Estaban los tres sentados, apoyados en la pared del almacén que había en la linde del poblado. Sentía violentos deseos de marcharse lo más lejos posible de aquel lugar, pero la niebla saturada de arena era ya demasiado espesa. Desde el almacén apenas se divisaban los postes del puente a su lado del barranco, lo que quería decir que la visibilidad se limitaba a unas decenas de metros e iba disminuyendo.

En el altozano que había entre el poblado y el barranco, Vigdís había encontrado otro portón, otro pasadizo subterráneo, si era correcta la teoría de la presa. El portón estaba cerrado con llave desde dentro.

Hrafn tenía los ojos cerrados mientras Vigdís miraba un mapa. Parecía intranquila por algo. Ojalá *supiese* por qué. No le habían contado lo que vieron en el poblado.

Seguía haciendo tanto calor que Egill sudaba. El nivel del río del barranco había aumentado, el estruendo era más atronador y se unía al gemido del viento. Alzó la cámara de fotos y la dirigió hacia el barranco, pero perdió interés, se puso de pie y dijo que iba a hacer un pis. Ninguno de los otros dos levantó la mirada.

Dobló la esquina del portón delantero del almacén; aquel sitio no gozaba de tanta protección frente al viento; pero pudo encender su *arma secreta*, que sacó del bolsillo del pecho. Mientras orinaba aspiró el humo, lo mantuvo en los pulmones y exhaló una recta columna azulada.

Tuvo la clara y definida sensación de que el vello de su cuerpo se erizaba; si hubiera sido un antiguo militar herido, sin duda habría oído el silbido de una bala de fusil en la cabeza, el dolor en la parte frontal del cráneo, incluso habría perdido el control y habría empezado a disparar en todas direcciones. Bueno, lo achacó al tiempo tan horrible que hacía, que *te pone de los nervios*.

Se subió la cremallera, apoyó la espalda en la pared y dio otra calada. Vio que el viento se encalmaba para convertirse en una brisa rojiza; los granos de arena formaban remolinos y musitaban sus secretos sobre el sol en medio de la tierra; las placas tectónicas se montaban una sobre otra como belicosos dragones. Cuando regresara, Hrafn le miraría con ojos escrutadores y vería las huellas, y sentiría envidia; envidia de hundirse más aún en sí mismo, de perder el control.

Al acabar la carrera, Egill había trabajado en un bufete de abogados de Dingholt a fin

de acumular experiencia suficiente para crear su propia empresa. Con dos de sus compañeros de la universidad fundó un bufete, alquilaron un local en la calle Suðurgata y comenzaron a captar clientes. En uno de los primeros cócteles que organizaron coincidió con Hrafn; durante bastante tiempo habían evitado encontrarse, pero Egill no hacía más que oír el nombre de su antiguo amigo en cuanto se hablaba de negocios.

—¿Creías que te habías librado? —dijo Hrafn, extendiéndole la mano.

Se saludaron; resultó que un hermano de Hrafn, el abogado, había sido invitado a la recepción, pero no pudo acudir y envió a Hrafn en su lugar.

Hrafn dijo que no tenía ni idea de que Egill fuera uno de los propietarios del bufete, aunque a Egill le sonó a pura invención; le pareció totalmente absurdo, aunque no entendía por qué iba a mentirle. Hablaron de volver a verse muy pronto «para recuperar nuestra antigua relación» y, en vista de cómo había trepado Hrafn, Egill se quedó un tanto expectante, aunque no pensaba tomar él la iniciativa.

Poco después volvieron a coincidir, esta vez en una recepción; los dos dijeron que era un fastidio y añadieron que no habían podido escaquearse; era la despedida de soltero de un conocido común. Esa noche acabaron los dos borrachos en Vegas, un local de *striptease* de Laugavegur, donde Hrafn le explicó que su novia le había abandonado la semana anterior porque él la engañaba, y que ahora vivía en un hotel, no tenía ni idea de lo que pasaría a continuación, pero estaba muy arrepentido. Presentó a Egill a sus amigos, diciendo que había sido su primer y mejor amigo; más tarde dijo que le quería y que le perdonaba lo que había pasado entre ellos «aquella vez». Egill no recordaba lo que había respondido, pero de una u otra forma terminaron en la casa en que vivía con Anna, que en aquella época acababa de mudarse allí, y Hrafn se quedó dormido como un leño en el sofá.

Al mes siguiente volvieron a quedar los dos solos, sin parejas, sobre todo los viernes, y entonces daban largos paseos por la zona de Gróttá, charlando y fumando puros habanos; a veces invitaban a las chicas a beber algo y acababan en el Rex, donde añadían whisky a todo lo anterior y bebían hasta estar borrachos como cubas.

Con el tiempo, Egill consiguió ir encajando las piezas de una especie de relato de lo que había sucedido en la vida de Hrafn desde que dejaron de hablarse. Después de su primer tratamiento de desintoxicación, hacia los veinte años de edad, Hrafn se alejó de ese horrible mundo, volvió con el rabo entre las piernas al regazo de su familia, se dejó caer en la red protectora de la seguridad familiar, prometió todo lo habido y por haber, y ellos se lo perdonaron todo, con condiciones. No había hecho el examen de acceso a la universidad, lo que era una desgracia y, mucho peor aún, caso único en su familia; pero gracias a la experiencia compartida comprendía, casi mejor que nadie, la esencia de la nueva ideología del mercado, que por entonces estaba extendiéndose por el país entero. Con ayuda de su padre tuvo ocasión de ir ascendiendo en la naviera mientras trabajaba, empezó a vestir traje, a conocer a amigos de su padre en los cócteles, a conocer a los hijos de esos amigos, a conocer a

la red de relaciones de la familia, a conocer a *las otras familias* a partir de cero, y después las cosas sucedieron muy deprisa.

A los veintiséis años de edad se ocupaba fundamentalmente de la dirección diaria de una empresa que facturaba al año miles de millones de coronas, y, aunque su padre gozaba aún del título de director, casi ni se inmiscuía en los asuntos de la dirección. El hermano mayor, Geir, regresó a Islandia tras completar sus estudios de Derecho en Boston; se convirtió en abogado de la naviera, participó en reuniones con parlamentarios y banqueros y se encargó de las formalidades cuando su padre vendió la empresa a los hermanos y se marchó a Florida a darse la gran vida. Aunque los hermanos no congeniaban demasiado, el negocio iba estupendamente y acabaron por adaptarse a las exigencias de su estatus: asistían a reuniones en la Cámara de Comercio, la Dirección General de Exportaciones, la Asociación de Armadores de Pesca, la Asociación de Empresarios y las asambleas nacionales del partido; no acudían bebidos como su padre, aunque no tenían ninguna objeción a los apartados llenos de humo, y de cuando en cuando incluso Geir se metía entre pecho y espalda un buen trago de coñac, cumpliendo así con las principales expectativas de eso que recibe el apelativo de «empresario islandés».

Si uno se fijaba en cómo eran los hombres de la familia, no podía decirse que aquello fuera una novedad, aunque en Hrafn había algo nuevo, se mantenía siempre un poco aparte y no se dejaba absorber totalmente por el trabajo. Y así se lo contó una noche a Egill, cuando llevaban apenas un año viéndose otra vez, más borracho que de costumbre. Dijo que nunca había dudado de sí mismo, pero que sabía perfectamente que podría ser feliz haciendo algo que no fuera dirigir una empresa o realizar inversiones; incluso había algo en su interior que recelaba del dinero, se sentía inquieto en una forma bastante poco material o realista, y a veces se le pasaba por la cabeza, igual que en los viejos tiempos de Ægisíða, la idea de ser artista.

—¿No será que te has olvidado de algo? —bromeó Egill, dándole una palmadita en la espalda—. ¿No tienes que salir a alta mar, echar el anzuelo y subir algún pez a bordo? ¿Relacionarte con la realidad?

Pero ahora los tiempos eran otros: nunca en la historia del mundo había sido tan sencillo conseguir un préstamo, y la idea de poner el dinero a trabajar no le era ajena a Hrafn. Hacía mucho tiempo que sabía lo que pagaba su padre en intereses al año, pero el monto total de los préstamos a bajo precio a los que tenía que hacer frente fue toda una sorpresa para él. Y quizá aquello tuviera que ver con esa peculiaridad de la lengua islandesa que es usar una misma palabra para préstamo y para regalo. Geir y él empezaron a desprenderse de propiedades de acuerdo con los auditores y asesores financieros de la empresa, y suscribieron hipotecas sobre las cuotas de pesca o, más exactamente, sobre los barcos, pues la otra posibilidad era ilegal. Invirtieron en los bancos islandeses y en las sociedades de cartera, en bienes raíces en los países del antiguo bloque oriental, en empresas de comunicaciones, transporte y energía; crearon su propia sociedad de cartera y vieron asomar una débil luz de algo que aún

no eran capaces de comprender del todo, pero que hacía que *la nueva ideología del mercado* pareciera una tostadora de pan en comparación con un cazabombardero furtivo. Por el simple procedimiento de mover el dinero de un lugar a otro, de una cuenta a otra, de una cartera a otra, aprendieron a incrementar su valor; era como amasar dinero, dejarlo reposar y verlo crecer, lo que se podría hacer sin problema, a menos que alguien cerrara dando un portazo.

En esa época, Egill también era rico, pero, por mucho que ganara, Hrafn parecía tener diez veces más: aseguraba que se estaba asfixiando bajo el peso del dinero, ya no sabía ni el número de sus *cuentas*, soñaba con bosques de oro, que se llamaba Jóakim, que tenía una gorra roja al estilo Robin y uncía cervatillos de diamante delante de su coche. Pero un día dejó de hablar de esas cosas, excepto cuando Egill le insistía. De repente había perdido el interés por el dinero, dijo que había conocido a una mujer, que tenía que mantenerlo en secreto por un tiempo, pero que sería el gran amor de su vida. Un viernes por la noche anunció que volvía a asistir a terapia por consejo de la mujer misteriosa.

—Soy un alcoholico, un *borracho* sin remedio —farfulló mientras tomaban un cóctel en el 101 Hôtel, recién llegado de una recepción en la embajada canadiense.

Dijo que había despertado borracho, no recordaba lo que había estado comprando y vendiendo en Nueva York por la mañana, pero era probable que más le hubiera valido seguir durmiendo.

—Nunca confíes en mí, nunca... *confíes* en mí —añadió, y dijo que se iba a Suecia a someterse a cierta terapia.

Cuando Hrafn regresó, todo había cambiado. Empezó a salir con Vigdís, y Egill imaginó que era ella la mujer secreta de quien le había hablado. Gróttá y el Rex quedaron apartados de momento, pero como Egill quería que siguieran viéndose, en realidad nunca había necesitado tanto a su amigo, se atrevió con el montañismo. Hrafn estuvo de acuerdo. Iban al monte Esja con las chicas, y fue durante una de esas caminatas cuando surgió la idea de viajar a las tierras altas. La empresa en la que participaba Hrafn tenía en *leasing* un auténtico todoterreno de montaña, y él se empeñó en que fueran los cuatro juntos a hacer un recorrido por las tierras altas; llevarían tiendas, provisiones y sacos de dormir, se relajarían y cogerían fuerzas después del invierno, que había sido difícil para todos ellos.

La primera reacción de Egill fue decir que estaba ocupado; no le apetecía que Anna y Hrafn se conocieran demasiado, y además las fechas fijadas le parecían de lo más raro. Todo en su vida había cambiado de repente, incluyendo su relación con Hrafn. Poco antes le había pedido un préstamo: sería su última tabla de salvación, pues impediría una investigación sobre una serie de cosas y temporalmente le alejaría del precipicio. Como Hrafn se negó, Egill quedó convencido de que sus sospechas, que habían ido en aumento desde que Hrafn había empezado la terapia, eran correctas: lo había perdido todo, los dos estaban en una situación parecida, aunque a Hrafn se le diera mejor aparentar. Por otro lado, también podía ser que Hrafn siguiera

teniendo dinero de sobra y que lo único que quisiera de verdad fuese *vengarse*.

Anna insistió en ir. Dijo que estaba harta del aislamiento, harta de la envidia que mostraba constantemente Egill por Hrafn y por todos los que no lo habían perdido todo, estaba harta de tanta autodestrucción, de tantos agobios, de tanta bebida y de que Egill empezara a sentir cada vez con más fuerza que en todo aquello había algo inevitable. Un mes después salieron de la ciudad en el todoterreno, pero aquel viaje no podía salir bien, y los cuatro lo sabían.

Desmenuzó el porro entre los dedos y miró las brasas volar sobre la arena. La niebla era oscura otra vez, pero en su pecho vivían el rubor y la ternura, los latidos del corazón fuertes, pero no demasiado rápidos.

Al pasar por delante de la puerta pequeña del almacén, la destinada a la entrada de personas, tuvo la sensación de que algo había cambiado. Se quedó un rato delante de la puerta, la empujó y la cadena se deslizó por el agujero y cayó al suelo. A menos que estuviera viendo visiones.

Volvió a donde estaban Hrafn y Vigdís; había decidido no decir nada, pero abrió la boca casi en el momento mismo de llegar hasta ellos.

—El almacén está abierto —dijo, y les aseguró que no era una confusión.

Los otros dos se levantaron y le siguieron hasta la puerta. Estaba abierta. Hrafn apenas echó un vistazo a la puerta y se agachó a examinar la cadena, que había caído sobre la arena.

—¿Qué has hecho? —preguntó, y examinó el candado, que estaba cerrado en un extremo de la cadena, pero no en los dos, como habían creído la vez anterior—. Esto no estaba así, comprobé la cadena. Estoy total y absolutamente seguro de que esto no estaba así. —Egill levantó los brazos y dijo que no tenía ni idea.

Vigdís entró en el almacén y Egill la siguió.

—¿Es legal estar aquí? —preguntó Vigdís.

Egill se oyó a sí mismo hacer pública una opinión de su cosecha que le pareció razonable; aunque, seguramente, ella no contradiría nunca sus opiniones, había algo ridículo en la idea de propiedad privada en esa región, al menos algo ilusorio; si llegara allí algún viajero en apuros, seguramente entraría, y sería lógico; la otra posibilidad sería congelarse delante de la puerta, lo que incomodaría a los propietarios mucho más que el daño causado por una intrusión a la fuerza. Aquella opinión le salió sin necesidad de pensar, era como si en ella hubiese algo *humano*, lo que le hizo sonreír.

El almacén estaba a oscuras, pero en lo alto de una de las paredes había una ventana por la que penetraba una débil luz. En el techo se podían observar unas fuertes vigas, pero el tejado en sí no se veía. El suelo era de arena, la misma que estaba adherida a las paredes. Egill entró hasta el centro del almacén, que parecía vacío; al menos no tropezó con nada ni su cabeza chocó con ningún avión, ni con un tractor ni con una negrísima lancha rápida de cien metros de eslora. Soltó una risita por lo bajini.

Gracias a la iniciativa de Hrafn descubrieron que la puerta grande del almacén estaba también abierta y en las mismas circunstancias que la otra: el candado cerraba sólo un extremo de la cadena. Abrieron la puerta grande entre los tres y consiguieron hacer entrar más luz, aunque aún reinaba la oscuridad cerca de las paredes. Se

aseguraron de que el almacén estaba vacío y de que no había nadie más; se sentaron en la puerta a esperar que el viento se calmase. Era ya demasiado tarde para llegar a Askja antes del anochecer, así que decidieron aplazar la caminata hasta la mañana siguiente.

—Se calmará enseguida —dijo Egill, se quitó los zapatos de una patada y se hizo un masaje en los dedos de los pies—. Como mucho esta noche, ¿no? Al llegar la noche se calma siempre.

Vigdís asintió con un suspiro.

—Si no, deberíamos por lo menos intentar encontrar el camino hasta la casa, usando la brújula y el reloj. No tengo ni la más mínima intención de pasar la noche aquí. —Sacó las bengalas de la mochila y ella y Egill estuvieron dándole vueltas a si deberían comprobar que funcionaban.

Hrafn se alejó y se tumbó en la oscuridad, al pie de una pared. Farfulló algo sobre dormir, tenía cara de estar molesto.

Vigdís sacó sus provisiones y comió algo. Egill se sentía incómodo por estar tan cerca de ella, con el susurro del viento que parecía invitar a la *cercanía*. De nuevo se puso a pensar qué tal sería Vigdís en la cama; parecía más equilibrada que la loca de Anna, y con unos pechos, unos pechos *abundantes*, como los había definido alguien, y sin duda a veces lloraría de lujuria, soltaría gemidos profundos y desgarradores, sollozaría, seguro que hasta *eyacularía* al correrse. *Squirting*.

No recordaba cuándo entró en la agenda el *squirting*; en general, con las categorías de porno en internet pasaba que no se daba cuenta de que estaban ahí hasta que se había hartado de ellas. Quizá era eso lo que le pasaba con todo, y sin duda debía de decir algo sobre sus impulsos sexuales. Había algo fascinante en la eyaculación femenina. Recordó haber leído sobre ello cuando tenía veinte años en un libro erótico inglés del siglo XIX, *Fanny Hill, A Woman of Pleasure*, y que en una ocasión estuvo, borracho, con una mujer que se corría así. Hasta entonces no había creído que fuera físicamente posible y nunca pudo sacar el tema con nadie. Leyó el libro *Asuntos delicados*, de Sigrún Davíðsdóttir, corresponsal de la televisión pública islandesa en Londres, sobre un joven fotógrafo islandés en Nueva York que se veía hechizado por una mujer mayor, viuda, también islandesa. Egill no tenía costumbre de seguir la literatura islandesa contemporánea y no recordaba cómo había dado con aquel libro, pero la protagonista hacía *squirting*, o «eyaculaba», como se decía en el libro. Él no entendía de dónde procedía el líquido, ¿quizá algo que se acumulaba en los ovarios y al alcanzar el orgasmo se derramaba a través del cuello uterino hasta la vagina? ¿Había ahí dentro una bolsa de la que no hablaban los médicos, que incluso pudieran haber pasado por alto? ¿Un Shangri-La aún deshabitado que se ocultaba en todas las circunstancias cotidianas, pero se desvelaba de esa forma tan poco atractiva en el *clímax del orgasmo*?

Vigdís terminó de comer, dejó su bolsa de provisiones en el suelo y dijo que iba a «tumbarse» un rato. Apoyó la espalda en el marco de la puerta, cerró los ojos y se

desabrochó el primer botón, dejando ver el canalillo. En la frente y el cuello le brillaban gotas de sudor.

Egill se puso en pie de un salto, salió y paseó la mirada por las cercanías del almacén; observó la loma que protegía al poblado del frío norte invernal y el puente que se vislumbraba por un momento a través de la niebla. Le llamó la atención que a ese lado del barranco no hubiera ningún cartel de advertencia, ningún «Cuidado. Peligro». ¿Por qué no?

¿Y quién había colocado los huesos formando una pirámide? La respuesta era simple: los mismos que mataron gansos, cisnes y renos, ratones de campo, gorriones y ratas, o lo que fuera todo aquello. Forajidos. Después de matarlos deshuesaron a los animales, montaron una pirámide con los huesos, como se hacía con los trozos de carbón en las barbacoas; al no poder acercarse a ningún sitio habitado para coger carbón, los usaban para hacer fuego y asar la carne.

¿Asar la carne con los huesos?

Se estremeció. No tenía la menor gana de estremecerse, pero lo hizo. Cuando bajó la mirada, vio que estaba descalzo; se dio media vuelta, volvió a entrar en el almacén y sacó la cámara de fotos de la mochila. Miró a hurtadillas las tetazas de Vigdís y luego entró tranquilamente en el almacén.

—Vamos a ver —farfulló para sí, y sonrió irónico; apretó el pulsador y pensó que era posible, sólo posible, que aquello resultara curioso un día, en el futuro: cuando todo hubiera acabado, se conservaría en el recuerdo como un *mal sueño*.

Fue hasta el fondo del almacén, apoyó la espalda en la pared y notó lo tembloroso que seguía por el canuto. Enfocó la máquina hacia la puerta, donde se dibujaba un bulto, que era Vigdís.

—Estoy en un almacén situado en el borde norte del Vatnajökull —dijo al aparato —, una de las regiones más desiertas y horribles del mundo. Y sí, eso sí, distinta a todas las demás. Todos conocemos adjetivos como *agrío*, usado a veces para referirnos a la tradicional comida invernal de febrero o a las casas de putas en las que hace tiempo que nadie se ha dado un baño, pero ¿por qué evitar siempre el otro extremo de la escala de pH? La naturaleza islandesa es básica, equivalente a beberse de un trago a Grettir el fuerte, el de la saga. —Vio algo que se movía por el suelo y se detenía a poca distancia de él: un ratoncito. Le olisqueó desconcertado.

Dejó de hacer zoom sobre Vigdís y apuntó la cámara hacia el ratón.

—Pero, a pesar de todo, aquí hay un ratoncito... —continuó, aunque no encontró el cierre adecuado para el chiste, en su voz sonaba cierto asombro infantil que le hizo sentir vergüenza.

El ratón desapareció, y Egill volvió hacia la puerta donde Vigdís había renunciado ya a dormir y estaba hojeando *Flora de Islandia*.

—Y aquí está ella sentada porque no puede dormir. ¿Qué dices de una breve charla para recordar los tiempos recientes, con vistas al futuro? Dime, Vigdís, ¿cómo se casa tu trabajo de terapeuta con ser miembro del grupo *Amigos de la*

naturaleza, del que se ha hablado mucho últimamente porque recorren las tierras altas en pelotas y porque celebran veladas libertinas de lectura?

Vigdís levantó los ojos del libro.

—Todos somos buenos amigos, claro que sí —dijo y sonrió—. Aquí, en el desierto, somos libres y estamos con el culo al aire. Aquí todos podemos ser como tendríamos que ser, libres y salvajes.

—He oído decir muchas cosas del sarcasmo de los terapeutas, e incluso de su odio reprimido hacia la naturaleza. Lo que es toda una sorpresa, porque la represión es la antítesis de los amigos de la naturaleza, ¿no es cierto?

Los dos dejaron escapar unas risitas y él se extrañó de lo alegre que parecía Vigdís, hasta daba la impresión de estar coqueteando. Quizá fuera por la cámara fotográfica.

—Algunas veces he estado dándole vueltas a la pregunta de qué es lo que le sucede a este país. ¿Qué crees tú que le sucede?

—No lo sé. —Cerró el libro y se quedó pensativa—. Una vez leí unas cifras sobre las mujeres que acuden a urgencias cada año por violación. En torno a ciento cincuenta, en un país de trescientas mil personas. En comparación, viene a ser tres veces más que en cualquier otro de los países nórdicos. Y, según los estudios de las Naciones Unidas, Reikiavik era la tercera ciudad en el *ranking* de violencia callejera sin motivo, después de dos ciudades portuarias del tercer mundo.

—Comprendo. Pues yo tengo una teoría sobre todo eso, por qué está podrida esta sociedad, por qué se viola aquí a las mujeres como en una violenta ciudad portuaria sin que nadie mueva ni una ceja, ni políticos ni medios de comunicación. ¿Quieres saber el motivo? —Vigdís asintió con la cabeza—. Yo tampoco era capaz de entenderlo hasta que salí a pasear una noche. Si paseas por Laugavegur de noche durante un fin de semana, verás el motivo de todo lo que sucede en Islandia: las borracheras. Párate en la esquina de Laugavegur y Skólavörðustígur a las tres de la madrugada de un domingo y mira a tu alrededor: es como un *zoológico* en el que hubieran abierto todas las jaulas, les hubieran dado un golpe en el culo a los animales y éstos hubieran echado a correr para hacer cualquier estupidez; no tienen ni idea de qué, pero a juzgar por la cara que ponen es como si realmente lo fueran a conseguir.

—He estado allí —dijo ella con una sonrisa tan grande que se le vieron las muelas del juicio, los blancos dientes—. ¿Qué estabas haciendo tú allí, saliste a dar una vuelta?

—¡Por lo menos no estaba violando a nadie! En todas las sociedades civilizadas, esa situación se consideraría intolerable, un poli en cada esquina, las calles barridas con cañones de agua y gases lacrimógenos. El pueblo islandés está dominado por borrachos en el gobierno, los bancos, la política; los gasolineros están ebrios o a punto de emborracharse; la cajera del supermercado, el empleado del banco, tu abogado, el cajero de la tienda de bricolaje, el tipo del chiringuito de perritos calientes, la cajera de la librería: todos borrachos o camino de la moña. Y los que *no*

lo están, éstos andan conspirando para alcanzar el poder mundial, vociferando en la revistucha *Eyjan* o en algún debate en las juventudes de los partidos de derechas. Y luego hay dos o tres que viven en Mosfellsbær y están quietecitos, dedicados a la artesanía, a pintar piedras y cosas de ésas. Y que jamás se acuerdan de decir ni pío sobre esta sociedad.

Vigdís rio y le preguntó si estaba hablando de sí mismo.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre los sexos? —añadió ella—. Si a un hombre se le cae un vaso al suelo, maldice al vaso; pero si es una mujer, se maldice a sí misma.

—Vaya, *go figure* —dijo Egill.

Se oyó un ruido ligero procedente del interior del almacén y poco después salió Hrafn de la oscuridad. Egill apartó la cámara de Vigdís y pensó en apagarla, pero en vez de eso la dirigió hacia Hrafn.

—Buenos días —dijo Vigdís.

Hrafn no respondió, fue hacia ellos y miró la niebla.

—Creo que deberíamos empezar a movernos —dijo al mismo tiempo que sacaba un paquete de cigarrillos.

—La visibilidad no es nada buena —dijo Vigdís—. Seguro que te darás cuenta... ¿Has dormido bien?

Negó con la cabeza, empujó con el pie la bolsa en la que Vigdís guardaba las bengalas.

—No conseguí dormir. —Se encendió un cigarrillo, y Egill hizo zoom sobre él sin saber por qué, quizá fuera sólo que le apetecía fastidiarle—. Quítame esa cámara de mierda de la cara —dijo Hrafn sin mirarle.

—No seas tan bruto, Hrafn —dijo Vigdís, y Egill movió la cámara hacia ella—. ¿Te pasa algo?

—Estoy estupendamente, gracias. ¿No deberíamos probar una bengala de éstas para ver si funcionan? Es mejor saberlo —indicó, era evidente que hacía lo posible por contenerse.

Pero el viejo odio seguía latente, Egill lo había sabido siempre, sólo que estaba mejor escondido después de haberlo amansado mediante el programa de los doce pasos, un ser supremo o como quieras llamarlo.

—¿Para ver si viene la vieja a salvarnos? —intervino Egill, y Vigdís sonrió. Saltaba a la vista que había decidido ponerse de su parte.

—Mira que sois *cansinos* —dijo Hrafn—. Lo que quiero es hacer algo, por lo menos, en vez de seguir aquí sentados mirando el techo como idiotas. Quiero volver...

—Pues por qué no te vas *tú* —dijo Vigdís, cabreada de repente. Se puso en pie—. ¡Por el momento no vamos a ningún sitio! ¿O es que quieres que nos marchemos contigo..., después de soltarnos que somos unos cansinos? ¿Qué es lo que te crees?

—¿No me llamaste bruto tú a mí? No he podido dormir. Es cansino escucharos. No hacéis más que reír, sois como niños con una *borrachera imaginaria*.

Egill les miró de reojo, pero fue suficientemente listo para dejar quieta la cámara. Del techo del almacén llegaba un eco apagado de lo que decían.

—¿No discutimos esto ya antes de empezar el viaje? —dijo Vigdís—. Tú estás enfadado contigo mismo e intentas demostrárnoslo. ¡Eres una persona adulta, deja de comportarte como un niño!

Hrafn entró en el almacén, apretó los dientes y volvió a salir hecho una furia.

—¡Que yo me comporte como un niño! ¡No soy yo el que se sienta a flirtear con tu amiga delante mismo de tus narices! ¡Y eso es lo que está pasando desde el primer día de este maldito viaje de los cojones! ¿Qué te crees? ¿Qué pensáis que voy a hacer?

—Cariño —empezó Vigdís, pero enmudeció cuando Hrafn la interrumpió con brusquedad.

—Estoy cansado, lo sé. Ya no sé si son sólo imaginaciones mías, pero no lo creo. Al menos en lo que se refiere a ti, en cómo la miras *tú*. —Se volvió hacia Egill—. ¿Por qué la *miras* así? ¿Crees que no me doy cuenta? ¿Tan ofuscado tienes el cerebro de tanto sentir lástima por ti mismo, por los problemas de tu insignificante vida...?

—¿De qué estás hablando? —exclamó Egill, y bajó la cámara, pero Hrafn la agarró y la tiró por la puerta; desapareció silenciosamente en la niebla.

—Y deja de hablar de mi mujer como si pretendieras ligar con ella. ¡Como si tú supieras valorarla y yo no, como si tú te la *merecieras* y yo no! Deja de espiarla a todas horas y de lloriquear por ella como si fuera la mamá que no tuviste nunca, deja de estropear todo lo que se te acerca...

—Ahora sí que me he perdido, tío. —Egill levantó los brazos en un gesto como de capitulación, y en ese momento su mente volvió al ratoncito y al agujero que le ofrecía seguridad.

—Sabes perfectamente de lo que te estoy hablando. Pero es muy típico que hagas como si no lo supieras. O, más exactamente, como si te diera absolutamente igual. Te desprecias a ti mismo de tal forma que no entiendes que otros puedan sufrir también o que puedan tener dificultades...

—¡Claro que no me da *igual*! Si no lo sabes, es que no me conoces muy bien. Lamento mucho lo que sucedió esa vez con la chica. Ya te pedí perdón. Y lo lamento mucho si es que he hecho algo o, ¿cómo dice el señor?, ¿que he hablado demasiado con tu mujer? ¿Qué quieres que haga?

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Vigdís mirando a uno y luego al otro.

—¿Que has hablado demasiado con mi mujer? —dijo Hrafn irónico, sin apartar los ojos de Egill—. ¿Cuándo he dicho yo eso? Tú no entiendes nada, tú eres incapaz de relacionarte con las personas. Tú vas de acá para allá por el campo durante una semana, casi gimoteando porque estás en el fondo de algo o no sé qué, y te cagas en todos los que tienes a tu alrededor o flotas por encima de los demás gimoteando por la pena que te das...

—Es evidente, tú lo tienes todo clarísimo. Pero te voy a decir una cosa que yo no

he hecho nunca... Nunca he dicho a nadie nada tan desagradable como lo que me acabas de decir. A nadie. No es nada bonito hablar así a quien es tu amigo más antiguo, aunque evidentemente no el mejor...

—Ja, ja —rio Hrafn—. Pobrecito, todos hablan de ti igual de mal. ¿Quién fue el que dejó tirados a sus amigos para echarse a dormir debajo de una farola? ¿Quién se portó como un imbécil en la cena de anoche? ¿Y el día anterior, y el anterior? ¿No fue el bueno de Egill, pobrecito él?

—Estás desvariando, Hrafn, desvariando de mala manera —empezó a decir Egill, que sentía la ira como una máscara delante de la cara, y como un fuego que intentaba salir violentamente de ella para lanzarse hacia los puños.

—¿Y qué hiciste esta noche? ¿Dónde está la cámara de fotos, Egill? ¿La encontraste en el coche cuando fuiste allí a tumbarte? ¿Quizá le hiciste una foto, querías conseguir algo que sabías que no podrías tener jamás a menos que lo robaras?

—Yo no sé nada de esa foto. Lo que dices es una gilipollez y lo sabes...

—Y, entonces, ¿por qué intentaste esconderla?

—¡Para protegerte! Y porque sabía que no me creerías.

—Mientes. ¿Quién más habría podido hacer esa foto? Aquí no hay nadie más que tú —dijo Hrafn, levantó un dedo y con él empujó a Egill en el pecho, una vez, dos veces—. Aquí no hay más desgraciados que tú. Eres un pobre desgraciado, Egill, y nunca has sido otra cosa...

—Pues mira quién fue a hablar —dijo Egill reculando, notaba que la ira se iba transformando en apatía, los músculos tensos y la piel espesa como la fría humedad que sentía en él—. No fui yo quien destrozó el coche. Y, hablando de ayer, ¿fui yo el único que se descontroló? ¿Cuánta yerba te fumaste tú? Pues sueñas de un paranoico que te cagas. Luego dices que yo trato mal a mis amigos, ¡pero al menos yo pido perdón si hago algo que jode a los demás! *Y yo no le miento a mi mujer.*

—Me parece que tenéis que calmaros un poco —dijo Vigdís. Su voz sonaba como si estuviera lejos, muy lejos.

—Ni una palabra más, gilipollas —bufó Hrafn agarrando a Egill por el cuello de la camisa—. No me digas esas cosas, tú a mí no me sueltas eso estando ella delante, cabrón...

Egill sujetó las manos de Hrafn, tiró de ellas y las arañó, pero con cada movimiento era como si aumentara más su apatía. Vigdís intentó interponerse entre los dos; él sintió su olor, alegre y femenino, vio moverse la boca de Hrafn, de la que brotó un rugido agudo y atronador en el momento mismo en que todo se volvió luminoso y refulgente. Tendría que mejorar su forma física, pensó: últimamente se había dejado ir, se sentía torpe y cansado...

Se aflojó entonces la presión. Egill sintió arcadas, aspiró con fuerza el aire y soltó un gemido. El rugido volvió, repetido en eco por el techo, el viento. Vigdís le sujetó por los hombros, le preguntó si se encontraba bien, y él se irguió y rio; solía reír cuando todo salía mal, no recordaba haber reído por ningún otro motivo, al menos

con tantas ganas como en esos momentos, le salía de las tripas. Siguió a Hrafn con la mirada mientras se marchaba del almacén por la puerta grande, la que no estaba destinada a las personas. Vigdís le gritó algo; luego se volvió hacia Egill y le preguntó si podría quedarse solo un rato. Él dijo que sí con un suspiro y la miró mientras desaparecía en la bruma, en dirección al puente.

Egill se dejó caer al suelo, encendió un cigarrillo y se sintió dominado por una profunda e íntima pena por ser él, por estar preso en ese carácter que ya no comprendía y con el que no tenía nada que ver. Pero ¿no había algo de nobleza en todo aquello, algo valeroso, propio de un vikingo? Estar encadenado a sus propias debilidades, saber demasiado como para poder librarse de ellas, tener demasiado que perder. Hasta hacía muy poco tiempo, al menos.

Se tumbó de espaldas, cerró los ojos y oyó el golpeteo de un monstruo de tamaño inimaginable que volaba en círculos sobre la arena, vigilándolos y esperando.

El Minotauro

VIGDÍS

Cruzó el puente muy despacio, con el viento en la espalda, y se adentró en la niebla. Unas decenas de metros por delante de ella, donde la niebla se convertía en una muralla negra, se atisbaba a Hrafn, que iba al lado de la muralla o se metía en ella a medias.

—¡Hrafn! ¡Espera!

La arena le silbaba en los oídos y lo barría todo a su alrededor. Se acercó deprisa, pero incluso a pocos metros de distancia Hrafn parecía no oír sus gritos, y su silueta tampoco se hacía más definida.

El último trecho lo hizo a la carrera, con los brazos extendidos hacia delante; y, en el mismo momento en que le tocó, él se disolvió y desapareció. «*Uff, uff*», balbuceó, se detuvo y se cogió la cabeza con las manos, como si tampoco ella estuviera allí. Tras una breve reflexión, decidió no regresar al almacén, aunque sería bastante fácil: si caminaba contra el viento, volvería al barranco; y, caminando unos minutos cuesta arriba o cuesta abajo, se alejaría del puente y podría llegar al almacén. Pero no quería quedarse allí sola con Egill.

Buscó las gafas en el fondo de la mochila y se apretó la bufanda sobre la boca y la nariz. Sin las gafas, la arena se le metía con tal fuerza en los ojos que le resultaba difícil ver a pocos metros de distancia.

Desde la casa al barranco había como media hora de camino a pie, a juzgar por lo que había visto durante el día; cronometrando la marcha y dirigiéndose hacia el noreste tendría que acertar con la casa, y con un poco de suerte se toparía con Hrafn en el camino, para pedir su ayuda o para protegerle, aún no lo tenía muy claro.

Volvió a ponerse en camino, aceleró e intentó apagar los pensamientos. La arena se le metía por el cuello, subía por las mangas y por las perneras de los pantalones, y se iba acercando rápidamente a las ingles, dañadas y sensibles desde su intento de orinar en el establo el día anterior.

Fragmentos de la disputa flotaban por su cabeza. Si Hrafn había vuelto a fumar, significaba que había recaído, lo que no la pilló demasiado por sorpresa después de lo que había tenido que aguantar en casa los meses pasados. Las palabras de Egill sobre «la chica» apuntaban probablemente a algo sucedido cuando eran jóvenes. Hrafn le habló una vez de su primer amor, una chica con la que salió cuando tenía diecisiete o dieciocho años. No era extraño que los hombres que atendía en la consulta tuvieran a su *primer amor* como una especie de perrito faldero, que alimentaban con los defectos de su pareja actual para poder sentir muchísima lástima de sí mismos y

acariciar la nostalgia, meneando el rabo y dejando escapar unos ladriditos tiernos y doloridos; la chica se iba haciendo cada vez más pura, el amor de ambos cada vez más inmaculado y más bello, hasta adoptar dimensiones mitológicas. Y el destino de la compañera, de modo que también el de Vigdís, consistía en ser una mera imitación: no exactamente fea, pero casi, más realista, más maternal. Hrafn dio a entender que la relación había sido seria, aunque terminó, según lo que contó, porque no podía dormir con la chica; reaccionaba consumiendo cada vez más yerba y olvidaba el nombre de la muchacha. Pero jamás habló de que Egill tuviera nada que ver con aquello.

Algo apareció entre la niebla, algo gris y de líneas aerodinámicas. Cuando Vigdís se acercó, vio que era un coche. Sintió alivio al tener delante de los ojos algo que no estaba en movimiento constante.

Pasó los dedos por la carrocería, que había perdido ya la pintura; era metal vapuleado por la arena, pero la forma era reconocible. Todos los cristales parecían intactos.

Miró por la ventana del lado del conductor, pero no vio nada llamativo; abrió la puerta, se metió dentro muy deprisa para que el coche no se llenara de arena y cerró de inmediato. Estaba cansada de caminar y su respiración jadeante sonaba atronadora en el silencio del vehículo. Se quitó las gafas y se desató la bufanda que le cubría el rostro; se desabrochó la camisa y se quitó toda la arena que pudo. Como siguiendo una vieja costumbre miró el retrovisor interior, pero no había nada en el soporte donde tenía que estar el espejo, y los espejos laterales tampoco estaban en ninguno de los dos lados del coche.

Encendió un cigarrillo, abrió la guantera para dejar de imaginar lo que podía contener. Estaba casi vacía, sólo vio un libro de servicio en el que no había nada escrito. El viento golpeaba al coche por delante y lo mecía suavemente. La visibilidad seguía siendo tan mala como antes, pero al mirar directamente al viento ya no se veían los granos, sólo sus *huellas*. Vigdís tenía arena hasta dentro de la boca.

Fumó el cigarrillo hasta el filtro y luego lo dejó en el salpicadero. El coche había hecho quince mil kilómetros, lo que no era demasiado. No tanto como para abandonarlo en el arenal, ¿o sí?

Casi todo lo que sabía de Hrafn, de su *vida interior*, lo supo en los primeros meses de su relación, mientras él seguía yendo a terapia con ella. Le contó que era alcohólico, que hacía poco que había vuelto a beber y que no podía dormir; el alcohol lo destrozaba todo en su vida, pero había más: muy en el fondo notaba una especie de náusea o de caos que le agobiaba desde hacía tiempo y que sospechaba que tenía su origen en un recuerdo, en algo que habría sucedido mucho tiempo atrás, pero que no conseguía identificar con precisión.

—Y que podría ser peligroso identificar cuando uno se siente solo —sugirió

Vigdís, y empezaron a verse todas las semanas.

Más tarde, él le describió su vida: la violencia con que se enfadaba desde niño y tiraba el mando a distancia contra la pared, rompía aparatos eléctricos, desgarraba libros, rompía a patadas los retrovisores laterales de los coches; y cuando empezó a trabajar de camello, había veces que daba auténticas palizas, le rompió una jarra de cerveza en la cara a un chico y lo dejó irreconocible; pisoteaba caras, rompía huesos, dejaba a gente sin sentido a golpes, los rajaba. Con los años se fue tranquilizando, pero sospechaba que simplemente era porque ahora deseaba descargar la ira contra sí mismo, u ocultarla. A veces estallaba en iracundas opiniones políticas sobre la incompetencia de las élites islandesas, su codicia y su falta de moralidad; no sólo en las formas aceptadas desde siempre, sino en lo que él decía que era una dimensión nueva y destructiva, y en ocasiones todo aquello se lo aplicaba también a él mismo, combinando la ira y la vergüenza por su propio trabajo.

Sentía aversión por los lugares cerrados, y en el diván de la consulta se quejaba con frecuencia de sufrir claustrofobia; se sentaba y se quitaba la corbata de forma repentina; en una ocasión la tiró al suelo y rompió el primer botón de la camisa. Al cabo de un mes experimentó una fuerte vivencia al recordar que, poco después de cumplir los once años, se estuvo haciendo pis en la cama durante bastante tiempo; recordó la vergüenza que sentía y que se despertaba a media noche, quitaba la sábana y la llevaba al lavadero, y la furia de su padre al enterarse, una furia *enorme*, nada habitual, que él achacó al hecho de que mojaba las sábanas, aunque no estaba seguro.

Vigdís estaba convencida de que iban por el buen camino y que probablemente Hrafn tenía razón: existía algo, enterrado en lo más profundo, que le envenenaba y que parecía manifestarse en su vida sexual, que había sido un fracaso desde el principio. Su primera vez fue «en una habitación oscura y estrecha», como lo expresó él mismo, y aunque estaba borracho se vio dominado por el miedo y la claustrofobia, que fueron los responsables de hacerle perder la erección. En realidad, parecía que, a pesar de muchos intentos, estando con una chica nunca alcanzó el orgasmo hasta mucho después de cumplir los veinte años. El sexo le producía un profundo temor que él creía que era normal entre los hombres y que denominaba «miedo a no cumplir». Salió a la luz que antes de acudir en busca de ayuda había tenido una gran cantidad de relaciones con chicas, que nunca duraban más de unas semanas, hasta que se sentía obligado a cumplir con el imperativo de llevárselas a la cama. Dijo que no podía ni pensar en practicar el sexo con la misma persona, una vez tras otra, durante un tiempo prolongado; sentía asco al sexo a oscuras o con demasiada luz, por la mañana, en plena noche o poco después de las noticias, en una cama demasiado pequeña o demasiado grande, en el sótano, en la planta baja, en un espacio sin ventanas o con tejado abuhardillado, con una mujer de pechos pequeños o grandes, demasiado fogosa o demasiado fría. A veces sentía un miedo casi insuperable cuando se acostaba con alguna, como si estuviera él solo en el mundo; las paredes le oprimían y se desmoronaban sobre su cabeza. Decía que el sexo siempre le había

aislado de la gente, de todas las personas a las que amaba.

Aunque la impotencia fuera disminuyendo con los años, siempre «se quedaba corto», lo que le llevaba a pedir excusas antes de meterse en la cama con una mujer; incluso se mentía a sí mismo aduciendo las excusas más extrañas, como que se había masturbado en el váter del bar en el que se habían citado, que se había acostado con una antigua novia esa misma mañana o que se había quedado exhausto unas horas antes tras practicar deporte, y no le importaba lo más mínimo que la mujer con la que estaba en ese momento se largara de inmediato.

Esa confesión le alteró muchísimo y se echó a llorar. A continuación se puso más que furioso y el resto de la hora se fue en intentar calmarle. Al comienzo de la siguiente sesión dijo que «había pensado las cosas», es decir, por qué su vida estaba tan «llena de miedo» y «fracasada»; habló con voz fría sin mirar a Vigdís a la cara, como si no quisiera correr el riesgo de volver a romperse otra vez. Le habló de los ataques epilépticos que empezaron a los once años de edad y cuyo origen ignoraba. Sus padres no los recordaban, pero el médico al que acudió le dijo que, a veces, la epilepsia era una reacción física de los niños ante algún trauma. Había tenido episodios de epilepsia durante uno o dos años hasta que empezó a beber, el alcohol pareció aliviarlos. Los ataques no volvieron cuando dejó de beber, como si se hubieran quedado atascados en algún lugar de su interior; en una ocasión, los comparó al Minotauro, medio hombre medio animal, encerrado en un laberinto construido por el rey Minos para ocultar su afrenta.

Pero el relato sobre los ataques epilépticos no era más que la introducción a la confesión de que unos días antes había ido a Stígamót, una asociación de mujeres víctimas de violencia doméstica. Dijo que estaba hojeando un montón de revistas en un café y que dio con un folleto de la asociación, estuvo mirándolo y, antes de darse ni cuenta, había levantado el teléfono, había marcado el número y había pedido hora para una cita. La noche antes de la reunión se puso malo, vomitó y estuvo con fiebre, no podía ir en su coche a Stígamót y tuvo que pedir un taxi; durante los últimos metros hasta la puerta tuvo que detenerse a cada paso, pues los músculos se le aflojaban, como si él, o alguien en su interior, no se atreviera a llegar hasta la puerta. En un despacho del segundo piso se encontró delante de una mujer de unos cincuenta años de edad y «sin nada peculiar en ningún aspecto», pero la percibió como adulta y a sí mismo como un niño o un pobre hombre. Le dijo que no estaba seguro del motivo de aquella reunión, dio algunas indicaciones sobre «algo que había sucedido», pero la mujer le aseguró que esas vacilaciones eran comunes y que tenían tiempo de sobra. Entonces, él la interrumpió para decirle que no estaba allí para *acusar* a nadie; la mujer dijo que lo comprendía y le pidió que intentara recordar lo que había sucedido, y que si se atascaba podía limitarse a conjeturar, ése solía ser el primer paso, lo que a él por algún motivo le pareció de lo más extraño, aunque no se rio.

En realidad, aquello no era parte de la historia, al menos era su marco, una introducción que parecía responder a algo especial y que Vigdís tardó un poco en

comprender. Con la advertencia de que todo estaba basado en las conjeturas que había hecho para «la otra mujer», Vigdís consiguió hacerle decir lo que había sucedido.

Hrafn tenía once años de edad. Un día, después del colegio, se despidió de su amigo en el patio y se dirigió a Skalli, una tiendecita donde iba a veces a comprar chucherías. Luego fue directamente hacia su casa por la calle Hraunbær, hasta que se topó con dos chicos mayores a los que reconoció, los chicos pequeños del barrio los llamaban «los loquillos». Andaban holgazaneando y fumando en la marquesina de una parada de autobús. Uno de ellos le había pegado y le había robado el gorro una vez, cuando eran más pequeños, pero ahora le habló y le sonrió como si fueran amigos. El otro chico era conocido por haber apagado un cigarrillo en el dorso de la mano de alguien, y era mal encarado y cruel; hablaba poco pero, cuando lo hacía, Hrafn tenía una mala sensación, porque hablaba sin mirarle, siempre se dirigía a su amigo y reía un montón, en realidad parecía estar pensando algo terriblemente divertido que Hrafn no acababa de pillar.

El susodicho, que se llamaba Hjalti, ordenó a Hrafn que los acompañara a la parte baja del barrio para recoger algo que Hrafn había olvidado, y que a cambio tendría que pagarles. Hrafn vaciló, pero cedió a la presión y se puso en camino, y Hjalti rio mucho, utilizando palabras que Hrafn no comprendió. Probablemente le salió alguna mueca o dijo que tenía miedo, y una mano se le posó en los hombros y Hjalti explicó, con cierto tono amistoso, algo sobre las palabras feas del chico.

Llegaron a la placita que había delante de la tienda y entraron despacio. Hrafn vio a un chico de su clase jugando al fútbol con otro más pequeño; sintió como si los viera desde una gran distancia y no pudiera llegar hasta ellos por mucho que lo intentara. Preguntó algo, pero le aseguraron que no faltaba mucho. La otra placita estaba vacía y no tenía campo de fútbol. Fueron a una esquina de la plaza; había un portal abierto y subieron por la escalera, Hjalti delante y el otro detrás. Hrafn había empezado a tener miedo, pero no quería que los otros lo supieran y decidió obedecer, hacer lo que le dijeran y luego escapar a toda prisa a su casa. Llegaron a una puerta, probablemente la de un segundo piso, que no estaba cerrada con llave, entraron y cerraron. En ese momento, Hrafn empezó a lloriquear muy bajito, dijo que quería marcharse, pero los chicos rieron y le impidieron llegar a la puerta.

No había nadie en la vivienda, y el chico silencioso y malo llamó a alguien detrás de él; luego condujo a Hrafn al pasillo y a la puerta que había al final. Al otro lado de ésta se oían ruidos como de un contrabajo, continuos y graves, y los pasos de alguien que se acercaba a abrir.

Ahí terminaba la historia. Hrafn pidió excusas a la mujer, dijo que no sabía lo que había sucedido después y que no quería hacerla perder el tiempo con conjeturas basadas en nada. Salió a toda prisa, bajó por Hverfisgata, y lo siguiente que supo era que estaba en el rompeolas, junto al monumento del Viajero del Sol, mirando las olas acercarse y alejarse de la orilla con un silbido tranquilizador.

Las semanas siguientes, Hrafn retomó la historia en sus conversaciones con Vigdís, pero siempre con la advertencia previa de que era lo que había contado a «la otra mujer». Pese a todos los avisos sobre las meras conjeturas, la historia no sufría prácticamente ningún cambio con el paso del tiempo; desde el principio era como si estuviera cincelada en piedra y, a pesar de los numerosos intentos que hizo Vigdís, al acabar de hablar no había cruzado la puerta. El contexto dejaba bastante claro que la causa de la visita a Stígamót se encontraba detrás de aquella puerta cerrada, y a Hrafn le parecía «probable» que estuviera en el origen de sus problemas con el sexo, que su miedo y todas las cosas «de las que se avergonzaba» tenían su origen allí. Ella le aplicó hipnosis relajante, aunque ni así consiguió sacarle nada. Quizá unas palabras inconexas sobre oscuridad y un resplandor rojo, pero eso fue todo. Nada llegó a convertirse en una imagen clara, se quedaron estancados, y, cuando Vigdís le insistía, Hrafn se refugiaba en su último bastión, que siempre era el mismo: cuando se rebuscaba en el fondo, nunca estaba seguro de que hubiera pasado algo.

En cualquier caso, recordar aquello pareció tener un efecto positivo en su vida: disminuyeron los cambios constantes de humor y se inscribió en un tratamiento contra el alcoholismo. Pero Vigdís no estaba convencida. Debajo de todo aquello había algo que la preocupaba. Comenzaron a salir juntos y abandonaron la terapia, pero de vez en cuando ella no podía dejar de pensar en lo que habían hablado. En los años que llevaba en el consultorio nunca se había topado con una defensa tan potente que hiciera imposible abatir las barreras; normalmente los recuerdos se iban destapando como una planta que crece desde la tierra, adquiere una forma más o menos definitiva y florece. Y, aunque a muchos les resultaba difícil la certidumbre de que todo había sido *exactamente* así, la memoria se domaba, en el sentido de que su comienzo y su final estaban bien deslindados. En el caso de Hrafn, en cambio, la historia estaba completa desde el principio, resaltando su carácter de verdadera e indudable, y las veces siguientes no sufría cambios; redonda y escurridiza, no se le podía poner la mano encima, lo único que se podía hacer con ella era girar a su alrededor.

Le resultaba sospechoso, además, que la historia empezara siempre en Stígamót; lo hacía así para distanciarse de los hechos, es lo que pensó ella al principio, pero después le pareció más probable que, presentando así la historia, se le otorgaba verosimilitud. Se le pasó por la cabeza la idea de que «lo que pasó» en Árbær era una invención no apoyada en un deseo por parte de Hrafn de engañarla a ella o a otras personas, sino a sí mismo; una mentira que ni él conseguía entender, surgida de las contradicciones de su personalidad, que ya no podía seguir ignorando. Con aquella historia intentaba sojuzgar algo muy poderoso que amenazaba con destrozar su vida, y como no conseguía someterlo por sí mismo, no tenía más remedio que buscar ayuda.

Vigdís elaboró su propia teoría: en la adolescencia, tras una serie de intentos sexuales fallidos, fruto de su desinterés por las chicas, un padre que exigía siempre el

triunfo y una madre imprevisible, que le alejaba de las mujeres que le mostraban sus sentimientos, Hrafn quedó preso en un círculo vicioso que siempre tuvo un efecto nocivo en su relación con las mujeres. Ni entonces ni después afirmó haber comprendido cómo podían vivir en su interior esos «líos», pues su vida era próspera y estaba caracterizada por la iniciativa, la competencia y un rigor casi infinito; la idea de sí mismo como *víctima* era algo que jamás se le había pasado por la cabeza hasta que le vino «aquel recuerdo».

¿Y cuál era el papel de ella? Todo lo que no encontraba acomodo en la vida cotidiana de él se fundía en una sola cosa, en un recuerdo escabroso: vergüenza, odio hacia sí mismo, ternura, todo lo femenino que había en él se justificaba y se argumentaba con esa historia. Pero, aunque la historia funcionara, pensaba Vigdís, eso no quería decir que fuera cierta.

Mary Poppins

Apagó el cigarrillo en el suelo y dejó la colilla en el salpicadero. Cuatro colillas, era la única forma de saber cuánto tiempo llevaba allí sentada, la percepción del tiempo había desaparecido.

En la parte delantera del capó descubrió un símbolo conocido, que siempre le recordaba el punto de mira de un fusil: el emblema de *Mercedes-Benz*. Estaba en un Mercedes de cinco plazas, con tapicería de cuero y cambio automático, que alguien había abandonado... con quince mil kilómetros. Echó un rápido vistazo al asiento trasero y luego otra vez al capó; estaba segura de no haber visto el distintivo cuando entró en el coche.

Miró de reojo a los lados, a los soportes de los retrovisores, que seguían vacíos. No podía evitar la sensación de que el coche estaba inclinado. Se pasó al asiento del copiloto y se asomó por la ventanilla. Le pareció que la rueda delantera estaba reventada, o metida en un agujero en la arena; no era muy profundo, pero sí lo suficiente para haber detenido al coche en su momento, lo mismo que les pasó con el *jeep* que les prestó la pareja de ancianos. No se atrevió a examinarlo con más detenimiento.

Otro Mercedes ya había desempeñado un papel en su vida, pero no recordaba de qué forma, fue algo repentino y no excesivamente agradable.

¿No se atrevía a salir?

Había empezado a respirar más deprisa, sin saber por qué. Fuera del coche no había nada que la atemorizase. Llevaba reloj, brújula y mapa. Lo peor era no tener retrovisores y no poder ver lo que había detrás del coche; los habrían podido romper las rachas de viento, o piedras arrastradas por éste, pero eso no explicaba lo que había podido sucederle al espejo de encima del salpicadero.

Las ventanillas del coche se accionaban eléctricamente, de modo que no podía abrirlas para dejar entrar aire fresco. Lo que hizo, entonces, fue cerrar los ojos, concentrarse en la coronilla e ir descendiendo por el cuerpo; así relajó los músculos, relajó la mente y pudo respirar mejor. Escuchó la arena susurrando en el Mercedes e imaginó que iba camino de su trabajo, que estaba en su coche, en Reikiavik, una mañana temprano; delante y detrás de ella había una larga fila de coches parecidos, diseñados en Alemania en túneles de viento, como lo expresaba Hrafn, llenos de personas como ella que iban también camino del trabajo, y en ese momento estaba esperando a que cambiara el semáforo, todos los coches al ralentí y la gente con la mirada fija en el parabrisas delantero, escuchando el runrún del motor.

Al llevar su mente hacia el pasado se extrañó de lo duro que había trabajado en la vida y cuántos sufrimientos y alegrías había atesorado. ¿Por qué? Llegaban a ella

imágenes del pasado que le habían provocado gran conmoción, pero ya no se sentía abrumada por ellas, ya no las tomaba tan personalmente como antes. ¿Por qué surgía una vez tras otra esa defensa contra el mundo? Se sentía tranquila. Estaba en el jardín de la casa de sus padres, después de la muerte de su madre. La yerba llevaba años sin segarse, las pamplinas habían devorado el plantel de hortalizas, no se veían flores y los cristales del cuartito de las herramientas estaban rotos. Se sentó en el suelo de ese cuarto, enterró la cara en las manos y lloró, sentía la presencia de alguien que no conocía.

—Vigdís... —dijo, abriendo los ojos.

Cuando bajó la mirada hacia las manos vio que había cogido el volante. No lo soltó y sintió al mismo tiempo que quería hacerlo y que no quería. El volante estaba forrado de cuero marrón, con agujeritos diminutos para que la piel pudiese respirar y se pudiera coger mejor.

Cerró los ojos. Detrás de ella se oyó el chasquido de una puerta al abrirse, el bramido de la tormenta y luego el golpe de la puerta al cerrarse otra vez. Sus pensamientos se confundieron unos con otros, algo se infiltró, y al momento se había fundido con ellos. Ahora que lo pensaba, era como si ella hubiese cambiado en algo esencial, no comprendía cómo, sólo que había sucedido no mucho tiempo atrás. Lo que ella llamaba su «yo» era más indefinido y al mismo tiempo más nítido; distinguía su contorno, el de todo lo que era ella, casi como si fuera un *personaje* de su propia vida, dentro y fuera de ella misma a la vez.

Eso no era así antes, cuando entró en el coche; había sucedido demasiado deprisa. El miedo se adueñó de ella otra vez, abrió los ojos y supo que ya no estaba sola en el Mercedes. Lo sabía desde antes, pero entonces parecía carecer de importancia. Había alguien sentado en el asiento de detrás, pero Vigdís no veía nada porque faltaban los retrovisores y no se atrevía a volver la cabeza para mirar: si lo hacía, moriría; su corazón se encogería hasta convertirse en un punto rojo y duro como el hierro, y quedaría paralizado.

El hombre estaba sentado detrás de ella y el coche estaba en movimiento: ella notaba cómo se movía el volante en sus manos y cómo se mecía el vehículo hacia los lados. Miró por el parabrisas los granos de arena que chocaban rapidísimos contra él; el coche iba abriéndose paso rápido y seguro en medio de la tormenta. Las manos sujetaban con fuerza el volante, y a los lados se notaban los contornos de los edificios. En el salpicadero había luces encendidas de las que no se había dado cuenta antes, y de la radio brotaba un murmullo bajo. El coche avanzaba a toda velocidad, pero el hombre del asiento de atrás no se movía, estaba quieto como una sombra y no miraba por las ventanillas, sino directamente a la nuca de Vigdís. Delante había un edificio que se erguía muy alto hacia el cielo, y a ambos lados del coche pasaban casas que le resultaban conocidas, una casa de conchas cerca de Hringbraut, y sabía lo que encontraría más adelante. Dentro de poco llegaría a una curva y, al tomarla, justo en el momento en que el camino volviera a ser recto, sería cuando sucedería, no

podría evitarlo y todos sus esfuerzos por intentarlo habrían fracasado. Quiso cerrar los ojos, pero no pudo; quiso retirar las manos, pero éstas se aferraron más fuerte al volante.

Llegó con demasiada velocidad a la curva, oyó chirriar las ruedas y vio la iglesia, que salía de la yerba a mano derecha, una sombra oscura que llegaba al cielo. En mitad del camino apareció una persona. El cabello negro, pero con zonas grises en la coronilla, una bolsa de la compra en cada mano y los ojos muy abiertos por el asombro: su madre. El coche sufrió un golpe muy fuerte y Vigdís salió lanzada hacia el volante; vio a su madre arrojada a lo alto, en un arco descendente. Gritó, abrió la puerta y se tiró del coche.

La tormenta se había calmado. La arena cubría inmóvil la tierra, como si nunca hubiera hecho otra cosa. Allá en el horizonte distinguió la silueta de la casa, oscura frente al cielo gris.

La puerta de la cocina

ANNA

Anna durmió hasta bien entrado el día y despertó con dolor de cabeza y la boca seca. Cuando recordó dónde estaba, metió la cabeza bajo el edredón y lloriqueó en voz baja, deseando que Egill estuviera allí para abrazarla y mimarla.

Al poco sintió tanta sed que se tuvo que levantar. Cogió su neceser y fue al baño. Sentía el cuerpo agarrotado, como si estuviera encerrado en una concha, y no tenía la esperanza de poder darse una ducha en un plazo razonable. El grifo estaba oxidado y de él salía agua marrón. Esperó a que se limpiaran las tuberías y sorbió un poco de agua, primero con mucha prudencia y después a grandes tragos; luego se puso crema en la cara, desodorante, se tomó sus pastillas y se contentó con eso por el momento.

Volvió a dejar la bolsa en la habitación y entonces se percató de que había una mancha seca de vómito en el suelo, al lado de la cama. En ese momento recordó el despacho del hombre y algo que sucedió allí, una descarga eléctrica al tocar una lámpara, o al encenderla. No podía pensar más en eso; era incapaz de comprender absolutamente nada de lo sucedido, pero fue al baño a mojar una toalla para limpiar la mancha.

Iban a dar las siete. Decidió pensar en la comida. Salió al coche, rebuscó en la nevera que llevaban en el maletero, descubrió una pizza de cuatro quesos envuelta en plástico y le entraron ganas de comer algo caliente que no fuese demasiado grande; y se llevó también media botella de vino tinto.

En la cocina estaba la anciana, Ása.

—¡Está aquí! —exclamó Anna.

—¿Por qué no iba a estar? —La anciana estaba inclinada sobre una fuente que había en la mesa, amasando.

—No la vi antes, cuando salí... Hay una niebla terrible —añadió, dando vueltas a la pizza entre las manos.

—La niebla se está levantando —dijo la anciana.

—Bien. Ojalá que mis amigos no hayan tenido problemas.

La anciana no respondió. Anna le mostró la pizza y preguntó si podía calentarla.

—Claro que sí, amiga. Yo me encargo —dijo la anciana, dejando la masa—. Anda, corazón, siéntate en el salón, así podremos charlar después.

Anna se sentó en el salón, sacó del bolso la laca azul y se pintó las uñas. De vez en cuando tomaba un sorbo de vino directamente de la botella, en vez de usar el vaso para leche que le había dado la anciana; en el fondo tenía un brillo arenoso. Los dedos de los pies estaban demasiado sucios para que le apeteciera hacer algo con

ellos, por mucho que la relajara pintarse.

El tobillo ya estaba bien. Lo examinó y vio que había desaparecido la inflamación. Quizá nunca fue más que su imaginación, su vieja pereza de caminar. ¿Y si la descarga eléctrica había curado la inflamación? No fue una lámpara, sino el interruptor de la pared lo que la tiró al suelo, y encima tenía algo escrito. También recordó la ventana de aquella habitación, la que estaba tapada con pintura, y la pistola. ¿Se había *llevado el arma*? Si no estaba confundida, la pistola, envuelta en su seda, estaba debajo de la cama, o incluso debajo de la almohada. Tendría que devolverla, y enseguida.

El vino se le subió a la cabeza y salió a la escalera para respirar aire fresco. El viento era más flojo. En el horizonte se movían columnas de arena y la neblina se deslizaba como un velo, borrando el límite entre tierra y cielo.

Algo pasó velozmente por el patio. Primero pensó que era *Tryggur*, que había vuelto, pero luego se dio cuenta de que era uno de los zorros. Bicho asqueroso.

¿De qué quería *charlar después* la anciana? Por si habían encontrado huellas de su visita al despacho, decidió que diría que le entraron náuseas y que llegó hasta allí por error en busca de un váter y que abrió la puerta sin darse cuenta. Si la conversación giraba en torno a su trabajo, diría que era maestra..., sospechaba que los periodistas no estarían muy bien vistos allí.

Oyó a Ása llamarla desde la cocina, diciendo algo que sonaba como «¡chica!». Cogió otra botella de vino del maletero y, al volver, apartó cualquier idea de regresar al despacho a oscuras. Quizá sería más sencillo dejarse olvidada la pistola, que la anciana la encontrara debajo de la cama una vez que se hubieran marchado.

Ása había dejado de amasar y estaba preparando café mientras la masa crecía en la fuente. Dijo que la comida estaba lista y señaló la mesa, donde había un plato con una humeante bolsa de plástico llena de una masa parduzca. Anna necesitó un tiempo para reconocer la pizza. Al parecer, la anciana la había calentado dentro del plástico.

—Perfecto —dijo Anna, moviendo la cabeza con tanta vehemencia que le crujieron las vértebras—. Muy bien.

Se sentó y Ása le preguntó si necesitaba cuchillo o tijeras. Al principio, Anna no entendía a qué podía referirse, pero luego se vio cortando una esquina del plástico y vertiendo el contenido en el plato. Sintió náuseas sólo de pensarlo, quitó la pizza del plato y la puso en la silla, a su lado.

—Voy a esperar un poquito —dijo a la vez que se pasaba la mano por la cara; notaba que la risa se le retorció en el estómago, pero consiguió contenerla.

—¿Has perdido el apetito? —preguntó Ása, que parecía extrañada.

—Enseguida me entra hambre. —Rechazó el café, pero cambió de opinión—. Sí, sí, un café estaría bien. Tengo que despertarme más.

Ása sirvió dos tazas, cerró la puerta de la cocina, se sentó enfrente de Anna y empezó a conversar:

—Esta noche dormiste bien, ¿verdad?

Anna asintió.

—Sí, sí. Dormí estupendamente. Pensé en tumbarme un momento, pero dormí un montón. Pensará que soy una perezosa de narices. —Miró de reojo a la puerta, intentando comprender por qué había cerrado con llave.

—No pienso nada —dijo la anciana con cierta brusquedad, negando con la cabeza—. Pero estás un poquito pálida. ¿No te estarás poniendo mala?

—Estoy perfectamente... Vi un zorro ahí fuera, en el patio —añadió para cambiar el tema. El café estaba ácido y olía a boñiga.

—Se encargan de los ratones de por aquí, los pobrecitos. Son muy trabajadores.

—Comprendo. ¿De dónde han salido los zorros?

La anciana no la miraba a los ojos, pero Anna no lo interpretó como una frialdad, sino como una especie de cortesía de la vieja escuela.

—Supongo que habrán salido de la tierra, como todos nosotros. Y luego echan a correr por aquí y por allá.

La anciana miró de repente a Anna, como esperando su reacción. Curiosa expresión, pensó Anna: «de la tierra», y la guardó en la memoria.

—Una pregunta estúpida —dijo Anna con una sonrisa—. Creo que lo que pretendía era preguntar si eran mansos o salvajes. ¿Cree que pueden haberse comido a mi perro? Ha desaparecido.

—Lo lamento mucho.

—No, no, *Tryggur* sabe cuidarse la mar de bien. No me preocupa lo más mínimo. —Anna notó que en aquel momento estaba usando el mismo tono de voz que utilizaría con una niña pequeña o con una deficiente mental, así que decidió cambiar de tema y hablar de Kjartan al recordar lo que había leído antes—. ¿Su marido anda por ahí fuera?

—Nunca va a perderse, no te preocupes. —No parecía muy interesada por la pregunta.

—Vi una foto por aquí. De Kjartan y esa mujer... Los dos muy guapos. Tienen pinta de... —calló, iba a decir «estrellas de cine», pero eso a lo mejor no le agradaba nada a la mujer, incluso podría herirla, teniendo en cuenta la pinta que tenía ella. No era especialmente guapa, era difícil no darse cuenta.

—¿Qué foto dices?

—La del salón. La de Kjartan con una mujer a su lado. Sentía curiosidad por saber quién sería esa mujer.

—Pues no tengo ni idea... —farfulló algo que Anna apenas oyó, pero se extrañó mucho al distinguir la palabra «criada».

—¿La que está con él en la foto es la criada?

—Puede ser. —Ása asintió con la cabeza, esbozó una sonrisa y miró por la ventana.

—Comprendo... ¿Puede tratarse de la mujer que mata los renos para ustedes? Con los que alimentan a los zorros, ¿no?

No respondió. Anna sonrió por la idea de que un granjero se hiciera fotografiar con una sirvienta y colgara la foto en el salón. A la anciana no se le daba demasiado bien mentir, pero eso no quería decir que se le escapara demasiada información.

—Por cierto, ¿cuánto tiempo llevan casados Kjartan y usted?

Estaba ya totalmente convencida de que sus anfitriones no eran pareja, pero quería oírsele decir a la anciana y así saber cuál era su situación en la casa; criada, sin duda, lo que quizá fuera el motivo para que mintiera sobre su trabajo a quienes tuvieran algo que ver con la casa. Pero ¿por qué mentir?

—Debe de hacer muchos años que se conocen, ¿no? —continuó Anna.

—Y tú, ¿en qué trabajas? —preguntó la anciana, que por fin la miraba.

En las comisuras de los ojos había una hinchazón rojiza que se extendía casi hasta la boca, como si fuera una cicatriz; la textura y el brillo recordaron a Anna la foto ampliada de un clítoris que había visto una vez. Apartó la imagen de su cabeza.

—Soy maestra. Enseño islandés en primaria. —Al momento se dio cuenta de que en el interior de la puerta de la cocina no había tirador, sólo un pequeño agujero cuadrado. Intentó reprimir la pregunta apretando los dientes, pero no lo consiguió—. ¿Esa puerta no tiene tirador?

—¿Por qué lo preguntas? —dijo la anciana sin apartar los ojos de ella.

—Simple curiosidad.

—Curiosidad, ah, vaya. Eres curiosa, chica. Eso lo tengo claro. Siempre mirándolo todo. Y haciendo preguntas. Demasiada curiosidad puede ser peligrosa.

—¿Qué quiere decir?

—Nada más que lo que acabo de decir.

—Me interesa lo que tengo alrededor.

Anna bebió un sorbo de café, paseó la mirada por la cocina y en un rincón vio otra puerta que no había notado antes. Aunque estaba más interesada por la otra puerta y por *salir*, se le ocurrió que la del rincón bajaría al piso inferior, el que tenía tapiadas las ventanas.

—Aquí hay muchas puertas —continuó la anciana, como si pudiese leer sus pensamientos—. Y puedo satisfacer tu curiosidad y responder a todo lo que quieras saber. Si tú me respondes primero a una sola pregunta.

Se miraron a los ojos.

—¿Cuál? —preguntó Anna, esforzándose por no apartar la mirada.

—¿Entraste en la habitación del piso de arriba? Hoy, cuando dices que estabas durmiendo.

—¿Qué habitación?

—¿Qué habitación? —repitió la anciana—. ¿A lo mejor entraste en muchas habitaciones y no estás segura de a cuál de ellas me refiero?

Anna sonrió.

—No fui a ningún sitio. Estuve leyendo en mi cuarto, luego me dormí un ratito y después seguí leyendo.

—Sé lo que hiciste —susurró la anciana, se inclinó sobre la mesa y entornó los ojos—. Entraste en la habitación y cogiste algo. No sé qué, no puedo saberlo. Me lo tienes que decir tú. ¿Qué cogiste en la habitación?

—¡No he cogido nada de ninguna habitación!

—Es muy importante que me lo digas, tengo que saberlo para poder...

—Y es muy importante que me deje salir —dijo Anna, y se puso en pie, no soportaba seguir más tiempo allí dentro. Atravesó la cocina dando zancadas y empujó la puerta, pero no se abrió—. ¿Dónde está el tirador? Démelo. —Fue hacia la mujer y extendió la mano.

—Si respondes a mi pregunta —dijo la anciana sin moverse.

—¡Yo no tengo que responder a ninguna pregunta! —exclamó Anna, que notaba cómo el miedo la atravesaba de arriba abajo—. Yo soy una huésped de esta casa. ¡No porque yo lo deseara, sino porque me vi *obligada*! Y no tengo el más mínimo interés en saber nada de lo que haya o deje de haber en esta casa, sólo quiero salir de aquí...

—Mientras decía estas palabras percibió un movimiento en el exterior, delante de la ventana: una sombra que se movía por el patio en medio de la oscuridad.

Habían vuelto.

—Han llegado mis amigos. ¡Abra la puerta! —gritó, y la anciana fue a buscar el picaporte.

Anna se lo quitó, lo metió en el agujero de la puerta y abrió; salió corriendo y bajó la escalera hasta llegar junto a Egill, que estaba en el patio. Se echó a su cuello, pero el nerviosismo no la dejó hablar. Aunque tenía el rostro cubierto de arena, ella se lo besó por todas partes, se enterró en él y descubrió que había habido momentos en que pensó que no volvería a verle.

El anciano excava

Resulta que Egill estaba solo. Comentó que Vigdís y Hrafn habían vuelto a casa antes que él.

—Aquí no están —respondió Anna—. ¿Qué pasa? ¿Por qué llevas dos mochilas?

—Vigdís se dejó la suya —añadió que se lo explicaría todo más tarde.

Parecía exhausto y subió la escalera medio muerto. Ella le sirvió de apoyo hasta llegar al dormitorio y lo acostó encima de la cama.

Un cuarto de hora más tarde aparecieron Hrafn y Vigdís, siguiendo los pasos de Egill. Anna estaba calentando agua en la cocina cuando Hrafn entró por la puerta y subió a toda prisa al piso superior. Vigdís le explicó que se habían perdido en la tormenta al regresar. Estaba sucia y cubierta de arena, dijo que bajaría dentro de un momento y subió detrás de Hrafn.

Anna le llevó a Egill un humeante cubo de agua caliente, empapó una toalla y se la pasó por la cara. Por todo el rostro había grumos de arena que formaban unas estrías negras: las comisuras de los ojos y la boca, debajo de la nariz, y el resto estaba cubierto por una grisácea capa de arena, al igual que los brazos casi enteros, capa que le llegaba hasta el vientre, aunque no llevaba la camisa desabrochada.

—Quiero irme a casa..., a casa, a casa —decía en voz baja, inclinándose sobre el borde de la cama con los ojos cerrados. Anna le preguntó por la caminata y él le explicó que habían quedado inmovilizados en la linde de un poblado que tenía que ver con una represa que habían visto a cierta distancia hacia el oeste—. Tuvimos que aplazar la marcha por la tormenta de arena. Además, Askja está más al norte de lo que pensábamos, al menos eso afirma Vigdís.

—¿Por qué llegaron ellos después? ¿No dijiste que se habían puesto en camino antes?

—Se perdieron... Yo preferí esperar a que se calmase la tormenta un poco más.

—¿Qué había en el poblado ese?

—Nada especial, barracones vacíos. Un viejo congelador. —Se cogió la cabeza, se inclinó más y ella le acarició la espalda.

—¿No quieres quitarte la bufanda?

—Tengo frío.

—Mañana nos iremos a casa, amor mío —dijo Anna. Metió la toalla en el cubo varias veces, lo retorció para quitarle el líquido marrón, volvió a enjuagarlo y a retorcerlo, luego se lo pasó por la espalda y le dio un masaje en los hombros—. Por la mañana temprano.

—No sé si podré levantarme.

—Claro que podrás levantarte.

Egill se tumbó en la cama y estiró un brazo para coger la botella que Anna había sacado del coche. Pese a todos sus esfuerzos, Egill estaba aún lleno de arena y la sábana estaba cubierta de granos que se le clavaban cada vez que se movía. Anna pensó en engatusarle para practicar sexo, pero no le apetecía llenarse de arena. Al principio de vivir juntos, él era muy fogoso en la cama y hacía todo lo posible por satisfacerla, aunque no llegó nunca a comprender qué era lo que le gustaba, y Egill nunca le dijo ni una palabra al respecto. En realidad, no parecía tener demasiado interés por el sexo, y una buena parte de sus energías se le iban en el trabajo.

—Podemos marcharnos ahora mismo, tú y yo —dijo Egill con la mirada fija en el techo—. Esta noche no habrá niebla. Por la mañana estaremos en Askja.

—Ahora no vamos a ir a ningún sitio, Egill. Pero ¿qué te pasa?

—Ya estoy harto de todo esto... Quería que estuviéramos tú y yo juntos, solos.

Anna le preguntó si había pasado algo malo entre Hrafn y él, pero no le respondió. Tampoco le dio las gracias por sus atenciones, no le preguntó en ningún momento qué tal iba su tobillo, no dijo que la quería, lo que no habría sido tan difícil, ¿o sí? Decirle alguna cosa bonita, con lo cansado que estaba, el pobrecito egoísta.

Apretó los puños y se sintió inundada de ira, una furia tan violenta y tan aguda que creyó que había estado durmiendo y se estaba despertando en ese mismo instante: aquel hombre le había destruido la vida, le había arrebatado lo único que tenía como periodista, *la reputación*. Ella no conocía otra cosa; a diferencia de él, ella no tenía nada escondido en alguna caja de mierda en una de esas islas de mierda que hay por el mundo, por mucho que lo negara. Ella se había convertido en su cómplice, si no en sentido estrictamente legal, al menos a los ojos de la sociedad, y los periódicos los devorarían a los dos juntos, el nombre de ella sería arrastrado por el fango en la red, los periódicos, los telediarios, los cafés, las reuniones, las fiestas de confirmación, los correos electrónicos, los SMS, en todas partes. Egill le había impuesto su propia avaricia. Cuando todo empezó a desintegrarse, ella le permitió que pusiera propiedades a su nombre, todas las que pudo; cedió, aunque en medio del *shock* imaginaba que un día ella se largaría, se marcharía con una mochila a la espalda, se alojaría en hoteles de tres estrellas, leería libros de Eckhart Tolle, y cuando volviera, él estaría ya encerrado en la cárcel, como se merecía. Pero, naturalmente, no haría nada de eso. Era una imbécil integral. Y la imbecilidad le iba a arrebatar todo lo que había llegado a construir.

—He visto al viejo, al viejo idiota —dijo Egill, que seguía dando sorbos a la botella sin incorporarse en la cama.

—¿Qué estaba haciendo?

—Preferirías no saberlo. —En sus labios se dibujó una sonrisita estúpida, y ella se sentó a su lado en el borde de la cama y tomó un trago de la botella—. Estaba acercándome a la casa cuando le vi..., al lado de la farola. Tenía una pala, estaba metido en un agujero sacando la tierra.

—¿En medio de la tormenta? ¿Cavando un agujero en la arena?

—La tormenta había empezado a calmarse. Pero estaba metido en el agujero hasta la cintura, de modo que, sí, probablemente debió de empezar en pleno vendaval.

—¿Te vio?

—No creo. Yo iba deprisa y no tuve ganas de hablar con él.

—¡Que no tuviste ganas! ¿No quieres saber por qué estaba cavando allí ese hombre? A lo mejor deberías haberlo detenido. ¿Y si estaba profanando una tumba?

Egill no respondió.

—¿Por qué iba a estar cavando allí?

—Y qué sé yo... A lo mejor piensa suicidarse y se le ocurrió esa idea.

—¿Estaba encendida la farola?

—Sí. Viene muy bien tener luz cuando se está excavando un agujero.

—Aquí pasa algo muy serio...

Anna bebió otro trago y por fin tomó la resolución de enseñarle la pistola. No la beneficiaba en nada seguir ocultándola. Extendió una mano debajo de la cama y, sin vacilar, le echó la pistola encima a Egill y dijo que la había encontrado en la habitación de al lado.

—¿Esto qué es? —dijo él sin moverse.

—Creo que debe de ser del hombre... —Como Egill no movía un dedo, ella quitó la tela de seda y puso la pistola en la cama, entre los dos—. Está cargada.

—¿Estás chiflada, Anna? ¿Qué haces con una pistola cargada? ¿Dónde la encontraste?

—Ya te lo he dicho. En la habitación de aquí al lado. El despacho del hombre. Ahora no me atrevo a ir a dejarla allí otra vez. ¿Y si nos la llevamos? La quiero conservar, pero no sé si es una locura...

—Yo no pienso acercarme a eso —dijo él, bebió más alcohol y se tumbó de espaldas.

—¿Qué quieres decir? ¿No piensas ayudarme?

—No puedo más, Anna. No entiendo nada de nada. No me apetece pensar...

—Ay, chico, cierra los ojos, relájate —dijo ella.

Recogió la pistola, la envolvió en la seda y la colocó debajo de la cama. Luego se puso de pie, dijo que se levantaba y Egill farfulló algo de dormir.

Delante del váter se encontró a Vigdís y le dio el cubo. Estaba aún más fatigada que cuando había entrado en la casa, y Anna preguntó si le pasaba algo malo.

—¿Estás nerviosa por algo, cariño? —preguntó.

Vigdís asintió con la cabeza, pero propuso que se vieran más tarde, así podrían tomar «una copita para dormir bien».

—Tengo que irme. No puedo seguir más tiempo aquí dentro —dijo Vigdís, y Anna se figuró que estaba hablando de la habitación que compartía con Hrafn.

—Claro que sí —dijo Anna para darle ánimos—. Pues una para dormir, o que

sean dos.

Quedaron en reunirse abajo, en el salón, y Anna fue de nuevo al maletero del coche a por alcohol. Al pasar por el vestíbulo, vio en la mochila de Vigdís una caja que resultó estar llena de bengalas. Estuvo examinando una de ellas, un cilindro rojo de plástico con un delgado mango de madera; en el plástico estaban impresas las instrucciones: había que quitar el seguro, mantener la bengala lejos de la cara y tirar suavemente de la cuerda que sobresalía en la parte baja del plástico.

Tirar, pensó, y sintió un escalofrío sin saber por qué. Tendría que librarse de la pistola antes de irse a dormir.

El niño

Mientras esperaba en el salón, Anna estuvo observando la fotografía del hombre y la mujer que colgaba en la pared: la gente guapa. Paseó por el salón, miró la foto desde distintos ángulos y empezó a comprender qué era lo que la turbaba.

—Ella no —dijo acercándose mucho a la imagen, y volvió a echarse hacia atrás y negó con la cabeza—. El hijo de ambos...

Encendió un cigarrillo; recuperó el recuerdo de *Hombres de negocios islandeses*, el despacho y el cuarto secreto, lo vio todo a una luz nueva y sintió como si el puzle por fin empezara a encajar.

La anciana no se había dejado ver desde el *incidente* de la cocina. Anna quizá debería avergonzarse de haberle gritado de esa forma, pero Ása no tenía ningún derecho a encerrarla, por mucho que hubiera estado fisgoneando.

Vigdís apareció en la escalera y Anna le señaló las botellas que había colocado en la mesa:

—¿Te apetece blanco o tinto?

—Uno marrón clarito estaría bien —dijo Vigdís señalando la botella de whisky—. Un traguito. ¿Y un tinto después?

—Perfecto.

Anna le dijo que se sentara en el sofá, le llenó una copa, que Vigdís vació de un solo trago, y luego le ofreció un vaso lleno de vino tinto. El vaso lo había limpiado ella misma, en realidad lo desinfectó mientras calentaba agua en la cocina.

Vigdís suspiró y se reclinó en el sofá.

—Qué bien —exclamó.

Anna notó un fuerte olor a champú y vio que tenía el cutis terso, como si se hubiera puesto crema hidratante.

—Qué bien hueles.

—Gracias. Hice todo lo que pude para fregotearme bien, pero no tenía ganas de ponerme a calentar agua. No tenía ni idea de que el *agua caliente* fuera una parte tan imprescindible de mi vida. La piel me está encerrando como si fuera una cáscara.

—A mí me lo dices. Eso mismo estaba pensando hace un rato. —Anna asomó la cabeza en la cocina para cerciorarse de que estaban solas, y después le preguntó si les había pasado algo en la marcha del día anterior—. Todos tenéis cara de enfado.

—No sé... ¿Egill no te contó nada?

—Habló de una represa y un poblado, o no sé qué, y de un puente. Estaba más raro aún de lo habitual. ¿Qué había en el poblado ese? ¿Será que el ejército americano está depositando allí residuos nucleares? ¿O que están investigando en silos subterráneos?

—Yo no entré con ellos en el poblado. ¿Egill no te dijo nada?

—¿Qué me tenía que decir?

Vigdís vaciló un momento, pero le contó entonces que Hrafn y Egill habían estado discutiendo violentamente por algo que ella no comprendió, algo del pasado. Entonces, también ella empezó a discutir con Hrafn y él salió corriendo del almacén. Ella fue detrás.

—Por eso llegamos aquí cada uno por su lado... Por eso me quedé metida en un coche abandonado que encontré en algún sitio, esperando a que se calmara la tormenta... No tengo ni idea de lo que está pasando aquí. —Vació el vaso y Anna volvió a llenárselo.

—Vaya, pobre. ¿Y qué hacía Hrafn mientras tú estabas en el coche?

—No lo sé, dijo que se había resguardado detrás de una loma o algo así. Ahora no me apetece nada hablar con él, espero que mañana podamos llegar a casa, y entonces intentaremos charlar como personas civilizadas.

—¿No sabes por qué se pelearon?

Vigdís negó con la cabeza y miró al infinito, como si no hubiera oído la pregunta, algo poco habitual en ella, persona muy consciente y en estado constante de alerta. En realidad, era evidente que todos habían sufrido cambios radicales, estaban como más vacíos, lejanos y apáticos; y, ahora que pensaba en ello, Anna imaginó que quizá podría decirse lo mismo de ella. Por ejemplo, ¿no debería tener más miedo allí dentro, después de lo que había sucedido la tarde anterior?

Como un *zombi*, pensó, y se le vino a la memoria un verso de un poema escrito por un viejo poeta: *soy la cuna de alguien transformado*. Sus amigos salieron al arenal y volvieron cambiados, ¿no se hablaba de eso mismo en las leyendas populares?

Decidió confortar un poco a Vigdís.

—Pues yo también tuve mis aventuras —dijo.

Notó que la emoción le provocaba un escalofrío; sintió la alegría del *juego*, quizá también porque los hombres no estaban allí presentes, como si las dos lo pasaran mejor sin ellos, al menos a la hora de hablar de habitaciones secretas en casas viejas. Claro que, cuando lo pensaba, sonaba de lo más inverosímil, como si lo hubiera sacado de un libro de aventuras para niños.

—Cosas de las que los viejos no quieren saber nada —añadió, bajando la voz.

—¿De qué me estás hablando? —preguntó Vigdís, y por fin pareció que se le encendía una chispita en los ojos.

Anna empezó por el principio: habló de cuando se quedó sola en la casa, de los escalofríos y de la puerta al fondo del pasillo; describió el despacho del hombre, los libros, los diplomas, las fotos de él en las paredes, al lado de personas ricas, ministros, Björgólfur Guðmundsson y Þóra Hallgrímsson; de lo que leyó en *Hombres de negocios islandeses*.

—El hombre de la casa no es un campesino ni lo fue nunca. Hizo algo contra

gente de su época, no recuerdo exactamente cómo se expresaba en el libro, pero quebrantó leyes estatales; quizá pagó a vagabundos o a deficientes mentales para que tomaran ciertas medicinas, o para someterlos a operaciones. En esos tiempos la gente era más pobre. Pero hay más. Me puse a mirar los libros de las estanterías y, al coger uno para sacarlo, oí un chasquido.

Describió cómo el armario giró y se separó de la pared, cómo era la habitación pequeña y oscura que había detrás, con la mesa, la cama y el cartel que decía «Mírame».

—¿Mírame? —leyó en voz alta Vigdís.

Estaba sentada en el sofá sin moverse y con la boca abierta. Anna le habló del interruptor y de lo que le pasó al tocarlo; que se cayó al suelo, con todo el cuerpo agarrotado, pero que consiguió salir y cerrar.

—Me arrastré por el pasillo y entré en mi habitación, donde vomité en el suelo.

—¿Que vomitaste? No me lo puedo creer. ¿Te duele la cabeza, o sientes los dedos dormidos?

—Ahora estoy perfectamente. Pero ¿por qué había eso escrito encima del interruptor? Es horripilante, en realidad parece cosa de *magia*, ¿no te parece?

—Es muy serio, una descarga eléctrica puede ser muy peligrosa. Tendremos que informar de todo esto en cuanto estemos de vuelta en la ciudad. —Vigdís estaba desconcertada, y Anna le pidió que hablara más bajo.

—Pero no debería estar contándote estas cosas, entiéndeme. No tenía ningún derecho a estar allí. —Volvió a llenar los vasos.

—¿Y en la habitación esa no había nadie?

Anna negó con la cabeza.

—No sé quién podría vivir en una habitación como ésa. Con una cama, una mesa y la ventana tapada con pintura. Aquello no tenía ningún sentido... Pero, volviendo a lo de hace un rato, estaba aquí esperándote y de pronto tuve la sensación de que podía entender mejor unas cuantas cosas. —Se levantó e hizo una seña a Vigdís para que la acompañara a donde estaba la foto de la pared.

—Me fijé en esta foto en cuanto llegamos —prosiguió Anna—. Tiene algo que me extrañó, y cuanto más la miro, mayor es la sensación. —Las dos observaron la foto. Estaba cubierta por un cristal que destellaba—. ¿Notas tú algo especial?

Vigdís dudó.

—No sé... ¿Son ellos, Ása y el viejo? Al anciano por lo menos lo reconozco, aunque ahí es más joven.

Anna asintió.

—Exacto... Pero la mujer no es Ása. Ésta no sólo es joven, sino que además es..., cómo quieres que lo diga: *guapa* —añadió en un susurro—. Y los dos. Además, la estructura del rostro de ambos se parece, y el tipo de cabello, los ojos. Los dos son muy distintos a la vieja.

Vigdís asintió y siguió observando la foto.

—Es posible. Pero ¿por qué está él en la foto con otra mujer?

—Porque la vieja y él no están casados, nosotros mismos llegamos a esa conclusión. No tengo ni idea de qué lugar ocupa ella en la casa, probablemente sea el ama de llaves... No, yo creo que la mujer de la foto es la hermana del hombre. Lo que explicaría por qué son tan parecidos.

—Ya, hermanos... Pero ¿no puede ser también que fueran una pareja como cualquier otra? Si Ása y el hombre no están casados, como nosotros pensamos..., ¿no puede ser que estuviera casado con ésta?

—Quizá. Si no hubiera visto otra foto de los dos en el despacho: una vieja foto de familia tomada a mediados del siglo pasado. Primero reconocí al hombre, luego vi el parecido entre él y los adultos... y con la niña pequeña que estaba a su lado.

—¿La mujer de esta foto?

Anna asintió.

—Digamos que son hermanos y examinemos la imagen con más detenimiento; fíjate en el gesto pensativo del hombre, cómo levanta la barbilla, los ojos entrecerrados, como si estuviera proclamando sus derechos, retando a alguien... Y la mujer está a su lado, con un gesto total y absolutamente distinto: ella está en otro mundo, no tiene nada que ver con lo que piensan los otros, no provoca a nadie, no sabe nada de los demás. Su belleza resplandece, es feliz. Fíjate bien en las posturas: la del hombre es cerrada, de defensa o de alguien dispuesto a atacar, mientras que la de ella es abierta y esconde en su interior..., vaya, ¿qué esconde en su interior?

Vigdís examinó la foto con atención, dijo que notaba algo, pero que no acababa de pillarlo del todo.

—¿La postura que tienen de pie, que ella está inclinada? Están una pizca bajos...

—La foto está recortada —dijo Anna de pronto, mirando a Vigdís—: han quitado a una persona. Lo vi antes, al entrar en el salón; de pronto tuve como una revelación, miré la foto de reojo, así, y entonces recordé lo que leí hoy mismo sobre el hombre... Y vi lo que faltaba en la foto. Por qué está la mujer en esa postura, con el brazo extendido, con ese gesto en el rostro. Por qué la composición de la fotografía es como es: la pared de detrás, tan alta; los dos resultan demasiado bajos en la foto, como si la hubieran recortado por abajo... Lo que recortaron en la parte baja de la foto es una cuna..., y en la cuna hay un niño.

—¿Un niño? —dijo Vigdís, escudriñando la instantánea.

—Y ése es el motivo por el que la mujer está inclinada, con ese gesto maternal en la cara y el brazo estirado: para tocar la cuna o la cabeza del niño, que también podría estar en el suelo, delante de ellos, si ya era lo bastante mayor. Y, luego, al recordar eso que leí de que el hombre tenía un hijo, me convencí de que mi idea era correcta... En la foto había un niño.

—Pero ¿por qué quitar...?

—Al hijo de estos dos —la interrumpió Anna—. Al hijo *de los hermanos*. —Vigdís abrió mucho los ojos, pero no dijo nada—. Me llamó la atención —continuó

Anna— que en *Hombres de negocios islandeses* no se mencionara en ningún momento el matrimonio de este hombre. ¿Por qué no? En el libro hablaba, en cambio, de delitos «contra la moralidad pública» y de «libertinaje en su vida privada». ¿Se referiría eso a que era un mujeriego? ¿Se expresarían las cosas con tanta crudeza si no fuera más que un pobre mujeriego? No creo. Después se indica que tuvo un hijo, aunque no se menciona el nombre, como tampoco el de la madre del niño. Bueno, el motivo podría estar en que el hijo nació fuera del matrimonio, lo que sería una vergüenza; pero entonces, ¿por qué mencionarlo siquiera?, no se hace lo mismo con ningún otro en el libro. ¿Y por qué se menciona una «hermana» al hacer su árbol genealógico, pero tampoco se dice en ninguna parte cómo se llama? El motivo es sencillamente que la madre del niño y la hermana son *la misma persona*, y, al dar publicidad tan patente a este hecho, el libro lo desvela todo, descubre el secreto. ¿Y qué podría encajar mejor en un delito contra «la moralidad ciudadana» que tener un hijo con la propia hermana?

—No me lo creo.

—Y, además, ¿cuándo se tomó la foto? Cuando el hombre anda cerca de los cuarenta y su hermana es un poco más pequeña. Probablemente, él acaba de volver de Estados Unidos, donde residió durante diez o quince años para librarse de un amor de naturaleza deshonrosa. Pero al regresar no pudo dominar sus sentimientos, perdió el control, lo perdieron los dos. Y un día nació el niño, no mucho antes de que se vieran obligados a refugiarse aquí, y no mucho después de que hicieran esta foto de todos juntos: de *la familia*... Después no se sacaron más fotos, no hacía falta, ésta lo dice todo: la provocación del hombre, su orgullo y su gesto retador muestran que ha tomado una determinación, reta a la sociedad, reconoce a su propia familia. Probablemente insistió él mismo en tomar la foto porque quería hacer feliz a la madre de su hijo antes de rendirse...

—Si su hijo está ahí... —la interrumpió Vigdís, apartándose de la foto.

—El niño está ahí. Si no, ¿por qué iba a estar aquí ese hombre? ¿Por qué iba a vivir alguien aquí si no es porque se vio forzado a hacerlo?

—¿Y dónde está su hermana, la madre del niño?

—Muerta, enterrada por ahí, en el arenal. ¡O la abandonaron a la intemperie: asesinada por el marido, errando por el arenal, con el camisón hecho jirones, aullando por la noche ante las ventanas! Qué sé yo...

Vigdís negó con la cabeza y encendió un cigarrillo, parecía estar haciendo serios esfuerzos para ahuyentar la confusión.

—Tú no estás bien de la cabeza —dijo con una sonrisa—. ¿Y el niño? ¿Dónde está el niño?

—No sé dónde estará *ahora*, pero sé dónde estaba. Porque te estás olvidando de algo.

—¿De qué?

—Estoy convencida de que el niño ha estado aquí por algún motivo que no tiene

nada que ver con la foto. Porque, ¿quién te crees que estuvo escondido en la habitación a la que se accede por el despacho del hombre, escondido como si no fuera más que escoria?

Anna bebió un sorbo de su vaso. Vigdís sacudió la cabeza, se mostraba inexpresiva otra vez.

—Sí, esos dos te hacen pensar en conspiraciones —dijo Anna, que se volvió a sentar en el sofá.

Se daba cuenta de lo desconcertada que estaba, un poquito borracha también, pero no tanto como para ser incapaz de razonar.

—Al menos nos sirve para no pensar en nuestras propias vidas durante un rato —señaló Vigdís, que se sentó a su lado—. Pero nos olvidamos de una cosa, ¿no crees? De preguntárselo a ellos.

—Ya se lo pregunté. La mujer mintió.

Vigdís dijo que estaba cansada y Anna sintió que el sueño se iba apoderando de ella al mismo tiempo que la vergüenza, como si hubiera hablado demasiado.

Pero aún quedaba una cosa. Alargó el brazo para coger la bolsa de plástico que tenía a su lado, sacó el envoltorio de seda, lo abrió y de repente fue como si no le importara que los ancianos pudiesen ver lo que tenía. Dio tiempo suficiente a Vigdís para que abriera bien los ojos y se quedara embobada mirando la pistola, y entonces le explicó dónde la había encontrado.

—Una antigüedad... O no, no lo sé. Algo que el hombre pudo comprar como recuerdo de su estancia en Boston, o en Princeton o donde fuera, uno de esos campus universitarios de Nueva Inglaterra.

—¿Está cargada?

Anna asintió.

—Creo que la vieja sabe que la he cogido. Tienen cerrado el despacho desde que estuve yo allí.

—¿Por qué la cogiste?

—No lo sé. Quería tener algo como prueba de que habíamos estado aquí, o algo por el estilo. —Anna envolvió de nuevo la pistola en la seda y la metió en la bolsa.

—¿Y cómo casa esto con tu teoría?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué iba a haber una pistola cargada en un cuarto secreto donde tenían a alguien encerrado contra su voluntad? —Anna no dijo nada—. La guardaré yo —añadió Vigdís tras una breve pausa; alargó la mano hacia la bolsa y se levantó.

—¿Estás segura?

—¿No es eso lo que ibas a pedirme?

—Sólo por esta noche... Egill no hace más que beber. No es bueno tener un borracho y una pistola cargada en la misma habitación. —Dejó escapar una risita tonta—. Tiene cuatro balas dentro, ¿sabes?

—Nos libraremos de ella mañana por la mañana —dijo Vigdís—, cuando nos

marchemos... De momento ya vale, tenemos que dormir.

Decidieron limpiar bien nada más levantarse, fueron a la cocina y cada una cogió un vaso de agua para la noche. Al salir de la cocina, Anna se fijó en la puerta del rincón, la que le había llamado la atención antes. Sin que Vigdís la viera, se acercó un momento a la puerta y la empujó. Cerrada con llave.

Siguió a Vigdís escaleras arriba, le dio las buenas noches y la miró mientras se iba a su cuarto, con la bolsa de plástico en la mano. Anna examinó la puerta de su habitación en busca de un cerrojo o un pestillo para atrancarla, pero no encontró nada. De modo que empotró una silla debajo del tirador de la puerta y decidió que con eso bastaría; se desvistió, corrió por el suelo dando grititos y se metió debajo del edredón. Se abrazó mucho a Egill, que farfulló algo en voz baja, pero siguió roncando.

Vigdís y ella habrían podido pensar que, para comprobar si la foto estaba manipulada, hubiera bastado con sacarla del marco. Sin duda, una consecuencia de pasar demasiado tiempo delante de una pantalla.

Al poco sintió crujidos y chirridos en la estructura de la casa, sobre todo en el tejado, como si unos gigantes transparentes e inmateriales estuvieran jugando, trepando, dando volteretas mientras aullaban, ligeros y pesados como el viento.

Era una ocurrencia bastante rara, y después se sucedieron más imágenes y frases ambiguas; se deslizaban por su mente como si quisieran ordenarle que hiciera algo de extrema importancia, pero un instante después estaban olvidadas, parecían incluso no haber sido más que algo amorfo y convulsionado que despertaba en ella una vaga angustia y nuevos pensamientos carentes de sentido: que alguien colgaba de una bóveda enfrente de la ventana y miraba hacia el interior, o que la esperaba fuera, en medio de la oscuridad, muy lejos, en las tinieblas, susurrando su nombre...

Cogió una pastilla para dormir y se la tomó; en la penumbra se escondió bajo el edredón, se apretó una mano en la entrepierna y la dejó allí inmóvil un rato. A veces, justo cuando estaba empezando a dormirse, tenía la sensación de que todo estaba *equivocado* en alguna forma, que había pasado algún asunto por alto en mitad de su propia existencia, o que había descuidado algo y todo se basaba en un malentendido. A veces, aquello la descomponía y le impedía conciliar el sueño; se pasaba la noche entera en vela fumando un cigarrillo tras otro, o leyendo, o salía a dar una vuelta mientras pensaba en cómo podría organizar mejor su vida y asegurarse la paz interior.

Pensó en masturbarse, aunque estuviera acostada al lado de Egill. Él no se despertaba por nada, y ya lo había hecho otras veces desde que habían dejado de hacer el amor. Siempre había existido un desajuste entre los dos: los deseos de ella eran mucho mayores que los de él; igual que en la mayoría de las mujeres que conocía, pese a que la cultura obligaba a la existencia de un apetito insaciable en los hombres, todos esos chistes de las mujeres con dolor de cabeza...

Recordó a Egill delante del ordenador por la noche, con la mirada fija en la pantalla, la boca abierta, los hombros extrañamente encogidos, inclinado hacia delante, una postura que le recordó a un saltador de esquí que sale lanzado desde el trampolín. Se había despertado sola en la cama y salió a ver dónde estaba Egill, y lo encontró allí. Cuando volvió al dormitorio sonó un crujido en el suelo, y él fue detrás de ella, se detuvo en el hueco de la puerta y le preguntó qué hacía. Ella estaba a los pies de la cama, de espaldas a él; dijo que buscaba las zapatillas. Egill le preguntó si había salido, pero ella no respondió. Poco después se dio la vuelta hacia él, vio que estaba apoyado en el marco de la puerta con la mirada clavada en el suelo; comprendió su dolor, el temor y la miseria de su alma; cuánta compasión sintió por él.

A partir de entonces empezó a espiarle, aunque en realidad no tenía ganas de hacerlo. Pero todo ejercía su infortunada capacidad de atracción. En esa época, Egill había dejado de acudir al despacho, y Anna conocía la clave de su portátil. Por regla general, él se dejaba el ordenador en casa, y, cuando Anna volvía de su trabajo a media tarde, se dedicaba a mirar las páginas de internet que Egill había estado visitando durante el día, antes de irse a alguna cita en un restaurante o un bar. Solía empezar con páginas de noticias y unos cuantos blogs, y luego pasaba a la pornografía. Con el tiempo, la lista de páginas pornográficas se fue haciendo cada vez más larga, y Anna empezó a apreciar cierto patrón: pudo ir siguiendo su recorrido a lo largo de varios días en los que parecía haber dado preferencia a ciertos tipos de porno por encima de otros, y en general optaba por las fotografías en vez de los vídeos; quizá necesitaba tiempo para concentrarse en cada foto. Vio que las páginas que ofrecían porno lo clasificaban en categorías, a veces con un centenar de temas que recordaban a un menú o una especie de noticiario de su subconsciente. Sus viajes pasaban por *culos, piernas, anilingus, bragas, jovencitas, asiáticas, jovencitas asiáticas, indonesias, italianas, francesas, durmiendo, pantis, transexuales, animales*.

No podía detenerse, por muy triste que se hubiera quedado al ver aquello, pero, cuando encontró un caniche lamiendo a una jovencita, ambos peinados con coletas, se derrumbó. Se acostó en la cama y estuvo llorando hasta quedarse apática; se fue a dar un largo paseo a pie por Ægisíða e intentó reunir fuerzas para llamarle por teléfono y gritar, y chillar y decirle que no quería seguir con él.

Al final no dijo nada; no quería confesar que había estado espiando su ordenador, y casi ni dirigió su venganza contra él, sino que se enfureció con un mundo que ofrecía opciones tan repugnantes como si fuesen simples naderías, no sólo la pornografía del perro, sino todas esas fotos que eran más propias de un curso de anatomía o de asesinos en serie que lo que ella había imaginado que era la *pornografía*. Abordó el tema en las conversaciones con sus amigas, y muchas dijeron que sospechaban que sus chicos se dedicaban a ver porno y que a veces incluso lo preferían al sexo real con ellas. Ella no mencionó a Egill ni sus categorías, pero se dedicó a leer sobre el fenómeno. Acabó escribiendo un artículo que tituló «La

epidemia silenciosa», en el que comentaba el aumento en el uso de pornografía por parte de los hombres de Occidente, y el problema que los investigadores sobre el tema habían visto que representaba, poniendo el ejemplo de Canadá, donde unos científicos que buscaban grupos comparables de varones jóvenes que no se masturbaran viendo pornografía en la red no encontraron ni un solo hombre de dieciocho a veinticinco años de edad que no lo hiciera. Y otros estudios llegaron a resultados parecidos. La discusión aumentó aún más como consecuencia de las políticas de género; aunque la pornografía no se relacionaba con cosas como la adicción a las drogas, la epidemia que mencionaba en el título del artículo corroía los cimientos de la práctica totalidad de las relaciones entre los jóvenes, no sólo en lo referente al sexo y a la confianza, sino que afectaba a la fisiología de la dopamina en el sistema nervioso del usuario y conllevaba serios cambios de carácter, bien definidos por los médicos.

Poco después, Egill dejó la pornografía, pues el alcohol borró los restos de deseo sexual, o quizá porque había visto el artículo de Anna y había quedado impresionado por la argumentación. A continuación, ella se planteó publicar un libro y dedicárselo a su compañero, *La última foto*, una colección de las últimas fotos que había contemplado Egill en cada período y con las que había eyaculado; a veces se ponía tan furiosa con él, aparentemente sin motivo alguno, que tenía que esforzarse mucho para no pegarle. En cambio, le dejó que pusiera a su nombre el botín de sus robos; siguió soñando con abandonarle, pero al mismo tiempo sentía una lástima que era muy parecida al amor, que incluso parecía mejor que éste, una generosidad vomitiva que la sacaba de sus casillas.

¿O quizá todo tenía que ver con algo completamente distinto? ¿Es que un hombre no podía masturbarse? Notó que el somnífero había empezado a actuar: todo se volvía blando, cálido y brillante. No era la primera vez que encontraba a media noche a alguien haciendo algo que no debería estar haciendo. Cuando era pequeña y vivía en Ísafjörður, en el sótano de casa de sus abuelos, se despertó una noche porque oyó un ruido en el apartamento. Salió, miró el salón, que estaba a oscuras, y encendió la luz. Su madre y su abuelo estaban en el suelo, ella tumbada encima de él, y al encenderse la luz su madre se puso en pie de un salto.

Cerró los ojos.

No tiene piel

EGILL

Egill estuvo de pie al lado de Anna sacudiéndola hasta que despertó.

—Tienes que despertarte... Despierta ya, Anna —le dijo. Ella entreabrió los ojos y respiró hondo, el rostro reluciente por el sudor—. Tenemos que hablar.

—¿Qué haces? —preguntó ella con un gemido, y se sentó en la cama.

Él le dejó la ropa a los pies de la cama y dijo que se lo explicaría en cuanto bajase a la cocina, y salió a toda prisa de la habitación.

Camino del piso de abajo, Egill entró de nuevo en el baño, se quitó la bufanda y miró su aspecto en el espejo: una línea azul oscuro en el cuello, donde se le había clavado la camisa, y un moratón redondo debajo de la nuez.

—Gilipollas de mierda —farfulló.

Aunque no sabía a quién se estaba refiriendo, sentía una confusa mezcla de vergüenza y odio violento, o tal vez las dos cosas sí que encajaban una con otra, a fin de cuentas. Si Anna no quería irse con él, le enseñaría las marcas del cuello.

Su primer pensamiento al despertar fue escapar de allí tan rápido como fuera posible, antes de que empezara a soplar el viento. Hizo el desayuno, puso café en las tazas y preparó las dos mochilas con más atención que la que había dedicado a nada en mucho tiempo.

—¿Qué hora es? —dijo Anna cuando bajó a la cocina, se sentó a la mesa y él le pasó el plato del desayuno: pan tostado con queso y un bol de yogur—. ¿Por qué te has levantado?

—El whisky de ayer me tranquilizó y me he despertado con el sol —dijo, y añadió que ya había hecho el equipaje de los dos—. Todo está listo. Podemos largarnos en cuanto acabes de desayunar. He metido nuestra ropa, tus galletas de higos, frutos secos, agua, brújula, mapa, linterna...

—¿Dónde están Hrafn y Vigdís?

—Siguen durmiendo... Amor... —empezó, pero volvió a callar—. Tenemos que largarnos de aquí. Con Vigdís no hay problema, pero con él no estoy dispuesto a irme andando a casa. Se ha acabado. —Le explicó la pelea en el almacén, cómo se arrojó Hrafn contra él, le agarró del cuello e intentó estrangularle, pero que consiguió soltarse—. Luego, Hrafn se largó y Vigdís echó a correr detrás de él. Ese tío está trastornado...

—¿Por qué no me lo contaste ayer?!

—No sé. —Negó con la cabeza—. No podía pensar con claridad. Hasta que me desperté no comprendí lo serio que había sido.

—Amor mío —dijo Anna, se puso en pie y se acercó a él; le apoyó una mano en el muslo y le dio un beso.

—No puedo tener amigos como ése, nadie les habla así a sus amigos... Nos vamos a Askja, como siempre hemos pensado. Pero sólo tú y yo. Empezaremos en la represa que vimos y seguiremos la pista desde allí hacia el norte. Podemos despedirnos de Vigdís en Askja, cuando llegue ella, si aún no hemos encontrado transporte a la ciudad. Si no, nos pondremos en contacto con ella cuando volvamos a casa y se lo explicaré todo.

—¿Y qué hacemos con *Tryggur*?

—*Tryggur* habrá llegado a algún sitio habitado hace mucho y nos estará esperando allí, en la comisaría de policía o en casa de algún granjero de Egilsstaðir. Es un perro muy sensato. Nosotros no podemos seguir aquí por más tiempo. —Se puso en pie y dio una vuelta por la cocina.

—Pero ¿no deberíamos decírselo a los otros? ¿Voy yo a hablar con Vigdís? Puede volverse a dormir después...

—Les dejaremos un mensaje. Yo no pienso volver a hablar con Hrafn.

—¿Le tienes miedo? ¿Tan serio fue el enfrentamiento?

—Claro que no le tengo *miedo*, Anna. Yo no le tengo miedo a nada, pero me preocupa que sus manos pierdan el control con tanta facilidad. No sé qué ha estado haciendo hasta ahora... Pero en todo caso no pienso caminar un día entero con él por los arenales, de eso ni hablar.

Anna se encendió un cigarrillo. Después de reflexionar un poco, dijo que se alegraba de salir de esa casa lo antes posible, y Egill trajo papel y bolígrafo; escribió en la nota que se habían levantado pronto, que habían decidido ponerse en camino hacia Askja y que quizá se encontrarían allí. *Quizá*. Debajo escribió los nombres de los dos, y Anna le exigió que aprovechara que se iban, y él añadió algunas palabras sobre el *desacuerdo* del día anterior.

Anna fue al baño, y mientras tanto, él salió, dejó las mochilas delante de la casa e hizo lo posible por relajarse. En el desierto reinaban un absoluto silencio y una luminosidad transparente y suave.

Decidió llevarse los porros. Rebuscó por el maletero del todoterreno hasta que encontró la bolsa de los trastos de pesca. La yerba estaba escondida en la lata de los gusanos. Aquello de que los porros se habían perdido y los encontró en el chaleco de pesca, como le había contado a Hrafn, no era más que una trola, como podía entender cualquiera que quisiera entender; la yerba que fumaban no estaba reseca, sino que la liaban por la mañana, pero Hrafn se había guardado una parte, como Egill sabía que haría: era muy propio de él porque no se contentaba con poco.

Cogió un pellizco de yerba, lo mezcló con tabaco en la palma de la mano, lo lio en un papel y se guardó el porro para fumárselo más tarde.

Cuando cerró el maletero, vio que las cañas de pescar no estaban en su sitio. La baca del coche, donde iban guardadas, estaba vacía, y los elásticos que mantenían en

su sitio las cajas de las cañas se habían soltado. Miró en el asiento trasero y debajo del coche, pero no las encontró. Las cañas eran suyas, eran dos, probablemente los únicos trastos valiosos que llevaba.

—Lista —dijo Anna, que apareció en lo alto de la escalera. Se echaron las mochilas al hombro y se pusieron a andar.

Caminaron en silencio por el arenal en dirección a la loma que Egill recordaba del día anterior. Desde allí vieron entonces la presa. Anna se mordió el labio inferior; parecía a punto de adoptar alguna determinación.

—Yo tenía la sensación de que Vigdís no me lo había contado todo ayer —dijo por fin—. Pero ¿por qué empezó la discusión?

—Hrafn no se había podido dormir y estaba de mal humor, así que la tomó con nosotros.

—¿Con vosotros dos? ¿Con Vigdís y contigo? ¿Estabais haciendo algo especial? Él comprendió perfectamente a dónde quería llegar.

—Nada de eso, amor... Todo estaba sólo en su cabeza, no aguanta estar aquí, en medio de la naturaleza. No dejemos que nos arrastre a sus estupideces.

—Sólo era una pregunta.

—Todo irá bien —continuó—. Verán la nota y sabrán llegar a la ciudad. Yo no puedo hacer más por ellos.

Cuando llegaron a la loma, Anna parecía haber olvidado todo lo referente a Vigdís y Hrafn, y dijo que podían seguir el borde del barranco.

—Quiero ver el río glaciar. ¿Sabes cómo se llama? —Tenía en las manos el mapa donde había intentado localizar la loma sin conseguirlo—. Este mapa está lleno de líneas por todas partes, se supone que indican ríos. Es como si estuviéramos en medio de una cuenca fluvial.

Oyeron el estruendo y vieron el agua precipitándose barranco abajo. Aquí y allá se agitaban por el agua placas de hielo, blancas y grisáceas, que se habían separado del glaciar con el aumento de la temperatura, y una nube de gotitas de agua se alzaba desde ellas en el fondo del barranco. Anna dio una palmada y se pasó el aire húmedo por la cara.

Siguieron el camino al lado del barranco sin hablar, pues era difícil oír algo por el estruendo, que Egill creía que se parecía al rumor del tráfico. Pensó que aquel ruido era bueno: el silbido de la arena atacaba los nervios y el silencio era incluso peor.

Hrafn siempre había estado chiflado. Ahora que lo pensaba, Egill tuvo la sensación de que hacía mucho tiempo que habría debido romper su amistad; pero era demasiado bondadoso y voluble, lo sabía perfectamente, por eso nunca fue el número uno en la vida; le había preparado una trampa, pero acabó cayendo él mismo en ella.

Poco a poco se iba alzando la presa sobre la llanura; se extendía entre las dos elevaciones y era más grande de lo que ella había pensado, varias decenas de metros de altura y varias veces más de anchura. Continuaron junto al barranco, que trazaba una curva descendente hacia el sur y después continuaba en línea recta hasta el dique.

Donde el barranco volvía a alargarse vieron un gran agujero en medio de la pared de roca y algo parecido a un sendero, que bajaba en oblicuo hacia el barranco y el agujero.

—Esto debe de tener algo que ver con la represa —dijo Egill.

—Un canal de desagüe, o como se llame.

Poco después llegaron a la pared que se cernía sobre la orilla. Anna descendió unos pasos y se agachó encima de algo que había entre los guijarros.

—La correa... ¿Qué hace esto aquí? —dijo Anna, y cogió aquel collar azul. Levantó la solapa de plástico de la parte delantera de la correa; debajo estaba escrito «Tryggur», con la letra de Anna, y la dirección de su casa.

Egill miró a su alrededor. Abajo en el camino, apenas uno o dos metros más allá de donde encontraron la correa, vio unas piedrecitas que alguien había colocado en fila.

—¿Pusiste tú en orden esas piedras? —preguntó él, pero notó la presencia de Anna a su lado. La fila señalaba hacia abajo por el camino—. No son imaginaciones mías, ¿verdad? Por qué no me dices...

—Eso indica que tenemos que bajar por aquí, ¿no? —dijo Anna—. ¿Y si Hrafn y Vigdís salieron anoche, cuando nosotros estábamos dormidos? Habrían podido ver a Tryggur y haberlo seguido hasta aquí... ¿Antes estaban en su cuarto?

—Pues claro que estaban antes en su *habitación* —dijo él, sin entender por qué se lo preguntaba.

—¿Los viste?

—Hrafn y Vigdís no tienen nada que ver con esto. —Miró hacia la parte baja del camino, que parecía terminar en el río.

—¿Quién iba a ser, si no? Yo creo que ha pasado algo. —Anna descendió por el camino, luego se dio la vuelta y le miró con ojos interrogantes.

Egill negó con la cabeza otra vez y fingió una risa.

—¡Ellos no bajaron por aquí!

—¡Pues alguien sí que lo hizo, Egill! Y dejó la correa y esa *fila* de piedras para que lo supiéramos. Sea como sea, no sé de ningún *otro* sitio donde pueda estar Tryggur. Quiero comprobarlo.

Se quitó la mochila y se puso en marcha camino abajo. Egill vaciló un momento, pero después se quitó también él la mochila, sacó la linterna para iluminar el túnel y la siguió.

El estruendo aumentó enseguida y Egill sintió que le atronaba, aunque de alguna forma también le resultaba relajante, como tambores golpeados con rapidez, o como un coro de hombres entonando unos mantras.

El camino llegaba justo hasta el túnel, cuya parte delantera estaba medio derruida y se inclinaba abruptamente hacia el río, como si en algún momento hubiera salido agua por él. El agujero en sí era de forma redondeada y tenía varios metros de anchura. Parecía ser el extremo de una tubería que ascendía hacia la presa.

Egill silbó, pero ya no se oía nada por el estruendo del río. El agua no estaba a más de un metro por debajo del borde de la pared, que parecía cemento húmedo; se estrechaba, se agitaba y arañaba la tierra bajo sus pies, y olía a algo que no acertaba a identificar; un desierto gris que fluía de un lugar a otro.

Anna se mantenía tan lejos del río como podía, apretada contra la pared de roca, que relucía con la neblina de gotas de agua del río, y nunca había parecido tan pequeña ni tan impotente.

De repente, Egill sintió deseos de reír, se dirigió hacia la abertura y notó una especie de extraña indiferencia. Desde la oscuridad, por el centro de la tubería, se filtraba un pequeño arroyo parduzco. A los dos lados del arroyo había barro reseco, pero las paredes no estaban húmedas. Egill notó una débil corriente de aire, lo que tenía que indicar que el túnel se abría en algún lugar por el otro extremo. En el lodo no se veían huellas de pisadas.

Se volvió hacia Anna y le gritó que iba a echar un vistazo por el túnel. Ella negó con la cabeza y dijo algo que Egill no pudo oír; se fue por el camino y le hizo señas para que la siguiera.

—¡Dos minutos! —gritó él. Levantó dos dedos y entró en el túnel sin bajar a la cuesta que tenía delante.

Casi instantáneamente disminuyó el estruendo y a los pocos pasos cesó por completo. Egill encendió la linterna y se adentró poco a poco en la oscuridad. El túnel se elevaba, pero no con demasiada pendiente. Continuó hasta que desapareció la débil luz que llegaba del exterior, y de pronto sintió que no tenía ni la menor idea de lo que estaba haciendo allí dentro. Primero Anna quería bajar, luego quería volver a subir. Lo que probablemente no era ninguna estupidez. Pese a todo, siguió adelante.

Donde terminaba la tubería empezaban relucientes paredes de roca negra, un olor metálico y el ruido de agua goteando. Egill carraspeó bajito y percibió un eco. El túnel seguía siendo más o menos circular, construido con una perforadora que iba penetrando un trillón de veces más rápido que el agua, por mucho que burbujeara y erosionara con tanta fuerza como el río de allí fuera.

Dirigió la linterna hacia lo más profundo de la oscuridad y movió el silencioso rayo a un lado y a otro. Si ya no veía la abertura, ¿no sería porque el túnel había trazado una curva?

Más adentro, en el túnel, había algo tirado en el suelo.

Notó un sabor metálico en la boca, aspiró hondo el aire fresco y sintió frío en su interior. Le pareció oír muy lejos que Anna le llamaba, pero no consiguió hacerse una idea clara de dónde le llegaba esa voz.

Se acercó a lo que había en el suelo y dirigió la luz hacia allí. Lo primero que pudo distinguir fue el rabo y los brillantes pliegues blancos del vientre, que le hicieron pensar en un pollo pintado. El rabo estaba levantado como un falo, tieso y ridículo.

No tiene piel, pensó; miró los negros ojos, que parecían suplicantes, y supo que

era *Tryggur*. La lengüecita colgaba de la boca, jadeaba rápida y débilmente e intentaba ponerse de pie, pero sin conseguirlo. Gotas de sangre del tamaño de ojos de aguja aparecían por todo su tronco pelado, y la cola se dobló pero volvió a estirarse. Lo habían despellejado.

Egill reculó, retrocedió para alejarse del animal y pasó la luz de la linterna rápidamente por las paredes. Oyó un leve ruido a su espalda y se dio la vuelta.

La casa



Competición

HRAFN

Vigdís dejó la nota, tamborileó con los dedos sobre la mesa, muy rápido, como solía hacer cuando se ponía nerviosa.

—¿Qué? —dijo Hrafn.

—Se han ido antes que nosotros.

Él alargó el brazo para coger la nota y la leyó.

—Es que no me lo creo... No se atreve a estar cerca de mí y la ha arrastrado con él. El muy *idiota*.

—Pero ¿no crees que tenía buenos motivos para tener miedo?

Hrafn no respondió; fue al fogón de la cocina y puso agua a calentar para hacer café. Se pasó las manos por los ojos, que estaban hinchados.

—¿Cuánto hará que se fueron? ¿Sería al amanecer? —Se volvió de nuevo hacia Vigdís—. Ayer Egill se fue a dormir temprano, ¿verdad? —De pronto todo le pareció tan cómico que no le fue fácil controlarse—. ¡Despertó bien despejado y con ganas de moverse!

—Tú tendrías que pedirle disculpas en cuanto vuelvas a casa. Pero esa decisión es absurda, no me gusta nada —dijo Vigdís—. Confío en que nos esperen en algún sitio. Anna le convencerá para que nos esperen o para que den la vuelta.

Hicieron café. Vigdís untó de mantequilla unas rebanadas de pan que sacaron de la pequeña bolsa de los desayunos, y los dos comieron en silencio. Los ancianos no se veían por ningún lado. *Sin duda, para atender a sus vacas invisibles, o a sus corderos o a sus gallinas invisibles*, pensó Hrafn. Los zorros eran los únicos animales que habían visto allí. A lo mejor ordeñaban a las raposas.

Terminaron el desayuno y Hrafn encendió un cigarrillo. La noche anterior, cuando Vigdís había subido a dormir, él le pidió disculpas por lo sucedido en el almacén. Ella le preguntó si se había fumado algún porro, como pareció insinuar Egill, pero él aseguró que no, dijo que había tenido uno en la mano y lo había olido para recordar, pero Egill pensaba que había hecho algo más, pues había estado colocado desde el principio del viaje. Ella dijo que no le apetecía hablar de eso, se tumbó de lado y se quedó dormida al momento, como solía hacer. Él no le dijo nada de la foto ni de los huesos del poblado; habría sido demasiado para ella, no le contaría aquello hasta que volvieran a la ciudad. En cuanto a él, esa noche durmió muy poco.

Tiraron los platos de papel y los restos de comida, y Vigdís escribió una nota para dar las gracias a la anciana por el alojamiento. Mientras tanto, para aligerar el peso, Hrafn sacó de las mochilas todo lo que no era imprescindible, pero cogió varios

paquetes de cigarrillos y tres bengalas para cada uno. Después salieron.

Soplaba una suave brisa templada del sur, lo que quería decir que el viento podría arreciar en cualquier momento. Recorrieron los alrededores del pajar hasta encontrar las huellas de Anna y Egill. Apuntaban hacia el oeste.

—Hacia la presa —dijo Vigdís, que sacó el mapa en el que había trazado el camino que habían decidido tomar el día anterior—. Luego seguirán la pista hacia el norte.

—¿Llevan algún mapa?

—Anna tenía un mapa y una brújula.

—Ella no sabe cómo usar una brújula. Y él tampoco, por muchas mentiras que os haya contado a Anna o a ti.

—Tienen que poder encontrar el camino en esa dirección, aunque no sepan emplearla. Les alcanzaremos si nos damos prisa.

—¿De verdad que queremos hacerlo?

—*Claro que sí*, Hrafn. Tenemos que seguir juntos, me da igual si vosotros dos os habláis o no; no hacerlo así será peligroso para los cuatro.

Hrafn apuntó la brújula hacia una de las lomas donde habían visto el dique, y se pusieron en marcha. Vigdís tomó prestados los prismáticos y echó un vistazo a su alrededor. Cuando Hrafn le preguntó, dijo que estaba buscando el coche en el que se había refugiado el día anterior.

—Estoy segura de que estaba por aquí, en algún sitio. Cuando aclaró, pude ver la casa.

—Si es del mismo color que la arena, podríamos estar al lado y no verlo.

—Esto es muy raro —dijo ella tras un breve silencio.

—¿Qué?

—Mi amiga Ólöf trabajó de guía en esta región, acompañaba a extranjeros en marchas por los arenales de Sprengisandur, hasta el glaciar Langjökull. Decía que la primera reacción al llegar al arenal solía ser el asombro, porque su belleza y su silencio son una maravilla, pero después empezaban las preguntas sobre metros y kilómetros, altura, longitud y latitud. La gente quiere datos sobre la región, todo lo que se ve, porque ya no ve ni oye nada, nuestra mente no tiene allí nada de lo que alimentarse. Porque nadie *piensa* en una naturaleza así. No es fácil y marea, uno no hace más que dar vueltas en círculos.

—Pero la mayoría se queda tranquila, supongo. ¿Se quitan así el estrés parisino?

—Sí, claro, seguramente... Pero ¿a cuál de los dos grupos pertenecemos nosotros?

El viento arreció sin que la arena se moviese. Vigdís siguió echando rápidos vistazos a su alrededor y, cuando Hrafn preguntó qué veía, dijo que distinguía algunas cosas del día anterior.

—¿Por qué no le contaría Egill nada a Anna de vuestra pelea? —preguntó—. Cuando hablé con ella anoche, no sabía nada de nada.

—Seguro que esta mañana le habrá contado algo. Quizá quería protegerla... Por regla general, no suele hablar nunca de esas cosas, demasiado personal. Todo lo que tiene algo que ver con el pasado es demasiado personal, él considera un arma saber algo sobre la gente. Aparte de que es demasiado orgulloso para acusarme de nada.

—¿Y tú? ¿Tú también eres demasiado orgulloso para hablar de ese asunto?

—¿A qué te refieres?

—Egill mencionó a una chica. Dijo que te había pedido perdón por «lo de la chica». ¿A qué se refería?

—Ya te he hablado de eso.

—De la chica, sí, si es lo que yo creo. Pero de Egill, nada... Quiero saberlo, Hrafn. Me lo debes después de lo de ayer.

—¿Que te lo *debo*...? Muy bien. —Reflexionó un momento y empezó a hablarle de la noche después de que se cambiara de clase en el instituto de Reikiavik; camino de una fiesta pasó por su casa a buscar algo y acabó pegándose con su padre, que le tiró al suelo de un golpe—. Estábamos los dos borrachos. Esa noche me instalé en un apartamento en Hringbraut, donde vivía mi camello con otros dos tíos... Empecé a vender yerba, como ya te conté una vez, y luego me pasé al *speed*; enterraba paquetes por las afueras de la ciudad e iba vendiendo.

—Nunca me hablaste de eso.

—Estaba acostumbrado a disponer de dinero en cantidad, compréndeme. Me educaron en el dinero... Cuando la bofia se enteró y empezó a seguirme por la ciudad, lo que pasó en menos de un año, dejé de vender, me hice cargo de un pub de Hafnarstræti donde el sistema económico lavaba dinero, y cosas por el estilo.

—¿Y qué hay de Egill?

—Él no se dejó enredar en ninguna de esas cosas. Al menos no tanto como para no poder hacer una pausa los días laborables... Él seguía en el colegio, estudiaba en casa y vivía con sus padres. Quedábamos los fines de semana para salir de juerga... Cuando me fui de casa, él fue mi única conexión con el pasado, una especie de contexto de mi vida. Confiaba en él. Luego empezó a cambiar y tuve la sensación de que pensaba que existía una diferencia entre nosotros: que él era *mejor* que yo.

—¿Y en qué te basabas para pensarlo?

—En detalles, en lo que decía, en cómo me miraba... Al principio no me importó mucho y pensé que eran las drogas. Pero, más tarde, me di cuenta de que me animaba a seguir consumiendo y nunca me ponía ninguna pega; no hacía nada para evitar que mi vida saltara hecha añicos, nunca hablaba de antes, hiciera yo lo que hiciese... Yo no aceptaba consejos, pero una cosa muy distinta es acercarse a otros, elevarse más alto cuanto más profundo se hunden otros... Yo siempre era más simpático que él, respondía más rápido, hacía amigos sin necesidad de buscarlos y aprendía con mucha facilidad. Él nunca había destacado en absolutamente nada, pero eso estaba cambiando, me di cuenta mientras estaba aún en el colegio. Después de unas vacaciones de Navidad del segundo año volvió cambiado, como si hubiera decidido

que le había llegado la hora; se notaba en todo lo que hacía, en las cosas de las que hablaba, en cómo saludaba a la gente en los pasillos, en las ropas que usaba o en los libros que leía, escritos por personas cuyos cargos rebosaban de abreviaturas más largas que los propios nombres. Sobre psicología social, técnicas de control, lenguaje corporal, publicidad. También bebía menos, asistió a clases de lectura rápida y de oratoria, mencionó la «Escuela de Chicago» por primera vez y empezó a asistir a reuniones de las juventudes del Partido de la Independencia, donde hizo amigos. En cuanto lo dejé yo, él se presentó a la junta directiva de la asociación de alumnos y fue elegido secretario, o alguna mierda de ésas.

—Es normal cambiar de esa forma, sobre todo en el insti, ¿no crees? La gente está aún probándolo todo. Intentando saber qué clase de persona quiere ser en la vida...

—Sí, claro. Y su absurda forma de hacer las cosas, sacada de un manuscrito redactado por alguien completamente distinto a él; al menos por alguien que yo no conocía. El eufemismo para referirse a todo eso es «ambición»; había descubierto al buscavidas que vivía en su interior y yo no podía ignorar la situación. Desde su punto de vista, ya no existía hermandad entre nosotros, ni deseos de ayudarse ni de seguir juntos, sino que él y yo estábamos *compitiendo*. No sólo con todos los demás, sino también entre nosotros.

—¿Alguien más se percató del cambio? —Vigdís sonaba vacilante, incluso llena de dudas, lo que puso nervioso a Hrafn.

—Nadie tan bien como yo. Desde que éramos pequeños, él no tenía otros amigos, unos cuantos conocidos comunes, pero nadie que le conociera bien, pues eso. No *exagero*... Y no tengo nada en contra de la competición, como sabes perfectamente, pero me di cuenta de lo lejos que él estaba dispuesto a llegar. Una vez perdí la paciencia, me lancé contra él y le dije que tenía que avergonzarse de lo que hacía, y añadí que echaba de menos a la persona que él había sido antes, y Egill reaccionó estando de morros durante una semana entera, quizá para escribir nuevas escenas para su personaje, para inventar algo nuevo. En esos días conocí a la chica de la que te hablé una vez, y que él mencionó durante la discusión.

—¿La chica de la que te enamoraste?

Asintió.

—De esa estúpida forma mía. Nunca supe lo que ella vio en mí, pero deseaba realmente estar a la altura. Ella no consumía, a diferencia de todos los que tenía yo a mi alrededor; era cariñosa y alegre, preciosa, todo eso. Empecé a utilizarla como acicate para quitarme de encima todos mis líos y convertirme en *mejor persona*. Todo se lo confié a Egill. Él dijo que nunca me había oído hablar de esa manera, me deseó felicidad y me dio un abrazo.

»Un mes más tarde, un día después de que la chica me dijera que quería romper conmigo, pues dijo que le remordía la conciencia estar con un *camello*, recibí una llamada de Egill, que quería que nos viésemos. Mientras paseábamos dando vueltas a

la laguna, como hacíamos en ocasiones, Egill me dijo que la chica y él estaban enamorados; que habían salido mucho juntos mientras yo me dedicaba a mis trapicheos, a atender el bar y todo eso. Se sentían avergonzados, sucedió de improviso, durante una borrachera, y que tenía que comprender que él habría querido que todo fuera distinto, pero que tampoco lo lamentaba.

»Escuché todo lo que quiso decirme, eso de que lo lamentaba mucho, pero no le creí, ni siquiera estaba seguro de que él mismo creyera lo que decía. Apenas tuvo que pensarlo, recitaba su discurso como si fuera una especie de venda imaginaria de baja estofa, buena para su autoimagen o incluso para sus futuras relaciones conmigo; obviamente estaba preparando el terreno para alguna respuesta estándar: una plétora de sentimientos, puñetazos a la mandíbula o incluso algo más; pero en realidad no parecía que nada tuviese la menor importancia... Y la pena que se abatió sobre mí se debía a que Egill no lamentaba ni lo más mínimo lo sucedido, parecía convencido de que tenía todo el *derecho* a quitarme la chica porque mi vida estaba hecha añicos, era inaguantable, asquerosa, y me estaba llevando al límite a pasos agigantados; porque yo no era capaz de estar a la altura de la chica y no tenía ningún derecho a mis sentimientos, si es que tenía alguno. Así que la chica desaparece y su pobre amigo vuelve a la droga; al día siguiente se habría olvidado de todo.

»Eso fue lo que dijo o lo que yo le oí decir, porque a mitad de su discursito me largué. Me gritó cuando me estaba yendo, pero yo ni le miré, me fui a Vatnsmýri y me tumbé en la turba, al lado de la Casa Nórdica. Había helado, la yerba estaba congelada y blanca, y el cielo cuajado de estrellas, de lo más dramático... Al poco recapacité y lamenté haberme largado, me pasé una hora delante de la casa de Egill sin saber si estaba simplemente espiándole o si mi intención era hacerle algo. Al final me fui a una fiesta en casa de un amigo mío, que duró meses, y cuando se me pasó la moña ya me había olvidado hasta del nombre de la chica.

Llegaron a la loma a la que subieron el primer día en busca de cobertura telefónica. Hrafn pensó que la loma era artificial, como la pequeña elevación que había a sus pies y la loma del poblado de barracones, y tal vez todas las demás de la región, nacidas en las profundidades de la tierra, en una montaña rota y despedazada, transportada en camiones por un túnel desde las profundidades. ¿Cambiaba eso alguna cosa? ¿Acaso no es *artificial* todo lo que vemos?

Sacó la botella de agua y bebió un trago. El portón del túnel seguía cerrado.

—¿Te parece suficiente? —preguntó Hrafn, y sonrió a Vigdís.

—¿El qué?

—¿Si es una justificación lo suficientemente buena?

—No tienes por qué justificarte de nada conmigo —respondió, pero él se dio cuenta de que lo decía sólo de labios afuera.

—¿Y estuvieron juntos mucho tiempo Egill y la chica?

—Varios meses. El tiempo que necesité yo para desaparecer en mi propio infierno personal, como suele decirse... Más tarde, al recordarlo, me di cuenta de que había

visto algo podrido dentro de él, una falta de empatía y una crueldad que me sentía incapaz de comprender. Pero no pienso demasiado en el asunto.

—Cuando viniste a verme a mi consulta dijiste que nunca te habías acostado con aquella chica... ¿Fue así?

Hrafn asintió.

—Eso creo, pero algo sí que hicimos, seguro.

—¿Crees que Egill se acostó con ella?

—Claro que sí... No puede pasar más de una hora con una mujer sin intentarlo, por lo menos. Si no lo consigue, desaparece como un perro. Estuvieron juntos hasta que él le sacó todo lo que quería, cuando consiguió saberlo todo sobre mí, supongo.

—¿Todo sobre ti?

—Mis intentos.

—¿Y eso qué importa?

—No lo sé... Mucho.

—¿Y por qué ha salido a relucir esto ahora precisamente?

Hrafn se encogió de hombros, bebió otro trago de agua e intentó traer a la memoria los preliminares de lo sucedido en el almacén, pero lo único que recordaba eran los huesos, de los que no había sido capaz de decir nada.

—¿Quizá porque aquí hay tantísimo espacio? —Sonrió; los dos rieron y él se dio cuenta de que ya le había perdonado. Lo que era una buena señal.

El viento seguía arreciando y, poco después de alejarse de la loma, fue como si la arena se levantase de la tierra toda a la vez. A su alrededor todo se volvió oscuro y Hrafn se apresuró a liarse un pañuelo para protegerse la nariz y la boca, e insistió en que Vigdís hiciera lo mismo.

En vez de caminar a ciegas utilizando la brújula, decidieron dirigirse al sureste, hacia el barranco, y seguirlo hasta llegar al dique. Como Vigdís llevaba gafas de sol y podía ver mejor, iba delante. Cuando llegaron al barranco, vieron que el agua del río había crecido mucho desde el día anterior.

En las cercanías del barranco la visibilidad era mejor y la arena no hacía daño en los ojos, pues sólo llegaba allí en pequeña cantidad. Hrafn buscaba huellas en el suelo, aunque sabía que era una estupidez, con algo tenía que entretenerse, y continuaron su marcha, si bien él no estaba ya seguro de que fuera prudente. No tenían margen de error, uno solo sería demasiado; por ejemplo, esperaban confiados a que la tormenta se calmara al anochecer, lo que podía suceder o no, o que el viento no rolase al norte al cabo de menos de una hora y se enfriara, se convirtiese en un diluvio o incluso en aguanieve. No tenían ni la menor idea de lo que podía pasar.

El barranco se arqueaba hacia el sur, trazando una larga curva descendente. Hrafn levantó los prismáticos, pero no vio rastro alguno de la presa por ningún lado. Siguieron bordeando el barranco hasta que encontraron dos mochilas junto a un

sendero que salía de la pared de roca y bajaba hacia el barranco. Abrieron las mochilas para comprobar que pertenecían a Egill y a Anna. La de él estaba llena de botellas de alcohol.

Vigdís se arrancó el pañuelo y las gafas de sol, levantó los brazos y murmuró algo que Hrafn no pudo entender. Estaba demasiado ofuscada, a Hrafn le resultaba desagradable mirarla. El silbido del viento impedía que pudiesen oírse. Él fingió no ver el camino que bajaba al barranco, no tenía el menor deseo de ir por allí. Vigdís se puso a su lado y le dijo a gritos:

—¿... *ahí abajo*? —Hizo un gesto de interrogación y señaló con el dedo hacia el camino.

Al final de éste se veía el agua glaciár. Hrafn se quitó la mochila y la dejó en el suelo, al lado de las otras; vaciló en lo más alto del camino y pensó en las botellas y en la modorra del alcohol y en el invisible glaciár que se fundía y se derramaba gris e hinchado sobre el mundo. Finalmente dijo que bajaría él solo y ordenó a Vigdís que esperara.

—¡*Me verás!* —gritó; le dio a entender que nunca iría por donde no pudiera verle y empezó a descender por el camino.

Más abajo, en el glaciár, no soplaba el viento, pero el ruido era ensordecedor; el río se extendía hasta el borde del camino e iba creciendo cada minuto que pasaba. Hrafn llegó al final del sendero, donde había una gran tubería que desaparecía en el interior de la tierra. Delante de la tubería y entre la basura del suelo había huellas de dos personas. Iban hacia dentro, pero no volvían a salir.

«¿Alguien más?»

VIGDÍS

Le estuvo mirando mientras bajaba por el sendero. Le había visto en situaciones más apuradas que aquélla, y, sin embargo, ya no confiaba ni en sus propias reacciones; si Anna caía del cielo toda ensangrentada, si salía de su mochila riendo a mandíbula batiente o si Egill aparecía por el arenal a lomos de una cabra..., ella podía reaccionar de infinitas maneras distintas.

Hrafn estaba al final del camino, parecía que el grisáceo río glaciar estuviera por encima de su cabeza, con la mirada fija en la pared de roca. Vigdís esperaba ver a Anna y Egill en cualquier momento, pero no sucedió nada; nadie salió riendo de la roca ni se asomó por el río saludando con la mano. Hrafn se dio la vuelta y subió otra vez la pendiente hasta llegar donde se encontraba ella. Vigdís le miró con impaciencia, pero él negó con la cabeza. Tenía la cara húmeda del agua que salpicaba desde el río.

Hrafn se echó la mochila al hombro; luego se acercaron hasta quedar nariz con nariz para poderse oír. Él dijo que no había visto allí abajo huellas de que hubiera pasado gente, y los dos opinaron que Anna y Egill habrían dado media vuelta, que habrían regresado a la casa al haber olvidado algo o, más probablemente, porque Anna habría conseguido insuflarle prudencia a Egill, con lo que decidirían que era mejor que viajaran todos juntos y dejarían las mochilas ya que regresarían más tarde por el mismo camino.

Vigdís apartó las mochilas del borde, por si el viento cambiaba de dirección, y ambos regresaron por donde habían venido, bordeando el barranco.

Su teoría tenía algunos fallos, no podía negarlo; por ejemplo, Egill nunca se habría atrevido a alejarse del barranco con mala visibilidad, era demasiado cobarde y cauteloso para ello; en cuanto empeorara la visibilidad, se habría dirigido hacia el barranco y lo habría seguido hasta el puente, desde donde sabía que la distancia hasta la casa era pequeña. Se habrían encontrado con ellos.

Claro que, ¿hasta qué punto conocía a Egill y a Anna? Había cenado con ellos unas cuantas veces; una noche se había emborrachado con ellos, había notado la mirada sobona de Egill y el silencio de Hrafn en el coche, de camino a casa.

La primera vez que supo de Egill, sin saber que se trataba de él, fue a través de un empleado suyo, «alguien del banco», que un día llamó a la puerta de casa de su padre, dijo que se ocupaba de los «mejores clientes» del banco y que había apreciado una pérdida de valor considerable a lo largo de los años en la cuenta de su padre, que no estaba protegida de la inflación, y le aconsejó invertir la mayor parte posible de su

dinero en la compra de acciones de DeCode. Tras la muerte de su madre, él recibió una suma considerable por el seguro y compró un coche para Vigdís, pero aparte de eso, ella no tenía conciencia de que derrochara el dinero, apenas gastaba su sueldo. Sin preguntar a Vigdís ni, al parecer, a nadie que no fuera el cabrón del banco, invirtió todo su capital en acciones, y al día siguiente de que DeCode entrara en Bolsa todo el dinero había desaparecido, hasta la última corona. Más tarde, Hrafn le explicó cómo consiguió Egill sus primeros millones: dirigiendo la ofensiva de Bolsa que se encargó de vender *las acciones de DeCode*, que superaron todas las expectativas, y lo que no le dijo lo pudo ir reconstruyendo ella sola. Pero nunca dijo nada, ni a Egill ni a Hrafn; quedó a la espera de que pasara lo que tuviera que pasar, o quizá fuera simplemente que no sabía muy bien cómo habría debido reaccionar.

¿No se dice que los amigos son en cierto modo como un amanecer en la vida de cada uno? Al menos en una ocasión, Vigdís pudo ver de cerca ese amanecer entre Hrafn y Egill, tanto que se puso celosa. Los dos se conocían desde niños y eso unía a las personas, aunque pretendieran lo contrario.

Llegaron al puente. Estaba colgado de sus cables sobre el barranco, lo que indicaba que Egill lo había atravesado el día anterior. Bien, pensó Vigdís, ése era el *motivo* por el que el puente estaba así. El poblado no se veía por culpa de la arena.

Desde el puente se dirigieron a sotavento hacia el norte, pero la visibilidad era aún peor que el día anterior, no alcanzaba más allá de unos pocos metros. Ella cronometraba la marcha, teniendo en cuenta también la brújula. Si no hallaban el camino a casa al cabo de media hora, sería que estaban caminando en círculo y estrechándolo poco a poco; en el peor de los casos volverían al barranco y empezarían de nuevo. A su alrededor, la arena golpeaba por todas partes, formando turbulencias que parecían nubes oscuras pegadas al suelo; se desplazaba de sur a norte, y quién sabe si un día en las tinieblas de enero el viento soplaría en dirección contraria y volvería a dejar en su sitio hasta el último grano.

—Vaya, vaya —murmuró con un tono de voz imperceptible, no sabía si el ruido de la tormenta era grande o pequeño. Probablemente era bastante grande.

Poco a poco era como si el estruendo y el silbido sonaran también desde dentro de ella, desde los huesos y los músculos, desde su pequeño cerebro, ese grumo húmedo, grisáceo, que ella iba arrastrando por el arenal. A ratos tenía la sensación de caminar por un mar encrespado: la arena se levantaba en oleadas y se sintió mareada por el constante zumbido del viento en los oídos; la arena le obstruía la nariz y se acumulaba en las comisuras de los ojos y de la boca.

Continuó con el mismo ritmo, y con Hrafn a poca distancia detrás de ella. Al poco, distinguieron la silueta de la casa en medio de la tormenta de arena. Parecía una roca que se cernía amenazante sobre ellos. En el patio no se veía a nadie, y tampoco en las ventanas.

—No están aquí —murmuró Vigdís en voz baja, se apoyó en el pasamanos, subió la escalera y abrió la puerta.

En el recibidor se desenrolló el pañuelo, se quitó las gafas y preguntó a gritos si había alguien en la casa. Subió al piso superior y echó un vistazo. La habitación de Egill y Anna estaba vacía, y no había la menor señal de que hubieran pasado por allí camino de ningún otro sitio.

—Aquí no hay nadie —dijo al entrar en el salón, donde Hrafn se había sentado a fumar—. Debe de haber pasado algo. Dieron media vuelta para buscarnos, pero se perdieron en el arenal. No creo que Egill sea tan tonto.

—Aquí la gente está todo el rato apareciendo y desapareciendo —dijo Hrafn, mirando los libros de una estantería—. Igual que el poblado y la presa: primero no había nada, luego apareció, y ahora no hay nada.

—Pues sí. Tendremos que esperar aquí —dijo Vigdís, y encendió un cigarrillo—. Si no aparecen pronto, o cuando escampe, nos marcharemos tú y yo. —Hrafn asintió mientras hojeaba un libro que había sacado de la estantería. Estaba más silencioso de lo habitual y no miraba a Vigdís a la cara, como cuando se sentía avergonzado por algo—. Pero ¿va todo bien? —añadió—. Confío en ti, mi amor... No me estás ocultando nada, ¿verdad?

—Claro que no. —Hrafn negó con la cabeza—. Te he contado todo lo que sé.

Vigdís miró la foto de la pared que Anna había llamado la foto de la gente guapa. Le resultaba imposible que hubieran estado las dos allí sentadas *anoche*, bebiendo y fantaseando sobre las cosas más diversas. Los problemas con los que habían tenido que bregar el día anterior parecían insignificantes en comparación con la situación en aquellos momentos.

Antes de darse cuenta, había llamado la atención de Hrafn hacia la foto y le había expuesto la teoría de Anna; que la mujer de la imagen no era Ása, sino la amante del hombre, que sería también su hermana, al menos había buenas razones para aventurar esa posibilidad, y que habían engendrado un niño que estaba oculto en una habitación secreta, a la que se accedía desde el despacho del hombre en el piso superior, y al que habían eliminado de la foto de la pared.

—En el despacho hay miles de libros y fotos del hombre con políticos y diversas personalidades. Estos dos no son granjeros, al menos el hombre no lo es...

—¿Me estás hablando de *incesto*? —preguntó Hrafn, repantigado en el sofá y mirando al infinito.

—Sí, o bueno, Anna, no lo sé. Pero ¿por qué si no iban a estar aquí esos dos? A menos que estuvieran huyendo de algo, por vergüenza...

—¿Y una habitación secreta detrás de una estantería?

—Ella vio una vieja foto de familia en el despacho, con los mismos que aparecen en ésta ya adultos. También leyó una nota biográfica del hombre, en la que se insinuaban un par de cosas. Yo supongo que todo esto se podría confirmar si se visitara el cuartucho del que me habló. Tiró de un libro para abrirlo, creo recordar, pero no dijo cuál. Y yo no se lo pregunté... También afirmó que la mujer de la foto estaría enterrada ahí fuera.

—Comprendo... ¿Y el niño? El descendiente de la pecaminosa relación de sus padres. ¿Dónde está? —Vigdís tuvo de pronto la sensación de que estaba burlándose de ella.

—Al menos habrá dejado de ser un niño y ya será adulto, supongo. Sé lo raro que suena todo esto, Hrafn, pero no *te atrevas* a quitarte el asunto de encima como si nada. No tenemos muchas explicaciones válidas... —Respiró hondo—. Las dos estábamos bebiendo, lo sé. Pero todo esto me ha ido sonando poco a poco bastante más lógico que ayer, por un motivo u otro.

—De modo que crees que ahí arriba hay alguien más...

—¿Yo he dicho eso? —Hrafn no respondió, se levantó del sofá y se acercó a la foto de la pared.

¿De verdad lo *había* dicho? ¿Había dicho que con ellos, en el piso de arriba, vivía alguien más de quien no sabían nada?

Hrafn examinó la foto un buen rato y volvió a sentarse.

—¿Dónde dijiste que estaba el despacho?

—Al final del pasillo, en el piso de arriba.

Hrafn se tumbó en el sofá y se tapó con una manta.

—Te quiero —dijo de pronto, mirándola.

Ella sonrió y se sentó a su lado.

—Yo también te quiero... ¿Por qué me lo dices ahora?

—¿Es que ahora no es buen momento? —Se subió la manta hasta la nariz, cerró los ojos; sólo faltaban el bloc de notas y el bolígrafo para completar la semejanza con el inicio de su relación: la terapeuta y su paciente.

Vigdís recorrió el salón con la mirada mientras oía cómo Hrafn respiraba cada vez más profundamente. En la estantería más cercana al sofá había varias novelas y una edición bellamente encuadernada de las *Leyendas populares de Jón Árnason*. Estiró el brazo para coger el libro que Hrafn había estado leyendo y que había dejado detrás de la espalda: *Historias de demonios y duendes*, una colección de «leyendas populares nuevas» de la que Vigdís nunca había oído hablar. En el breve prólogo, escrito por alguien que se arrogaba el nombre de «Súpa Hel»^[3], se indicaba que las historias del libro habían circulado entre personas del siglo xx y tenían en común ser anónimas y «haber sucedido realmente».

Si esto último era broma, no se mencionaba en ningún sitio. Vigdís hojeó el libro y se detuvo en una de las historias, titulada: «Lleva una ropa muy bonita».

La historia trataba de un hombre que se extravió en medio de una ventisca cuando ascendía al glaciar Hofsjökull y quedó separado de sus compañeros, miembros de un grupo de montañismo de la capital. Cuando escampó, el hombre bajó del glaciar sin el menor miedo, pues era de perfecta complexión. Pronto llegó a un profundo valle herboso a los pies del glaciar, del que el hombre no recordaba haber oído hablar con anterioridad. El valle estaba cubierto de abundante vegetación y por su centro corría un río.

El hombre bajó al valle y siguió el río hasta que llegó a una granja y llamó a la puerta. Le abrieron dos niños enclenques que le condujeron a un salón donde estaba sentada una pareja aún más enclenque junto a un duende, que devoraba con ansia un gran pedazo de carne que tenía en el plato. Los esposos dieron la bienvenida al recién llegado, le pusieron un plato y le sirvieron una sopa muy clara, como la que comían ellos mismos con sus

hijos, pero muy distinta a la que tenía delante aquel duende.

El duende era extraño, tanto de aspecto como de maneras: su altura era poco mayor a la de los niños, tenía la espalda curvada y el rostro parecía el de un pobre viejo. Nunca levantó los ojos del plato, pero era como si los ojos estuvieran situados en un lugar extrañamente alto de la frente. Iba ataviado con ropas multicolores, rojo, amarillo y azul, y los colores eran tan luminosos que mirarlos hacía daño en los ojos. Cuando se le examinaba con detalle, se veía que la piel del duende estaba como de través, casi como si se la hubieran echado por encima a toda prisa, y en algunos sitios se podía vislumbrar una carne roja y reluciente que se agrietaba y se desbordaba por la piel cuando el duende se movía. Desprendía un olor acre, semejante a una mezcla de heces y pescado podrido, que se extendía por toda la casa.

El hombre se puso a comerse la sopa e intentó averiguar dónde se encontraba, pero sus ojos volvían una y otra vez a aquel duende pequeño y repugnante del otro extremo de la mesa, y en realidad parecía que la familia entera no apartaba los ojos de él, y lo miraban devorar la carne como hechizados. Tras limpiar del todo el plato, el duende desapareció, y el hombre preguntó quién era. Los esposos dijeron que «el hombrecito», como solían llamarle, había llegado a su casa unas semanas antes; era un visitante muy grato para ellos y por él estaban dispuestos a hacer cualquier cosa. El hombre se escandalizó, cogió por el brazo a uno de los niños, que no era más que huesos, y preguntó si no se daban cuenta de que sus hijos estaban casi muertos de hambre, y ellos también, y que por qué dejaban que aquel duende fuera siempre el primero en todo lo bueno. Los esposos respondieron con una sola voz: *Lleva una ropa muy bonita*.

Al día siguiente, a la hora de la cena, se repitió la misma historia: el duende apareció en la granja, se sentó en el salón y reclamó lo suyo sin que nadie dijera nada. Le pusieron delante un plato lleno a rebosar de carne con mucha grasa, mientras la familia y el hombre tomaban sopa. El hombre ya no pudo medir sus palabras y dirigió un reproche al duende, que no respondió y, una vez que se terminó todo el plato, desapareció.

El hombre empezó a pensar que allí había gato encerrado y tomó la determinación de no marcharse hasta que la familia quedara libre de su problema. Unos días más tarde, se agotó la carne en el valle, pues toda se la había comido aquel duende. Esa noche, al ver que no había carne en su plato, con gran desesperación de la familia, el duende empezó a mugir tan fuerte que los presentes se quedaron paralizados. Antes de que se dieran cuenta, cogió a los dos niños, primero al chico, luego a la chica, y fue comiéndoles la tripa, luego los pulmones y el corazón, y se echó la sangre por la ropa, que pareció brillar más que nunca. Después, desapareció por la puerta.

Cuando el hombre recuperó el habla, exigió a los esposos que se armaran para ir todos juntos a perseguir al duende, pero los dos dijeron: *Lleva una ropa muy bonita*, y se negaron a hacer nada más.

A la noche siguiente apareció de nuevo el duende, se sentó a la mesa y volvió a reclamar lo suyo. Al ver que no había carne en su plato empezó a mugir otra vez, se encaramó a la mesa y fue directamente a por la señora de la casa; puso la boca justo encima de sus ojos y chupó hasta que se escuchó un chasquido cuando los ojos salieron de sus órbitas, primero en un lado de la cara y luego en el otro. A continuación, agarró los pechos de la señora y se los comió sin dejar ni rastro, y se echó la sangre sobre las ropas hasta que quedaron todas relucientes. Después, desapareció. Cuando el hombre pudo ponerse en pie y exigió que salieran en persecución del duende para matarle, el señor de la casa dijo como siempre: *Lleva una ropa muy bonita*.

El hombre se dio cuenta de que no podía quedarse de brazos cruzados. Antes de la cena del día siguiente se metió cera en los oídos y dejó que se endureciera para que los hechizos no le afectaran. Cuando el duende se sentó y comenzó a mugir, el hombre se levantó de un salto y le atacó con un cuchillo, pero resulta que el duende desapareció. Tras rebuscar atentamente por todas partes vio que se había transformado en una mosca negra, y se lanzó a perseguirla en círculos por toda la casa hasta volver al sitio de partida, donde cayó al suelo, desvanecido. Entonces, la mosca voló por encima de la mesa hasta donde estaba el dueño de la casa comiendo la sopa casi transparente, se posó en la cucharada de sopa y entró en su boca; ya en el interior del cuerpo, el duende recuperó su tamaño original. Al hacerlo reventó la cabeza del señor, y el duende volvió a aparecer; se sentó a horcajadas sobre sus hombros y se bañó en la sangre caliente; sus ropas quedaron tan brillantes que el hombre se vio obligado a apartar la vista.

Después de aquello, el hombre se fue, pues no quedaba en el valle nadie con vida. Siguió el río y fue contorneándolo hasta llegar a un poblado, donde contó la historia del demonio que se había echado encima una piel humana y vestía con colores más brillantes que los de cualquier otra cosa que pudiera haber en este mundo.

No sabía cuánto tiempo había pasado allí sentada; cerró los ojos y acudieron a ella sucesos de la historia de aquella casa: la construcción con rocas de lugares cercanos, el traslado de la biblioteca por el arenal en un pequeño remolque, una mujer peinando su larga cabellera negra delante de un espejo, un ojo sobre una rendija mirando al exterior, y una sombra que se dejaba caer a cuatro patas y corría en medio de la oscuridad. Las imágenes aparecían y se disolvían casi instantáneamente; tuvo la sensación de comprenderlo todo sin encontrar palabras para expresarlo, igual que cuando se había quedado dormida en el coche abandonado. Dio un respingo cuando sonó un portazo. En el recibidor se oyó ruido y entró la anciana acarreado con dificultad un cubo que borboteaba; después fue a la cocina, donde se oyó el sonido metálico del cubo al ponerlo en el suelo.

Vigdís se levantó del sofá, entró en la cocina y dio los buenos días. Su saludo le sonó estúpido, pero no se le ocurrió otra cosa que decir.

Ása devolvió el saludo. No parecía extrañada de que continuaran allí.

—Aquí seguimos, como puede ver —dijo Vigdís—. Pensábamos marcharnos esta mañana. Creo que nuestra amiga Anna le habló ayer de sus planes, ¿no es cierto?

—Efectivamente, me acuerdo —dijo Ása—. ¿Ha pasado algo?

—Quizá sí o quizá no —dijo Vigdís, que esbozó una sonrisa que borró al momento—. Los otros dos, nuestros amigos, parece que han desaparecido. Hrafn y yo, mi marido, el moreno, andamos buscándolos. ¿Usted no los habrá visto?

Ása negó con la cabeza y sacó café del armario.

—Si los hubiera visto, ¿me lo diría? ¿O sabe usted algo que nosotros no sepamos? La anciana fue hacia ella y la miró con sus ojos saltones.

—Todo irá bien, corazón. No te preocupes, puede resultar peligroso pensar demasiado. —Le acarició un brazo y le pidió que estuviera tranquila—. Aquí todos somos amigos. Y ahora te voy a preparar un café muy rico.

Vigdís habría querido preguntar muchas cosas, todas las que la hostigaban, pero se obligó a sí misma a callar. Rechazó el café, salió al coche y tomó un trago de whisky.

El viento estaba encalmándose. Mientras fumaba miró a su alrededor e hizo mentalmente una lista de todo lo que había cerca de aquel lugar: unas cuantas rocas de distintas formas y tamaños, agua, varios tipos de plantas, musgos y líquenes; unas cuantas especies de animales, sobre todo aves e insectos. Nada demasiado complejo. Lo único complejo estaba dentro de sus propias cabezas. Algo que se ocultaba en esa idea la animó.

Al entrar, echó un vistazo a la mochila para cerciorarse de que la pistola seguía allí. Había decidido llevársela esa mañana, sin pretender nada más que librarse de ella; cavar un agujero en el arenal, donde nadie fuera a encontrarla. *¿Por qué no lo*

había hecho ya?

Cuando volvió al salón, Hrafn estaba ya despierto. Se tumbó y le abrazó, él le acarició la cabeza. No preguntó por Egill ni por Anna, pero Vigdís se percató de que estaba sumido en profundos pensamientos.

—¿Qué estás pensando? —preguntó por fin.

—Nada especial... ¿Te acuerdas del momento antes de chocar con el coche? Estábamos jugando.

—¿Jugando?

—Para matar el tiempo, sí. A un juego. Teníamos que pensar en un objeto, algo del entorno...

—Sí, ya me acuerdo.

—¿Cómo terminó?

—¿El juego? ¿Por qué piensas ahora en eso?

—No lo sé. —Pasó los dedos por la pared, por encima del sofá—. Tal vez porque lo que sucede después está bastante confuso, como si hubiera sido un sueño. Pero recuerdo lo que estaba pensando un instante antes del golpe: que íbamos a empotrarnos contra una roca.

—¿Y qué?

No respondió.

Vigdís sacó la baraja que había cogido en el coche y se pusieron a jugar. No hablaron de lo que sería más conveniente hacer, pero Vigdís tenía la intención de dormir una noche más en aquella casa y ponerse en camino a la salida del sol.

La anciana cerró con llave la puerta exterior, aunque aún no había oscurecido, y volvió a entrar en la cocina. Vigdís la veía por el borde de los naipes y se percató de que no hacía más que mirar por la ventana.

La tormenta de arena había cesado por completo, pero el cielo estaba encapotado: gruesos nubarrones grises colgaban como si estuvieran esperando a alguien, acercándose y alejándose sin tocarse en ningún momento. Las luces de la casa se veían en el arenal a gran distancia, por si alguien tenía que encontrar el camino para llegar allí.

Hrafn fue al baño. Vigdís se quedó en el sofá escuchando el rumor de la radio que había en la cocina. La anciana estaba escuchando el parte meteorológico, que sonaba como un parloteo sin sentido, mensajes codificados sobre algo completamente distinto.

Poco después se apagaron las luces de la casa y la radio calló. Ása llegó al umbral del salón y carraspeó.

—La electricidad —dijo.

—¿Se ha ido la electricidad? —se extrañó Vigdís, como si no lo supiese ya.

Hrafn bajó a toda prisa por la escalera desde el piso superior, y Vigdís le contó lo que había pasado.

—¡Increíble! —Levantó los brazos, parecía enfadado.

Preguntó por la caja de fusibles y siguió a la anciana hasta la cocina, donde le abrió uno de los armarios. Hrafn metió la cabeza dentro y estuvo trasteando con los fusibles unos minutos.

—¿Ha pasado esto ya alguna otra vez? —preguntó Vigdís, y Ása respondió que sí con un suspiro.

—¿De dónde tomáis la corriente, del río? —preguntó Hrafn al cerrar el armario. Ása asintió con la cabeza.

—¿A lo mejor es que hay demasiada corriente durante el deshielo? ¿Y que eso corta la electricidad?

—Podría ser... —dijo Ása—. Suena plausible.

—Sí, ya está explicado, perfectamente justificado —dijo Hrafn con ironía—. La electricidad se va y es por algo relacionado con el río, *los deshielos del río*, como acabo de decir. —Negó con la cabeza.

Entró en el salón con Vigdís detrás. Ella encendió unas velas que les llevó la anciana, y retomaron el juego. Egill y Anna se habían llevado la linterna, pero al menos Hrafn y ella aún tenían bengalas.

En la cena comieron sándwiches, y Hrafn fue al coche a por unas velitas de té, aunque la anciana intentó impedirselo. Vigdís organizó el salón para hacerlo más acogedor, tomó cerveza con la comida, pero Hrafn no pareció alterarse por ello. Después, al anochecer, oyeron en el exterior unos ruidos que venían del arrenal. Los ruidos parecían de algún motor, o gruñidos feroces de un perro. Hrafn apostó a que eran de una sierra eléctrica y que el ruido llegaba del poblado, al otro lado del barranco.

Preguntaron a la anciana, que estaba en la cocina haciendo calceta, qué ruido era aquél, y ella contestó que suponía que sería del barranco, el agua de deshielo del glaciar.

—¿Y por qué no lo hemos oído hasta ahora? —preguntó Hrafn—. No empezó hasta después de oscurecer.

—Algunos sólo se percatan de ello en la oscuridad, corazón —dijo la anciana, con una afable sonrisa.

Volvieron al salón. Vigdís aventuró que el agua del barranco podía haber crecido tanto que se la había empezado a oír. O cuando se había calmado el viento.

El ruido cesó en ese instante. Se sentaron en el sofá, hablaron de subir a la habitación a dormir, pero ninguno de los dos tomó la iniciativa. Hrafn desapareció en el piso de arriba, dijo que tenía que hacer pis, no era la primera vez, aunque Vigdís no le había visto beber tanto; habida cuenta de las veces que había ido al baño, habría tenido que estar empinando el codo sin parar. Intentó relajarse, dejar de estar pendiente de lo que hacía o dejaba de hacer Hrafn, pero no pudo. Tenía los sentidos permanentemente al acecho, en tensión, alerta. La gente guapa de la pared la miraba

con reproche, pero también con ilusión, igual que las nubes.

Hrafn volvió diez minutos después, y ella se contuvo y no le preguntó por qué había tardado tanto. Él se situó al lado de la ventana y al poco le hizo una señal a Vigdís para que se acercara.

Allá afuera, en medio de la oscuridad, se veían fogatas.

—En el poblado —dijo Hrafn, y fue a por los prismáticos, los apuntó hacia la oscuridad y después se los pasó a Vigdís.

Las fogatas estaban al otro lado del puente, a escasa distancia de éste. Si había más fuegos encendidos en el poblado no se veían a causa de la loma que separaba el barranco y el poblado.

Vigdís le devolvió los prismáticos.

—¿Crees que pueden ser ellos? —preguntó, y sintió que el corazón le latía con más fuerza.

—¿Anna y Egill?

—Sí.

—No lo sé.

—Si se hubieran quedado atascados al otro lado del barranco —dijo Vigdís—, ¿no nos enviarían alguna señal para que fuéramos a poner el puente para poder pasar?

—Para empezar, no habrían podido cruzar el barranco a menos que hubieran tendido el puente. Y entonces también podrían volver por él, ¿no?

—Se podría haber roto después de que pasaran los dos... Todos los minutos importan si se trata de ellos. —Él sacudió la cabeza, pero no dijo nada—. ¿Qué estás pensando, Hrafn? Háblame, estás tan callado...

—¡No estoy callado, qué va, deja de *acosarme*! —exclamó él.

Vigdís cogió una vela, salió al vestíbulo y no se dio cuenta de lo que iba a hacer hasta que llegó allí y lo hizo: comprobar si estaba cerrada con llave la puerta de fuera.

Empezó a comprender algo que no podía expresar en palabras: por qué durante las noches la casa estaba cerrada a cal y canto; por qué el puente estaba colgado de cables; por qué había una verja en el dique para cerrarlo.

Entró en la cocina, dejó correr el agua del fregadero y observó a la anciana: el eccema del rostro, el constante movimiento de los hombros al mover las agujas de punto. Se le ocurrió pensar que la anciana, si era cierta la teoría de Anna, podía ser una segunda hija de los mismos padres, la hermana del que había estado encerrado allí dentro. En ningún sitio aparecía una foto suya después de que sus padres se hubieran refugiado en la región.

—¿Qué es lo que pasa ahí fuera? —preguntó a la anciana—. ¿Ha visto las fogatas?

—¿Qué fogatas? —La anciana continuó con su punto. En la mesa, delante de ella, ardía una vela.

—Al otro lado del barranco.

Hrafn entró en la cocina:

—Ahí fuera hay alguien —dijo, mirando a la anciana. Nadie dijo nada hasta que Ása abrió la boca:

—¿Vuestros amigos? —preguntó en voz baja.

Hrafn rio.

—Hay algo grande aquí... ¿A qué demonios os dedicáis? ¡A la ganadería desde luego que no! ¿Dónde están los animales? ¿Tenéis vacas invisibles y ovejas invisibles?

—Cálmate, Hrafn —dijo Vigdís, pero él se inclinó sobre la mesa a la que estaba sentada la anciana y golpeó con fuerza el tablero, con los puños, como para dar mayor énfasis a sus palabras.

—El teléfono no funciona, el coche se estropea, la electricidad se va. ¿Cuándo se rompió la línea telefónica? Aquí no se ve ni un poste de teléfonos, lo que me hace pensar que el cable debe de estar enterrado. ¿Quién lo rompió? Un cable telefónico enterrado no se rompe solo. ¿Ahí fuera hay alguien, alguien más, como dice mi mujer?

La anciana no se movió.

—No eres demasiado afortunado —dijo al fin, sin apartar de él la mirada.

—Yo no creo en la fortuna, querida anciana —repuso él—. Yo creo en mí mismo y quiero que nos digas por qué no conseguimos *marcharnos*...

Siguió golpeando la mesa con los puños hasta que Vigdís se hartó y le sujetó las manos, lo que le hizo recordar el momento en que Hrafn regañó al anciano por golpear la mesa a la que estaban sentados después de cenar. Hrafn se soltó y Vigdís le pidió que se marchara, que se fuera a dormir.

—¡Esto es más fácil sin ti! —gritó ella, con un tono de voz más alto de lo que pretendía—. ¡Emborráchate o deja de disimularlo! ¡Me importa un carajo lo que hagas, ya no me importa una mierda!

Él estaba en el umbral de la cocina, los ojos apáticos y brillantes.

—¿Crees que he vuelto a empezar?

—Claro que has vuelto a empezar. No lo creo, qué va, lo sé. Te conozco... —Él se dio media vuelta y subió la escalera.

Vigdís se dejó caer sobre una silla de la cocina, enfrente de la anciana.

—Ten cuidado, amiga —dijo la anciana tras un breve silencio.

—¿Que tenga cuidado? ¿Por qué? ¿Hay algo en especial a lo que deba estar atenta?

—Está marcado.

—¿Qué quieres decir?

—Tú lo sabes, amiga. Lo ven todos los que quieren verlo.

—«Marcado», ¿qué coño significa eso? ¿Le ha visto alguna marca en las orejas, como al ganado, o un corte en la mejilla izquierda? Tiene un agujero de un pendiente que se puso cuando tenía catorce años. Lleva un jersey Lacoste que le regaló su madre... —Calló.

Se cogió la cabeza con las manos e intentó controlarse, se sentía como si estuviera oyendo otra vez el ruido del motor que llegaba desde la oscuridad, y se apretó fuerte las manos contra las orejas. La anciana se sentó a su lado y le acarició la espalda.

—Tenemos que marcharnos de aquí —dijo Vigdís, irguiéndose—. Pero ya no estoy segura de nada... —Vio que seguía saliendo agua del grifo. Lo que creyó que era ruido de un motor era el rumor del agua.

Se levantó y fue al salón a buscar un cigarrillo; vio la foto de la gente guapa, le dio un manotazo y cayó al suelo. El cristal se rompió. Vigdís se agachó para recoger la foto y vio que estaba rajada en el centro, y que por detrás la habían pegado con cinta adhesiva.

—¿Por qué rompieron esta foto? —exclamó con un grito.

Por fin se dejó ir: empezaron a brotar las lágrimas, se apoyó contra la pared y gritó más aún; luego se dejó caer al suelo sin importarle que los trozos de cristal la hicieran sangrar. Oyó a la anciana acercándose desde la cocina; pensó en el desierto, en el niño, en la casa cerrada a cal y canto y defendida como si fuera un castillo, en la verja de la presa y en el puente colgante..., porque algo, allá en la oscuridad, quería entrar, pasar de aquella orilla a ésta.

Revelado

HRAFN

Hrafn estaba inmóvil, a oscuras, en el piso superior, intentando decidir si bajar a por una vela, pero le parecía una memez después de la discusión.

En el piso de abajo se rompió algo, sin duda la famosísima sensatez de Vigdís, y luego se oyó un grito. Si tenía miedo, que fuera a donde estaba él; después de lo que le había dicho tenía que pedirle perdón.

Al fondo del pasillo vio una tenue luz que se filtraba por debajo de la puerta. Se dirigió a la puerta y pegó un oído a la madera, pero no oyó nada; empujó el manillar con mucho cuidado y abrió. El cuarto estaba en penumbra, aunque a lo largo de las paredes vio cientos o miles de libros encuadernados en piel.

Entró en la habitación, la atravesó lentamente y se dio cuenta de que aquél era el despacho del que le había hablado Vigdís. En un sillón al lado de la ventana, a un extremo de una gran mesa de escritorio, estaba sentado el hombre con un libro abierto sobre las rodillas, leyendo a la luz de una vela. Hrafn no hizo notar su presencia en un primer momento, en realidad no estaba seguro de si sería conveniente hacerlo; vio al hombre coger una tijera del cajón del alféizar de la ventana, recortar la mecha cuando la vela empezó a echar humo, dejar las tijeras otra vez y seguir leyendo.

Hrafn carraspeó. El anciano levantó la mirada; una sonrisa se dibujó en su rostro y los ojos chispearon, como si acabara de reencontrar a un viejo amigo. Hrafn sintió que él también se alegraba.

—Hola —dijo—. Perdona la molestia. ¿Te interrumpo? Iba a acostarme y vi luz aquí dentro. Un despacho estupendo... Tienes un montón de libros. Debe de haber sido un buen trajín subirlos todos hasta aquí, ¿no?

El hombre movió los labios como si quisiera responder, pero sin perder la sonrisa. *Un emoticón*, pensó Hrafn sonriendo burlón para sus adentros. Ése era el nombre adecuado: *Emoticón*.

Hrafn calló y miró a su alrededor. Ya que estaba allí, no perdía nada si echaba un vistazo. Entre dos estanterías estaba la chimenea, de ladrillos ocres. Delante de ella había un cubo vacío y unos hierros para remover las brasas. En la pared de detrás del hombre estaban las fotos de que habían hablado las chicas con aquella extraña teoría suya del incesto.

—Pues sí, buen hombre —dijo Hrafn, que sintió que el diablo que vivía en su interior se ponía de pie sobre las patas traseras. El hombre le miró sonriente, y Hrafn se sentó en el borde de la mesa, frente a la pared de las fotos—. Tienes fotos aquí, por lo que veo, un montón de fotos. De la familia, imagino, ¿no es así? —El hombre no

dijo nada, pero se puso en pie despacio, cogió un certificado de estudios enmarcado y se lo dio a Hrafn.

—Vaya, Princeton. Chulo. Bien hecho —dijo Hrafn, reprimiendo la risa—. Doctor en Biología dice aquí. Debieron de ser unos estudios bien difíciles. Yo siempre quise estudiar en la universidad, pero mi padre no tenía demasiada fe en esas cosas. Me llevaría demasiado tiempo, eso dijo. El caso es que en mi familia no hay demasiada tradición de cursar estudios universitarios. Somos *emprendedores*, ya ves.

El hombre hizo un gesto de asentimiento y se puso serio por primera vez desde que se conocieron, algo que a Hrafn le resultó aún más divertido. El hombre fue a una estantería con carpetas, sacó una y la puso sobre la mesa.

—¿El álbum de familia? —preguntó Hrafn, dejando el diploma; sintió deseos de robarlo, de llevárselo a la ciudad y colgarlo en una pared de su despacho para reírse. Se sorprendió por la poca delicadeza con la que se dirigía al anciano, aunque no le hablaba como se habla a los locos—. Pero me gustaría discutir un poco sobre lo que sucedió el otro día —empezó.

Pero se calló, no le apetecía abordar el tema. No tenía que sentirse avergonzado por ningún motivo, no se había colado ilegalmente allí; si estaba en aquella casa era por necesidad. Apretó la mandíbula y los puños por la furia que le provocaba que precisamente *Vigdís* no confiara en él, en sus buenas intenciones. Ella no sabía manejar el estrés, como indicaba claramente lo que dijo sobre el incesto. Y lo típico que era que se enfadara como se enfadó no por la situación en sí, sino porque había que castigar a alguien, tenía que satisfacer la santa indignación que le había causado la reacción de *otra* persona, convertirla en cabeza de turco y así matar el problema definitivamente.

El hombre se apartó de nuevo y se puso al lado de la ventana, y Hrafn hojeó el álbum. Saltaba a la vista que el hombre había llegado lejos en su época, había sido un respetable servidor de la sociedad; lo que no era demasiado interesante, desde luego, a fin de cuentas.

Estaba pasando algo por alto en aquella habitación.

Hrafn cerró el álbum, cogió de la mesa una vela encendida, fue paseando por delante de las estanterías mientras miraba los libros. La mayoría trataba de ciencias, pero también de filosofía, antropología, psicología e historia, aunque había algunos libros sobre magia. De pronto pensó en el cuarto secreto y movió los libros, sacándolos y metiéndolos; cogió los de encima y sacó de la fila la mitad de ellos, pero se aburrió, decidió olvidarse de incestos, y vergüenzas y del cuarto secreto, que para él no era más que una metáfora cifrada del coño de Anna, pequeño y apretado como un cerdito asustado porque Egill no entraba en él desde hacía muchos meses.

En ese mismo instante comprendió lo que le fastidiaba de aquella habitación. No era el olor a moho, que estaba por todas partes, sino que allí olía a hollín o a *pele quemado*, y que le recordaba a cuando era más joven y prendía fuego a los contenedores de basura o se quitaba el vello del cuerpo con un encendedor.

El olor salía de la chimenea.

Hrafn se puso en cuclillas delante de la chimenea y pasó un dedo por el suelo. Los ladrillos estaban un poco manchados de hollín, pero no había señal alguna de que hubieran quemado allí carbón ni ninguna otra cosa. Estiró la cabeza para mirar por el tubo. El olor se hizo más fuerte. Al quitar la tapa tendría que verse la luz del cielo nocturno, un cuadrado de color más claro en la oscuridad, o incluso debería sentirse una corriente de aire.

Encontró la manivela que abría y cerraba la tapa, la movió y volvió a meter la cabeza en la chimenea, pero nada había cambiado.

—Aquí hay algo —murmuró Hrafn.

Se metió más adentro del tubo y subió por la oscuridad; encontró un obstáculo y notó algo pesado que podía venírsele encima en cualquier momento. Un fino hollín le cayó en la cara y unos largos cabellos negros se descolgaron en la oscuridad. Le inundó la ansiedad y empujó con más energía, metiendo el hierro todo lo fuerte que podía por el tiro de la chimenea, hasta que se oyó un ruido como el de un globo al vaciarse. Algo pesado cayó al suelo de la chimenea y un remolino de hollín inundó el cuarto. Hrafn se dio la vuelta, tosiendo. Un acre olor a quemado y a putrefacción brotó del fogón, y se tapó la boca y la nariz con la camisa.

Cuando se asentó buena parte del hollín, cogió la vela y miró la chimenea. En el suelo yacía el cadáver de un animal. El vientre estaba hinchado del gas que escapaba por una raja entre las patas traseras, grotescamente extendidas hacia los lados. En la cabeza notó unos pequeños cuernos curvos; los ojos eran negros, los mechones de lana eran marrones y las patas terminaban en pezuña.

Miró el cadáver unos minutos, se quitó el hollín de la cara y escupió para alejar el olor; pensó en la fuerza necesaria para meter a aquel animal hasta allí arriba, el tamaño de la persona, la longitud de los brazos...

El hombre seguía con su libro junto a la ventana y no parecía haberse dado cuenta de nada. Hrafn fue hacia él y se sentó en una silla que había delante de donde estaba.

—Había algo en el tubo de la chimenea. —Señaló la chimenea con la cabeza y se encendió un cigarrillo—. ¿Cómo se puede meter una oveja por el tubo de la chimenea? —añadió, y se echó a reír; le parecía el comienzo de un chiste cuya continuación hubiera olvidado—. Sin duda, vosotros tendréis una buena explicación. Papá Noel entra por las chimeneas. Las ovejas están locas. Ergo: Papá Noel es una oveja. ¿Son así las cosas aquí arriba?

Muy lejos, en los arenales, veía el débil resplandor de las fogatas. Eso de allí no era cosa de Egill: él era demasiado subnormal para poder montar semejante espectáculo, jamás podría encender unas hogueras como éstas. No, todo apuntaba a alguna otra persona. Pero era un embrollo totalmente incomprensible, y a la vez no lo era. Hrafn se extrañó de su capacidad para sustentar dos opiniones distintas al mismo tiempo, aunque no era la primera vez que se daba cuenta de esa peculiaridad... Por ejemplo, hacía mucho que sabía una cosa sin saberla, cuando era joven había

sucedido algo y no había sucedido.

—Otra cosa —farfulló.

Se levantó de la silla y metió la mano en el bolsillo para sacar la foto de Vigdís, la que había aparecido en el montón de huesos del poblado. La foto ya no era tan granulosa, ya no era tan oscura, como si aún se estuviera revelando. Los brazos de Vigdís estaban a los costados y la mitad del rostro recibía más luz débil, como la que entraba por una puerta entreabierta. Alguien, al ir a la habitación del otro lado del pasillo, había visto una rendija en la puerta, o la había abierto, se había equivocado de cuarto o no, y la había visto allí tumbada, había bajado un poquito el saco de dormir hasta ver los pechos y había apretado el disparador. Los pechos recordaban una cabeza sin ojos, soles muertos flotando por el espacio.

A menos que la foto hubiera sido tomada antes, quizá una semana, o incluso un mes antes. ¿Quién podía decir si aquél era el saco de dormir de Vigdís y no una cama en la capital, o si Egill no encontró la foto en el poblado, sino que se le cayó del bolsillo de la camisa al inclinarse sobre los huesos? ¿Estaban los brazos a los costados y las manos entre los muslos, se había estado acariciando mientras él la miraba, sacó la foto cuando ella abrió la boca y el rostro se relajó en el orgasmo?

Hrafn dejó de mirar la foto y dirigió los ojos al anciano. La vela que tenía a su lado había empezado a humear, pero él no se movió; el libro estaba encima de sus rodillas y Hrafn comprendió por fin lo que estaba haciendo: el hombre no estaba leyendo, ni siquiera había pasado página una sola vez en todo el tiempo, simplemente estaba allí sentado escuchando.

—¿Estás esperando algo de allí fuera? —preguntó Hrafn.

El hombre le miró, hizo un brusco movimiento con la cabeza y la sonrisa desapareció.

—No abras —dijo. Extendió el brazo y lo puso sobre la rodilla de Hrafn; se inclinó hacia él y sus ojos adquirieron una agudeza de la que había carecido hasta aquel momento—. *No abras la puerta.*

Lo que apareció

VIGDÍS

Vigdís se asomó a su dormitorio y comprobó que estaba vacío. Para asegurarse, levantó la vela y dirigió la luz hacia el rincón, miró por el pasillo, pero no vio luz en ningún sitio. Sin duda, Hrafn estaría enfurruñado en cualquier lugar, evitándola, al menos estaba claro que no había bajado.

Cerró la puerta y se dejó caer en la cama, dio otro trago de la botella y deseó poder dormirse. No discutían con mucha frecuencia. De todas formas, se había quedado más tranquila: los vapores del whisky en la cabeza conseguían aplacar las inseguridades.

Se dio la vuelta y se hizo un masaje en la cara. La última vez que miró por la ventana las fogatas estaban apagadas. Todos los cambios eran malos, eso había decidido; su propia vida, a partir de aquel momento, sería incluso más conservadora y más tranquila que antes de llegar a aquella región.

En algún lugar de la casa se oyó llamar a una puerta. Vigdís siguió tumbada, inmóvil, escuchando; sintió que la piel se enfriaba y se encogía en torno al cuerpo. Se puso en pie, se acercó a la ventana y miró al exterior. La oscuridad era demasiado densa para poder ver a quien estuviera delante de la puerta.

Salió al pasillo a toda prisa y allí se encontró a Hrafn. A juzgar por su conducta, él también parecía haber oído llamar; estaba inmóvil con una vela en la mano mirando hacia el hueco de la escalera.

—Chsss —Vigdís consiguió que Hrafn la mirase y le hizo señas para que se acercara—. ¿Crees que serán Anna y Egill? —dijo en un susurro.

—Ellos nos llamarían, no se limitarían a tocar a la puerta —susurró él a su vez.

Su rostro estaba extrañamente oscuro, como cubierto de hollín, y se confundía con las tinieblas. Ella no preguntó qué había pasado; volvió a entrar en la habitación y los dos miraron juntos por la ventana. Desde la cocina notó una débil luz que llegaba a la escalera y que habría debido bastar para distinguir la silueta de una persona, pero no se veía nada. Más lejos de la puerta, en el borde de la tarima de la entrada, Hrafn creyó ver algo parecido a un palo.

—¿Un palo? —dijo Vigdís.

Miró de reojo la pistola que había guardado debajo de la cama. No estaba segura de que Hrafn fuera una persona de fiar para dejársela, pero ella nunca había disparado una pistola. Siguieron escuchando, pero no se oía nada; salieron de nuevo al pasillo y bajaron la escalera hasta el recibidor, donde estaba la anciana. Llevaba un candelabro en la mano, los ojos brillantes y muy abiertos.

—¿Por qué no insisten? —preguntó Vigdís.

—No abráis —dijo la anciana, sin apartar los ojos de la puerta.

—¿Por qué han llamado *sólo una vez*? Es de noche, nadie llama una sola vez y luego se queda en silencio —continuó Vigdís, pero la anciana la hizo callar y les pidió que volvieran al piso de arriba.

Hrafn fue hacia la puerta, pero la anciana le sujetó por los hombros y le dijo que no lo hiciera. Él se soltó de una sacudida, el candelabro de la mujer cayó al suelo y la vela se apagó.

—¿Era necesario hacer eso? —dijo Vigdís con voz débil, pero sabía que no conseguiría detenerle.

La anciana se dio media vuelta y desapareció escaleras arriba. Hrafn quitó el cerrojo, entreabrió la puerta y se asomó al exterior, y entonces la abrió de par en par. Salió a la tarima y miró a ambos lados, y Vigdís fue detrás de él. El viento se había calmado, pero la oscuridad que rodeaba la casa era profunda y densa, y en el cielo no se veían ni la luna ni las estrellas.

A un lado de la plataforma, en perpendicular a él, se extendía un palo delgado. En el extremo había un cordel fino, algo parecido a un rayo o un hilo de telaraña, que desaparecía en la oscuridad.

—¿Una caña de pescar? —dijo Hrafn, y Vigdís vio el carrete en el otro extremo de la caña, los lazos y el sedal ensartado entre ellos y la punta.

Mientras miraba el extremo de la caña, éste dio un tironcito, una sola vez, de pronto. Extendió la mano para apoyarse en Hrafn, iba a decir algo, pero no pudo abrir la boca. Hrafn se inclinó hacia la caña, la soltó de la hendidura en la que estaba atascada y dio una vuelta al carrete. Vigdís movió los ojos entre la caña y la oscuridad de delante de la casa. Se produjo otro tirón en la caña y se dobló, pero un instante después volvió a estirarse.

Vigdís sintió algo caliente en el dorso de la mano; miró hacia abajo y vio que la mano que sostenía la vela estaba temblando, haciendo que goteara.

—Se mueve —dijo Hrafn.

En la oscuridad se dibujó la silueta de una sombra oscura, que empezó poco a poco a parecerse a una persona. Se acercó a la luz que procedía de la ventana de la cocina y Vigdís la reconoció, aunque su aspecto estaba totalmente transformado.

Hrafn siguió recogiendo el sedal, la mirada fija al frente como en trance, hasta que Vigdís le tocó y le pidió que parase, bajó la escalera y salió al arenal.

El cuerpo de la mujer era impresionantemente blanco en la oscuridad, los ojos negros y redondos, y el rostro casi irreconocible. El cuello y los pechos estaban cubiertos de suciedad marrón o de sangre medio reseca que había chorreado sobre el cuerpo desnudo. Las manos estaban envueltas en trapos blancos y al caminar extendía los brazos al frente, como si fuera incapaz de ver. El sedal de la caña desaparecía dentro de su boca y, al dar la vuelta al carrete, dejaba escapar un débil gemido, un sonido dolorido y hueco que parecía llegar desde lo más hondo del estómago. El

cabello ya no era rubio, sino blanco. Pero no había error posible, era ella: Anna.

¿Tengo sucia la cara?

La metieron en la casa entre los dos. Cuando la tocaron dio un respingo, pero estaba demasiado débil para poder apartarlos. En lo alto de la escalera se desmayó y la tuvieron que llevar en andas el último trecho hasta el sofá, sin que emitiera el más mínimo sonido.

La tumbaron en la alfombra del salón, donde volvió en sí. Vigdís decidió que *medidas* serían las más adecuadas a partir de ese momento: fue a por el botiquín, que estaba en la antesala, cerró de un portazo, echó el cerrojo y llevó la caja al salón. Hrafn estaba en cuclillas al lado de Anna para evitar que se levantara. De la boca seguía colgando el sedal de la caña, pero Hrafn se inclinó sobre ella y lo cortó de un mordisco. Vigdís se quedó boquiabierta al ver el trozo que quedaba..., el rayo, hasta que Hrafn le dio un grito. Sacó del botiquín las pastillas de codeína, las molió y se las metió a Anna en la boca por la fuerza, mientras Hrafn le mantenía abierta la boca y la obligaba a tragar. Vieron entonces que le habían cortado la punta de la lengua, lo que explicaba la sangre que tenía en la barbilla y en los pechos.

Ella seguía dejando escapar aquel quejumbroso lamento, tenía espasmos que le producían sacudidas en las piernas y los brazos, y tuvieron que sujetarla para impedir que se hiciera daño.

Cuando se calmó, Vigdís acercó una vela a su rostro, miró el interior de la boca entreabierta y vio el brillo de un anzuelo en la garganta.

—Mejor dejarlo ahí por ahora —musitó.

Los ojos de Anna seguían abiertos, pero al parecer los habían pinchado con algo, había corrido sangre por el blanco del ojo y se había secado, y en las orejas había unos pegotes de color tierra. Vigdís le gritó al oído, pero no obtuvo reacción, tampoco al mover una mano delante de los ojos, y pidió a Anna que pestañeara si la podía oír. Sobre los pechos, en el vientre y el sexo había numerosos cardenales pequeños y unas heridas que parecían mordiscos.

Vigdís se dio la vuelta hacia el otro lado porque sentía arcadas. Cuando volvió a mirar, Hrafn había quitado los trapos de las manos de Anna y aparecieron muñones negros; le habían cortado los dedos casi en su totalidad y le habían envuelto las muñecas con cables de plástico para detener la hemorragia.

Desinfectaron las heridas con yodo, vendaron los muñones y levantaron a Anna hasta el sofá y la taparon con una manta. Vigdís volvió a tener arcadas, pero se forzó a seguir; se sirvió un whisky, sacó unas tijeras del botiquín y las usó para cortar el trozo que colgaba de la boca, tan cerca de los labios como se atrevió. En el cuello de Anna se percató de que había un tubito o una cápsula, atado al final del sedal y cubierto de sangre seca. Cortó el sedal y quitó con la mano la sangre de aquella cosa

que resultó ser un hueso blanco y liso.

—*Un hueso* —dijo mientras le daba vueltas entre los dedos.

El hueso resultó estar hueco por dentro, y en un extremo se podía ver un papel. Hrafn fue a la cocina a por un cuchillo. Vigdís y él tiraron de una esquina del papel y sacaron un rollo muy bien hecho en un cilindro del tamaño de un cigarrillo. Lo alisaron en el suelo y apareció un dibujo hecho con tinta roja: cuadrados rectangulares ordenados alrededor de una caja, que estaba compuesta a su vez por cuatro cuadrados; en el centro habían trazado con sangre una X, y en la parte inferior del mapa, también con sangre, habían escrito con letras torpes: AYUDA.

Vigdís bebió más whisky; se sentía como si no pudiera llenarse, y sus pensamientos se amontonaban, como redondeados peñascos glaciares surgidos de una llanura oscura, lustrosa.

—Esto es un mapa del poblado —dijo Hrafn, inclinado sobre el papel—. Los barracones en dos semicírculos alrededor del edificio principal, que consta de cuatro barracones unidos alrededor de la X.

—¿Qué significa la X?

—Egill... Bueno, no se me ocurre ninguna otra posibilidad. Al menos es bastante improbable que si Anna está en este estado... él esté bien. Está esperando ayuda o alguien le está haciendo pedir ayuda.

—¿Y si fue él quien le hizo eso y quiere hacernos creer que fue otra persona? —Vigdís bajó la voz, miró de reojo a Anna en el sofá.

—¿Por qué pone entonces «ayuda» en el papel?

—Para que vayamos nosotros al poblado.

Pensó en las fogatas y en el ruido de máquinas que habían oído esa noche. Cada vez le resultaba más difícil mirar a Anna: la falta de dedos, el cabello blanco como el de una bruja. *Los dedos de los pies están bien*, pensó, intentando ser positiva. Los dedos de los pies de Anna habían quedado fuera de la manta. Estaban bien: si en aquella casa había algo tranquilizador eran aquellos dedos de los pies.

Hrafn estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Vigdís se sentó a su lado. De vez en cuando tomaba un sorbo de la botella; estuvo a punto de pasársela a Hrafn, pero no lo hizo, fiel a su papel en el guion.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —le preguntó.

—¿A qué te refieres?

—La tienes sucia.

Hrafn se pasó la mano por la barbilla y miró el hollín de las yemas de los dedos.

—No lo sé..., ¿la arena?

Algo cayó con un golpe en el suelo del piso superior. Vigdís miró al techo y luego a Hrafn. Se quedaron sentados, quietos, para poder oír si se producían nuevos ruidos, pero no hubo más. El golpe salió del otro extremo de la casa, por encima de la cocina.

—Los ancianos —dijo Vigdís.

Se había olvidado por completo de la anciana. Se enfadó de pronto y apretó los

puños al verla en el descansillo de la escalera; ella sabía algo que ellos desconocían, y había sido así desde el principio, ella sabía exactamente lo que estaba pasando allí, pero no decía nada.

Se aseguraron de que Anna estaba dormida, cogieron una vela cada uno y subieron la escalera.

—Vamos a hablar con ellos —dijo Vigdís, y se dirigió directamente a la puerta del fondo del pasillo, de donde había llegado el ruido. Hrafn intentó contradecirla; ella no entendió por qué y abrió la puerta y entró en una habitación en penumbra que olía a moho, llena de libros—. ¿Crees que pueden estar aquí escondidos? —musitó, levantó la vela, entró a tientas en la habitación y oyó que Hrafn la seguía.

Miró las fotos de las paredes y de la mesa de escritorio, y enseguida encontró la foto de familia en blanco y negro de la que había hablado Anna: un matrimonio de adultos y, delante de ellos, un niño y una niña. El niño se parecía al anciano, la niña era más pequeña, pero la foto era vieja y resultaba difícil distinguir el rostro.

—*Naturalmente* —exclamó Vigdís, y en ese mismo instante supo dónde estaban los viejos: en la habitación secreta de la que había hablado Anna—. ¡Me rindo! —gritó, y se movió hasta el centro de la habitación, dijo que sabía de la existencia de aquel cuarto y que estaban escondidos allí—. No estamos enfadados con vosotros, ¡sólo tenemos miedo! ¡Sólo queremos saber qué es lo que está pasando! —añadió que no había ningún peligro, que la puerta del exterior estaba cerrada con cerrojo y que querían hablar con ellos de su amiga, que estaba malherida.

En una de las paredes había una ventana que reflejaba dos llamas de vela infinitamente pequeñas, y más allá, las oscuras siluetas de Hrafn y ella misma. Estaban en silencio, y Vigdís escuchó con atención por si oía a los ancianos, pero no oyó nada. Repasó mentalmente los posibles motivos por los que se habían podido esconder. Pensó que sólo tres de las paredes podían contener un posible acceso al cuchitril secreto, probablemente sólo dos. Le dijo a Hrafn lo que iba a hacer: fue hacia el armario más próximo y empezó a tirar libros al suelo, y poco después Hrafn la imitó. Fueron de un estante a otro sacándolo todo; intentaron tirar los armarios al suelo, pero no lo consiguieron porque estaban sujetos a la pared; se dedicaron entonces a golpearlos y a darles patadas, y Vigdís volcó otras librerías que estaban en el centro de la habitación, se inclinó para pasarse la mano por la rodilla y por un momento se sintió borracha como una cuba, pero se le pasó.

Medidas, pensó mientras intentaba recuperar el aliento. Todas las estanterías estaban vacías y no se veía ningún cuarto secreto.

—Pues vaya —dijo. Le había parecido oír a Anna en el piso de abajo, pero sin duda estaba equivocada. Comprendió con claridad que Anna era como la naturaleza: ciega, sorda y muda.

Salieron del despacho y cerraron la puerta; dejaron un candelabro encima del tirador para que, si abrían la puerta desde dentro, cayera al suelo y el ruido los avisase. Antes de bajar echaron un vistazo al baño y al dormitorio, pero allí tampoco

vieron nada.

Anna seguía tumbada en el sofá. Vigdís le comprobó el pulso y pensó qué hacer con ella antes de marcharse; cualquier cosa sería mejor que vivir así, pero no guardaba en su interior suficiente maldad. Ni bondad.

Bebió un trago de la botella, notó calor en el pecho; también los brazos y la punta de la nariz estaban bien. Se sentó en el suelo al lado de Hrafn.

—Egill sigue vivo —dijo él, y miró el mapa que encontraron dentro del hueso.

—Es una trampa —dijo Vigdís—. Por eso nos enviaron este mapa.

—No importa... Si es él quien hizo eso —movió la cabeza hacia Anna—, tenemos más motivos aún para encontrarle. Iré yo solo si quieres.

Ella se apoyó en él y tuvo la sensación de que estaba tan asustado que le resultaba difícil hablar.

—Iremos juntos —dijo, y notó que Hrafn tenía razón, que lo único que podían hacer era encontrar a Egill, salvarle o cortarle los dedos y clavarle agujas en los ojos. O pegarle un tiro.

Se levantó para ir a coger la pistola.

La belleza

Cuando clareó en la habitación, aún no había podido conciliar el sueño a pesar de las dosis de alcohol. Pero parecía más tranquila de lo que se habría podido esperar. Hrafn se adormiló media hora sin darse ni cuenta. No habían sabido nada de los ancianos.

El cielo estaba despejado y no hacía viento, al menos por el momento. La arena estaba quieta y negra por donde se mirase. Anna se quejaba entre dientes y tenía espasmos, y Vigdís molió más codeína y se la hizo tragar. Escribieron una nota para la anciana sobre el medicamento y cómo tenía que atender a Anna mientras estaban fuera, y añadieron la advertencia de que ella sería la responsable si algo iba mal.

—Pero, bueno, si salen de su escondite cuando nos hayamos ido —dijo Vigdís al dejar la nota en la cocina.

Hrafn quitó la barra de la puerta y abrió. Se echaron las mochilas al hombro y bajaron juntos la escalera; dejaron la puerta cerrada pero sin echar la llave, por si tenían que volver por algo.

El sol se elevaba deprisa en un cielo que parecía formar una bóveda por encima de ellos y, al mismo tiempo, parecía estar alejado a una distancia inmensa. Hrafn llevaba la pistola en la cintura del pantalón, debajo de la camisa. Le habló de cuando tenía veinte años y vivió un exilio autoimpuesto en el suroeste del país, donde no hacía nada más que trabajar en una empresa de su padre, disparar un rifle en un campo de tiro al lado de Grindavík y bombardear con perdigones a las gaviotas de la playa.

Callaron y Vigdís intentó no pensar en nada, no buscar explicaciones a la situación, no hacer planes. Ya había hecho demasiado de todo eso en su vida. Habría tenido que permitirse más cosas inesperadas. ¿Qué había que temer? En la muerte todo sucede sin más, como cuando era niña y dio una voltereta con la bici, se levantó demasiado por encima del manillar, miró hacia abajo y vio el cielo azul, y se extrañó de la calma que sentía; o el vuelco del coche cuando era adolescente, vio el cielo girar lento y feliz por la ventanilla, y luego apareció a cuatro patas en el arcén de la carretera.

El dolor llegó después. Pero en la muerte no había después, no había dolor ni elección; el cuerpo se apagaba, arrojaba de sí la conciencia, o el alma o lo que fuera, y en el espejo retrovisor, la vida, las más diversas necesidades materiales y los más variados deseos se volvían como un autostopista al que uno se lleva por delante en medio de la lluvia; producía una pizquita de vergüenza, de compasión, incluso arrepentimiento, pero se olvidaba enseguida.

Oyó el río delante de ellos y llegaron al puente, que no estaba colgado en un lado del barranco, sino tendido de un lado a otro, sujeto por los cables a ambos lados.

Preguntó a Hrafn si él lo había cruzado el día anterior, pero éste le respondió que no.

Cruzaron separados, Hrafn delante. Cuando llegó al otro lado, Vigdís se puso en camino; el puente subía y bajaba con sus pisadas, y tuvo la precaución de no mirar el atronador río que había crecido aún más, y enseguida supo la respuesta a la pregunta que había estado barajando poco antes: *no*, no quería morir, aún le quedaban demasiadas cosas por hacer; por ejemplo, deseaba tener un hijo, y la idea le hizo saltar lágrimas a los ojos.

Salió del puente. A ambos lados había barriles metálicos sucios de hollín y, a juzgar por el olor, esa noche debían de haber quemado petróleo en ellos. Subieron la loma más próxima al barranco, desde donde se podía ver el poblado, turnándose para mirar con los prismáticos. Vigdís señaló los barracones y el edificio en el centro del poblado, donde estaba la X del mapa, pero no vio nada anómalo. Hrafn sacó la pistola y la acarició con la mano, como si se tratase de una lámpara maravillosa y estuviese haciendo un sortilegio para que saliera el genio. La empuñadura era larga y delgada. Quitó el seguro y dio varias vueltas a los cartuchos, apretó el gatillo y lo volvió a soltar.

En la parte baja de la loma estaba el portón que había encontrado Vigdís mientras Hrafn y Egill estaban en el poblado, pero ahora estaba abierto. Una pista ancha sin asfaltar se extendía en oblicuo hacia el interior de la tierra. Vigdís gritó dentro del túnel, pero luego se dio media vuelta y siguió a Hrafn hasta llegar al poblado. Decidieron no perderse de vista uno a otro.

Al pasar al lado de uno de los barracones, Hrafn se detuvo y levantó el brazo para indicar que tenían que detenerse.

—¿Qué? —susurró Vigdís, pero él no respondió y se quedó mirando fijamente el barracón. La pintura estaba desconchada. La calma era tan grande, el cielo estaba tan límpido y claro que de pronto sintió como si el mundo fuera transparente—. ¿Qué? —repitió—. ¿Has oído algo? —Hrafn se quedó rígido un momento más y dejó caer el brazo, pero sin apartar la mirada del barracón, de una forma tan absolutamente teatral que ella pensó por un instante que él estaba fingiendo.

—En el barracón —dijo él en un susurro—. Un golpe, como si algo chocara con la pared.

—¿Estás seguro?

—La puerta está abierta... La última vez que estuve aquí estaba cerrada.

Vigdís miró el barracón con la idea de contradecirle: estaba completamente segura de que la puerta estaba cerrada, pero vio con asombro que estaba abierta de par en par. Por algún motivo se acordó del cuartito de herramientas que había en el jardín de su madre.

Llegaron hasta la puerta. Hrafn cogió con fuerza la empuñadura de la pistola, pegó la espalda a la pared y se asomó al interior. Vigdís estaba callada, le siguió al barracón cuando entró y llegaron a un pasillo que estaba en el centro. A él daban ocho o nueve habitaciones. La más cercana a ellos parecía una cocina, con fregadero,

armarios y una mesa.

Hrafn entró en la cocina con la pistola cogida como si fuera a pegarse un tiro en el paquete. Vigdís reprimió la risa que intentaba salir de ella, se puso la mano en la boca y retrocedió al pasillo.

Había más habitaciones de lo que había pensado. Movi6 un pie delante del otro y avanz6 con lentitud por el pasillo, aunque sabía que era una tontería.

Hasta el final.

Todas las ventanas estaban cubiertas por cortinas, pero con la escasa luz que entraba por ellas bastaba para identificar las formas de los muebles: una cama sencilla, una mesa de noche y un armario.

Las dos habitaciones del fondo tenían las puertas cerradas; se dio cuenta antes de llegar ante ellas y supo al instante que no estaban solos allí dentro. Miró por encima del hombro hacia el pasillo, pero no vio a Hrafn. Se detuvo delante de otra puerta, cogió el tirador y abrió. Las cortinas estaban corridas y la habitación estaba vacía.

Se dio entonces la vuelta, fue a la otra puerta y abrió: la habitación estaba deslumbrantemente iluminada por el sol. En el centro había un reno que la miraba con sus alegres ojos redondos. En la cabeza tenía dos puntos rojos en los lugares donde le habían arrancado las astas: la sangre brotaba rápida y continua de la cabeza y chorreaba sobre la pared, pero el animal no se movía. La piel parecía dorada al sol y la belleza de aquel lugar era tan conmovedora y tan cruel que Vigdís sintió que algo se arqueaba en su interior, no podía aguantar aquello más tiempo.

Miró al animal, que palidecía poco a poco a la vez que lo hacía la luz, cayó de rodillas y finalmente se tumbó de costado en el suelo.

Movimientos sacádicos

HRAFN

En la mesa de la cocina había un hornillo de gas y sobre él una olla manchada de hollín. Hrafn levantó la olla y vio que habían hecho unos agujeros por el borde superior y que le habían quitado el fondo.

Poco después oyó un chillido que venía del interior del barracón. Asomó la cabeza por la puerta de la cocina y vio a Vigdís en un extremo del pasillo, con los brazos a los costados, mirando el interior de una de las habitaciones.

—¿Vigdís...? —dijo, y se acercó a ella.

Ella no le miró; su rostro estaba extrañamente inexpresivo, los ojos clavados en la habitación, y el chillido parecía proceder de ella, de entre sus dientes apretados.

Hrafn oyó un ligero ruido a su espalda, como algo corriendo por la arena, y vio una sombra pasar muy deprisa delante de la puerta, en dirección al barracón. Levantó la pistola, salió corriendo por la puerta y lo vio desaparecer por la esquina; gritó algo que había de ser al mismo tiempo una orden para que se detuviera y una advertencia a Vigdís para que tuviera cuidado. Quitó el seguro del revólver y, con un veloz salto, cruzó la esquina. Comenzó una persecución de un barracón a otro en dirección al barranco, de vez en cuando podía vislumbrar algo de lo que estaba persiguiendo: una persona de baja estatura que se movía a pasos cortos, los brazos se balanceaban inertes a los costados. Aunque se desplazara con rapidez, también podía ser una ilusión provocada por los asombrosos brincos y saltos, que hacían que Hrafn no pudiera ver claramente adónde se dirigía o qué forma tenía ese ser. Sus ojos estaban bien abiertos para localizar al duende; probablemente no era una persona, decidió muy pronto; y cuando lo miraba directamente tenía la extraña sensación de verlo de reojo. De lo único que estaba más o menos seguro era de que su espeso pelo blanco le caía por la espalda como crines de caballo y que el vientre estaba enteramente cubierto de finos pelos rojos.

El duende desapareció detrás del gran almacén cercano al barranco. Hrafn dio la vuelta a la esquina corriendo y, por azar, miró hacia el río, en el fondo del barranco, donde lo vio subir a toda prisa a uno de los postes y soltar el cable. Hrafn gritó, levantó la pistola y apretó el gatillo. La detonación fue tan violenta que por un tiempo se quedó sordo. Corrió en silencio hacia el puente y vio al duende atravesarlo tan rápido como un rayo. Dos de los cables estaban sueltos. Hrafn volvió a atarlos y se fijó en que el duende había atravesado la mayor parte, allí donde estaba no había lugar alguno en el que esconderse. Algo había cambiado en él: como si hubiera disminuido de tamaño. Hrafn se guardó la pistola, cogió las cuerdas con las manos y

corrió por el puente; el duende vaciló, pero aceleró otra vez en cuanto el joven se acercó.

Tras una breve persecución por la arena, el duende se detuvo, se volvió hacia él y se sentó. Hrafn también se detuvo, respiró hondo y distinguió lo que había estado persiguiendo: una raposa, una de las que vivían tranquilamente en la granja.

Levantó la pistola y apuntó hacia ella, directamente a su pequeña cabeza de color marrón; soltó el seguro y tocó el gatillo con el dedo índice, lo que le produjo una sensación agradable: pensar en cómo los trozos del cráneo se desperdigarían por el suelo, se secarían con el calor, se les pegarían algunos granos de arena que de otro modo habrían seguido siempre separados, y acabaría fusionándose, a su muerte, con la nada del mayor desierto de Europa.

La raposa le miró inexpresiva, las orejas estiradas por encima de los negros ojos, y Hrafn bajó la pistola y estalló en una risa larga e íntima que él no oyó. Cuando levantó la mirada, el animal había desaparecido.

Dio media vuelta hacia el barranco y vio a Vigdís en la otra orilla. Estaba delante de los postes y todo había cambiado. El puente ya no estaba tendido sobre el barranco, sino que colgaba vertical en el lado en que se encontraba él. Vigdís gritaba y movía los brazos, y él respondió de la misma forma. Ya podía oír otra vez.

Como el puente seguía colgado de los postes de su lado, era evidente que lo habían soltado en el otro. Se le ocurrió la posibilidad de saltar al río y arriesgarse a atravesarlo a nado, lanzarle la pistola a Vigdís o ponérsela en la sien a sí mismo y apretar el gatillo. Él le gritó, pero el estruendo del río no dejaba oír nada; hizo señas con exagerados movimientos de los brazos en la dirección del barranco, hacia arriba, y se puso en camino. Vigdís respondió moviendo los brazos, como para indicarle que lo había comprendido, y ella también se puso en camino al otro lado del barranco. Hrafn sentía deseos de correr, pero se contuvo: si se cansaba demasiado no podría apuntar bien con la pistola. De vez en cuando miraba hacia el frente, pero el resto del tiempo se concentraba más en lo que podía haber detrás, por si se diera el caso de que Vigdís se encontrara en dificultades.

El sol seguía elevándose en el cielo y, al poco, era ya tan brillante que apenas podía ver el otro lado del barranco; y el sudor se le metía en los ojos. Una vez leyó en *Ciencia viva* un artículo sobre cómo el ojo, que parece quieto, se mueve habitualmente *tres veces por segundo* para ubicar mejor las cosas, más o menos como una persona en un túnel oscuro, que mueve la linterna a su alrededor para ver mejor. Ese movimiento se llama «sacádico», y, cuando eso ocurre, se produce un espacio *oscuro* de veinte a doscientos milisegundos que el cerebro intenta *cubrir*, llena el vacío perceptivo y teje las observaciones discontinuas para formar una película coherente, que es nuestra visión de la realidad. Pero, en ocasiones, esto se interrumpe y el tiempo parece *congelarse*, como si la vida se hiciera más lenta durante un instante, o incluso como si se detuviera.

Al apartar los ojos del libro por un momento y mirar el reloj, una persona

llamada X siente como si la manecilla de los segundos se detuviera antes de realizar el siguiente movimiento. El motivo es el movimiento sacádico. Para solucionar la ceguera temporal durante las sacadas, el cerebro hace «conjeturas» sobre lo sucedido entre dos sacadas y las rehace al mismo tiempo: los ojos se mueven, se ciegan en las sacadas durante unos cien milisegundos, y lo que perciben al terminar una de ellas es lo que el cerebro asume que es lo mismo que sucedía en el anterior fragmento del segundo. Si la sacada se producía en el mismo momento en que se movía la manecilla, el segundo correspondiente se alargaría en torno al diez por ciento, eso sería la impresión, y en consecuencia un tercio de lo que veríamos con los ojos sería pura conjetura, unas veces correcta y otras no.

Pero lo principal para Hrafn, al pensar en ello, no era la imprecisión del cerebro, sino que la gente pudiera percibir pequeños detalles como que un segundo fuera unos microsegundos más largo o más corto de lo que debía ser. ¿Qué potencia perceptiva superior era aquella que estaba tan ligada a las actividades más íntimas del cerebro, pero sin formar parte de ellas? Percibía las descripciones que producían las personas a partir de los sentidos, aunque *no se movía con ellos*, pero al mismo tiempo sabía si algo estaba equivocado, si el resultado de la actividad no encajaba con la experiencia previa, con la experiencia repetida y acumulada durante un largo tiempo: la experiencia de la longitud del segundo, por ejemplo, a lo largo de nuestros treinta y cinco años de vida.

¿Qué significaba eso? Que una cierta parte del cerebro era capaz de percibirse a sí misma y que los órganos de los sentidos eran, en consecuencia, seis: vista, gusto, oído, olfato, tacto..., ¿y qué más? Bueno, ¿podía ser otra cosa que la *intuición*: muda, infundada, pero que abarcaba con exactitud la totalidad de nuestra experiencia en el pasado y la comparaba con la experiencia y el procesamiento del ahora? ¿Y qué? ¿Qué había del futuro, indicaba algo sobre el *futuro*?

Rio y aceleró la marcha. Llegaron los dos a la curva del barranco y vio que el río había crecido hasta más arriba de la tubería; nunca lo había visto a ese nivel.

La tierra empezaba a elevarse hacia la presa. Al subir la loma perdió de vista a Vigdís durante unos minutos, pero luego volvió a verla y le hizo señas con la mano. A media altura del dique se extendía una grieta parecida al dibujo de un rayo; la pared estaba cubierta de una fina capa de arena y por debajo se extendía una larga zona en la que se había deteriorado el revestimiento. Al otro lado del barranco serpenteaba una carretera sin asfaltar, sin duda la misma que habían visto en el poblado.

Según se iban aproximando al dique, se iban distanciando más uno de otro, hasta que Hrafn llegó arriba del todo y volvió a perder de vista a Vigdís. Corrió el último trecho hasta la carretera, que iba siguiendo la presa. Por encima del dique no había un lago, sino un laberinto de arcilla y barro seco que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. El barro llegaba hasta media pared y estaba lleno de grietas, fisuras y desconchados, la mayor en el medio del dique, donde corría el río por el fondo. A lo largo de esa grieta central se amontonaban grandes bloques de barro, algunos se

inclinaban sobre el río y parecían estar a punto de caer.

Siguió corriendo por el dique de la presa y llegó a la verja que lo cerraba en el centro, y que él ya no recordaba. Se arrojó sobre ella y la empujó, pero no logró que cediera. La red de alambre era densa y se extendía hasta las tuberías. Por encima de la verja había alambre de espino y por debajo estaba sujeta con unos lazos al suelo del dique.

Al otro lado apareció Vigdís, que se iba acercando, andando pegada a la pared. Hrafn cogió la pistola y puso el cañón delante de la verja; si tenía suerte, podría romperla de un disparo, pero entonces sólo podrían pasar la cabeza, lo que era demasiado poco. También podía quitarse los zapatos, subir como pudiera por la verja hasta el alambre de púas, pero no conseguiría ir más allá, el rollo era demasiado tupido y alto para poder superarlo. Tiró con más fuerza de los alambres, los agitó adelante y atrás, pero dejó de hacerlo cuando Vigdís llegó hasta la verja. Los dos metieron los dedos por los agujeros de la red.

—Estamos juntos, amor mío. Encontraremos una forma de salir de ésta —dijo él, y se besaron a través de la verja.

Ella intentó hablar, pero no pudo; lloraba y se apretaba más contra la valla. Él nunca la había visto llorar de aquella forma; dijo algo para animarla y ella asintió con la cabeza.

—Iré a donde estás —dijo él, separándose de ella—. Espera aquí... Volveré. No te muevas de aquí, amor mío.

Retrocedió por el dique, pero enseguida se dio media vuelta, levantó la pistola y le dijo a Vigdís que se la quedara para protegerse; intentó meterla a través de la red, pero sólo consiguió introducir el cañón. Se quitó entonces la camiseta, envolvió la pistola en ella y se la tiró por encima de la valla. Le explicó cómo soltar el seguro y cómo sujetarla con las dos manos por la empuñadura y apuntar.

—Te quiero —dijo ella, y su rostro empezó de nuevo a ponerse tenso y abatido, y él no pudo seguir mirándola.

Corrió hacia la caseta al final del dique, donde esperaba encontrar herramientas o palancas para romper la verja. Había un sendero que llevaba hasta la caseta, que tenía forma de cajón, gris y sin ventanas, y estaba rodeada de una superficie enlosada. La puerta estaba cerrada con llave.

En el dique mismo, en el lado del lago, descubrió otra puerta con un cartel en el centro, que decía: «Sólo para empleados». Fue hacia la puerta, puso la mano en el tirador y abrió. Le vino un olor caliente y metálico como a máquinas y petróleo. Gracias a la luz que entraba por la puerta distinguió un túnel largo, pintado de blanco, que desaparecía en la oscuridad.

Se quitó la mochila, sacó las bengalas y leyó las instrucciones; entró en el túnel y fue avanzando lentamente hasta que no pudo ver nada en absoluto. Cada bengala debería durar varios minutos. Confiaba en que el túnel atravesaría directamente el dique hasta una puerta gris del mismo estilo situada al otro lado del barranco. Quitó

el alambre de una bengala, tiró de la cuerda y la mantuvo lejos de la cara. El túnel se iluminó como en pleno día, con una llama roja y chispas que le quemaban el dorso de la mano. Fue de prisa por el túnel y vio unos ratones corriendo por el suelo, pequeños ratones de campo que chillaban y desaparecían tras la pared, aunque no vio ningún agujero. Pronto llegó a una escalera muy empinada que bajaba en dirección contraria, hacia la parte inferior de la presa. Se agarró con una mano a la baranda de la pared, y con la otra levantó la bengala y bajó la escalera rápidamente. Al final de ésta encontró una sala llena de recipientes y con gruesas tuberías en las paredes. Hrafn calculó la dirección, se volvió hacia la derecha y siguió la pared hasta una esquina, y después la siguiente pared hasta una puerta que daba a otra sala.

En esta última descubrió una puerta en la dirección adecuada, que podría llevar hacia arriba igual que la puerta por la que había bajado. Atravesó la sala, pero se detuvo en el centro, entre dos recipientes que le llegaban hasta el ombligo. Allí dentro reinaba un silencio absoluto. Levantó la mirada, pero no vio el techo. El agua de los recipientes era tranquila y oscura, y se le ocurrió pensar que aquellos contenedores debían de estar repartidos por buena parte del dique, incluso podían ocupar el túnel entero, donde el río se filtraba a través del hormigón y salía por el otro lado.

La luz de la bengala iba disminuyendo y Hrafn comprendió que pronto se apagaría, no por la llama en sí, sino por la oscuridad que se iba haciendo más densa a su alrededor: las paredes ya no se veían y apenas podía distinguir la silueta de los recipientes más cercanos. Sacó otra bengala de la cintura de los pantalones y en ese momento miró casualmente la puerta que daba hacia la escalera y hacia Vigdís. Si no se equivocaba, se oían pasos y el golpe de una puerta en lo alto del dique. Luego oyó un grito, o más exactamente *un chillido*. Hrafn notó que se le erizaba el vello, y casi al mismo tiempo se oyó otro grito, más fuerte que el primero, e inmediatamente después un estampido, alto y fuerte, como de una pistola. No se oyó nada más.

La llama se apagó, y Hrafn se quedó confuso y perdido. Los brazos le colgaban inertes a los costados, el corazón le saltaba en el pecho, y puntos blancos y rojos se deslizaban ante sus ojos. Parecía no poder respirar suficientemente hondo y abrió los ojos al máximo, aunque en aquella oscuridad no veía absolutamente nada.

Se dejó caer de rodillas y, al mismo tiempo que intentaba tomar aire, tanteó el suelo en busca de una bengala; dejó escapar un débil quejido al coger la usada, que seguía caliente, y la arrojó lejos.

Alguien entró en la sala. Hrafn se tapó la boca con una mano para no hacer ningún ruido y, sin moverse, clavó los ojos en la oscuridad, hacia la puerta. Percibió un débil ruido, como de talones arrastrándose lentamente por el suelo. Y entonces cesó el ruido.

No se oía nada en la oscuridad, pero Hrafn sabía que no estaba solo: a escasa distancia de él había alguien escuchando, inmóvil. Con la mano libre tanteó cuidadosamente el suelo, cerró los ojos y oyó un chapoteo en uno de los contenedores, como si se moviera el agua que contenía. Ya no sabía hacia qué dirección tenía que volverse y había empezado a confundir arriba y abajo, cuando notó algo en la palma de la mano.

Se puso en pie de un salto, levantó la bengala alejándola de la cara y tiró de la cuerda. Una luz roja inundó la sala; volvió a ver las paredes y el techo y las tuberías que bajaban por las paredes, y el agua de los recipientes brilló débilmente como en una puesta de sol. Se protegió los ojos y miró a su alrededor, por toda la sala, pero no vio a nadie. En el suelo, delante de él, había un charco, y el agua de otro recipiente se movía un poco, como si algo hubiera entrado o salido de ella.

Del charco salían huellas húmedas de los otros animales. Siguió las huellas como hipnotizado y llegó a otra sala más, del mismo tipo que las otras, lo que quería decir que había tres habitaciones o que estaba volviendo sobre sus pasos. Las huellas atravesaban la sala y Hrafn las siguió; llamó a Vigdís y vio brillar débilmente unos pequeños ojos rojos en la oscuridad: los ratones. Llegó a una puerta y al otro lado encontró una escalera que no llevaba hacia arriba, sino que descendía. Bajó la escalera corriendo; creía oír a Vigdís sollozar a poca distancia de él, delante, y corrió aún más; llegó a un largo pasillo con tuberías que serpenteaban por las paredes. Al correr vio que bajaban y subían, se ramificaban y seguían su camino.

El túnel terminaba en una sala, más pequeña que las que encontró en la parte superior de la presa, y allí hacía un calor sofocante. En mitad de la estancia había un contenedor, y, pegada a una pared, una máquina que recordaba a un armónium y que hacía un ruido estrepitoso se extendía hasta el techo de la sala. Delante de la máquina había tres montones de forma cónica que le llegaban hasta el pecho. Estaban llenos de huesos y abiertos por delante, exactamente igual que el montón del poblado en el que

habían encontrado la foto de Vigdís. Esparcidos por el suelo había huesos secos y finos, que se deshacían en polvo al pisarlos.

La luz de la bengala ya había empezado a debilitarse. Se acercó a uno de los montones y vio que los huesos estaban pegados con una especie de líquido o de pasta. En el primer montón había una herramienta que parecía un cortaalambres, así como joyas y ropas que habían pertenecido a Anna y que estaban desgarradas en tiras. En el suelo había un reguero de sangre que salía del siguiente montón, como si hubieran arrastrado algo por allí. En el tercer montón vio la silueta de una persona que estaba de espaldas a él y que tenía las piernas cruzadas, pero los huesos impedían verle la cabeza.

—Vigdís... —dijo en voz baja, agachándose al lado del montón—. ¿Eres tú?

La bengala se apagó y la oscuridad se adueñó de todo. Escuchó con atención por si oía alguna respuesta, extendió el brazo y notó que se sumergía en agua, como si hubieran tirado de él. El agua era ácida y densa como la saliva, y se vio arrastrado y obligado poco a poco a sumergirse hasta que aquel líquido viscoso le cubrió el rostro, y entonces empezó a oponer toda la resistencia que pudo: pateó y se volvió boca arriba hasta que oyó en el montón el ruido de que algo se rompía, los huesos cayeron al suelo y lo que había en el interior del montón salió bruscamente de éste.

Cogió la última bengala, tiró de la cuerda y vio algo que desaparecía en el contenedor del centro de la sala. Corrió hacia el recipiente. A su alrededor, en el suelo, había dedos y dientes ensangrentados. El contenedor estaba vacío y en su interior había una escala. Hrafn se puso la bengala en la boca, sujetándola entre los dientes, y bajó por la escala, que terminaba en una angosta tubería. Las paredes eran de hierro y la altura era apenas la suficiente para caminar erguido. En una dirección, la tubería se elevaba abruptamente hacia el dique, pero en la otra descendía en suave pendiente; desde allí le llegó el sonido de alguien que se alejaba a toda prisa. Hrafn le siguió, corrió por la tubería hasta que muchas se unieron hasta formar una sola que ya no estaba inclinada, lo que indicaba que las lomas habían quedado atrás. Las paredes metálicas desaparecieron, y en su lugar surgió una resplandeciente roca oscura. Hrafn deslizó los pies sobre la piedra resbaladiza y pensó que lo que había estado persiguiendo corría entre las paredes sin tener una luz con la que iluminar el camino, aunque pareciese imposible.

El túnel se dividía en dos. El de la derecha estaba inclinado hacia abajo y lleno de agua. Hrafn no distinguía el color del agua, pero imaginó que seguramente procedería del río, y que el túnel era el mismo en cuyo interior habían desaparecido Egill y Anna. En torno a la abertura del túnel había un grueso marco metálico y se veía el extremo de una trampilla que entraba en él, sin duda destinada a dirigir el flujo de agua desde la laguna.

No tenía miedo. En menos de un minuto, la bengala ya no le sería útil y entonces no podría ver nada, pero sin duda se acostumbraría, ¡parecería una larga y oscura sacada! Corrió por el túnel a toda velocidad y, antes de darse cuenta, distinguió un

movimiento cerca de él: alguien se pegaba contra la pared y desaparecía en ella. Hrafn levantó la bengala y vio otro túnel lateral, un marco de acero y una trampilla que en ese mismo instante empezó a moverse para tapar la abertura. Intentó detener la trampilla, pero era demasiado tarde: el túnel se cerró y poco después se apagó la bengala.

Fijó la mirada al frente, en la oscuridad, pero no vio nada más que el rostro de Vigdís, inexpresivo y pálido, al desaparecer en el túnel. Ni una zarpa tapándole la boca, ni una pistola en la cabeza. Solamente ella. *Sola*.

¿Quién metió el cordero en la chimenea?

Hrafn percibió la pesadez de la roca a su alrededor, el profundo silencio que no era silencio, sino algo que zumbaba dentro de su cabeza. De pronto le vino la idea de que nunca habían terminado el juego que empezaron en el coche, poco antes de que se produjera el accidente: el juego de «piensa en algo». Nunca supieron lo que había pensado Anna. Según las reglas, Skimmi Stokkur, el hombrecito de las rocas de los apartamentos de estudiantes, no habría sido válido porque era invisible. ¡Ni ellos tampoco! Ellos tampoco valían en el mundo material, sino que estaban en una especie de limbo entre la vida y la muerte, y no sabían ir en una dirección ni en la otra.

Empezó a andar. Fue arrastrando los pies, y llevaba los brazos estirados para no chocar con las paredes, pero entonces renunció; se dirigió sin vacilar al centro, donde la oscuridad era más profunda, y tomó la determinación de caminar erguido, la espalda un poco doblada y tanteando con los brazos hacia el frente como un insecto. Era algo que siempre le había diferenciado de los demás, Hrafn no dejaba que fuera su entorno quien decidiese lo que él debía hacer, y tenía fuertes sentimientos hacia sí mismo y sus propios valores: *autocontrol*.

Con el tiempo, fue como si la oscuridad se hiciera más profunda; se abrían túneles y se ramificaban en más túneles que se hundían en la tierra o subían a la superficie, se reducían al bajar hacia la nada, o se convertían en inmensas bóvedas. Le era totalmente indiferente dónde podía acabar: otra vez en el dique, dándose de narices con el viejo o en un váter de Egilsstaðir. Pensó en el Minotauro y en el taladro que había perforado aquellos túneles, puntas de diamante que giraban en una sola dirección sobre un pene de metal que giraba en dirección contraria, incansable, dando vueltas en círculo como un animal herido y abriéndose paso a través de la montaña; se vio a sí mismo tranquilo en medio de aquel artefacto, en una pequeña celda de control apretando botones, accionando manivelas, mirando una pantalla donde la roca se iba deshaciendo sin pausa bajo los ardientes diamantes, el taladro atravesaba la tierra y la iba vaciando para que la gente pudiera perderse en ella, círculo tras círculo, hasta que todo coincidiera en el centro.

Tras una larga caminata en la oscuridad distinguió unos movimientos en el techo; oxígeno fresco fluía hacia él desde un túnel que corría en perpendicular, el suelo era liso y no convexo, y se extendía hacia arriba.

Salió a la superficie y poco a poco le fue llegando más luz. Cuando los ojos se habituaron al resplandor, salió a la arena, en las faldas de la loma desde la que habían visto la presa la primera vez. En el horizonte vio el establo y el pajar, y al lado de éstos, la casa.

Se dirigió hacia la casa. Ya no estaba seguro de nada de lo que había sucedido; se

imaginó a Vigdís todavía en la verja de lo alto del dique, donde seguiría esperándole, o mejor, que se habría dejado atraer hacia lo alto del dique, algo la atacaría y una manaza peluda le taparía el rostro y la forzaría a obedecer. ¿Quién?

¿Quién metió la foto en el agujero? ¿Quién metió el cordero en la chimenea? ¿Quién se cortó los dedos en el dique? ¿Quién empotró el coche contra la casa?

Corrió, y cuanto más se acercaba a la casa, más sentía como si tirasen de él. Parecía capaz de correr tan rápido y tanto tiempo como le apeteciera, saltaba en el aire y movía un hacha invisible que hundía en la cabeza desde la verja; añadió unas huellas que se alejaban de él; blandía el hacha y asestaba golpes para estamparla sobre la cabeza de su oponente, rajándolo hasta abajo, y en una sola ocasión se detuvo del todo, vio el movimiento de aquella arma a través de la cabeza, atravesando el tronco y hundiéndose en la tierra.

Dejó el hacha en la arena y siguió corriendo. Vio varias personas más corriendo en la misma dirección, saltando con hachas a enorme altura en el aire, arrojando lanzas, brincando desde las rocas, con ojos enrojecidos y un cuchillo entre los dientes, mordiendo los bordes de los escudos, rompiendo pedruscos sobre las cabezas, blandiendo mazas, rajando cuerpos con espadas y hachas. Olas rojas atravesaban el arenal y él tenía la sensación de deslizarse o de flotar.

Llegó al establo y al pajar y dejó de correr. Delante del pajar vio a la pareja de ancianos, casi como si estuvieran esperándole: el hombre sonriente como un tonto y la mujer inexpresiva. Hrafn se acercó a la anciana, extendió hacia ella un dedo amenazante y dijo que ellos serían los responsables de lo que le pudiera suceder a Vigdís, a quien llamó «mi mujer».

Se volvió hacia el anciano, riendo.

—¿Y dónde está tu mujer, emoticón? —Su pregunta estaba motivada por la teoría de Anna y de Vigdís sobre el incesto—. ¿Quién estaba en el cuartucho del despacho? ¿Dónde está el niño?

No respondieron, y les dijo que conocía la forma de hacerlos hablar; fue hacia el barril gris que contenía el alcohol y lo volcó. El grifo se rompió, el líquido incoloro se derramó y salió por la puerta hasta donde estaba la anciana. El hombre había desaparecido.

—¡El emoticón se ha largado! —exclamó Hrafn, y vio que ella miraba de reojo hacia el establo—. ¿Se ha metido en un pesebre para ocultarse entre las vacas invisibles? —La anciana seguía en silencio, y él la cogió por el hombro, la empujó hacia el charco y la hizo sentarse en el medio; sacó el mechero y encendió un cigarrillo.

—¿Qué has hecho? —dijo la anciana en voz baja, no parecía que él la asustase—. ¿Dónde están tus amigos?

—Soy yo quien te está preguntando a ti —gritó Hrafn, y la anciana dijo que no con la cabeza—. ¡No niegues con la cabeza! —exclamó él, amenazando a la mujer con el cigarrillo. Preguntó por la presa, por el poblado, por Vigdís y Egill y lo que le

había pasado a Anna, se oyó a sí mismo preguntar por todo eso y sintió que estaba acercándose al meollo del asunto, aunque no llegaba a comprender cómo—. Aquí hay más gente además de nosotros, ¿no es verdad? ¿Quién está ahí fuera?

—Ahí fuera no hay nada —dijo la anciana, que seguía moviendo la cabeza—. Está aquí. —Extendió el brazo, puso la mano sobre el pecho de Hrafn y le dio unos golpecitos. Él la agarró por la muñeca y la tiró al suelo—. Mira la foto —dijo ella sin levantarse del charco. El líquido había dejado de salir del barril, pero el charco seguía creciendo.

—¿Qué foto?

—La que llevas en el bolsillo. La de tu mujer.

Se llevó la mano al bolsillo trasero de los pantalones y sacó la foto de Vigdís. Desde su cabeza se extendían líneas apagadas que parecían palidecer y hacerse más densas cada segundo, similares a los cuernos de un animal. También su gesto había cambiado: los ojos estaban abiertos, pero sólo se veía el blanco; la boca entreabierta mientras se rajaba los pechos dibujando hilos sangrientos.

—¿Qué es esto? —preguntó él apartando bruscamente los ojos de la foto—. ¿Qué le estáis haciendo?

—Nosotros no hemos hecho nada —dijo ella, y su sonrisa se ensanchó como si viera una duda en su rostro—. Todo lo habéis hecho vosotros mismos.

Él se agachó a su lado, le dio una larga calada al cigarrillo y sopló el humo a la cara de la anciana.

—Voy a prenderte fuego, ¿qué te parece, vieja bruja? Luego prenderé fuego a tu hombre, y a las vacas invisibles, y al heno y a la casa. No quedará nada, no habrá ninguna señal de que alguien ha estado alguna vez aquí.

Levantó la mirada y vio al hombre aparecer en la puerta del establo. En las manos llevaba un palo que terminaba en una larga hoz afilada. La sonrisa había desaparecido y el sarpullido de su rostro formaba un triángulo desde la parte superior de la nariz hasta las comisuras de la boca, dejando ver la roja carne, como si la piel se estuviera desportillando.

—¿Y qué tenemos aquí? —dijo Hrafn irguiéndose—. ¿Has cogido la hoz y te vas a segar? ¿Dónde queda el prado?

El hombre blandió la hoz en movimientos bruscos y cortos; luego dio un paso adelante y volvió a blandirla: soltó el centro de la hoz y, sujetando el extremo, la pasó por delante de Hrafn hasta detrás de la cabeza, y le rozó el cuello al recogerla.

Hrafn se quitó el cigarrillo de los labios y lo tiró al charco donde estaba sentada la anciana. Se dio la vuelta, oyó un estallido como el que produce una sábana al agitarse con el viento y salió corriendo del pajar; notó el calor a la espalda y oyó gemir a la anciana.

—¿Estás enfadado por algo, viejo? —exclamó, riéndose del anciano, que le perseguía con andares patosos, no demasiado deprisa, y que seguía con la hoz en la mano.

Cuando Hrafn llegó a medio camino de la casa se detuvo; se oyeron chasquidos en la madera del pajar, las llamaradas salían por la puerta. Al lado de la farola había tres agujeros en la arena, largos y profundos.

Los gemidos de la anciana pararon y los sustituyeron los agudos chillidos de los zorros que salían del pajar. Ya no eran dos, sino una manada entera, cientos o miles de animales. Fueron corriendo por el arenal como llamaradas de oscuro color rojo; pasaron por delante del anciano y por la esquina de la casa en el momento mismo en que Hrafn entraba corriendo en el pajar. Le mordieron ferozmente en los tobillos, le saltaron a la espalda, se agarraron a ella, treparon hasta los hombros y hundieron sus pequeños y afilados dientes en la carne. Hrafn cayó de rodillas, trepó a cuatro patas la escalera de la casa; la sangre le brotaba del cuello y del rostro, y se caía por los escalones. Se arrastró durante el último trecho hasta la casa, se arrojó dentro, apenas entreabrió la puerta, y cerró.

Dimensiones de este mundo

Apoyó la espalda contra la puerta, recuperó el aliento, buscó un cigarrillo en los bolsillos y lo encendió.

—¡Anna! —gritó—. ¡Ya estoy aquí! —Estiró el brazo hasta la barra de la puerta y la cerró.

Sonó un golpe en la puerta y la hoz la atravesó justo por encima de la cabeza de Hrafn. Se apartó de la puerta, se levantó y vio que no sólo el suelo estaba cubierto de sangre, sino que ésta también goteaba del techo y se escurría sin cesar por las paredes. La hoz apareció como el largo y afilado pico de algún pájaro, adentro y afuera, adentro y afuera, graznando por toda la puerta.

Se adentró en la casa y vio a Anna tumbada en el suelo de la cocina. Cuando Hrafn se acercó, ella se encogió en un ovillo.

Él se dejó caer sobre una silla y suspiró profundamente; se frotó la cara con las manos intentando apaciguar el cansancio que se estaba volcando sobre él.

—Te voy a dar las pastillas, Anna, cariño. Para que no te duela —dijo, pero ya no reconoció su propia voz—. Luego iré a por un cortaalambres para la verja. Vigdís está en la presa, tengo miedo de que sea demasiado tarde, ya no tengo ninguna fe en esto... Todo se ha ido, mi querida Anna. Pero nunca fue nada, y ahora se ha ido... Nada se ha ido. —Tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó.

En este mundo hay dimensiones que no vemos.

Golpeó el suelo varias veces con los pies y Anna se encogió aún más en su ovillo.

—No lo sé, Anna... ¿Has oído la historia de Jónas *Coño de ballena*? Una vez había varios hombres recorriendo las playas de los fiordos del oeste cuando encontraron una gran ballena varada. Treparon encima del animal, pero de pronto un hombre llamado Jónas desapareció en el interior de la ballena, sólo sobresalían los hombros y la cabeza. Había pisado justo en el coño de la ballena, y los hombres tuvieron que hacer un enorme esfuerzo para sacarle. Después de aquello nunca más le llamaron otra cosa que Jónas *Coño de ballena*.

Se levantó, cerró la puerta de la cocina, fue a la ventana y miró el paisaje, que resultó ser deslumbrantemente blanco. Nunca había tenido ninguna sensación especial sobre sí mismo, únicamente que estaba solo. Y lo mismo podía decirse de todos ellos. Se veían a sí mismos en todo, pero no se encontraban en nada.

En el alféizar estaba la foto de la pared que Vigdís había tirado al suelo, unos cuantos trozos de cristal y el marco roto. La mujer de la foto era bella, pero sus ojos no tenían vida: temía al hombre que estaba a su lado, así que lo compensaba con viajes de negocios a Nueva York y Londres, la cría de los niños, las amigas y algún que otro adulterio; no tenía fuerzas para nadie más que para sí misma, nunca había

llegado a ser más que una adolescente, y su rostro era una máscara que no ocultaba nada. Y el hombre era una rata feroz, arrastraba tras de sí una bolsa llena de avaricia, y lo único que necesitaba de la sociedad era una bala en la cabeza. Sus padres.

Era culpa de ellos, todo era culpa suya. Culpa de otros.

Se inclinó sobre Anna, la hizo ponerse de pie, temblorosa, y la tumbó encima de la mesa de la cocina. Ella agitó los muñones y las gasas se le cayeron de las manos. Hrafn fue a por el frasco de las pastillas, deshizo algunas en un vaso y le ordenó que dejara de pelear, aunque probablemente ella no podía oír nada; con los restos de su camiseta le ató los brazos a la espalda, y le sujetó la mandíbula hasta que hubo tragado el polvo, entonces la boca se abrió tanto que pudo verle el fondo de la garganta.

Cuando se calmó y se relajaron sus músculos, él examinó los muñones ensangrentados y cómo le habían cortado los dedos: con una incisión limpia y directa. Le pasó la palma de la mano por el abdomen, que estaba húmedo y caliente; le acarició suavemente las heridas del vientre, que estaban más hinchadas y azuladas que antes, y notó cómo ella agradecía y evitaba al mismo tiempo el roce. Su cuerpo estaba húmedo y rajado, hasta el último poro sudoríparo estaba abierto de par en par como una pequeña boca, la respiración rápida, y exhalaba un olor pesado y caliente, como a barro y a sangre. Le pasó la mano por los pechos y deslizó la mirada a su entrepierna, donde se veían finos mechones de vello rubio; notó cómo ella se sobresaltaba cuando la tocaba, se le ponía la carne de gallina y se levantaba un poco sobre la mesa, y entonces estiró la espalda como en un espasmo.

Los graznidos parecían un parloteo atronador en el exterior de la casa. Las paredes de la cocina empezaron a escurrir sangre y se enrojecieron, y la olla que había en el fogón comenzó a hervir.

La sangre de mí mismo, pensó a la vez que vislumbraba la silueta de algo que aún no acababa de comprender. Sin pretenderlo, recordó las antiguas leyendas populares sobre los elfos que habitaban en piedras y en rocas, y que con brillantes luces atraían hacia ellos a los viajeros extraviados, los encerraban dentro de la roca y nunca más se volvía a saber de ellos.

Se sintió invadido por una violenta sensación de claustrofobia, miró alrededor en busca de algo que pudiera calmarle y en la pared vio una puerta de cuya presencia no se había percatado hasta entonces.

Quizá pudiera salir.

Fue a la puerta, la abrió y vio una estrecha escalera que bajaba al sótano de la casa; era empinada, con muchos escalones pequeños, o más larga de lo que parecía. Encendió un cabo de vela que encontró en la cocina y fue bajando los escalones con mucha precaución.

Al final había un pasillo que se extendía por el resto de la casa. A cada lado se abría una habitación, y en el otro extremo del pasillo, exactamente igual que en el piso superior, había una puerta. La primera habitación estaba llena de cajas de cartón

que se habían ido deshaciendo y desperdigaban su contenido por el suelo: fotos de carroñas esparcidas por el arenal, un ternero de dos cabezas, una oveja atada y con las tripas fuera, un zorro con el vientre rajado y pájaros atados sobre la cabeza. En la siguiente habitación había plantas de brillantes colores verdes y rojos, que exhalaban un aroma fuerte y denso como a fruta en descomposición. En las ramas había posados pájaros de grandes picos y diminutos ojos rasgados. En el cuarto se oía un susurro como de júbilo apagado o de lluvia retumbando sobre un tejado.

Hrafn no estaba ya seguro de dónde se encontraba. Ante la puerta del final del pasillo había unas tablas sujetas con clavos, pero poco firmes y podridas por la humedad que reinaba allí abajo, y al otro lado sonaban ronquidos rítmicos. Extendió el brazo y empezó a soltar las tablas; notó cómo se deshacían entre sus dedos y abrió la puerta. La corriente de aire que penetró en la habitación apagó la vela y los ronquidos cesaron.

Miró el interior de la oscura habitación. En el otro extremo había una cama enorme, y encima de ésta se distinguía el contorno de una ventana. Las cortinas estaban echadas, pero a través de ellas entraba una luz débil. Entró en la habitación con paso vacilante y se detuvo ante los trozos de roca y de arena que cubrían el suelo. Descubrió entonces un agujero, en la pared más cercana a él, por el que asomaba el frontal del todoterreno que se había empotrado en la casa una vez, hacía mucho tiempo. El faro delantero estaba destrozado, aunque de vez en cuando producía un leve destello de luz, y al otro lado de la pared se oía un débil zumbido, como de aceite cayendo sobre la arena.

Se adentró más en la habitación, de puntillas y con mucho cuidado para no tropezar con las piedras del suelo; oía crujir la arena bajo sus pies. De la cama que había debajo de la ventana se escapaba un chirrido, algo estaba dando golpes, y Hrafn no sabía de dónde procedía. En una ocasión, después de clase, se topó con aquellos dos chicos, «los loquillos», y los acompañó hasta la placita de Hraunbær, los dejó que le obligaran a entrar en uno de los portales y a subir a un apartamento frío y casi vacío del último piso. Aunque cada vez tenía más miedo no dijo nada, no quería que se enfadaran y le hicieran algo malo, pero en ese momento no pudo contenerse más, dijo que quería irse a casa y empezó a sollozar. Los loquillos se rieron y le fueron empujando hasta llegar a una puerta situada en el fondo del apartamento. Uno de ellos abrió la puerta, le hizo entrar de un empujón y la cerró. La habitación estaba a oscuras, pero a través de las cortinas del otro extremo se dibujaba el contorno de la placita, desde la que llegaba el chirrido de un columpio. La luz del día intentaba penetrar allí, pero no podía: la distancia era demasiado grande. El olor de la habitación era espeso y agrio, y en la oscuridad ardía una luz rojiza como de un cigarrillo. Alguien dijo algo, y Hrafn apoyó la espalda contra la puerta.

Encendieron una lámpara y se insinuó la sombra de un hombre, que estaba sentado en la cama y empezó a hablar con voz baja y extraña. Los ojos eran dos rendijas en una cabeza demasiado grande que giraba sobre los hombros, el cabello

negro y rizado como el humo se extendía hasta muy arriba, el torso apergaminado, la piel había empezado a hundirse en todas partes dejando traslucir la carne de debajo.

Se dio la vuelta y tiró del pomo, pero la puerta estaba cerrada con llave por fuera. Su cuerpo se volvió aletargado y pesado, y algo se rompió en su interior; sintió las lágrimas que le corrían por las mejillas y gritó pidiendo ayuda, llamando a su madre, diciendo que quería irse a casa, pero no podía moverse, sentía el vacío de su interior aumentar y tragárselo todo.

La sombra se levantó, tiró de él y lo tumbó en la cama, y volvieron a empezar los ruidos. Hrafn sentía como si estuviera mirando abajo, a la cama; la sombra que se movía encima de él y que unas veces se apartaba y otras se apretaba parecía un agujero oscuro, una roca negra, una casa envuelta en niebla. Después no hubo nada que decir, al menos él no podía hacerlo.

Más tarde estaba en su casa de Selás. Tumbado en la cama, mirando por la ventana un árbol de cuya presencia no se había dado cuenta hasta entonces. Las ramas eran negras y lustrosas. Su padre entró por la puerta; estaba enfadado y empezó a reñirle. Fueron al baño, donde su padre le limpió la sangre que le caía por las piernas. Después conversaron sobre lo sucedido, su padre le puso el pijama y él volvió a acostarse en la cama. La luz que había en la habitación era de un blanco deslumbrante. Su padre estaba sentado en el suelo, a los pies de la cama, llorando. Hrafn apartó la mirada y la dirigió al árbol, a través de la ventana. Su contorno se debilitó, se disolvió y finalmente desapareció en la niebla.

La naturaleza

—Vamos a jugar —dijo alguien.

Todo estaba envuelto en niebla. Delante del parabrisas la niebla era amarilla en los bordes y blanca en el centro, como si estuvieran atravesando un túnel. Hrafn respiraba deprisa, tenía la sensación de estar cabeza abajo, volando por el aire, en muchos sitios a la vez. Y, sin embargo, se sentía tranquilo en su interior, como si nada de lo que él hiciera pudiera cambiar algo.

Parpadeó y vio las manos aferrando el volante delante de él. En medio del volante había un agujero y una bolsa blanca colgando allí, deshinchada. Un globo semejante colgaba del salpicadero, delante del asiento del copiloto.

Estaba en el coche.

El parabrisas estaba cubierto de grietas que se dividían en finas líneas hacia los lados, crecían y se ramificaban en más rayas hasta que el cristal entero era una tupida red de líneas. Delante había una casa oscura, tenebrosa, o una roca que se empotraba en el coche.

No había ninguna casa.

Sin ver nada por el parabrisas, Hrafn percibió cómo el oscuro peñasco se cernía sobre él, cómo el coche se empotraba más aún en la roca y el metal del capó se desgarraba y se arqueaba; los conductos se rompieron y el metal del motor lanzó chispas al chocar contra la roca.

¿Cuánto tiempo llevaban allí dentro?

¿En casa de los elfos que viven en piedras y en rocas, y que con brillantes luces atraían hacia ellos a los viajeros extraviados, los encerraban dentro de la roca y nunca más se volvía a saber de ellos?

Un vapor gris llenaba el coche. Por todas partes había trozos blancos de papel que flotaban en el aire, giraban con asombrosa lentitud y parpadeaban débilmente.

Una vez, cuando Hrafn era joven y en la vida había aún algo bueno, igual que entre Vigdís y él, acompañados por un agente inmobiliario fueron a ver una vivienda del centro. Estaban buscando su primera casa juntos, y el mercado se hallaba en plena burbuja; Hrafn lo sabía, pero hasta ese momento no había pensado exactamente en lo que aquello quería decir.

¿En una burbuja?

Vigdís fue con el vendedor al piso de arriba mientras Hrafn se quedaba en el salón de la primera planta. Miró casualmente un clavo de la pared, donde en tiempos había estado colgado un cuadro, y otro clavo que había al lado del primero; miró casualmente la estufa, veinticinco kilos de hierro, más o menos, y vio que el tubo desaparecía dentro de la pared; se imaginó que el conducto seguiría a través de las paredes, dos paneles de placas de madera dura con aislante en medio, y desembocaría en la alcantarilla. Pensó en el techo de la casa, cubierto con chapa ondulada, cuarenta

placas de chapa clavadas con, aventuró, trescientos clavos metálicos sobre una viga de madera, y en las cuatro paredes de la casa, que constaban también de ochenta placas de chapa unidas con ochocientos clavos baratos de una tienda de materiales de construcción. Estaba en una casa que en su origen fue tablonera, clavos, chapa ondulada, tuberías metálicas y como cincuenta metros de cable eléctrico revestido de goma. ¿Cuál era el valor material de una casa así?, pensó mientras miraba el suelo entre sus pies. Aventuró que serían cuatro millones de coronas, pero ¿por qué, entonces, había mencionado el vendedor treinta millones de coronas? ¿En qué radicaba la diferencia entre las dos cifras?

No compraron la casa.

Las grietas seguían extendiéndose por el parabrisas, enlazándose unas con otras, haciéndose más profundas, disolviéndose, y en un instante el parabrisas había desaparecido. Ante Hrafn estaba el peñasco negro, levemente lustroso, que seguía acercándose a la misma parsimoniosa y casi narcótica velocidad.

No estaba solo en el coche.

Volvió la cabeza a un lado, despacio, como si tuviera que hacer un gran esfuerzo durante un largo tiempo para conseguir moverla, y sin embargo fue como si estuviera observando todo lo que sucedía. Había alguien en el asiento del copiloto, a su lado, gruñendo en voz baja. Poco a poco apareció Egill, o lo que quedaba de él. La parte inferior del rostro era un guiñapo: la mandíbula inferior y la lengua habían desaparecido por completo, como si lo hubiera atacado un depredador que le hubiese devorado el rostro. Egill se encontró con la mirada de Hrafn y puso un gesto risueño y burlón, como si ya no importara en absoluto. Los dos se echaron a reír, y Hrafn asintió con la cabeza, no pudo evitarlo; de pronto la mandíbula estaba tan tiesa que temió quitársela de un mordisco y quedarse como Egill.

¿*Dónde están las chicas?*?, preguntó Hrafn, o lo pensó solamente, y en ese mismo instante supo que tenían que estar en el asiento de atrás, como siempre. Quiso volverse, pero notó que no era capaz, alguna fuerza le aplastaba cada vez más fuerte hacia delante, y el cuerpo empezaba poco a poco a levantarse del asiento. En el espejo retrovisor vio el contorno de una masa que debía de ser Anna, y a su lado estaba Vigdís. De su cabeza surgían unos cuernos blancos, que se ramificaban finos y delgados hacia lo alto, casi como si los hubieran afilado. Sus ojos eran esféricos y brillantes, y miraban hacia lo alto, el gesto lleno de inocencia y sensualidad. Donde antes estaban los pechos brillaban ahora unas blancas costillas, amarillas perlas de grasa dispersas, y un líquido cristalino brotaba del pecho destrozado.

Hrafn parpadeó y subió aún más, alejándose del asiento. Distinguió otro movimiento y supo que Anna también iba por los aires. La cabeza de su amiga chocó con el respaldo del asiento del copiloto, desde donde Egill se había elevado también hacia el aire y se dirigía hacia fuera del coche, por el marco vacío donde había estado el parabrisas. Los brazos estaban pegados a los costados, pero la encía inferior sobresalía del rostro como un balcón del revés, otorgándole un aspecto cómico. Hrafn

pensó por un momento que la única persona que no podía ver cómo había quedado de destrozada era él mismo, y algo semejante podía decirse de los demás, lo que debía de ser una especie de acto de *misericordia*. Él necesitaba conservar todo lo suyo. Como si los últimos días, meses, años o segundos le hubieran mostrado que no era lo bastante fuerte para seguir adelante; él era una combinación de partes diversas que chocaban unas con otras, una mezcla ininteligible de verdades y mentiras que intentaba disimular. Cada movimiento que había hecho en la vida acrecentaba su propio sufrimiento y el de todos cuantos le rodeaban. El mundo sería mejor sin él.

Sintió algo tibio extenderse entre sus piernas y tuvo la vaga sensación de que el mundo se encogía, que sus pensamientos y sus sensaciones iban confluyendo unos con otros y que todo acabaría fundiéndose en una sola cosa. Sin ver nada más que el peñasco de delante, Hrafn supo que la tierra de alrededor sería extrañamente lisa y silenciosa, como si desde el inicio de los tiempos allí no se hubiera producido todavía movimiento alguno.

Hrafn movió la cabeza como para decir que no a algo, aunque no estaba seguro de lo que era. Sentía el cuerpo extrañamente entumecido, casi como si ya no le perteneciese a él. Miró acercarse el peñasco, el metal retorcerse y arrojarse hacia él; oyó cristales que se rompían y el zumbido del aceite caliente sobre la arena. Finalmente, volvió a cerrar los ojos, notó el peñasco estampándose contra su cabeza, introduciéndose en él y atravesándolo de parte a parte.

VIGDÍS

Al principio todo estaba oscuro, pero luego se fue dibujando una línea que separaba cielo y tierra, un borde gris oscuro que se deshacía lentamente. El viento cesó, los granos de arena se posaron muy juntos unos a otros, y por un rato fue como si la tierra adoptara un color más sombrío. En ese mismo instante se hizo un profundo silencio en el cielo, no preñado de esperanza, sino como el de una habitación cuya puerta acaban de cerrar con un portazo, que provocó un crujido de la madera. Si se escuchaba con atención, se podía distinguir un leve zumbido o un tono continuo dentro del silencio, como una desesperación tan angustiada y definitiva que la materia parecía incapaz de contenerla, y los sentidos señalaban los bordes, donde se vertía sobre los peñascos del mundo como un río rugiente. Lo primero que se veía de ella era el rostro, brillante y manchado, como si estuviera asomado a un agujero de la oscuridad. Después estaba el cuerpo entero: se movía por la arena a golpes como si sólo el azar decidiese si las dos piernas se movían en la misma dirección. No miraba hacia abajo, sino directamente hacia el frente, hasta que los contornos del glaciar se destacaron en el cielo. La cima fulguraba, aunque todavía hubiera tinieblas abajo en la tierra, y extendió los brazos como para tocarlo.

Se oyó un zumbido en el aire y dos cisnes pasaron volando con el cuello estirado hacia delante y las alas atrás, y desaparecieron sobre el glaciar. El mundo era llano y liso, esponjoso como el barro, pero ella continuó adelante. No recordaba cuándo se había quitado la ropa.

El sol se deslizaba por el cielo y Vigdís lo seguía. Al pisar la tierra se alzó en el aire un torbellino de finísimo polvo destellante y, un instante después, un coche se detuvo a escasa distancia. Estaba rodeada de personas que se habían inclinado sobre ella, olía a gasolina y decían que iban a ayudarla. Poco después apareció en el cielo un punto negro que se aproximó hasta que su ruido se hizo insoportable. La levantaron, le pusieron una mascarilla en la cara y entonces voló muy alto sobre una inmensidad blanca que era el glaciar o lo que en un tiempo había sido su propia vida.

Cuando pensaba en el pasado se asombraba de lo mucho que había luchado en la vida y cuánto había ganado de su sufrimiento o de su alegría. ¿Por qué? Hasta ella llegaban imágenes del pasado que le habían provocado conmociones enormes, pero ya no se abrumaba al sentirlas, ya no las tomaba como algo tan personal. Se sentía tranquila. La respiración era lenta y profunda. Todo lo que ella era empezaba a alejarse y la idea de *individuo* parecía cada vez más improbable. ¿Por qué siempre aquella eterna necesidad de defenderse del mundo?

Veía las ciudades, las casas, todas aquellas cajas a los lados de las calles, donde la

gente protegía sus vidas para llenarlas de alegría, añoranza, pena, objetos, de todo menos de sí mismos; porque no había otro camino. El camino iba hacia fuera y desde allí adentro, para eso estaba la materia, para liberarse, alejarse de cada uno, sacudirse a sí mismo con todo lo que había en botellas, latas, pantallas y ruedas; cosas que brillaban o se movían, cuerpos de otros, música, ideas, palabras, bolsillos cerrados, imaginarios, en lo que era realmente una totalidad inquebrantable.

—*Naturaleza* —dijo, y miró a su alrededor.

Estaba sentada en una cama blanca y alguien le iluminaba el ojo con una linternita. Tenía vendado el torso hasta arriba del cuello. Volvió a descender sobre el glaciar y vio a un hombre con una corona blanca; se inclinaba hacia ella, pero Vigdís le rehuyó, echó a correr para escapar como una pequeña cascada.

Algo había cambiado en su interior, se había simplificado.

Dio un respingo y miró a su alrededor. Había pasado toda la noche perdida en el arenal, pero ahora estaba en una habitación iluminada. Tenía las muñecas atadas con cintas a los lados de la cama en la que estaba acostada. Le era difícil respirar e intentó soltarse, y uno de los aparatos que había en la pared emitió un pitido. Dos mujeres vestidas de blanco entraron corriendo en la habitación; una le pasó un paño por la frente y le dijo que estaba en el hospital.

Vigdís cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—Los otros se han ido, pero tú estás aún aquí —dijo un hombre muy elegante, que se sentó a su lado y empezó a consolarla.

Más tarde acudió otro hombre con traje de chaqueta que le hizo unas preguntas que ella no supo responder y le enseñó unas fotografías de un todoterreno empotrado en una roca; de un área delimitada con cinta de plástico por la policía alrededor de la roca; de unos hombres vestidos de azul, a cuatro patas, recogiendo granos de arena en unos botes. El hombre preguntó si recordaba lo que había sucedido, pero ella no respondió.

—¿Adónde fueron tus amigos? ¿Cuándo los viste por última vez? —le preguntó. Y también—: ¿Qué hiciste después del accidente?

En vista de que no respondía, le explicó que la habían encontrado en muy mal estado lejos de la roca; unos viajeros que pasaron por allí llamaron para pedir ayuda, y que tenía mucha suerte de estar viva. Volvió a preguntar si no recordaba el accidente, pero Vigdís negó con la cabeza y el hombre desapareció.

Deseaba poder explicar lo que había sucedido, pero no era capaz de usar la lengua y tenía dificultades para mover la mano y concentrarse en ordenar palabras sobre un papel. Antes de vagar sola por el arenal había estado huyendo de algo, intentando perseguir o encontrar algo que había perdido. Entonces se extravió dentro de la roca: cada vez se metía más adentro del peñasco hasta que no pudo respirar y empezó a arañarlo y a hacerlo pedazos.

No sabía lo que había sucedido, pero a veces era como si le llegaran vagos retazos, algún acertijo espantoso que le murmuraba la respuesta al oído o que aparecía de repente en los reflejos de la ventana de la habitación. Luego desaparecía. Cuando intentaba recordar, en el aire había miedo, pena o furia, como si alguno de ellos hubiera cometido un delito, como si hubiera traicionado a los otros, pero no sabía quién podía ser. Intentó imaginar el rostro de los otros que estaban con ella, pero ya no podía; recordaba sus palabras, y ellos se convertían en granos que volaban sobre el arenal. Se cansó al pensar en aquello y poco a poco dejó de hacerlo.

Se pasó las manos por la cara y descubrió que estaba bañada en sudor. Cada mañana y cada tarde la alimentaban con una cuchara, y sentía el olor dulzón y tibio de la comida antes de que la llevaran a la habitación. Una amiga suya estaba sentada al lado de la cama, llorando; alguien gritaba y los brazos se soltaron de los bordes de la cama. Su madre fue de visita, flotó sobre la cama con una bolsa amarilla de compras en cada mano, y Vigdís supo que todo iría bien.

La trasladaron a otro hospital donde se comía mejor. Iba gente de visita y a veces le llevaban bombones, cajas enteras de bombones que devoraba cuando nadie la veía. Durante el día se sentaba al lado de la ventana a mirar el exterior. Una débil sonrisa jugueteaba en sus labios, su semblante era apacible. Miraba el sol ascendiendo por el cielo, una sombra que se arrastraba lentamente por la acera y desaparecía en una pared.

Delante de la ventana del nuevo hospital había calles llenas de coches, sobre todo por las mañanas, antes de clarear, y también después de oscurecer. De ellos brotaba un ronroneo constante, relajante; e incluso por la noche, cuando no se veían coches, se podía distinguir su débil murmullo en el cielo. A lo largo de las calles había muchas tiendas, riadas de gente entraba en ellas con las manos vacías y salía con bolsas llenas. En el techo de una tienda lucía la imagen de un cerdo rosa, la misma que había en las bolsas de su madre cuando murió. Aparte del suyo, los únicos colores del entorno procedían de los semáforos de los cruces, que variaban del verde al amarillo o al rojo. Cuando la caja de bombones apareció en el alféizar de la ventana, Vigdís alargó la mano para cogerlos, se los fue comiendo uno tras otro mientras miraba el cambio de las luces.

Sus amigos seguían todavía dentro de la roca, pero pronto volverían a salir.

Un día se fijó en un árbol gris, lejos, al otro lado de la calle más ancha; estaba tan solitario como la misma Vigdís. No había cerca de él ningún otro árbol, ni arbustos ni flores. Desde ese momento no apartó los ojos del árbol, era bello, y días enteros, e incluso noches, lo miraba moverse con el viento o erguirse totalmente inmóvil, aunque todo lo demás se moviera con rapidez a su alrededor. A veces casi se confundía con el entorno, se extendía hacia el verde, se fundía en él, volvía a extenderse y las hojas se agitaban en la brisa, felices, todas en su lugar.



STEINAR BRAGI (Reikiavik, Islandia, 15 de agosto de 1975). Poeta y novelista.

Estudió Literatura Comparada y Filosofía en la Universidad de Islandia y es considerado como uno de los autores contemporáneos más destacados de su generación.

Bragi comenzó su carrera dentro de la poesía, publicando su primer poemario con 23 años. A partir de entonces se dedicó casi por completo a las letras, dando el salto a la novela en 2000 con *Turninn*. Con *Konur* logró el aplauso de la crítica y desde entonces ha publicado varios libros, en los que mezcla elementos propios del realismo social con géneros como el negro o la literatura de terror.

Hálendið (Highlands) es su segunda novela y la primera en ser traducida a otras lenguas. Su primera novela fue nominada al Nordic Council Literature Prize de 2010.

Notas

[1] Las personas mencionadas en este capítulo son financieros y políticos muy relacionados con la crisis económica a partir de 2008; eran miembros o líderes de los partidos de la derecha, Partido de la Independencia y Partido del Progreso, y algunos de ellos tuvieron que comparecer en los tribunales por su papel en la crisis. (*N. del t.*)

<<

[2] Hombre de negocios y directivo de uno de los principales bancos privados islandeses, que se hundió en la crisis económica. (*N. del t.*) <<

[3] Este «nombre» ficticio, una expresión popular, literalmente «chupa infierno», equivale aproximadamente a «allá ellos», «me importa un bledo» y expresiones semejantes. (*N. del t.*) <<